Cherry Chic

Mantendré las luces encendidas para ti



zafiro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7. Ethan
8
9
10. Ethan
11
12
13. Ethan
14
15. Ethan
16
17
18. Ethan
19
20
21. Ethan
22
23. Ethan
24
25. Ethan
26

27
28. Ethan
29
30
31. Ethan
32
33
34. Ethan
35. Ethan
36
37
38. Ethan
39
Epílogo. Emma
Agradecimientos
Biografía
Referencias a las canciones
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Lía llega a Elí de Sol con un solo objetivo en mente: sacar a su madre de allí antes de que los vecinos organicen una quema en la plaza del pueblo.

El plan parece sencillo, pero el problema con los planes de Lía es que rara vez salen como desea, así que no se sorprende cuando las cosas empiezan a complicarse desde el primer minuto y se ve envuelta en diversas situaciones surrealistas con un perro, una gallina, un anciano, una niña, un hombre guapo de pasado misterioso, un macarra y su tía. Una larga lista de personas que dedicarán su día a día a hacer de la vida de nuestra protagonista un completo caos.

Al final, Lía tendrá que aceptar que, para bien o para mal, Elí de Sol dejará una huella imborrable en su vida.

Mantendré las luces encendidas para ti

Cherry Chic

Nunca sabes cuán fuerte eres hasta que ser fuerte es la única elección que tienes. Y, cuando esto sucede, eres intocable.

CHUCK PALAHNIUK

A los abuelos y abuelas del mundo,
sobre todo, a los míos

1

Bien, aquí va un resumen de lo más importante de Elí de Sol, el pueblo hacia el que voy conduciendo.

1. Como bien he dicho, es un pueblo y está situado entre el mar y la montaña.
2. Sus habitantes rondarán los dos mil. Eso, siendo generosa en el recuento.
3. Para llegar allí hay que conducir por un infierno de carriles sin asfaltar, llenos de baches y badenes. En su mayoría, el trayecto está adornado por bonitos y mortales acantilados en medio del bosque, para darle un puntito atrayente a la ruta.
4. La última vez que fui había una farmacia, un supermercado, un hostal, dos bares y un médico de guardia que tiene la consulta en su propia casa.
5. La comida tradicional es muy buena, pero en su mayoría engorda sólo con mirarla.
6. En verano, el pueblo duplica los habitantes gracias a las muchas casas antiguas destinadas a uso rural en el bosque o la playa, y el ayuntamiento monta barras de bar al aire libre por todas partes. Todo sea por aumentar los ingresos.
7. Los niños juegan en las calles y las puertas de las casas siempre están abiertas.
8. Alma está causando verdaderos estragos en el pueblo, lo que no es de extrañar, porque ella es de causar estragos adondequiera que va.

¿Y quién es Alma?, te preguntarás.

Es muy sencillo, no te preocupes. Alma es mi madre. Una mujer de cuarenta y tres años que no sabe cómo sentar cabeza. Nunca ha sabido, y dudo que aprenda a estas alturas. Yo tengo veintisiete y, aunque sé que hay madres que paren a sus hijos siendo adolescentes y salen adelante, maduran y se ocupan de su familia, no puedo decir lo mismo de la mía. Ella me tuvo con dieciséis años, intentó adaptarse a mí, pero nunca lo consiguió del todo. No la culpo, de verdad, la quiero y sé que, a su manera, también me quiere a mí. Pero igual que sé eso, sé que su misión en la vida nunca fue ser madre. En realidad, su misión en la vida nunca fue ser algo más aparte de un alma eternamente libre y joven. Mi padre intentó que se centrara, que se hiciera cargo de mí, pero cuando él tenía mi edad, más o menos, decidió que estaba cansado de verla llegar a las tantas de fiesta, cuando él se pasaba el día trabajando en la construcción. Se divorciaron, él encontró otra pareja a la que le tengo cariño y me dieron dos hermanos pequeños a los que quiero, aunque no vea casi nunca.

En cuanto a mi madre…, bueno, ella siguió su camino sin cambiar. La custodia fue compartida en tiempos iguales. Cuando estaba con ella me tocaba ser la adulta responsable, y cuando me iba con mi padre descansaba y ocupaba el lugar que de verdad me correspondía: el de una niña libre de cargas, más allá de las propias de la escuela.

Ella salía de fiesta, tenía un novio nuevo cada X meses y se olvidaba de todas las reuniones importantes del cole, incluidas las celebraciones. Puede parecer una madre desastrosa, lo sé, pero a cambio me enseñó a bailar bajo la lluvia, a cantar sin miedo, aunque lo hiciera mal, y a cocinar los mejores pasteles de chocolate que he probado nunca. De Alma aprendí que las personas tienden a dejar pasar la vida sin plantearse que los días que se agotan no vuelven jamás. Aprendí que el presente es un gran tesoro cuando se sabe valorar y que cualquier cambio en la vida, por malo que parezca, se produce por una razón; cualquier palo que nos llegue es algo que debemos usar para superarnos y salir vencedores. Me enseñó todo eso y más de forma consciente. De forma inconsciente, me enseñó a ser responsable y madura mucho antes que el resto de las niñas de mi edad. Aprendí de ella, aunque no lo sepa, que no se le puede entregar el corazón a cualquiera, porque corremos el riesgo de que nos lo pisoteen una y otra vez. He pasado demasiadas noches soportando sus llantos por culpa de un nuevo desamor como para poder olvidar el pensamiento que cruzaba mi mente una y otra vez: «No quiero ser como ella con los hombres».

Puede parecer un pensamiento vergonzoso, pero no lo es. Yo quiero a mi madre, pero en ese aspecto es tan dependiente y autodestructiva que me llevó a pensar que prefería no estar nunca con un hombre a estar de esa forma.

Por suerte, por otro lado, tenía a mi padre, que mantenía y mantiene una relación estable con su mujer y me enseñó que lo que mi madre hacía no es lo normal. O, al menos, no es lo que hace la mayoría.

En definitiva: Alma es la locura, la alegría, el caos, la irresponsabilidad, la inmadurez y la eterna juventud mal llevada hasta el infinito y más allá. Y ahora está haciendo de las suyas en Elí de Sol, o, más bien, en el hostal de mi tía Iris.

Iris es su sufrida hermana. Tiene treinta y seis años, sólo nueve más que yo y siete menos que mi madre, lo que hace que nunca sepa bien si verla como a una tía o como a una hermana mayor. Regenta el hostal que mis abuelos le dejaron en herencia sólo a ella. Mi madre no se quedó con nada debido a sus muchas salidas de tono, aunque ella piense que, en realidad, mi abuela era el diablo en persona y vivía para amargarle la existencia. Mi madre tiende a pensar que todo el que no hace lo que ella quiere pretende joderle la vida.

El caso es que hace un par de meses sufrió un nuevo desamor. Él era pintor, o eso decía, y ella, su musa. La historia me suena tanto que ya ni siquiera me sorprendí cuando me llamó llorando a lágrima viva y me informó de que se iba a Elí de Sol una temporada, porque era eso o darse a la bebida. Recuerdo que bufé de forma inconsciente cuando oí eso último y, encima, le sentó fatal.

Yo sabía que eso no acabaría bien, lo sabía porque Iris es responsable, dulce, ordenada y…, bueno, todo lo contrario a mi madre. Ella revolucionaría el hostal y el pueblo con su llegada y luego se iría dejando a mi tía las consecuencias de su visita. Sé que sigue pareciendo que la odio,

pero prometo, otra vez, que no es así. La quiero, de verdad, sólo que la quiero más los pocos momentos en los que no da problemas.

Demasiado tiempo ha tardado mi tía en llamarme y pedirme auxilio. La última vez que fue al pueblo, hace ya años, acabó saliendo por patas después de tirarse al hijo de doña Manuela. A favor de mi madre diré que él rozaba los treinta, pero, claro, que estuviera a punto de casarse jugó en su contra.

Le advertí a Alma la última vez que no sería agradable cruzarse con Manuela, pero ella insistió en que esas rencillas en los pueblos son normales y que, después de todo, el matrimonio se llevó a cabo, así que la cosa no acabó en desgracia. Sea como sea, mi tía está desesperada y me ha pedido que vaya y la saque de allí, dado que las llamadas telefónicas ya no funcionan. Me encantaría decirle que ella conoce a mi madre tan bien como yo y que, si no quiere largarse, ni un volcán en erupción conseguirá echarla, pero como me sabe tan mal que esté tirando de ella, he accedido a ir e intentar suavizar sus estragos, como siempre.

También ayudó mucho que la conversación telefónica empezara conmigo lloriqueando porque me han echado del trabajo. No ha sido culpa mía, ni de mis jefes, en realidad. Han tenido que reducir plantilla y yo fui de las últimas en incorporarme, así que, por lógica, he sido de las primeras en salir.

Tampoco es que fuera el trabajo de mi vida. Soy psicóloga, pero trabajaba como camarera. Me negué en rotundo a quedarme en el paro después de acabar la carrera y, una cosa por otra, aquí estoy, sin ejercer y subsistiendo a base de empleos con contratos basura. Intento no obsesionarme mucho con eso, y cuando empiezo a pensar que me estoy pareciendo a mi madre me reprendo y me obligo a ver las cosas con objetividad. No soy como ella porque yo trabajo, aunque sea en cosas que no me llenan demasiado. Si, total, ser psicóloga tampoco es que me mate de ilusión, la verdad. Lo hice porque…, no sé, porque quería entender a la gente, pero después de todos estos años con el título en la mano me he dado cuenta de que no puedo hacer que mi madre se comporte como una persona normal. Y es triste, pero cada vez más pienso que el único motivo real para estudiar la carrera fue intentar comprenderla.

Suspiro con pesar y me recuerdo, otra vez, que la quiero y que no puedo llegar al hostal ya cabreada porque entonces no conseguiré nada con ella. Tengo que asumir que intentar que Alma se comporte como una mujer normal de cuarenta y tres años es casi tan difícil como ver al diablo de Tasmania hacer yoga.

* * *

Un cartel sujeto con tres troncos me recibe a la entrada del pueblo. Las letras están un poco borrosas y las flores que hay pintadas de fondo casi no se distinguen, pero, aun así, es un cartel precioso, como todo el pueblo, en realidad.

Las calles estrechas y adoquinadas aparecen ante mí mientras las casas me reciben con plantas adornando y haciendo vaivenes en puertas y ventanas. La iglesia está al fondo, en lo alto, y no puedo evitar fijarme en la veleta, que hoy gira sin parar, pues el viento no parece dar mucha tregua. Al ser un pueblo situado entre el bosque y el mar, es normal que haya temporales, vientos

fuertes y mareas peligrosas en invierno. Por suerte, estamos empezando la primavera, así que, aunque el viento hoy es bastante fuerte, imagino que dará tregua en un par de días, como mucho.

Intento poner cara neutra mientras los vecinos que hay en la calle me miran a mi paso. Ser el centro de atención es algo que, al contrario que mi madre, yo no disfruto en absoluto, así que me siento bastante incómoda cada vez que vengo y me someto al escrutinio de los vecinos, pero entiendo que en un sitio donde, exceptuando los dos meses de verano, no pasa nada, lo normal es que la gente se interese por alguien nuevo. Sólo espero que esta vez no tenga yo que pagar las consecuencias de lo que sea que esté haciendo mi madre.

Giro en la plaza central y tomo el camino hacia la playa, aunque no llegaré a bajar. Mucho antes y más arriba, en un acantilado, está el hostal de mi tía, un precioso caserío con paredes de piedra, doce habitaciones, ventanales robustos e inmensos con techos y suelos de madera. Cuando aparco no puedo evitar mirar adelante, al mar, y atrás, al bosque. Aquí he pasado muchos momentos de bochorno, pero también otros inolvidables gracias a mi tía Iris, o incluso a mi madre, los días que se quedaba conmigo. No era raro que me trajera los veranos varios días y hasta semanas enteras mientras ella desaparecía. Cuando volvía contaba mil historias de conciertos, amores a primera vista, chicos guapos y todo tipo de diversión que, si bien al principio de mi niñez me entretenían, en mi adolescencia sólo me causaban repulsa. Creo que he sido la única chica joven que ha aborrecido con toda su alma tener que salir de fiesta. Lo hacía porque era lo que tocaba, pero prefería, de lejos, quedarme en casa con un buen libro a meterme en un agujero lleno de humo, música que no me gustaba a todo volumen y ninguna posibilidad de mantener una conversación con mis amigos.

No estoy en contra de los bares, me gustan, pero prefiero que sean sitios en los que poder mantener una conversación, con terraza o, como mínimo, con un espacio adecuado para cada persona. Lo de estar como sardinas enlatadas no es lo mío, y lo de salir sólo para buscar un lío, menos. Supongo que son secuelas de todo lo que he visto en Alma.

Bajo del coche, entro en la recepción y me encuentro con una señora mayor de pelo cano y gafas gruesas tras el mostrador de piedra y madera.

—Buenas tardes —le digo con suavidad.

—Buenas ta… ¡Cariño! —dice cuando consigue verme.

Dolores, la recepcionista del hostal desde tiempos inmemoriales, rodea la barra y me abraza con dulzura haciéndome sonreír, porque a base de pasar días sueltos y algún que otro verano aquí de pequeña he conseguido ganarme el cariño de ciertos vecinos, aunque no el de todos.

—¿Cómo estás? —pregunto mientras le devuelvo el gesto.

—Bien, bien, muy bien. ¡Pero mírate! ¡Estás preciosa! Muy delgada, eso sí. Necesitas comer más, niña.

—Estoy bien —contesto riendo—. Tú sí que estás guapa.

—Ya quisiera —dice con un suspiro—. Los años pasan por mí de manera un poco cruel.

Me fijo en sus ojos cansados y su sonrisa apagada, y me doy cuenta de que esto no era así antes. Acaricio su mejilla en un impulso y clavo la mirada en la suya.

—¿Todo bien?

—Sí, sí. Achaques normales de vieja. ¿Te enteraste de que mi Teo murió?

Me siento mal de inmediato, porque mi tía me llamó para avisarme de que había muerto por causas naturales, pues era bastante mayor y, aunque por un momento me pregunté si no debería coger el coche y venir al entierro, ella me convenció de que era una locura hacer un viaje de más de dos horas porque, además, no llegaría a tiempo para el entierro, pues era ese mismo día. Ahora me pregunto si no debería haber venido, aunque fuera después para prestarle mi consuelo.

—Lo siento mucho —contesto—. Me lo dijo mi tía, pero con el trabajo y…

—No, niña, no te lo digo para que te sientas mal. —Sonríe con dulzura y niega con la cabeza —. Es sólo que todavía hablo mucho de él. Según algunas personas, demasiado.

—Teo era un gran hombre, es normal.

—Sí, supongo que sí. Me dicen que el tiempo todo lo cura, pero ya no me queda mucho. —Me asusto de inmediato, pero ella se ríe—. No tengo nada, tranquila. Simplemente estoy vieja. En algún momento, el de arriba se acordará de mí.

—Tú nos enterrarás a todos, Dolores.

Me giro hacia la voz que ha dicho eso y sonrío cuando veo a mi tía Iris bajar los últimos escalones que llevan a las habitaciones superiores. Corro hacia ella y la abrazo con fuerza, riendo y sintiéndome bien sólo con volver a tenerla cerca y oler su pelo, algo que solía hacer siempre para tranquilizarme. Ella me abraza con el mismo ímpetu, así que imagino que también me ha echado de menos.

—Estás preciosa —susurra en mi oído.

—No tanto como tú.

La separo de mí y miro su pelo rubio oscuro, casi idéntico al mío, igual que sus ojos verdes rodeados de pestañas negras y las pecas que pintan su cara. Nos parecemos muchísimo. De hecho, todo el mundo ha dicho siempre que me parezco más a ella que a mi madre.

Alma es más rubia, tiene los ojos de un tono azul precioso y unas curvas que envidio a muerte, pues yo soy muy delgada. Podría ser portada de una revista de moda si no tuviera esas pequeñas arrugas, las ojeras y los rasgos de alguien que ha vivido demasiado marcándola tan a fuego. Pero, con todo, mi madre es una preciosidad, y sobre eso nadie puede discutir nada. Antes solía pensar que ojalá me pareciera más a ella. Ahora agradezco que no sea así, porque eso me hace recordar que no somos iguales. Que la quiero, respeto su modo de ver la vida, pero no lo entiendo, y estoy en todo mi derecho.

—¿Dónde está? —pregunto sin rodeos.

Ella suspira y tira de mi mano hacia las habitaciones superiores.

—Ha llegado del pub a las cinco de la mañana.

—¿Pub? ¿¿Qué pub??

—El que abrieron nuevo. —Cuando entorno los ojos, ella chasquea la lengua—. Con tanto lío supongo que olvidé comentártelo. Ahora tenemos un bar nuevo. Lo llaman *pub*, pero vamos, no deja de ser otro bar. En éste al menos ponen música, eso sí.

Me río, porque en los bares que recuerdo de Elí de Sol no solían poner música. Eran más bien cafeterías–restaurantes que, si acaso, ponían la radio de fondo a un volumen muy bajo. En verano, en las barras al aire libre sí que suele haber altavoces, pero, claro, eso son dos meses al año, así que es normal que la gente joven de por aquí eche en falta algo más animado el resto del

tiempo.

—¿Y quién se ha atrevido a montarlo?

—Matt.

—¿Matt? ¿Qué Matt?

—No es de aquí —susurra bajando más la voz, no sé por qué—. Es americano. Llegó hace unos años y se asentó en una de las casas del bosque.

—¿De las rurales?

—No. Es nieto de Rosa, una señora que murió hace ya bastante tiempo. Sabía que su hijo vivía en Estados Unidos, pero no pensé que tuviera nietos de nuestra edad.

—¿Qué edad tiene Matt?

—Treinta y nueve.

—No has vacilado, lo tienes fichado —digo sonriendo—. ¿Sois amigos? —El rubor de sus mejillas me confirma mis sospechas. Parece mentira que la conozca tan bien, aun cuando no nos vemos mucho—. Ya…

—Es sólo un lío intermitente —dice encogiéndose de hombros—. Él está ajetreado con el pub, y yo…, bueno, yo tengo el hostal a tiempo completo.

—Hasta donde yo sé, eso no es excusa para dejar de tener pareja.

Ella se encoge de hombros otra vez y se mete las manos en los bolsillos.

—Es complicado. Me encanta estar con él y sé que disfruta conmigo, pero…

—¿Pero?

—Pero no sé si él quiere algo más, y no quiero ser yo quien lo presione.

—Pero ¿tú quieres algo más? —Su silencio me dice que sí, igual que me dice que no se lo pedirá nunca porque le da demasiado corte—. Entiendo. Bueno…, si ha de ser, será.

—Eso decía tu abuela siempre.

Sonríe con tristeza al recordarla, y yo la imito. Mi abuela, al contrario que mi madre, parió a sus hijas bastante tarde, así que ya era mayor cuando murió, pero las dejó huérfanas muy pronto.

—Era una mujer muy sabia.

—Sí. —Iris asiente y abre la puerta que le queda a mano derecha—. Y aquí tienes a otra mujer, aunque ésta de sabia tiene más bien poco.

Entro en el dormitorio haciendo una mueca y lo primero que detecto es el hedor a ron barato. Me fijo en la mujer que duerme en vaqueros, botas de tacón y top negro sobre la cama, con el rímel corrido y el pelo desordenado. En momentos así siempre pienso que parece una cantante de rock después de una noche de fiesta. O peor: una *groupie* rendida después de pasar la noche de fiesta detrás de un cantante de rock. Suspiro, me remango la camiseta, entro en el baño, lleno un vaso de agua y salgo de nuevo para echárselo en la cara sin contemplaciones.

Cuando salta en la cama soltando una lista de improperios, sonrío, porque es tan previsible que me hace gracia. Detrás de mí, mi tía ríe entre dientes, así que supongo que piensa lo mismo que yo.

—Pero ¿qué cojones…?

Me mira con los ojos de par en par y me limito a poner cara inocente y a sonreír como si fuera un ángel recién caído del cielo.

—Buenos días, mami. ¿Has dormido bien…?

Ella me mira mal, muy mal, antes de levantarse, meterse en el baño y dar un portazo por toda respuesta. Yo frunzo los labios y pienso que, en cierto modo, hasta echaba de menos los buenos viejos tiempos. Luego la oigo vomitar y borro el pensamiento de mi mente.

—Bienvenida a casa, dulce Lía —susurra Iris detrás de mí mientras suspiro y cierro los ojos con pesar.

Me da que se presentan unos días bastante movidos.

2

Me siento a los pies del colchón mientras mi madre sigue encerrada en el baño. Mi tía se ha apoyado en el quicio de la puerta, ha cruzado los brazos y ha fijado la mirada en la puerta del baño.

—¿Sale todas las noches? —pregunto, aunque no sé para qué, si ya sé la respuesta.

—No, pero casi lo preferiría. Las veces que se queda aquí es o porque no soporta la resaca, o porque ha tenido una trifulca con alguien, o porque ha decidido montar su propia fiesta en la habitación. Habitación que no paga, por cierto.

Hago una mueca y suspiro negando con la cabeza.

—Te pagaré lo que te deba y, además, pagaré la mía, si es que tienes algo libre.

—Tú te quedas conmigo en la otra ala, ya lo sabes.

Asiento un poco avergonzada. En la otra ala del hostal, accediendo desde la cocina, hay un pequeño salón privado y tres habitaciones formando un pequeño apartamento. Una habitación está destinada a ser el despacho de mi tía y las otras dos las tiene libres. No tengo que preguntarle por qué no ha prestado la contigua a la suya a Alma, porque sé que es probable que lo hiciera y ella acabara montando una fiesta o jodiéndola de alguna forma para terminar ocupando una de éstas.

—¿Tienes mucha demanda? —le pregunto.

—De momento no, pero subirá dentro de un par de semanas por las fiestas del pueblo. Para ese entonces tiene que estar fuera de aquí, Lía. No quiero ni pensar en tener que lidiar con ella en las malditas fiestas cuando me saturo tanto de trabajo.

—Intentaré llevármela antes, te lo prometo.

—No puedes prometérmelo —dice con cansancio antes de suspirar, caminar y sentarse a mi lado para bajar aún más la voz—. Sé que no es culpa tuya y siento mucho que parezca que te comes la bronca que le corresponde a ella.

—Estoy acostumbrada, ¿recuerdas? —Ella sonríe con tristeza y pasa un brazo por mis hombros.

—Hagamos una cosa. Si no consigues llevártela, que las dos sabemos que es lo más probable, la trasladaré contigo a la habitación libre de la otra ala. Teniéndote a ti al lado, se cortará un poco más. —Bufo en respuesta y ella se ríe con sarcasmo—. Lo sé, pero éste es sólo el último plan… Lo ideal es que se largue.

—¿Ha armado mucho jaleo?

—Ha descubierto el pub de Matt y, bueno…, digamos que se ha aficionado a visitarlo más de lo que me gustaría. He tenido que ir a buscarla varias veces. La mayoría porque estaba borracha, pero en una ocasión fue porque se metió en una pelea con la novia de un chaval de aquí. Le puso el ojo morado sólo porque la chica le increpó que estuviera intentando liarse con su novio.

—¿Y era cierto? —pregunto antes de que ella eleve las cejas y haga una mueca con la boca —. Ya, no sé ni para qué pregunto. ¿Y el novio no dijo nada? Joder, vale que mi madre es responsable, pero el otro tendría algo que decir.

—Te aseguro que intentó quitársela de encima de maneras muy educadas, o eso tengo entendido por Matt.

Voy a contestarle, pero justo en ese momento se abre la puerta y aparece mi santa madre, que de santa no tiene nada. Se ha dado una ducha y está desnuda. No es nada nuevo ni sorprendente, porque desde siempre la recuerdo caminando desnuda por casa, sin correr siquiera las cortinas. No sé si es naturista o exhibicionista, y la verdad es que ni siquiera me molesto en preguntar. Aprendí que hay cosas que es mejor no mencionar hace mucho.

—¿No vas a darle un abrazo a tu madre?

—En cuanto te pongas al menos una toalla.

Ella sonríe, porque una cosa es que esté acostumbrada a su desnudez y otra que la quiera pegada a mi cuerpo. Abre el armario y se pone un vestido veraniego y muy corto, tan corto que si se agacha se le verá todo, así que espero que se ponga bragas. Cuando va a la mesilla de noche y coge unas, siento que suspiro de alivio, lo que es una mierda, porque un gesto tan natural no debería aliviarme.

* * *

Recuerdo sin poder evitarlo el primer día que me vino el período. Yo tenía once años, y mi madre, en vez de comprarme compresas y explicarme su funcionamiento, me sentó en el sofá y me dijo que ya era mujer y, por tanto, tenía que saberlo todo acerca del sexo si no quería acabar teniendo un bebé a temprana edad, como ella. Me habló de todos los métodos anticonceptivos que existían en aquel momento y de la importancia del condón para evitar enfermedades de transmisión sexual. Hasta ahí, bien, porque agradezco aquella charla y recuerdo lo aliviada que me sentí al saber que podía hacer algo para no acabar como ella. Eso, por supuesto, no se lo dije. El problema fue cuando pasó a las clases de seducción. Me habló de los diferentes trucos que existen para conquistar a un hombre, y uno de ellos, precisamente, era el de ponerse vestidos o faldas sin bragas y jugar a cruzar y descruzar las piernas de manera seductora para ella y lasciva para mí frente a un hombre. Me aseguró que eso nunca fallaba a la hora de enamorarlos. Ahora, desde mi adultez, me gustaría volver a tener esa conversación, sólo para decirle que ese tipo de gestos nada más le aseguraban un polvo, pero no el amor. Me encantaría que comprendiera que abriéndose de piernas no enamorará antes a los hombres, pero entiendo que lleva toda su vida pensando y sintiendo eso, y no va a cambiar porque yo se lo diga. Además, odia que su hija la corrija en según qué temas, puesto que piensa que todas las fechorías que ha hecho le dan el título de «la universidad de la calle». Ella sabe más que nadie de amor, porque ha tenido

incontables novios. Sabe más que nadie de sexo porque ha follado con cuanto ser humano se le ha puesto por delante, y sabe más que nadie de la vida porque ha superado muchas putadas. Y estas palabras tan crudas son suyas, de manera literal, así que no me siento mal por decirlas. En lo que respecta a Alma, yo jamás podré darle una lección acerca de nada, porque me lleva ventaja en esto de vivir, y eso es todo lo que importa.

Podría cabrearme, o frustrarme, pero sólo me da pena, la verdad. Me entristece saber que con ese tipo de pensamientos jamás llegará a conocer a alguien que le dé el valor que merece. En realidad, una gran parte de mí piensa que, aunque conociera a alguien bueno que consiguiera quererla tal como es, ella acabaría jodiéndolo todo. Se acostaría con otro, o lo insultaría hasta agotar su paciencia, o se iría de fiesta a diario y pasaría días sin verlo ni llamarlo… Tampoco me lo invento, lo he visto otras veces. Aunque no lo parezca por mis palabras, Alma tiene algo que atrae de forma natural. Es guapa, simpática, sabe hablar de lo que se proponga y no se deja intimidar. Hay muchos hombres que se sienten atraídos por ella, su problema es que, en cuanto la conocen a fondo, corren despavoridos. Ella piensa que es porque todos los hombres del mundo son unos cabrones. Yo pienso que es porque ella juega a ser una cabrona con todos los hombres del mundo.

—¿Y bien? ¿Puedo recibir ya un abrazo de mi pequeña?

Miro a mi madre ignorando mis pensamientos y sonrío mientras me levanto y la abrazo un momento, apretándola con fuerza.

—¿Cómo estás?

—¡Genial! Y, ahora que estás aquí, aún mejor. No te imaginas lo bien que lo he pasado este tiempo. ¿Sabes que han abierto un pub nuevo? De no ser por Matt y sus chicos, no habría superado lo de Raúl nunca.

Me contengo para no poner los ojos en blanco, primero porque Raúl era su último novio, un tipo que se hacía llamar pintor cuando en realidad sólo era un buscavidas, igual que mi madre, por cierto. El problema es que cuando dos personas así se juntan hay muy pocas probabilidades de que las cosas salgan bien. Demasiado egocentrismo junto hace explotar la convivencia. Por desgracia, Alma parece adorar ese tipo de relaciones tóxicas.

La otra cosa que me hace querer bufar es que dé méritos a Matt y a su pub, pero se olvide de todo lo que lleva soportando su hermana Iris estos meses. No me sorprende, pero me jode.

—La tía ya me ha hablado del pub, sí.

—Ah, es que tiene un enamoramiento absurdo por Matt, aunque lo niegue. —Se ríe mientras mi tía aprieta la mandíbula y mira a otro lado—. Ya le he dicho que los hombres como él necesitan otro tipo de mujeres. Es un chico fuerte, duro y con mucha experiencia en la vida.

—Ajá.

—Necesita a alguien con más vitalidad. Ya sabes, nena, alguien que lo impulse a ser mejor, y no alguien de quien tener que tirar siempre.

El corazón se me para un poco cuando me doy cuenta de que está hablando de sí misma. Quiero mirar a mi tía, pero se las ha ingeniado para ponerse detrás de mí, así que no sé qué cara estará poniendo ahora, pero esto está mal. Esto está fatal. ¡Joder! ¿Es que Alma no va a parar de joder a la gente que la rodea nunca?

—¿Y Matt no tiene novia? —pregunto interrumpiéndola.

—Nada serio, según sus propias palabras.

Bueno, pues ya estoy lista para apuntar a Matt en mi lista negra con rotulador indeleble. ¡Será capullo! ¡Se tira a mi tía! ¿Cómo que no tiene nada serio? Juro por Dios que, si se acuesta con mi madre y esto acaba en guerra, él no se librará de su parte. Ya me encargo yo de eso.

—Yo os dejo solas —dice mi tía.

Pasa por mi lado y sale de la habitación a toda prisa, así que no puedo ver su cara, pero por su tono de voz es obvio que contenta, lo que se dice contenta, no está.

—¿Por qué tienes que hacer eso? —le pregunto en cuanto la puerta se cierra.

—¿Hacer qué?

—Hablar de lo que Iris siente por Matt como si fuese una tontería o una cosa de niños.

—Es que es una cosa de niños, cielo, al menos por parte de mi hermanita. Entiendo que tiene poca experiencia en la vida, de verdad, después de todo no ha salido nunca de este pueblucho, pero tiene que aprender a ser fuerte y asumir la vida como es.

—Para empezar, sí ha salido de este pueblo, mamá, y para terminar, no te corresponde a ti decidir lo que tiene que aprender o no. ¡Y no deberías haber hablado así de ella y de sus sentimientos!

Mi madre se ríe entre dientes, como si estuviera encantada de verme enervada. Coge un mechón de mi pelo y lo enreda en su dedo índice mirándome con evidente cariño y dulzura.

—Te echaba de menos, pequeñita. Hacía mucho que nadie me reñía. —La miro mal y acaba suspirando—. Tienes razón, ha estado mal y le pediré disculpas en cuanto la vea. ¿Mejor?

Agacho los hombros y me esfuerzo por sonreír un poco. Sé que en realidad no lo siente, pero si al menos se disculpa con Iris habré logrado dar un paso, por pequeño que sea.

—Está bien. Oye, ¿has pensado ya una fecha para volver a casa?

—Aún no estoy lista —dice de inmediato.

—Pero, mamá, aquí estás haciendo gasto y no puedes…

—Cariño, este hostal era de mis padres. Que la bruja de tu abuela no me dejara la parte que me correspondía en herencia no significa que no pueda venir cuando me dé la gana.

—En realidad, no puedes venir cuando te dé la gana. ¡No sin pagar, al menos!

—Pero ¿cómo voy a pagar en la que fue mi casa? —Chasquea la lengua con frustración y me retira un mechón de flequillo para ponerlo tras mi oreja—. ¿Sabes lo que necesitas? Salir de fiesta conmigo y despejarte un poco. Estás muy estresada, cariño, ya sé que perder el trabajo debe de haber sido duro, pero ya vendrá otra cosa. Tú por eso no te preocupes.

—¿Cómo sabes que he perdido el trabajo?

—Tu tía me lo comentó de pasada.

Podría preguntarle cómo es que, sabiéndolo, no me llamó por teléfono para preocuparse por cómo estaba, pero hace ya bastante tiempo que entendí que eso con ella no se daba. Alma tiene un modo distinto de entender las cosas, y consiste, básicamente, en que yo siempre tengo que estar pendiente de ella, pero ella olvida cosas como consolarme cuando pierdo el trabajo. No lo hace a conciencia, eso lo sé, y sé que, si le dijera que me sienta mal, ella se sentiría dolida y, al final, de alguna retorcida manera, yo acabaría pidiéndole disculpas, así que prefiero mantener la

boca cerrada y no decir nada.

En realidad, sé bien por qué no quiere volver conmigo. Sus únicos ingresos en estos momentos provienen de su casa, esa que consiguió quedarse en el divorcio a cambio de no poner difíciles las cosas con respecto a la custodia. Mi padre empezó pidiéndole que me dejara ir a vivir con él, pero ella se negó en redondo. Una parte de mí, la más malvada, piensa que es porque así pudo sacar la manutención cada mes hasta que fui mayor. Después de mucho pelear, ella concedió que la custodia fuese compartida de mutuo acuerdo y, a cambio, se quedó la casa que mi padre había construido poco a poco en una parcela que compraron con la ayuda de mis abuelos paternos cuando Alma quedó embarazada. Resumiendo, el resultado de todo eso es una casa bastante amplia que tiene alquilada a una familia que le paga cada mes un sueldo, porque no deja de ser un sueldo. Ella vive de gorra con alguno de sus amantes, amigas o, ahora mismo, con mi tía. Cuando todo eso falla, se instala conmigo sin preguntar siquiera.

Lo sé, sé que, cuanto más hablo, peor dejo a mi madre, pero es que a cambio de todo eso yo quiero pensar que tiene un buen fondo. Es egoísta por naturaleza, sí, pero no es mala persona. O sí. No sé, yo lo único que sé es que tenemos que largarnos de aquí antes de que mi tía acabe volviéndose loca o mi madre consiga que la manden a quemar en la plaza del pueblo como a las brujas de antaño.

—Entonces… ¿qué me dices? —pregunta moviendo los hombros, como si estuviera invitándome a bailar—. ¿Nos vamos de fiesta?

—No. —Me río cuando empieza a acariciarme el cuello. Es muy consciente de que tengo muchísimas cosquillas en esa zona—. ¡Para!

—¡Venga! No seas aburrida. Un par de copas nada más, para que veas cómo trabajan Matt y los chicos.

—Mamá…, tenemos que irnos.

—Nos iremos de aquí, cariño, de verdad, pero en cuanto te corras una buena juerga conmigo. ¡Es más! Iremos las tres, así Iris podrá ver en primera persona que yo no tengo nada contra ella y no digo nada más que la verdad.

Uf. A ver cómo le explico yo que el mero pensamiento de meterme en un pub con ella, mi tía y el tal Matt me provoca urticaria. Intento negarme de manera educada, pero Alma me hace cosquillas, me suplica y, al final, lleva a cabo la única acción que podía convencerme.

—Si vienes conmigo esta noche, nos iremos mañana y no me oirás rechistar en todo el camino.

La miro alzando una ceja, intentando adivinar si dice la verdad o miente. Es un gesto inútil porque mi madre es la reina de la mentira, pero, aun así, asiento una sola vez y alzo la mano para apretar la suya y sellar el pacto.

—Una única noche en ese maldito pub y luego nos largamos de aquí.

—Igual después de conocer a Matt eres tú la que quiere quedarse.

Me río entre dientes y niego con la cabeza, consciente de que eso jamás podría suceder. Yo no lo dejaría todo por un tío, que es lo que hace ella en cuanto tiene oportunidad.

Acompaño a mi madre hasta la cocina, donde Iris nos indica que hay comida ya caliente en los fogones. Saco para mi madre y para mí porque sé que mi tía come siempre más tarde, cuando

ya ha acabado de servir la comida ella misma. Tiene una persona que la ayuda en la limpieza del hostal de manera continua, pero el resto de los trabajadores están de forma puntual. Cuando el hotel no está muy lleno, es ella la que se ocupa de cocinar y servir a los huéspedes y, cuando viene más gente, como en las fiestas, llama a los refuerzos para que la ayuden. La verdad es que no debe de ser fácil mantener a flote un sitio tan grande como éste todo el año, y la admiro aún más por eso. Pienso por un momento que, al menos mis abuelos, tuvieron la satisfacción de ver cómo una de sus hijas se convertía en una mujer madura y responsable. La otra…, bueno, la otra se ha levantado a por una pajita y me ha pedido que la mire mientras hace pompas en la sopa. No, no me lo estoy inventando… ¡Ojalá fuera así!

—Deja de hacer la cerda, joder.

—No digas tacos, Lía. Y a mí no me mandes, que soy tu madre.

—Dejaré de mandarte cuando te comportes como tal.

—¿Otra vez con eso? —Suspira con mucho melodrama y me mira con una sonrisa tierna—. Cariño, debes entender que yo soy tu madre y me comporto como tal.

—No es verdad.

—Lo es. Me comporto como TU madre, no como el resto de las madres. ¿Por qué querría ser como todo el mundo? —Sé que es una pregunta trampa, así que no contesto—. A mí me habría encantado tener una madre guapa, divertida y dicharachera a la que poder contar mis problemas. Créeme, cielo, me recriminas mi comportamiento, pero si hubieses tenido a mi madre, te darías cuenta de lo afortunada que eres.

En realidad, yo sí conocí a su madre, y la quise más de lo que podré llegar a querer a mucha gente nunca. Era dulce, cariñosa y autoritaria cuando tocaba serlo. ¡Era una madre! Una de verdad, aunque Alma se empeñe en dejarla mal. Y, sí, es verdad que a mí, como nieta, no me dejó nada, pero no puedo culparla porque sé que mi madre habría buscado la forma de fundírselo todo. En realidad, Alma lo único que pretende es desprestigiar a todos los demás, hacerlos quedar mal porque así, por eliminación, ella queda bien. Y de esta manera desde hace… veintisiete años mínimo, que son los que tengo.

—¿Me podéis ayudar con la colada esta tarde? —pregunta Iris cuando vuelve un rato después.

—Claro que sí —contesto.

—Lo haremos, porque necesitas acabar pronto. ¡Esta noche tú, Lía y yo nos vamos de fiesta! —Mi madre suelta un gritito desesperante mientras mi tía me mira y niega con la cabeza. Intento consolarla de alguna manera, pero Alma sigue haciendo de las suyas—. Oye, Iris, te dejas de vaqueros y jersey y te pones un vestido ceñido, ¿eh? —Frunce el ceño y rectifica—: Mejor te dejo yo algo, que no me fío de tu ropa.

—Alma, no pienso ponerme nada tuyo.

—Lo harás, si quieres impresionar a alguien del pub.

—¡No necesito impresionar a nadie vistiéndome como una cualquiera!

Se supone que mi madre debería ofenderse con esa frase, pero, por el contrario, ríe, pone los ojos en blanco y me mira.

—Vale, pues vístete como una sosa y muérete virgen. ¡Más para mí!

—¡No soy virgen!

—Lo que sea. Ay, qué contenta estoy de que vayamos a salir las tres. ¡Será como en los viejos tiempos! ¡Las tres mosqueteras juntas! Mañana podríamos ir a la playa y hacer nudismo. Seguro que nos cargamos de un tirón a medio pueblo.

—¡Alma! —grita mi tía.

—¿Qué? Así hay más sitio para las fiestas del pueblo.

Mi tía pone los ojos en blanco y yo me aguanto la risa porque, en el fondo, mi madre está tan colgada que es difícil no reírle alguna que otra gracia. Sé que para la gente de fuera puede parecer de mal gusto, pero imaginarnos a las tres en pelotas mientras todos los viejecitos de Elí de Sol nos miran desde los acantilados y van cayendo fulminados uno a uno me ha puesto de un extraño buen humor.

Y son ese tipo de pensamientos los que me demuestran que necesito sacar a mi madre de aquí de inmediato. Volver a la ciudad, encasquetarla por ahí, en alguna parte, buscar trabajo y vivir de manera estable. Nada de fiestas locas, nada de alteraciones, nada de historias de amor tóxicas ajenas. Lo más arriesgado y trepidante que haré será adoptar un gato.

Mi vida transcurrirá entre trabajo, gato, casa, series de Netflix, paseos y libros.

¡No pido tanto! Pero cuando veo a mi madre intentar que mi tía baile con ella una conga en la cocina comprendo que, por ahora, esos planes parecen muy muy muy lejanos.

3

—¿Qué te queda? —pregunta mi madre desde la habitación.

Estoy metida en el baño poniéndome rímel en las pestañas. En realidad, mi maquillaje por lo general es muy suave. Un poco de color en las mejillas, rímel y si acaso brillo en los labios, pero nada más. En esta ocasión no es distinto, pero mi madre está impaciente por salir de «fiesta», así que no deja de meterme prisas y, aunque sé que está mal, encuentro un placer extraño en sacarla de sus casillas.

—¡Ya voy! ¿Por qué no vas a molestar a tu hermana?

—Ya está en el recibidor. Se ha puesto otra vez un vaquero y un jersey. ¡Morirá virgen!

Pongo los ojos en blanco, me echo un poco de perfume y reviso mi propio atuendo. Vaqueros rotos, botas planas y negras con una hebilla plateada en el lateral, camiseta y cazadora de cuero. No me he matado buscando algo que me haga resaltar, pero eso es porque no quiero resaltar, pese a que mi madre vaya a ponerme verde en cuanto me vea.

Abro la puerta de un tirón y me fijo en lo que ella lleva puesto: un vestido azul eléctrico ceñido y ajustado al máximo, tan corto, además, que a poco que se incline sobre la barra todo el pub podrá disfrutar del color de sus bragas. No le digo nada porque no tengo ganas de discutir. Ella a mí sí me dice, claro.

—Casi estás peor que tu tía —suelta con cara de horror—. Al menos ella se ha puesto zapatos con algo de tacón.

—Yo me veo bien, y no he traído tacones.

—¿Que no has…? A veces dudo que seas hija mía.

—Créeme, yo también.

Ella bufa y yo paso a su lado dejándole el baño libre. Me reúno con mi tía en el recibidor y me doy cuenta de que está preciosa. Lleva unos zapatos de tacón, en efecto, pero nada demasiado llamativo; sólo lo justo para que sus piernas parezcan aún más estilizadas. Su pantalón vaquero y su jersey hacen que se vea sencilla y preciosa. Ella no necesita adornarse más ni llamar la atención, y me alegra que piense como yo.

—Estás preciosa, cariño —me dice con una sonrisa.

—Lo mismo digo.

—Tu madre te ha insultado por elegir vaqueros.

—Por supuesto. Igual que a ti, imagino. —Ella asiente riendo entre dientes y suspiro—. Si todo sale bien, mañana mismo nos largaremos de aquí.

Ella asiente de nuevo, pero parece un poco tensa, así que frunzo el ceño y pongo una mano en su hombro para hacer que me mire.

—Eh —le digo—. ¿Todo bien?

—Sí, sí. —Suspira y se encoge de hombros—. Es que me gustaría tenerte más días por aquí.

—Lo sé, pero te gustaría más que me la llevara, ¿verdad?

Iris parece pensarlo y al final frunce los labios y niega con la cabeza.

—No lo sé. Te he echado mucho de menos. Has llegado hoy y mañana te vas si todo sale bien… —Coge aire y me sorprendo cuando veo las lágrimas acudir a sus ojos, aunque las retenga de inmediato y no las deje caer—. A veces me encantaría tenerte más cerca y no sentirme tan sola.

La abrazo por toda respuesta, porque espero que ella sepa que el sentimiento es mutuo. Mi tía es, hoy por hoy, la persona que más me comprende en mi loca familia. Mi padre me quiere y se preocupa por mí, pero a él no puedo contarle todas mis preocupaciones porque de inmediato empieza a lamentarse por lo mal que mi madre y él lo han hecho todo. Intento que no se coma mucho la cabeza, pero sé que tiene muchos remordimientos en lo que a mi infancia se refiere. Al final, opto por no contarle casi nada, más allá de las cosas básicas. Prefiero a Iris porque es como una hermana mayor, como mi mejor amiga, alguien a quien puedo contarle todo lo que siento con la certeza de que no acabará haciéndome sentir mal o dándoles la vuelta a mis sentimientos para victimizarse.

—Puedo quedarme unos días, pero eso implica que ella también se quede —susurro.

—Lo sé. Intento elegir una opción, pero la verdad es que aún no sé ni lo que quiero. ¿Qué quieres tú? ¿Te gustaría quedarte unos días?

Esta vez es mi turno para encoger los hombros y sonreír mientras titubeo.

—No tengo trabajo, así que…, no sé, supongo que podría quedarme. Yo también te he echado de menos.

—¿Y qué hacemos con ella? —pregunta mientras oímos a mi madre trastear en la cocina.

—No lo sé…, dejemos que la noche fluya. Según cómo se porte hoy, ya decidiremos.

Iris no puede contestarme porque justo en ese momento se abre la puerta que da a la cocina y aparece mi progenitora con una botella y tres vasitos pequeños en la mano.

—Toda fiesta que se precie empieza antes de salir de casa. —Nos ofrece un vaso a cada una, abre la botella y nos sirve—. Esta noche será épica, ya lo veréis.

—Yo tengo que estar de vuelta dentro de tres horas como mucho —advierte mi tía—. Es lo más que estoy dispuesta a pagarle a María por vigilar esto.

—¿Quién es María? —pregunto.

—Una señora que se ocupa del hostal cuando tengo que salir. Es muy eficiente. A Dolores no le importa, pero la verdad es que está muy mayor y a ella ya le cuesta llevar la recepción durante el día.

—Blablablá —dice mi madre interviniendo—. Nada de hablar de trabajo, os lo advierto. No quiero oír una palabra ni del hostal, ni de vuestras vidas profesionales.

—En mi caso es fácil —contesto—. Ahora mismo no tengo vida profesional.

Mi madre y mi tía me ríen la gracia, brindamos, bebemos y salimos del hostal.

Ya en la calle, agradezco haberme puesto la chaqueta porque, aunque no hace frío como tal, la brisa es muy húmeda y cala bastante. Me subo la cremallera y meto las manos en los bolsillos mientras empezamos a caminar. Podríamos ir en coche, pero las tres queremos tomarnos una copa, así que lo más sencillo es que lo hagamos así, y a la vuelta, si estamos muy mal, llamaremos a Pedro, uno de los dos taxistas que hay en el pueblo. El otro tiene fama de ser un borde, según me cuentan mi tía y mi madre, así que la gente prefiere que sea Pedro el que soporte sus borracheras, aunque sea un poco más caro.

Todavía me sorprende el funcionamiento de este pueblo, la verdad. Es tan pequeño que a ratos me pregunto cómo es que los habitantes no se sienten atrapados entre el bosque y el mar. Supongo que a ellos les encanta la sensación de aislamiento, y tengo que reconocer que para una temporada es genial, pero creo que yo no podría vivir en un sitio tan incomunicado y falto de muchas cosas que considero esenciales.

El pub se encuentra más cerca del bosque que de la playa, para mi sorpresa. Los otros dos bares están a pie de mar, donde los turistas pueden encontrarlos más fácilmente. No es lo único que me llama la atención: tiene un cartel de neón en la puerta que reza GALLAGHER'S. Miro a mi tía y frunzo el ceño.

—¿Es por el apellido?

—Sí, Matt y su hermano se apellidan Gallagher.

—No parece estadounidense, sino irlandés.

—Su abuela, Rosa, se enamoró de un irlandés en Estados Unidos. Tuvieron hijos americanos y, bueno…, Matt y Ethan también lo son, pero tienen ascendencia española e irlandesa por parte de padre.

—Por parte de madre son americanos puros. Me lo dijo Matt —interviene mi madre.

Noto cómo mi tía Iris se muerde el labio y sé que le ha sentado mal la puntualización, así que decido no preguntar más y entrar de una vez en el sitio.

La verdad es que una vez dentro sorprende para bien. A ver, yo esperaba un antro de mala muerte y, aunque no sea un bar lujoso ni mucho menos, está bastante bien. La barra es de madera robusta, igual que los taburetes y las mesas que hay desperdigadas aquí y allá. En realidad, el pub tiene un estilo irlandés muy marcado y, como me esperaba un pub sucio, con reguetón a toda caña y oliendo a alcohol barato, esto me parece una maravilla.

Miro a mi madre y a mi tía, que se dirigen a la barra, donde dos chicos sirven a los muchos clientes que se apostan en ella y uno más va con una bandeja sirviendo en las mesas. A la derecha, al fondo, veo una mesa de billar y una *jukebox* que me hace sonreír, no porque no me guste, al contrario, es que creo que este sitio está demasiado americanizado, o irlandesado, o como quieras llamarlo. No es un bar típico español, eso está claro, pero a la gente de por aquí no parece importarle porque se los ve disfrutar de lo lindo de sus distintas bebidas.

Vuelvo a fijarme en los dos chicos que hay tras la barra y me pregunto quién será Matt, porque las caras de tontas que han puesto mi madre y mi tía al mismo tiempo me dicen que es uno de los dos, sin duda.

Paso a revisar sus físicos para intentar adivinar de quién se trata. Conforme nos acercamos, veo que los ojos de ambos son azules. Además, los dos lucen barba. Hasta ahí llegan las

similitudes. Uno tiene el pelo largo y castaño, hecho un moño de esos que tanto se llevan en la coronilla, lo que me hace pensar que el pelo le llega por los hombros, como mínimo. Su peinado puede parecer por moda, pero algo en su postura me dice que no es así. Él es un… macarra. Cada poro de su piel deja ver que es un chico malo. Quizá sea porque es enorme, porque le asoman tatuajes por el cuello o porque tiene el semblante serio en este momento, no lo sé, pero desde luego no me gustaría pelearme con este tipo jamás.

El otro es un poco más bajo y menos corpulento. Tiene el pelo corto y rubio, más largo por arriba que por los lados. Me fijo en su jersey gris con las mangas arremangadas y en que tiene un brazo tatuado al completo. Cuando nos acercamos del todo a la barra, puedo ver sus vaqueros rotos también. Creo que éste es Matt, porque el otro es demasiado intimidatorio. Éste tiene un cuerpazo también, pero sus pintas no llegan a dar miedo, como las del otro, que al ser tan grande... Sí, está muy bueno. Los dos a su manera lo están. Tanto, que no sabría con quién quedarme. Cuando el más rubio me guiña un ojo y me sonríe sin despegar los labios, comprendo que me quedaría con éste sin dudarlo ni un segundo, lo que es una mierda, porque fijo que se trata de Matt.

—¿Cómo estáis, chicas? —pregunta el más moreno y grande mientras se acerca a nosotras y nos enseña una sonrisa diseñada para bajar bragas—. Ya veo que me habéis traído carne fresca… —Clava sus ojos azules en mí y me río, porque es muy guapo, pero a mí ese rollo de gigante con voz grave y seductora no me va, la verdad.

—Soy Lía. —Señalo a mi madre y sigo hablando—: Su…

—Sobrina —dice Alma por mí—. Es mi sobrina. De Iris y mía, ¿verdad? —pregunta mientras yo elevo las cejas y mi tía suspira con cansancio—. Ha venido a hacernos una visita.

—Es tu hija, Alma —contesta mi tía sin seguirle el juego ni un segundo—. Tu hija de veintisiete años, porque tú tienes cuarenta y tres. —Cuando mi madre la fulmina con la mirada, ella sonríe con aire angelical haciendo reír al camarero.

Entorno los ojos y vuelvo a fijarme en él y en cómo mira a mi tía. Dios… ¡Éste es Matt! No tengo más que ver cómo se come con los ojos a Iris para asegurarme. Ella le devuelve una pequeña sonrisa y yo me pregunto cómo es posible que estos dos estén liados. ¡Si ella es como la mitad del cuerpo de él! ¿Cómo diantres lo hacen para coincidir en la cama y…? Bien, vale, no quiero que mi mente siga por estos derroteros. Por suerte, Alma está cabreada, así que no permite que el contacto visual entre ellos dure. Digo por suerte porque así será más fácil no imaginarlos practicando sexo, al menos hasta que me acostumbre a la imagen. Mi tía es pequeñita, muy delgada, rubia, de ojos verdes como los míos. Estoy convencida de que una mano de este chico coge todo el culo de ella.

¡Dios! ¡Y ahí voy otra vez con pensamientos del todo inapropiados!

—Bueno, sí, es mi hija —contesta con soltura mi madre mientras se ríe y acerca su cuerpo al mío, pasando un brazo por mis hombros y sacándome de mis pensamientos, por suerte—. ¿Quién iba a decirte que estas caderas han sido capaces de parir y mantenerse en tan buena forma?

Él se ríe entre dientes, pero se separa de la barra un poco y me mira con una sonrisa amable.

—Encantado, Lía, yo soy Matt. ¿Te quedas mucho tiempo?

Bueno, pues confirmado, sí. Claro que después de ver ese contacto visual entre mi tía y él las

dudas eran inexistentes. Su voz es muy bonita, la verdad, y supongo que cuando superas el hecho de que parece un armario empotrado, deja de intimidar y puedes ver que está muy muy bueno. Su acento hace evidente que no es de aquí, pero su español es perfecto, y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—No lo sé aún. En teoría deberíamos marcharnos mañana, pero…

—Bueno, bueno, ya veremos —interviene mi madre—. ¿Qué quieres tomar, cariño? ¿Un zumito?

Me río, porque Alma cuando quiere es un poco cabrona, y niego con la cabeza mientras miro a Matt.

—Cerveza.

—Marchando una cerveza —dice antes de mirar a mi tía—. ¿Otra, nena?

—Sí, por favor —contesta ella con una sonrisa aún más amplia que la anterior.

—Genial. —Le guiña el ojo con tal descaro que hasta yo me pongo tontorrona. ¿Cómo demonios puede mi madre decir que él no se fijaría en ella? ¡Hasta un ciego puede ver lo mucho que le gusta! Y no me extraña, porque mi tía es preciosa. Cada segundo que pasa me extraña menos que ella se haya colado por él, porque no he visto en mi vida a un hombre capaz de hacer tantos mohínes sexuales en tan pocos segundos. A este paso, dentro de una hora estaré yo también chalada por sus huesos—. ¿Y tú, Alma? ¿Quieres otro cóctel como el de anoche? —pregunta risueño.

—No, gracias, yo voy a empezar con cerveza también. No quiero que mis chicas se sientan mal por no poder seguirme el ritmo.

Eso provoca las risas de los chicos y miro de nuevo al más rubio, que justo acaba de acercarse a nosotras.

—Hola, soy Ethan.

Estira su mano por encima de la barra para coger la mía. Me sorprende tanta formalidad, pero, aun así, le devuelvo el gesto. Sus dedos son suaves y cálidos. Su sonrisa también es cálida, o eso parece, porque hay un puntito macarra en su cara que… Jesús, pero ¿qué me pasa? Parezco una salida desde que he entrado y me he enfrentado a estos dos. Carraspeo y retiro mi mano de la suya.

—Yo soy Lía, aunque ya lo habrás oído.

—No está de más oírlo de nuevo. ¿Queréis sentaros o preferís quedaros en la barra viéndonos trabajar?

Nos reímos mientras mi madre decide que la barra es lo nuestro. Matt se va hacia un extremo para atender a unos clientes y Ethan se dispone a servirnos, así que aprovecho para mirar a Iris y sonreírle con picardía. Ella ya sabe lo que intento decirle, y es que Matt está muy muy bueno. Mi madre también lo sabe, porque no deja de mirarle el culo en todo el tiempo que él se inclina para oír mejor los pedidos de los chicos a los que está atendiendo.

Espero, de corazón, que este encaprichamiento de Alma no llegue a más, porque es evidente que a Matt le gusta mi tía, pero también conozco bien el poder de mi madre. Es una mujer capaz de volver la cabeza de un hombre del revés y no siente ningún remordimiento si ellos están casados, así que imagina cuando ni siquiera tienen novia formal.

Tan entretenida estoy preocupándome por adelantado de lo que pueda ocurrir que no veo a Ethan colocar una cerveza frente a mí hasta que el sonido que hace contra la barra me sobresalta, haciéndome mirarlo a tiempo de ver una sonrisita pícara en sus labios.

—Estabas distraída —dice apoyando los brazos cruzados en la barra. Miro a un lado y veo que ya ha servido a Alma y a Iris, así que, sí, debe de haber sido muy evidente que estaba en Babia—. ¿Pensabas en tus primeras conclusiones del pub?

—Algo así —susurro.

—¿Eres de aquí? No te he visto desde que llegué.

—No, no. Mi madre se crio aquí, pero yo nací y crecí en la ciudad. Sólo venía en vacaciones o en momentos puntuales.

Por «momentos puntuales» se entiende que, en realidad, venía cuando mi madre me dejaba aquí para irse de viaje una semana, o dos, o el tiempo que creyera conveniente con el amante o el novio de turno. A veces incluso tenía que venir mi padre a recogerme, porque me tocaba estar con él y ella no se dignaba llevarme a su casa. Pero, claro, no puedo explicarle todo eso al camarero que acabo de conocer.

—Alma es una mujer divertida —dice.

No sé por qué, pero me parece ver algo en su mirada cuando dice eso…, o sea, como si esa frase tuviera segundas intenciones, aunque la verdad es que no lo conozco tanto como para adivinar qué quiere decir, así que me limito a suspirar y asentir.

—Sí, lo es.

—¿Y a ti? ¿Te gusta divertirte, Lía?

Vale, ese tono sí que lo reconozco. Es el tono que usa un hombre para ligarse a una mujer una noche cualquiera en un pub en el que trabaja como camarero.

Me río, doy un sorbo a mi cerveza y clavo mis ojos en él, porque no quiero que tenga ningún tipo de dudas cuando deje clara mi postura.

—Si por diversión te refieres a estar en un pub cogiendo un pedo de alta categoría y follando con el camarero de turno, no, no me gusta.

—¡Lía! —exclama mi madre. La miro, elevo las cejas y soy testigo directa de su carcajada—. Tú creerás que no te pareces en nada a mí, pero, cielo, ese genio es todo mío. ¡Brindo por eso!

Alza su cerveza, dejando claro que no es una madre al uso. Ethan ríe entre dientes, niega con la cabeza y se retira de la barra mientras yo brindo con mi madre y mi tía y damos comienzo a una noche que se presenta, como mínimo, entretenida.

4

Dos horas después, las cervezas han volado, el pub se ha llenado de manera sorprendente, teniendo en cuenta que en este pueblo vive muy poca gente, y la música, para mi asombro, es bastante decente.

En cuanto a los ánimos, se van caldeando, pero de momento aguantamos bien. Mi madre tontea con Matt, él intenta ignorarla y mira a mi tía, y ésta se debate entre la comprensión y el cabreo de forma permanente.

Yo estoy aquí en medio, viendo las escenas desarrollarse e intentando hacer algo que no me haga parecer ridícula todo el tiempo. No quiero que Alma siga bebiendo, eso lo tengo claro, pero no puedo estar toda la noche pegada a ella porque acabará cabreada y montando un espectáculo, así que ahora mismo estoy sentada en el taburete junto a la barra mientras ella se contonea al ritmo de una clásica canción de rock. Hay un momento de la canción en el que se gira y, cuando pienso que va a centrar su mirada en Matt, cambia y la desvía hacia un hombre de unos cuarenta años con pelo cano, barba y sonrisa contenida que la mira mientras, a su lado, una mujer de la misma edad, más o menos, se muestra incómoda.

Me gustaría decirle a ella que no tiene la culpa de que su marido mire a mi madre. Todos lo hacen antes o después. Puede que intenten negarse al principio, pero ella sabe bien cómo captar la atención masculina del sitio en el que se encuentre. Si se lo propone, conseguirá que todos la miren, aunque luego no hagan nada. Puede que sean íntegros, que jamás se acuesten con ella, pero por una milésima de segundo la mirarán y la desearán. Mi madre lo sabe, lo provoca, lo espera y lo disfruta. Esos milisegundos agrandan su ego. Se alimenta de ellos y no le importa que, con acciones que duran un espacio de tiempo tan corto, haya alguien sufriendo, como en este caso la mujer o la novia del hombre en cuestión.

El sonido de la barra me hace girarme y veo a Ethan apoyado en ella mientras señala la cerveza que acaba de poner sobre la madera.

—Has acabado con la última hace un buen rato.

—¿Y has decidido que es hora de que me beba otra? —pregunto en tono chulesco.

Él sonríe sin despegar los labios y se encoge de hombros. Por un momento pienso que me gustaría mucho ver sus ojos a la luz del día. Si aquí dentro, con las luces tenues, son tan azules, ¿cómo será verlos cuando el sol se refleje en ellos…? Muevo mi cabeza para despejarme, porque no es momento de pensar en esas tonterías.

—Si quieres, la retiro ahora mismo. No quiero molestarte.

—No lo haces. —En realidad, no quiero comportarme como una borde y él lo ha hecho con toda su buena intención, así que sonrío y me encojo de hombros—. Soy un poco susceptible a veces.

—Tranquila, le pasa a mucha gente.

—¿A ti te pasa?

—No, yo soy un encanto todo el tiempo.

Me río mientras él sonríe también. Me gusta la forma en que sus brazos se cruzan sobre la barra, como si no tuviera prisa por moverse. Miro los tatuajes que cubren su brazo derecho por completo, al menos lo que veo, pues su jersey está arremangado sólo hasta los codos. No puedo adivinar los dibujos, pero parece ser uno solo, en vez de varios pequeños. Me obligo a alzar la mirada, porque no quiero que piense que me quedo embobada con su brazo, pero cuando me encuentro con la suya me doy cuenta de que es tarde. Muestra una sonrisa canalla y adorable al mismo tiempo. ¿Cómo es posible eso? Es como si… como si quisiera cabrearme y calmarme con esa mueca de niño malo que a la vez resulta dulce.

—Me parece que eres un poco fantasma.

—¿En serio? Y yo pensando que te has enamorado de mí en cuanto me has visto…

—El amor a primera vista no existe —digo sin vacilar.

—¿Segura?

—Segurísima.

Él se queda en silencio, saca la punta de la lengua y se humedece los labios antes de morderse el inferior, no con picardía, ni en un gesto sexy, sino como si estuviera dudando. Desvía la mirada un segundo y no necesito saber hacia dónde van sus ojos, porque puedo sentir el cuerpo de mi madre contoneándose y riendo mientras él la mira.

—No te pareces a ella, entonces.

No giro la cabeza. No lo necesito. Me encojo de hombros y doy un sorbo a mi cerveza.

—No mucho.

—¿Te parece bien esto?

—¿El qué?

—Esto. Eso —dice señalando la pista con la cabeza—. Que coquetee con todos sin importarle si están solos o acompañados.

—Hasta donde yo sé, no les pone una pistola en la cabeza para que la miren o coqueteen con ella.

—No, desde luego que no. Pero aun así hay algo… triste en el asunto.

Estaba preparada para saltarle a la yugular, porque una cosa es que yo sepa cómo es mi madre, y otra, que permita que otros me lo digan. Sobre todo, cuando esos otros son desconocidos. El problema es que no sé por qué le parece triste, en vez de sucio, y eso, aunque no quiera, hace que me interese seguir hablando con él.

—¿Triste?

—Sí —dice sin más.

Sigo mirándolo, pero él se incorpora para atender a otro cliente. Cuando acaba, me mira, coge un trapo y se pone a limpiar la barra haciendo círculos. No deja de mirarme, pero tampoco

dice nada más. La impaciencia está empezando a hacer mella en mí, pero quiero que expanda su respuesta por sí solo. Pasados más de diez minutos, ya ni siquiera me fijo en mi madre. Ethan sigue sirviendo cervezas y cócteles como si nada y yo estoy muy muy nerviosa.

—¿No me lo vas a decir? —pregunto de malas maneras al final cuando se acerca, aunque sólo sea porque va a coger algo de la nevera que hay debajo del trozo de barra en el que estoy yo.

—¿El qué? —inquiere haciéndose el sorprendido.

—Has dicho que te parece triste, pero no me has dicho por qué.

—No has preguntado.

—¡Claro que sí! —contesto molesta.

—No. Te he comentado que me parece triste, y tú me has dicho: «¿Triste?». Me he limitado a contestar a tu pregunta.

Abro la boca para rebatirle, pero todo lo que puedo hacer es cerrarla y soportar su risita de suficiencia. Entorno los ojos y ladeo la cabeza antes de hablar.

—¿Eres siempre tan insoportable?

—No. Habíamos quedado en que soy un encanto, ¿recuerdas?

Pongo los ojos en blanco y me río, pero porque me desespera su actitud, no porque me haga gracia. Él sonríe con sinceridad y vuelve a apoyarse en la barra.

—Está bien, igual no he sido un encanto del todo.

—Igual no. —Carraspeo, aunque con el sonido de la música no lo habrá oído, y me muerdo el labio inferior antes de lanzar la pregunta—: ¿Por qué te parece triste?

Él apoya las manos en la barra estirando los brazos y haciendo que me fije en lo largos que son. En realidad, es bastante alto y… Vuelvo a centrarme en su cara, pensando que sonreirá al ver que me he quedado un poco embobada otra vez, pero su semblante es neutro. Se muerde el moflete por dentro en un gesto pensativo y frunzo el ceño, porque no sé si me gusta que tenga que pensar tanto sus próximas palabras. Cuando por fin habla, no puedo ocultar mi sorpresa.

—No llevo aquí mucho tiempo, pero sí más que ella. Viene, baila, provoca, se entrega y revoluciona el local, a muchos hombres y a algunas mujeres. No tendría nada en contra si no pensara que, al final, ni siquiera siente tanta satisfacción como hace ver. Creo que es triste porque dudo que se dé un valor real. Se entrega a cambio de nada. Parece difícil ser feliz así.

Sonrío con dulzura y estiro mi mano para palmear la suya con delicadeza. Cuando él me mira, niego con la cabeza con lentitud.

—Es muy bonito que pienses así, pero, créeme, ella es feliz. Ha sido feliz así toda su vida.

—Pero…

—Mira, hay gente que va por la vida intentando pensar en eso de «Vive el ahora». Bueno, pues Alma no lo piensa, lo hace. Ella vive sólo en el presente y no piensa en las consecuencias de ninguno de sus actos. Hace en cada momento lo que le place y el resultado es lo de menos, porque mientras lo lleva a cabo es feliz.

Vuelve a mirar a mi madre y puedo ver cómo intenta ponerse en mis zapatos para entenderme, pero eso es imposible. No me conoce, ni yo a él, así que no puede comprender todas las veces que Alma me ha dejado tirada para ir tras un hombre y luego me lo ha contado como si yo debiera aplaudir sus actos, en vez de recriminarle que no me hiciera caso. Ella no concibe la

idea de poner a alguien por delante de sus necesidades. Ni siquiera a su propia hija. No es que lo haga con maldad, es que es tan egoísta por naturaleza que no comprende la idea de hacerme feliz sólo porque sí. Me repitió hasta el cansancio durante toda mi vida que nosotros somos los responsables de buscar nuestra propia felicidad sin pensar en nada más. El problema es que ella no piensa en nada más, pero a mí me obliga a pensar en ella, porque, si no lo hago, acabará debiendo dinero a medio mundo, o volviendo del revés la vida de Iris, o haciendo Dios sabe qué y dónde. Ella me inculcó que debía ser libre a pesar de todo y de todos, pero luego, sin darse cuenta, me corta las alas más que nadie. Y así llevamos ya una vida entera…

—¿Y tú? —pregunta Ethan sacándome de mis pensamientos—. ¿Vives también el presente sin pensar en el futuro?

Podría contestarle la verdad: que por culpa de mi infancia soy incapaz de dejarme llevar hasta ese punto, pero sigue siendo un desconocido, así que me limito a sonreír, levantarme del taburete y coger el botellín de cerveza.

—Demasiadas preguntas para una sola noche, amigo.

Él se ríe y, en vez de insistir, se endereza mirándome de pies a cabeza con una mirada tan sexy que me pone un poco tonta, pero asumo que es por las cervezas de más y me doy la vuelta para buscar a mi tía, a la que he perdido de vista hace un rato. Doy un rodeo por el pub y, cuando no la encuentro, pienso que igual está en el baño. Observo a mi madre antes de dirigirme allí, pero justo ahora está en la barra pidiendo a un chico que no es Ethan una nueva bebida.

Recorro el pasillo que lleva hacia los baños y, cuando entro, me encuentro con mi tía mirándose en el espejo fijamente.

La observo sin decir nada durante unos instantes. Quiero determinar su estado de ánimo, pero la verdad es que me resulta difícil. Al final suspira, me mira a través del espejo y sonríe con desgana.

—Hola, cielo. ¿Todo bien?

—Ajá. ¿Y tú?

—Sí, sí, todo bien. —Suspira y sé que no todo está bien, pero aun así decido que, si no quiere contármelo, es mejor que yo no insista—. ¿Qué te parece el pub?

—Me gusta mucho. —Sonrío, esta vez con sinceridad, y ella me devuelve el gesto—. Y Matt parece un tío genial.

—Ya, bueno, tiene ratos.

Oh. Bien, vale, el problema es con Matt y no sé bien cómo afrontarlo, porque intuyo que algo de lo que sea que le pase es culpa de mi madre. Aun así, me acerco y hago que me mire a los ojos.

—¿Todo bien?

—Sí, claro.

—¿Segura? ¿Has discutido con él o algo?

—En realidad, no. No hemos discutido porque él no es nada mío, así que reclamarle algo no tiene sentido.

—¿Y qué tendrías que reclamarle? —pregunto.

—Nada, déjalo.

—Es por mi madre, ¿verdad?

—Sí y no.

—Iris, no te entiendo. ¿No decías que estabas harta de estar sola? —Ella asiente y yo aprovecho para presionar—. Entonces empieza por contarme lo que sea que te ocurre para que dejes de sentirte así.

Ella duda un poco, pero al final suspira y se acerca a mí tanto que nuestras frentes casi se rozan.

—Desde que ella llegó es como si… como si yo no fuera suficiente para Matt.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Te ha dicho eso? ¡Será cerdo!

—¡No! —Ella bufa y niega con la cabeza—. No me lo ha dicho, pero es algo que tengo metido aquí. —Se señala la cabeza y chasquea la lengua—. Él está cansado de decirme que no responde a sus intentos de acercarse, y lo creo, pero luego la veo contonearse y pienso en todas las veces que ha puesto su mirada en un chico y él no ha podido resistirse y…

—Si Matt está bien contigo, no tiene por qué ir con ella. Habría que ser un hijo de puta para acostarse con la hermana de la chica con la que sales.

—Nosotros no salimos, Lía, ésa es la cosa. Quedamos, echamos un polvo rápido porque yo no puedo ausentarme mucho del hostal y ya.

Ahí está el problema real de todo esto: la inseguridad.

No me malinterpretes, estoy convencida de que mi madre está intentando tirarse a Matt, pero si a eso le sumas la inseguridad que sufre Iris, desde siempre, cuando de su hermana mayor se trata, las paranoias aumentan. Es normal, la entiendo porque yo misma sufro lo mismo cuando estoy cerca de mi madre. Dios, la pinto como si fuera un monstruo, pero no lo es, es sólo que es el tipo de persona tóxica que acaba por hacer daño hasta sin querer, como en este caso.

No sé lo que piensa Matt al respecto, no lo conozco, pero sé que mi tía necesita reafirmarse un poco en esta relación. Poner las cartas sobre la mesa y dejar claro lo que quiere, lo que le gustaría y lo que tienen. Y, si no coincide con lo que quiere él, pues, bueno, mejor ahora que más tarde, ¿no?

—Mañana nos vamos —le digo con toda la seguridad que soy capaz de reunir.

Intento sonar convincente de verdad, porque en realidad no sé si podré sacar a mi madre de este pueblo con facilidad, por más que me haya asegurado que, si venía hoy, sí que nos iríamos.

—No hace falta que sea tan pronto y…

—Mañana nos vamos. Haremos las maletas por la mañana y por la tarde saldremos. Iris, tú te mereces estar tranquila y ser feliz, y con ella por aquí no vas a conseguirlo.

—Pero es que… —Bufa y me mira con nerviosismo—. Yo quiero tenerte cerca más a menudo, y siento que, si no es porque ella viene y tú tienes que venir a buscarla, no te veo.

—Yo también te echo de menos, pero tú necesitas centrarte un poco en ti. Apenas tienes vida con el hostal y lo último que precisas es que nosotras te robemos el poco tiempo libre que te queda. —Cojo aire y suelto todo lo que tengo que decir—: Lo último que necesitas es que mi madre te dé dolores de cabeza con respecto a lo de Matt.

—No es más que un rollo.

—Pero tú quieres más. —Su silencio me confirma mis sospechas—. Habla con él, Iris.

—No puedo… Me da miedo que me rechace.

—Si tiene que rechazarte, cuanto antes, mejor.

—Sé que tienes razón, pero no es tan fácil.

—Ya, supongo…

—¡Ey, chicas! —Ethan entra en el baño y estoy a punto de gritarle cuando sus manos se alzan en señal de *stop* y señala el pub—. Siento interrumpir, pero Alma está armando una gran fiesta ahí fuera. Quizá deberíais salir y frenarla un poco.

Sus palabras me ponen los vellos de punta porque ya imagino lo que está pasando y, en cuanto salimos y llegamos a la pista central, comprobamos que, en efecto, yo tenía razón. La chica que acompañaba al cuarentón de pelo cano tiene a mi madre enganchada por los pelos, pero ésta ha conseguido alzarle la camiseta hasta las axilas y le araña la espalda con ganas, así que no se puede decir que no esté repartiendo su parte. Matt está en medio junto al novio o marido o lo que sea de la chica y, en cuanto logran separarlas, camino hacia mi madre.

—¡Nos vamos!

—Pero ¿qué dices? ¡Ahora es cuando esto se ha puesto interesante!

—¡Mamá, nos vamos!

—Lía, no seas aguafiestas y…

—Alma, mueve el puto culo, joder, no nos hagas pasar más bochorno —dice Iris entre dientes mientras todo el pub nos mira.

Si para mí no es fácil que esta gente nos esté mirando como si fuéramos la peste, imagino que, para mi tía, mucho menos. Ella tiene que vivir aquí, después de todo, así que es lógico que esté deseando que se la trague la tierra.

Conseguimos sacar a Alma del pub mientras se queja porque, según ella, falta demasiado para que amanezca y le prometimos una fiesta por todo lo alto.

—Si dejaras de flirtear con hombres pillados, no estaríamos de vuelta tan pronto.

—No tengo la culpa de ser deseable, Iris. Quizá deberías haberte fijado para aprender algo. ¡Quizá esa zorra debería fijarse en mí para aprender algo y que así su hombre no mire a otras mujeres!

La frase por sí sola es bochornosa, pero que la haya dicho justo cuando la puerta del pub se abre y sale Ethan hace que se convierta en algo…, bueno, ni siquiera tengo palabras para la vergüenza que siento en estos momentos.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Todo perfecto, guapo —contesta mi madre—. En este pueblo la gente es un pelín recatada y se asusta por nada, pero como somos unas señoras, nos vamos antes de que la cosa llegue a más.

Iris resopla con impaciencia, y la entiendo, porque yo misma estoy deseando cerrarle la maldita boca a mi madre con cinta de carrocero.

Ethan ignora sus palabras y vuelve a mirarme.

—¿Necesitáis que os lleve? Tengo el coche de mi hermano justo aquí y…

—No hace falta —mascullo—. Llamaremos un taxi.

—Pero tardará un rato y yo puedo llevaros ahora mismo.

—Ay, pues se agradece, porque los pies me están matando —dice mi madre.

—Hace cinco minutos no parecía dolerte nada —le contesto en tono borde.

Alma se ríe a carcajadas, pasa un brazo por mis hombros y besa mi pelo antes de mirar a Ethan y sonreír mientras pasa el dedo índice por su pecho con todo el descaro del mundo.

—Cuando un hombre así de guapo se ofrece a hacer de chófer, una no se niega nunca, cariño. Ésa es una lección que no deberías olvidar.

Bufo por respuesta y, cuando Ethan saca el mando de una camioneta y aprieta el botón, haciendo que las luces de ésta se enciendan, mi madre se dirige hacia ella sin dejarnos opción de nada más. Iris camina en silencio y yo me quedo la última para poder dirigirle unas palabras a Ethan.

—No tenías por qué.

—Quiero cambiar mi respuesta —susurra mientras nos dirigimos a la camioneta.

—¿Qué?

—Quiero cambiar mi respuesta. Es triste, pero no por los motivos que dije antes.

Frunzo el ceño hasta que comprendo de qué habla.

—¿Te refieres a lo que has dicho de ella?

—¿Sabes lo que es triste de verdad? Que tú tengas que aguantar esto siempre, porque algo me dice que ésta no es la primera vez que salís así de un pub. —Mi silencio debe de valerle como respuesta, porque frunce los labios y pone una mano en la parte baja de mi espalda—. Vamos.

No dice nada más y llegamos al coche en silencio. Hacemos el camino sin decir ni una sola palabra. Ni siquiera Alma habla, lo que es raro de narices, pero cuando la miro, puesto que yo voy en la parte delantera y ella en la trasera, me doy cuenta de que va dormida sobre el hombro de Iris. Es increíble la capacidad que tiene para pasar de todo y dormir como los ángeles.

Cuando llegamos al hostal, bajamos y entre mi tía y yo la ayudamos a entrar, porque parece que el paseo en coche le ha removido todo lo que se ha bebido y ahora sí es evidente que va borracha.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta Ethan.

—No, no te preocupes —contesto—. Gracias por traernos

—De nada. —Sonríe y se mete las manos en los bolsillos—. ¿Te veré por el pueblo?

—Me voy mañana.

—Oh. ¿Mañana? —Asiento y él me imita—. Bueno, pues… buen viaje.

Sonrío mientras empiezo a caminar de nuevo hacia el interior.

Lo que voy a contar a continuación lo haré en modo resumen, porque no veo otro modo de explicar esto para que se entienda.

- A Alma le cuesta mucho mucho subir la escalera, así que Iris y yo la llevamos a la planta superior.
- Alma vomita en el pasillo.
- Alma vomita en el baño.
- Alma vomita en la ducha algo de color rojo que no es sangre, pero eso lo descubro cuando

consigo que me aclare que se ha tomado unos chupitos a escondidas.

- Alma sale de la ducha desnuda e intenta hacer un baile sexy mientras mi tía y yo intentamos frenarla.
- Alma resbala.
- Alma se agarra a mi tía.
- Alma empuja a mi tía hacia el suelo para no caerse ella primero.
- Alma cae encima de mi tía, que a su vez cae de costado mientras su pierna queda atrapada entre el desnivel del suelo, la ducha y el cuerpo de mi madre, que la aplasta casi por completo.
- Se oye un crujido muy muy desagradable.

Una hora después, salimos de casa del médico y cogemos el taxi que al final hemos tenido que llamar para que nos traiga. Iris luce una bonita escayola en la pierna que se ha partido, mi madre está durmiendo la mona con toda la tranquilidad del mundo en el hostal y yo me doy cuenta de que mi estancia en Elí de Sol acaba de alargarse de manera indefinida.

5

La primera mañana en el hostal es caótica. Alma se ha negado a salir de la cama para ayudarme en las tareas normales, así que me ha tocado hacerlo todo. Agradezco al cielo que justo hoy se haya ido una familia que teníamos hospedada, dejándome sólo con una pareja a la que aún le faltan unos días, porque no tengo ni idea de cómo manejar el hostal sin ayuda, así que imagina si encima se llena de gente. La parte buena es que el doctor le dio a Iris unos calmantes tan fuertes que aún está durmiendo, y mejor, porque no quiero que vea el desastre que he armado en la cocina para hacer el desayuno. Claro que, por otro lado, hacerlo es lo que cuenta, ¿no? Y encima estaba comestible, así que más no se me puede exigir.

Cuando Iris por fin despierta son las doce pasadas y mi madre aún no ha resucitado.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto mientras la obligo a tomar un poco de zumo de naranja recién exprimido.

—Como si me hubiese pasado un camión entero por encima. ¿Qué hora es? ¿Y cómo va todo en el hostal? ¿Avisaste a María?

—No, no vi la necesidad cuando yo podía hacerme cargo de todo.

—Pero, cielo, tú no sabes llevar esto.

—Me vas a perdonar, pero para dar salida a unos huéspedes y hacer el desayuno a una pareja de enamorados no hace falta tener un máster en dirección de hoteles.

Iris sonríe y suspira mientras cierra los ojos un momento y se acomoda en las almohadas.

—Supongo que tendré que tramitar mi baja y contratar a María de manera temporal para que lleve el hostal.

—No tienes dinero para pagarle tanto tiempo seguido. Aún estamos en temporada baja.

—Ya me apañaré. Además, tengo a Dolores y dentro de dos semanas son las fiestas y tendré más ingresos.

—Más ingresos y muchos más gastos. Es una tontería que pagues a María por algo que yo puedo hacer.

Ella se endereza en la cama y niega con la cabeza de inmediato.

—No, ni hablar. Tú te ibas hoy y…

—Y nada. ¿Crees que voy a irme y dejarte así? —Ella hace una mueca y yo niego con la cabeza—. Además, esto en parte es culpa mía, así que…

Mi tía me mira con una mezcla de indignación y sorpresa.

—No te atrevas a culparte por los errores de Alma. No más, Lía. Ella es la única responsable

de sus actos y de que yo esté así.

Me quedo en silencio porque, aunque sé que tiene razón, no puedo evitar culparme un poco. Debería haberme llevado a mi madre de aquí ayer mismo. No tendría que haber esperado tanto sabiendo, como sé, los estragos que Alma suele causar. Sin contar con que salir de fiesta con ella fue una de las peores ideas de mi vida, o por lo menos de los últimos años.

Suspiro, porque ya no tiene sentido pensarlo más, y cuadro los hombros dispuesta a luchar con mi tía para que entienda mi punto de vista.

—Estoy en paro, tú tienes un puesto vacante de, mínimo, cuarenta días, y yo sólo te pido a cambio comida y techo. Es un buen trato para las dos, y lo sabes.

—Me sabe mal no poder pagarte y…

—Me pagas con tu compañía, y tengo ahorros para los pocos caprichos que suelo tener.

—Te daré un mínimo, lo que sea.

Me doy cuenta de que, de forma inconsciente, ya ha aceptado que me quede, y sonrío.

—Vale, vale, me pagarás algo simbólico para que pueda tomarme una cerveza cuando se me antoje.

—Lía…

—Estaremos bien. —Me siento a su lado en el borde de la cama y cojo sus manos—. Dijiste que te sentías sola y que te gustaría tenerme por aquí más tiempo, ¿no?

—Sí, lo sé. Y estoy feliz de que quieras ayudarme, pero me sabe muy mal por ti. ¿Qué pasa con tu piso?

—Tengo cubierto el próximo mes de alquiler. Deja de preocuparte —susurro—. Voy a traerte un poco de caldo y luego iré al súper a comprarte un montón de revistas para que no te aburras y me dejes tranquila.

Ella se ríe entre dientes y se muerde el labio antes de asentir y abrir los brazos. No tardo ni dos segundos en refugiarme en ellos y cerrar los ojos con fuerza. En momentos así, aunque nuestra diferencia de edad sea poca y parezcamos más hermanas que tía y sobrina, deseo con todas mis fuerzas que ella sea mi madre. O no, eso no. Deseo, simplemente, que mi madre no esté en nuestras vidas. El pensamiento llega rápido, intenso y devastador, como siempre. Y, como siempre, dura sólo un segundo, lo suficiente para que me sienta mal por tenerlo y me enderece en la cama después de besar la mejilla de mi tía.

—Ohhhh, qué estampa tan bonita —dice Alma desde la puerta.

La miro y me doy cuenta de que se ha duchado y se ha puesto ropa limpia. Unos vaqueros, un jersey que, para mi asombro, es bastante decente y unas botas con poco tacón. Creo que es, de lejos, la imagen más maternal que tengo suya, lo que me indica que está arrepentida por lo que pasó y que ahora viene una escena lacrimógena de esas que tan incómoda me hacen sentir.

—Vamos a la cocina —digo levantándome para intentar evitarlo—. Quiero que me ayudes a limpiar, y tendremos que organizar nuestro trabajo desde hoy.

—¿Cómo que organizar nuestro trabajo? —pregunta sorprendida—. Nos vamos esta tarde.

—No, no nos vamos. Vamos a quedarnos aquí para trabajar y cubrir a Iris, que está en la cama con la pierna escayolada por tu culpa, ¿recuerdas?

El arrepentimiento cruza sus ojos y mira a su hermana, que se limita a observarse las uñas.

No es un gesto altanero, al revés. Está tan incómoda que no quiere ni mirarla a la cara, y la entiendo a la perfección.

—Escucha, Iris, cielo, siento muchísimo lo que te sucedió. La verdad es que pensé que no pasaría de un esguince, pero por lo que veo fue un poco peor que eso.

—Sí, Alma, fue un poco peor. Me rompiste la pierna.

—Lo siento mucho —asegura adelantándose y sentándose a su lado, donde hace unos segundos estaba yo—. Mira, entiendo que ahora mismo estás un poco jodida, pero tienes que tomarte las pruebas que nos da la vida con optimismo. Ahora tienes más tiempo para estar en la cama.

Abro la boca un poco alucinada por el hecho de que su disculpa esté siendo la más rara de todas las disculpas que he presenciado hasta el momento. Bueno, no, tratándose de Alma, las tiene peores, pero en una persona normal eso es una mierda de disculpa, la verdad. Aun así, Iris se encoge de hombros y consigue sonreírle. Creo que actúa así para que se largue de una vez y deje de incordiarla. Yo lo haría.

—Tranquila. Estoy muy cansada, el calmante todavía me hace efecto y tengo mucho sueño, así que, si no te importa…

—Claro que sí. Tú no te preocupes, que nosotras nos encargamos de todo. Descansa, preciosa.

Iris asiente, cierra los ojos y miro escéptica cómo mi madre la tapa con la manta y hasta besa su frente en un gesto de lo más maternal. Me la imagino pensando que con esto salda sus errores de anoche, y como no tengo ganas de discutir salgo de la habitación y espero en la cocina a que ella haga lo mismo. Cuando por fin aparece, viene con una cara neutra, así que decido que lo mejor que puedo hacer es actuar con normalidad.

—Tengo que ir al pueblo. El doctor nos dijo anoche que intentaría conseguir unas muletas prestadas para Iris, así que voy a recogerlas, a la farmacia y al súper. Tú ponte a limpiar la cocina.

Ella se queda en silencio y yo cojo la mochila de tela vaquera que siempre suelo llevar en vez de bolso, porque me resulta mucho más cómodo, y me aseguro de que tengo las llaves y el monedero. Estoy a punto de salir cuando oigo a mi madre.

—No podemos quedarnos, Lía.

Me giro con lentitud, pues está detrás de mí, apoyada en la isla de la cocina y mirándome con cara de cordero degollado. Entorno los ojos, instándola a explicarse y, cuando no lo hace, hablo despacio, para que me entienda sin problemas.

—¿Qué quiere decir eso?

Ella resopla y se pasa las manos por el pelo, visiblemente agobiada.

—Escucha, cariño, yo sé que quieres mucho a tu tía, y yo también, de eso no cabe duda. —Elevo las cejas, pero ella ignora mi gesto y sigue—: Te prometí que nos marcharíamos hoy y eso haremos. Tú tienes que buscar trabajo y yo tengo que seguir con mi vida. No podemos quedarnos aquí para siempre sólo porque me hayan roto el corazón. Siento que es hora de seguir con mi vida y…

—Para —le digo acercándome a ella—. Cierra la boca, Alma, porque si sigues, no sé cómo

acabaré reaccionando.

Ella obedece porque sabe que son pocas las ocasiones en que consigue cabrearme, pero no le gusta la experiencia ni un poquito.

—Cariño, escucha…

—No, escucha tú. Mi tía está en la cama con la pierna escayolada porque tú se la rompiste. Has estado jodiendo aquí durante días mientras ella soportaba tus idas y venidas, iba a recogerte al pub cuando te emborrachabas más de la cuenta o te daba por pelearte con alguien del pueblo. Estoy segura de que incluso ha aguantado las malas miradas o los reproches de los que son sus vecinos y, ahora que te necesita, ¿te vas? ¿Acabas de decidir que ya no tienes el corazón roto?

—Lo haces parecer rastrero y…

—¡Es rastrero! ¡Es rastrero, inmaduro y cruel! —Tomo aire para controlarme. Intento no gritar porque Dolores está en la recepción y no quiero que se asuste. Sin contar con Iris, claro—. Escúchame bien, mamá, vamos a quedarnos aquí, vamos a trabajar en el hostal y vamos a estar al pie del cañón el tiempo que ella necesite.

Mi madre permanece en silencio un segundo. Está calculando mi cabreo, y es curioso, porque estoy a tope de adrenalina y mala hostia y es algo bastante visible, así que no sé cómo es que está pensando en la posibilidad de seguir intentándolo, pero Alma es incansable cuando de conseguir sus metas se trata, así que no se rinde a la primera.

—Yo no puedo parar mi vida sólo porque ella se ha roto una pierna, Lía. Eso sí que sería egoísta de su parte.

—¡Le has roto la pierna tú! —Podría preguntarle cómo puede ser tan egoísta de mierda, pero es que sé que ella no se lo considera. De pronto ha decidido que tiene que seguir con su vida y ya no le importa nada más, así que tomo la solución rápida—. Escúchame bien, yo me voy a quedar aquí. Tú puedes hacer lo que te dé la gana. —Ella parece respirar de alivio hasta que sigo hablando—. Eso sí, si te vas, puedes olvidarte de mi ayuda la próxima vez que la necesites. No cuentes con mi dinero, y ten por seguro que cuando acabes jodiéndola de alguna forma, que lo harás, yo no estaré ahí para recoger tu mierda.

—Estás siendo muy injusta.

—Estoy siendo muy sincera. Nunca te he pedido nada, Alma, jamás. Ni siquiera cuando debería haberte exigido ciertas cosas fundamentales lo hice, pero esto sí te lo voy a dejar claro: si te largas, puedes olvidarte de mí para sacarte las castañas del fuego. Te lo juro por mis hermanos.

Ella aprieta los dientes y me mira mal. Acabo de tocar la tecla que más le duele, y lo sé. Odia que hable de mis hermanos porque asegura que ellos no son nada mío, que mi padre no es más que un donante. No soporta pensar que él ha rehecho su vida, que tiene dos hijos y una mujer que lo quieren y a los que él quiere. Pero lo que menos soporta, sin duda, es que yo me lleve bien con esa mujer y quiera a esos niños como lo que son: mis hermanos. Y tiene sentido, porque me imagino que cuando se para a pensar en ello se da cuenta de que, en la balanza de la comparación en lo que a buenos padres se refiere, ella pierde por mucho.

—No seré feliz aquí.

Quiero decirle que dudo mucho que sea feliz en alguna parte, pero como discutir con ella es imposible y ya estoy bastante cansada de toda esta mierda, me limito a sonreír un poco y a

encogerme de hombros.

—Tienes que tomarte las pruebas que nos da la vida con optimismo, mami —digo repitiendo las mismas palabras que ella le ha dicho a mi tía Iris.

Está sorprendida, lo sé, y cabreada, y agobiada y estresada, pero es que no me importa. Ha jodido a mi tía, que es una de las personas que más quiero en el mundo, y no contenta con eso ha intentado largarse lavándose las manos, como siempre. Esta vez no puedo permitirle hacer lo que le dé la gana. No puedo y punto, así que cojo la mochila, me la cuelgo y salgo de la cocina en dirección a la recepción, donde cojo las llaves de la camioneta de mi tía y me voy.

El trayecto hacia el pueblo lo hago nerviosa. Por un lado, estoy orgullosa de haberle dejado las cosas claras a mi madre, pero por otro estoy pensando si la encontraré cuando vuelva. No sería de extrañar que se largara, no creas. La quiero aun con sus fallos, que son muchos, y asumo que quedarse cuando las cosas se tuercen nunca ha sido su especialidad. No obstante, espero que esta vez me haga caso, aunque sólo sea por ese egoísmo que la maneja y porque piense que voy en serio cuando le hablo de no ayudarla nunca más en nada.

Recojo las muletas en casa del doctor, que me pregunta cómo lo haremos ahora con el hostal. Le explico que voy a quedarme yo al cargo y sonríe con amabilidad.

En la farmacia no me sonríen con tanta amabilidad. Las últimas veces que he venido a este pueblo he comprobado que no soy bien recibida en ciertos sitios sólo por ser la hija de Alma. A mucha gente no se le olvida que se acostó con un chico a punto de casarse y, como suele pasar en los pueblos tan pequeños, me hacen pagar a mí por lo que hizo mi madre. Aun así, compro lo que necesito y salgo en dirección al supermercado. Aquí nadie es antipático conmigo, o al menos no de forma abierta, así que mi compra termina antes de lo que tengo previsto. Eso sí, imagino que cuando se corra el rumor de lo que pasó anoche en el pub con aquella pareja, nos ganaremos unos cuantos enemigos más. Suspiro y subo a la camioneta dispuesta a volver al hostal. No tengo que preocuparme por la comida porque la pareja me aseguró esta mañana que se iban de excursión y volverían ya por la tarde, así que decido hacer una última visita.

Son casi las dos de la tarde y no sé si el pub estará abierto, pero en cuanto llego a la puerta descubro que sí, pues la camioneta de Matt está aquí. Recuerdo el viaje que hicimos anoche en ella y me parece mentira que en cuestión de horas los planes hayan cambiado tanto.

Nada más bajar, alguien o algo se abalanza sobre mí y me lleva unos segundos comprender que es un perro. Grito al principio, sólo porque es bastante grande y no deja de ponerse de pie echándome las patas. Me pego al coche y me quedo petrificada al darme cuenta de que, cuando se pone de pie, sus patas llegan a mis hombros. Dios mío, es enorme y tiene unos dientes inmensos y…

—*¡Summer!* —grita alguien.

En realidad, lo oigo porque ese alguien repite el nombre muchas veces y en un tono nada amistoso. Los oídos me rugen con fuerza y cierro los ojos convencida de que moriré aquí mismo atacada por un perro gigante, porque es gigante, joder. Me cuesta trabajo respirar y no dejo de esperar el mordisco que acabe con mi vida, pero unos segundos después me doy cuenta de que el peso ha cedido y ya nada me empuja contra la camioneta, aunque yo sigo con la espalda pegada a la puerta y las palmas de mis manos están haciendo un molde en la carrocería, estoy segura.

No sé por qué no me ataca el chucho, pero pasados unos momentos más decido que tengo que hacer acopio de valor y abrir los ojos. Lo hago con lentitud y me encuentro con dos cosas:

1. El perro no parece tan fiero así, visto de lejos. Es un labrador de pelo rubio y me acaba de robar diez años de juventud de golpe.
2. El que lo sujeta no es otro que Ethan, que me mira con preocupación mientras agarra el cuello del animal.

—Lo siento. Normalmente no se acerca a la gente, pero se ve que le has gustado. Aunque no te lo creas, sólo quería jugar.

—Jugar… —susurro con voz temblorosa.

Me esfuerzo por prestarle atención y es entonces, al fijarme en su cara, cuando me doy cuenta de que está intentando no reírse. Sus labios tiemblan y yo entorno los ojos, esta vez bastante cabreada.

—¡Tu perro casi me asesina!

Ahora ya no hay temblor en sus labios. Su boca se abre y la carcajada suena limpia y grave.

—Mujer, ¡qué exagerada! Sólo quería darte un besito de bienvenida.

—Él, él, él… —Señalo al chucho y trago saliva—. ¡Se me ha echado encima!

—Es ella.

—¿Eh?

—Ella. Es una chica. —Sonríe y se agacha junto a la perra—. *Summer*, te presento a Lía, la chica más guapa y miedica de todo el pueblo.

No sé si flipar más por el hecho de que se tome a risa el susto que acabo de llevarme, o por eso que ha dicho de que soy la más guapa del pueblo… Por suerte, no tengo que pensarlo mucho más, porque la puerta del pub se abre y Matt sale mirándonos con curiosidad.

—¿Qué pasa aquí? ¿Todo bien, cielo? —me pregunta.

Recuerdo el motivo de mi visita y hago acopio de valor, acercándome a donde él está y, por tanto, a donde están Ethan y *Summer*. La perra mueve la cola y hace amago de saltar, yo doy un saltito en el sitio, sobresaltándome, y Ethan se ríe y la agarra con más fuerza. Trago saliva y me centro en Matt y en lo que he venido a hacer.

—Pues, verás, anoche tuvimos un pequeño percance y…, bueno, Iris no me ha dicho que te informe de nada, pero he pensado que deberías saber que ella…

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

Su preocupación casi me hace sonreír. De verdad, ¿cómo puede mi tía pensar que este hombre no quiere estar con ella en serio? Sus ojos azules se clavan en mí y me doy cuenta de que, a la luz del día, Matt impone todavía más.

—Sí, sí, está bien. Bueno, bien si quitas que se ha partido una pierna, claro.

—¿Que se ha…? ¿Dónde está? ¿Y cómo cojones se la ha partido?

—Está en el hostal, y la historia de cómo se la ha partido mejor dejo que te la cuente ella porque…

No tengo tiempo de decir nada más, porque Matt pasa por mi lado y entra en su camioneta a

la velocidad del rayo. Antes de poder darme cuenta, se ha largado y me ha dejado a solas con la perra y su simpático dueño.

—Bueno, pues yo ya he dado la noticia, me voy.

—Entonces ¿te quedas? —pregunta Ethan detrás de mí mientras me dirijo hacia la camioneta.

—¿Qué?

—Anoche dijiste que te ibas hoy, pero ahora que tu tía tiene una pierna rota, te quedas, ¿no?

Me giro para mirarlo antes de abrir la puerta y ladeo la cabeza, estudiando su postura. Parece relajado, pero hay algo en sus ojos que… ¿O será que, tal como imaginé anoche, a la luz del sol son todavía más azules e hipnóticos?

—¿Qué te hace pensar que me quedo?

—No la dejarías en la estacada.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Tu madre, puede, pero tú no. No necesité más que una noche para ver cuánto la quieres.

Sonrío sin poder remediarlo, porque me gusta que sea tan observador, aunque no vaya a decírselo.

—Sí que la quiero mucho.

Me giro, abro la puerta, y estoy ya dentro cuando sus nudillos golpean en el cristal.

—¿Entonces? ¿Te quedas? —pregunta.

Sonrío por respuesta, doy marcha atrás y salgo en dirección al hostal mientras me doy cuenta de que el hecho de que parezca interesado en que me quede hace que me sienta… bien, y rara.

Aparte de eso, tengo la convicción de que, durante el tiempo que esté aquí, este pub y este chico van a formar parte de mi vida.

6

En cuanto llego al hostal me concentro en buscar algo que me indique que mi madre sigue aquí y, cuando veo su chaqueta colgando de la silla de la cocina, respiro de alivio. Aunque no quiera admitirlo, una parte de mí estaba convencida de que se habría largado dejando una nota. O no, porque escribir notas tampoco es lo suyo.

Entro en el ala personal y camino hacia el dormitorio de Iris. Toco con los nudillos en la puerta y, cuando me dan permiso para entrar, asomo la cabeza y me encuentro con Matt sentado en una silla al lado de la cama, agarrando la mano de mi tía. Sonrío un poco cuando ella entorna los ojos, culpándome de haber llamado al chico del que anda colgada. No me arrepiento, la verdad, creo que él debía saberlo y, además, puedo ver que, en el fondo, está encantada de tenerlo aquí.

—¿Todo bien? ¿Necesitas algo?

—Estoy bien —dice ella—. Matt estaba contándome que has conocido a *Summer*.

Abro la boca y miro al susodicho elevando las cejas.

—Es imposible que lleves aquí más de cinco minutos, ¿y lo primero que le has contado es que he conocido a la perra de Ethan?

Él se encoge de hombros sonriendo y hace una mueca graciosa y adorable. Adorable porque es tierno ver a un armario empotrado hacer muecas aniñadas.

—Intentaba dejar claro que, al parecer, te has llevado un pequeño mal rato gracias a mi perra, así que deberías estar agradecida porque así no te echará tanto la bronca por haberme avisado.

—¿Tu perra?

—Sí, mi hermano sólo la cuida a ratos.

Me fijo en él otra vez y me pregunto cómo demonios es posible que sean hermanos si, en realidad, sólo se parecen un poco en el tono de ojos. ¡Y ni eso! Matt tiene la mirada mucho más dura que Ethan. Recuerdo la risa de este último ante el ataque de su perra y…

—Tu perra casi me asesina —le digo a Matt interrumpiendo mis pensamientos.

Él e Iris se ríen de buena gana, y es mi tía la que me contesta.

—Cariño, *Summer* no haría daño ni a una mosca. Es, con toda probabilidad, la perra más cariñosa y tranquila que he conocido en mi vida.

—Os estoy diciendo que esa perra se ha puesto de pie y casi me arranca la cabeza. ¿Por qué iba a mentir?

Los dos vuelven a reír y yo entorno los ojos, pensando de pronto que igual no ha sido tan

buena idea llamar a Matt para que venga.

—Lo más probable es que sólo quisiera darte un besito de bienvenida al pueblo. Mi chica es muy besucona —dice Matt con una gran sonrisa. Luego mira a Iris y alza las cejas—. Tengo la habilidad de rodearme de chicas besuconas.

Ella se sonroja, carraspea y yo tomo la frase como una señal para largarme de aquí y dejarlos flirtear, o avergonzarse, o lo que sea que quieran hacer en la intimidad.

Me dedico a buscar a Alma y la encuentro en uno de los balcones exteriores sacándose fotos mientras hace posturitas con el acantilado como fondo. El paisaje es hermoso, sus morritos posando para la foto, no tanto.

—¿Qué haces? —pregunto, a sabiendas de que voy a arrepentirme.

—Intento hacer una foto en la que se vea el acantilado y mi cuerpo entero, pero no tengo el brazo tan largo. —Me lanza el teléfono y apoya las dos manos en la barandilla mientras me mira sacando pecho—. Hazlo tú, cariño.

—¿Para qué quieres una foto de cuerpo entero?

—Para Instagram, aunque puede que la suba a alguno de mis perfiles en las páginas de contactos en las que estoy registrada.

—Vale, bien, no quiero saber más —contesto de forma seca.

—¿No te has registrado nunca en ninguna de esas aplicaciones?

—No.

—Deberías. He echado muy buenos polvos gracias a ellas.

—Mamá, no me interesa saber cómo es tu vida sexual.

—A mí sí me interesa saber de la tuya. ¿Hay alguien en tu vida? ¿Cuándo fue la última vez que te echaron un polvo de los buenos? Tienes cara de llevar mucho sin disfrutar de los placeres carnales.

La miro negando con la cabeza y disparo una foto más mientras ella cambia de posición, se pone de perfil y se agarra la cintura con una mano mientras con la otra se sujeta la nuca en una postura que me resulta vulgar, descarada, reprobable y un montón de cosas más.

—No pienso contestar a ninguna de esas preguntas.

—Si quieres, puedo intentar organizar una cita doble cuando volvamos a la ciudad.

—No, gracias.

—¿Por qué? Lo pasaríamos genial. ¿Te imaginas? Sería como una noche de marcha, pero acabaríamos follando. Cada una con su respectiva pareja, claro. Una cosa es que, como madre tuya que soy, quiera que disfrutes de una vida sexual activa, y otra que quiera verlo.

—Por Dios, mamá, estás haciendo que sienta náuseas.

—No estarás preñada… Porque puedo perdonarte muchas cosas, pero que me hagas abuela tan joven, no. Eso jamás, Lía.

Intento no reírme, porque esta mujer no tiene remedio. Ella parió con dieciséis años y resulta que le parece mal que yo, con veintisiete, me quede embarazada. No estoy encinta, por supuesto, hace tanto que no echo un buen polvo que creo que he olvidado la técnica y tengo serias dudas con respecto a la regeneración del himen, pero eso Alma no lo sabe y, ya sea por lo que ha pasado con Iris o porque en este momento no tengo mucho que hacer, decido que atormentarla

un poquito puede ser divertido.

—¿Y qué si lo estuviera? —pregunto en un tono que pretende ser dudoso—. Quiero decir…, ¿tan malo sería? ¿Crees que lo haría mal como madre?

Alma me mira con seriedad. Creo que, en el fondo, está flipando mucho con mi cambio repentino de postura. Estoy esforzándome por parecer dudosa, un poco asustada incluso. Mi madre es una mujer inteligente hasta que se siente bajo presión. Si algo se le tuerce de manera inminente, es capaz de razonar con la misma capacidad que la mayoría de las personas, así que no me extraña que su semblante vaya desencajándose por segundos.

—Estás de coña, ¿no? No es que crea que tú puedes ser mala madre, ¡es que yo no puedo ser abuela!

—¿Por qué no?

—Porque… porque… ser abuela restaría todo el morbo a mi persona. Quiero decir, hasta cierto punto, contar la historia de que parí demasiado joven pero ahora ya tengo una hija criada y no pienso pasar por la maternidad de nuevo hace que los hombres mantengan su interés en mí. No todos, que conste, a algunos me limito a mentirles y decirles que estoy soltera y sin hijos, pero bueno, eso no es lo importante. Lo importante aquí es que, si me haces abuela, me quitas todo el morbo de golpe. ¡Nadie quiere follarse a una abuela, por muy joven que sea!

Debería sorprenderme por su enrevesada teoría, pero la verdad es que comprendo que Alma es tan egocéntrica que, de un supuesto embarazo mío, lo único que le interesa son las oportunidades que eso le resta con el género masculino.

—Mamá, escucha, a veces la vida te da sorpresas y…

—¡No, no, no! Si estás preñada, pues abortas, ¿me oyes? ¡Tú no estás lista para ser madre!

—¿Y tú sí lo estabas?

—Por supuesto que no, pero aun así lo hice y, mírate, psicóloga, guapa y responsable. Podría decir inteligente, pero si te has dejado preñar por un don nadie ya puedes tachar eso de tu lista de cosas buenas.

—Quizá no sea un don nadie…

El semblante de mi madre cambia por completo en cuestión de segundos. Sus ojos se avivan con interés, brillan de anticipación, y sus cejas se alzan antes de que su boca lance la pregunta.

—¿No lo es? ¿Es… importante?

—Puede.

—¿Puede? —Alma se acerca a mí y pasa un brazo por mis hombros—. Cariño, dime, ¿te has quedado preñada de alguien que pueda solucionar nuestras vidas?

La miro con seriedad unos segundos y me doy cuenta de que estoy llegando demasiado lejos con esto. La pobre ilusa se está empezando a hacer ilusiones, y diría que casi casi puedo ver en sus ojos varias fantasías a la vez en las que gasta el dinero de su yerno a manos llenas y empieza a vivir como una reina. Como ella cree que debería haber vivido siempre.

—Mamá —digo en tono dulce.

—¿Sí, cariño mío?

—Anoche bebí cerveza.

—Lo sé, mi vida, pero yo tomé unas copitas embarazada de ti y mira lo normal que has

salido.

—Pero ¿qué…? —Estallo en carcajadas porque me parece surrealista que pueda soltar esas cosas como si nada—. ¡No estoy preñada, joder! ¿Y qué es eso de que bebiste estando preñada de mí?

Ella parece estar en *shock* sólo unos segundos, hasta que se da cuenta de que he estado jugando con sus emociones un poquito y toda su indignidad vuelve en modo de defensa pasivoagresiva.

—¿Cómo puedes ser tan zorra? ¡Me has puesto el corazón en la boca por culpa de la preocupación!

Intento no recordarle que hasta hace un par de minutos toda esa preocupación se había esfumado ante la idea de tener un nieto de un tío con dinero. En cambio, voy hacia ella, la abrazo y beso su mejilla.

—Lo siento, mami; sólo quería jugar contigo un poquito.

—La próxima vez sacamos el parchís y, si te parece aburrido, agregamos un chupito por cada ficha que una le coma a la otra. Hay maneras y maneras de divertirse, Lía, y eso no ha tenido ninguna gracia.

—Lo pillo, lo pillo. Lo siento —digo mordiéndome el labio.

Ella alza la barbilla indignada, me mira fijamente y, al final, cuando sus labios vuelven a abrirse, pregunta algo que me deja anonadada.

—Entonces, la posibilidad de que un soltero rico te llene de su esperma queda descartada por ahora, ¿no?

Suelto una carcajada y entro en el hostal después de devolverle su móvil mientras niego con la cabeza y ella se queda haciéndose fotos como si nada. Eso sí, en una cosa tengo que darle la razón, y es que a pesar de todo lo que ha hecho/vivido durante su embarazo y su posterior vida como madre, de alguna jodida manera, ha conseguido que yo salga normal. No sé si el mérito es suyo o ha sido un milagro, pero en cualquier caso me alegro sobremanera de no parecerme en nada a ella.

* * *

El resto del día se me va en organizar un poco el hostal, atender a la pareja que vuelve de excursión y cena lo que preparo, asegurando además que todo está riquísimo, y procurar que Iris descanse y se encuentre lo más cómoda posible. No he podido preguntarle qué tal ha ido la visita de Matt, pero a juzgar por la sonrisa que la ha acompañado casi todo el día desde que él se marchó, yo diría que la cosa va viento en popa.

Alma, por su lado, ha estado toda la tarde intentando escaquearse de las pocas tareas que le he encomendado, y ya al atardecer me ha suplicado que vayamos al pub a por un par de cervezas. Por descontado, me he negado, pero sé que si quiero que permanezca en este pueblo el tiempo necesario para que la pierna de Iris sane voy a tener que darle algún que otro capricho.

Eso sí, por la noche, cuando me meto en la cama enciendo mi portátil, me conecto a Netflix y decido que los caprichos de Alma pueden esperar, por lo menos, un par de días. Ella está a mi

lado protestando hasta el infinito, pero me pongo mis maravillosos auriculares y hago lo mismo que hace ella la mayor parte del tiempo conmigo: olvidar que existe.

7

Ethan

Cierro la tapa del portátil y me froto la cara con brío, intentando deshacerme de la presión que aumenta con el paso de los días. No puedo evitar soltar un maldito gruñido mientras me levanto de la silla porque no puedo creer que esto me esté pasando a mí.

Salgo de la habitación y me meto directamente en la cocina ignorando a mi hermano, que está sentado en el sofá. Cojo una cerveza, la abro y no he acabado de dar el primer sorbo cuando oigo su voz.

—Tienes que calmarte, así sólo vas a conseguir bloquearte más.

Cierro los ojos y aprieto la mandíbula porque esos consejos, que tanto valoraba cuando llegué aquí, empiezan a tocarme los huevos como nadie se imagina. ¿Qué se cree?, ¿que me gusta estar bloqueado? ¿O quizá piensa que me gusta cabrearme cada vez que me siento delante del maldito ordenador?

—No me toques los cojones —replico sin más mientras me siento a su lado—. Pon algo que merezca la pena —digo señalando la tele.

—Me encanta cuando vienes a mí en plan adorable —contesta él con toda la ironía del mundo.

Lo miro mal y cambia de canal suspirando, porque sabe que no estoy para sus mierdas ahora mismo. ¡No estoy para las mierdas de nadie ahora mismo! Cuatro meses. Cuatro asquerosos meses sin escribir ni una sola palabra. Por Dios, es como si me hubiese vuelto un completo inútil de la noche a la mañana. Un día era un escritor de prestigio, disfrutaba del dinero, tenía a mi editora a punto del orgasmo todo el tiempo gracias a los borradores que le mandaba sin parar y mis libros estaban en el top ventas de varios países, y al siguiente, de alguna enrevesada manera, o puede que como un castigo divino, me levanté, fui a correr como cada mañana, me duché como cada mañana, desayuné como cada mañana y, cuando fui a sentarme delante del ordenador, como cada mañana, me di cuenta de que no tenía nada que contar. Nada. Ni una sola palabra.

Al principio no me lo tomé a mal, la verdad; simplemente asumí que, por la razón que fuera, mis musas no tenían un buen día, así que apagué la pantalla y salí al pequeño balcón del apartamento que ocupaba en París. ¡París! Vivía en el jodido París y ni siquiera me preocupaba el alquiler, claro que mi apartamento no era muy grande, apenas tenía dos habitaciones, un baño pequeño, salón y cocina, además de ese balcón del que estaba enamorado, pero estaba en una

buena zona de la ciudad. Una zona que me encantaba porque era tranquila, pero estaba bien comunicada con todo. Aquel día pensaba que ya llevaba allí unos meses y cada vez era más feliz. Tenía la vida bohemia que siempre había soñado. Era muy muy feliz. Lo era. El problema es que cuanto más me lo repetía, más chirriaba algo dentro de mi cabeza. Algo que me decía que me estaba equivocando y que no debería haber dejado Seattle, mi ciudad, tan a la ligera. Mis padres me llamaban a diario para preguntarme cómo estaba, y yo juraba y perjuraba que todo era maravilloso. Tal y como lo había imaginado toda la vida. Ellos sonreían y se alegraban de corazón por mí porque sabían que, desde que había tenido uso de razón, mi sueño había sido ser escritor y vivir en París. No elegí la ciudad por lo bohemia que era, no en un principio, pues sólo era un niño. Fue gracias a una maqueta de la torre Eiffel que me regaló mi abuelo en mi sexto cumpleaños. Me enamoré de ella mientras la construía y, una vez acabada, pedí a mis padres que me llevaran a la biblioteca para saber más de la ciudad en la que se encontraba la que, para mí, se había convertido en la torre más bonita y alta del mundo entero. Ahí empezó mi amor por París, un amor que creció a medida que mi sueño de escribir se desarrollaba. De pronto, parecía casi una señal del destino que me enamorase desde tan pequeño de la ciudad más bohemia habida y por haber. Parecía encajar a la perfección. Cuando le preguntaban a mi padre qué querían ser sus hijos, él contestaba con orgullo que Matt quería tener un pub y yo sería un escritor de éxito residente en París.

Seguí todos los pasos que me había propuesto y en aquel momento, por fin, había cumplido mis sueños. Llevaba unos meses viviendo en París y era…, bueno, no era lo que esperaba, eso está claro, pero aun así era feliz. Era muy feliz. Tenía que ser así. No quería pensar en el hecho de que, desde que había llegado a la ciudad, mi productividad había ido menguando poco a poco hasta llegar a ese día en el que nada salió de mis dedos.

Decidí que lo mejor que podía hacer era dar un paseo. Compré verdura y fruta fresca en un puesto ecológico y volví animado, pensando que después de una buena comida todo iría mejor. Hasta compré una botella de vino y me imaginé a mí mismo esa misma noche tomando una copa y empezando una nueva novela. No tenía de qué preocuparme porque todo iba a la perfección.

Aquella noche no escribí.

La siguiente tampoco.

Ni la siguiente.

Ni las que vinieron durante las semanas posteriores.

Mi desesperación empezó a dejarse ver en algún punto. París ya no me parecía tan bonita, el apartamento era demasiado pequeño, y cada vez que abría el maldito balcón llegaban tantos ruidos de la calle que me resultaba imposible concentrarme. Necesitaba relajarme, alejarme, pero… ¿cómo iba a hacerlo? No podía dejar París. ¡No podía! Joder, había dado la tabarra toda mi vida con vivir en la ciudad del amor y, ahora que lo había conseguido, si decía que no terminaba de llenarme, iban a mirarme como si me hubiese vuelto loco. O no, quizá el problema no fuera eso. A lo mejor el problema residía en que, de alguna forma, sentía que había fracasado, porque era de las pocas personas que al cumplir sus sueños sentía que no era para tanto. No sé qué esperaba el primer día que llegué a la ciudad. O sí, sí lo sé. Esperaba sentirme como me sentí el día que vi mi primer libro a la venta. Orgulloso, radiante, feliz, pletórico. Y al principio fue

así, pero en algún punto del camino tuve que empezar a convencerme cada día de que lo que yo quería era aquello.

Después de ese fatídico primer día vinieron muchos, como he dicho, y un mes después, más o menos, decidí que no podía más y, como la idea de volver a Seattle y enfrentarme a mis padres me resultaba demasiado vergonzosa, decidí dirigirme hacia España, más concretamente hacia Elí de Sol, un pequeño pueblo perdido entre la montaña y el mar donde mi hermano regentaba un pub. En realidad, habría ido dondequiera que estuviera mi hermano, pero saber que vivía en la cabaña que un día fue de mi abuela animó mi espíritu fantasioso. Quizá tenía que volver a mis orígenes o, en este caso, a los orígenes de mi abuela Rosa para encontrar la inspiración que se negaba a volver a mi lado.

De eso hace tres meses, más el que estuve en París bloqueado, cuatro. Cuatro meses sin escribir nada. Ahora comparto cabaña con mi hermano, que aguanta mis arrebatos con buen humor, como es costumbre en él, un pub en el que trabajo como camarero porque no soporto quedarme aquí dando vueltas y un portátil cogiendo polvo encima del escritorio de mi cuarto, porque yo no tengo lo que hay que tener para empezar una nueva novela. Ya no voy a hablar siquiera de que mi editora ha dejado de ser una persona dulce para convertirse en un reproductor de amenazas si no le paso algo pronto. Y ni siquiera voy a pensar que mi cuenta corriente está menguando. Y, sí, tengo bastante dinero ahorrado. No soy un escritor novato que se enfrenta a sus primeros ingresos, pero soy consciente de que necesito escribir más para seguir cobrando.

—Deja de darle vueltas a la cabeza, joder; casi puedo ver el humo saliendo de tus orejas.

Miro a mi hermano y resoplo mientras me retrepo más en el sillón y pongo los pies sobre la mesita baja que hay delante. Doy un sorbo nuevo a mi botellín y suspiro antes de hablar.

—En algún momento tendré que replantearme volver.

—¿Volver? ¿Adónde?

Abro la boca para decirle que a casa, pero es que, físicamente, no tengo una casa. Está la casa de mis padres, claro, pero ése ya no es mi hogar. No porque ellos no vayan a acogerme con cariño, todo lo contrario, pero hace muchos años ya que vivo solo y estoy seguro de que volver a estar bajo su techo me obligaría a acatar sus normas, porque mi madre no comprende que ya tengo treinta y cuatro años y me sigue tratando como si tuviera dieciséis. Creo que incluso se indignaría si llegase a encontrar un condón en mi mesilla de noche. Volver a casa de mis padres no es una opción.

Mi apartamento en Seattle era alquilado, así que lo dejé cuando me mudé a París y allí tampoco compré nada. En definitiva, no existe en todo el mundo ni un solo sitio al que pueda llamar hogar, y la perspectiva es tan deprimente que hasta mi hermano lo nota, porque pasa un brazo por mis hombros y sonríe con sinceridad.

—¿Ves? No tienes que volver a ningún sitio. Estás perfectamente justo aquí, conmigo.

—Matt…

—Volverás a escribir, Ethan, estoy seguro. —Guardo silencio, pero él tira de mi cuello con fuerza y me pega a su cuerpo—. Eh, yo confío en ti, enano.

Bufo un poco, porque odio que siga llamándome enano. Somos adultos, por Dios, pero él encuentra un placer del todo insano en llamarme así incluso en público. Si me aguanto es porque

desde que llegué aquí Matt se ha volcado para intentar que esté a gusto. Sacó los trastos de su enorme moto y sus pesas para hacer ejercicio del dormitorio libre, y para cuando llegué tenía una cama sencilla y un escritorio esperándome, mientras sus cosas se acumulaban en el trastero que hay al lado de la cabaña. Soy consciente de que, de haber sido al revés, yo ya me habría quejado alguna vez por la falta de espacio, pero Matt es el tío con el corazón más grande que conozco, así que lo único que hace es sonreír y asegurarme que le encanta levantar sus pesas en el trastero.

Lo miro y me fijo en los tatuajes que sobresalen por el pico de su camiseta, enredándose en un lateral de su cuello. Es increíble que un tío tan intimidatorio por fuera tenga un corazón tan puro. No es un santo, claro, soy consciente de que ha hecho muchas cosas de las que se arrepiente, pero ¿quién no? Nosotros no somos las mejores personas del mundo, pero tampoco las peores. Sé que nuestras pintas son más bien de chicos malos, aunque las suyas mucho más, porque yo al menos me visto normal y, aunque tengo un brazo entero tatuado, no llama tanto la atención como la tinta que se ve en su cuello, en sus dos brazos, y ese pelo largo que recoge en un moño que, lejos de hacerlo parecer moderno o afeminado, le da un aire aún más duro. Ya ni siquiera voy a hablar de que tiene las mismas medidas que un cuatro por cuatro de siete plazas. Yo soy más normal, alto, pero sin pasarme, ancho, pero sin ser exagerado. Tengo el pelo rubio y corto, barba espesa, eso sí, pero visto con vaqueros rotos y jerséis o camisetas la mayor parte del tiempo. No doy miedo, y Matt, de primeras y a según qué gente, sí. Es consciente, pero le importa un huevo. Por eso lo quiero todavía más.

—Eres un gran hermano —le digo—. No sé qué haría sin ti.

Él me mira de reojo, pone en pausa la peli que se reproduce en la tele y señala la cocina con la cabeza.

—Si vamos a ponernos moñas, tráeme una cerveza más de la nevera antes.

Me río entre dientes y le saco el dedo corazón, pero aun así me levanto y voy a por ese botellín para él. Se lo entrego y vuelvo a sentarme a su lado después de acariciar a *Summer*, que duerme acurrucada en la alfombra.

—No pensaba ponerme moñas. Sólo quería que supieras que te quiero y que te agradezco mucho que me aguantes este tiempo. —Él sólo gruñe en respuesta, y yo me río—. ¿No vas a decirme que tú también me quieres?

—Ya lo sabes. Y sí que te estás poniendo moñas, joder, siempre lo haces —masculla volviendo a reanudar la peli.

—Decirle a mi hermano que lo quiero no es ponerme moñas. —Él vuelve a gruñir como un perro rabioso y yo me río de buena gana—. Eres un muro, tío, normal que la pobre Iris no sepa ni cómo tratarte.

Eso capta su interés lo suficiente como para erguirse en el sofá y mirarme mal. Mi hermano es un trozo de pan; tiene un corazón de oro, pero por alguna razón le cuesta la misma vida hablar de sus sentimientos. Sabe bien cómo flirtear, ser dulce hablando con las mujeres y hacerlas reír, pero si tiene que hablar de lo que siente con seriedad…, ahí se bloquea y se cierra en banda. Creo que es porque se siente torpe o piensa que no le pega siendo tan grandullón. No lo sé, pero lo que sí sé es que está loco de amor por la chica que lleva el hostal del pueblo, Iris. Sé que ha conseguido liarse con ella y que se acuestan con regularidad, pero no pasan de ahí, y es, en parte,

porque Matt no sabe cómo declararse sin parecer idiota. Tiene pánico de que ella sólo quiera sexo con él, pero, créeme, he visto cómo lo mira esa chica y lo único que me sorprende a mí es tener un hermano tan listo para unas cosas y tan iluso y tonto para otras.

—No empieces otra vez con eso.

—¿Cómo está, por cierto? —pregunto—. No me has contado nada de tu visita al hostal.

—Está bien dentro de lo que cabe —contesta—. Los calmantes mantienen el dolor a raya, aunque se queje porque no quiere dormir tanto. —Sonríe y niega con la cabeza—. Esta vez Alma se ha pasado un poco.

—¿Sólo esta vez? —pregunto sonriendo—. Esa mujer es un jodido huracán. No sé cómo le aguantan tantas cosas.

—Ya… ¿Y qué me dices de su hija? —pregunta elevando una ceja—. Te vi muy interesado en ella anoche y esta mañana.

—Es simpática —contesto de manera escueta.

—Y está buena.

—Sí, supongo.

—Está muy buena.

—¿Tengo que recordarte que estás pillado por su tía?

—No, créeme, lo tengo bastante presente, pero no soy tonto y sé que te ha gustado.

Me río entre dientes y me encojo de hombros mirando la película que ya ninguno de los dos está siguiendo.

—Sí, es muy guapa, pero creo que yo ya tengo suficientes problemas con los que lidiar.

—¿Qué te hace pensar que ella puede ser un problema más?

Resoplo y lo miro como si fuera tonto. Él alza las cejas, instándome a hablar, y al final contesto con sinceridad.

—Su madre es Alma, tío. La has visto todo este tiempo tan bien como yo. Es… uf.

—Sí. —Se ríe y se retrepa en el sillón—. Alma, desde luego, es muy muy «uf». —Da un sorbo a su cerveza y me apunta con ella—. Pero, eh, la chica parece muy normal y centrada. Y mira a Iris, es su hermana y son como la noche y el día, aunque mi chica piense que eso es malo —dice de mal humor.

Al parecer, Iris se ha vuelto más arisca desde que Alma llegó. No hace más que recriminarle a Matt que seguro que su hermana le gusta y, aunque me consta que Alma ha intentado meterse en sus pantalones, sé que mi hermano ha ignorado sus insinuaciones todas y cada una de las veces. Y lo sé porque yo también las he ignorado. Iris, en cambio, no parece creerlo, y entre eso y que mi hermano no se decide a dar el paso definitivo con ella, su relación/no-relación está empezando a resentirse.

—Primero: Iris no es tu chica porque no tienes los huevos de pedírselo, así que, a lo sumo, es tu *follamiga.* Segundo: Lía pensaba irse hoy con ella, pero ahora, con lo de Iris, se quedan un tiempo más en el pueblo. Supongo que tendré tiempo de conocerla más, aunque no parece muy dispuesta a ser amiga mía.

—Primero: sí es mi chica, aunque ella y el mundo se empeñen en no querer verlo. ¡No necesitamos un maldito cartel en la espalda que diga que somos novios! Ella está conmigo y yo

con ella. Punto. —Resopla frustrado, porque sabe tan bien como yo que eso para ella no es suficiente y que la culpa es de él, porque si le dijera estas mismas palabras a ella, seguramente ya tendría novia. Matt piensa que es su novia porque es lo que él quiere, pero ni se lo pide ni le aclara a ella lo que siente, así que lo tiene jodido, y yo en esto me pongo de parte de Iris, aunque jamás hayamos hablado del tema—. Segundo: la has visto dos ratos nada más, así que dudo mucho que puedas asegurar que ella no quiere ser tu amiguita. Tercero: si te gusta, empieza a ignorar desde ya los ataques de Alma.

—¡Ya ignoro los ataques de Alma! Lo hago lo mejor que puedo.

—Tienes que dejar de ser agradable con ella.

—Me encanta ver al burro hablando de orejas, de verdad.

Matt resopla y apoya la cabeza en el respaldo del sillón. Yo pienso en Lía una vez más, en lo guapa que es y en que, sí, parece distinta de su madre, pero también pienso en su madre, en lo que he visto de ella el tiempo que lleva aquí y en lo poco que me gusta la satisfacción que parece encontrar en acostarse con hombres que ya están pillados. No sé si eso sería un problema a la hora de intentar intimar con Lía. Joder, ni siquiera sé si debería intentar enrollarme con Lía. Yo estoy aquí para recuperar la jodida inspiración y, al contrario de lo que muchos libros y películas insinúan, estoy seguro de que no voy a encontrarla en el sexo con una mujer. Necesito concentrarme, leer los mil libros que tengo pendientes y sacar una novela. Punto.

—Iris me ha hablado alguna vez de ella, ¿sabes? —dice Matt sacándome de mis pensamientos—. De Lía, quiero decir. La chica es todo lo contrario a su madre. Buena, dulce, responsable, madura y muy muy contenida en sus relaciones afectivas. —Suspira y frunce los labios—. En realidad, Iris adora a su sobrina, así que creo que lo mejor que puedes hacer es mantenerte alejado de ella. Lo último que necesito es que la cagues y sumes un problema más a mi relación con su tía.

Y, así, de la nada, acaba de plantearme un reto. Y Matt sabe cuánto, cuantísimo me ponen a mí los retos, por eso no me extraña ver un amago de sonrisa en su cara cuando se levanta a por la tercera cerveza de la noche.

Jodido hermano mayor, qué bien me conoce.

8

Aflojo el ritmo de mi carrera para coger aire, puesto que me está costando respirar otra vez. Estoy acostumbrada a correr cada día, pero la humedad del mar me incomoda bastante. En la ciudad, el clima es mucho más seco, así que me resulta más sencillo. Me apoyo sobre mis rodillas flexionadas y miro la arena blanca y fina que hay bajo mis pies. Apenas llevo aquí unos días, pero ya me estoy acostumbrando a este paisaje. Vuelvo a erguirme para contemplar el mar y relajarme un poco antes de estirar, y es entonces cuando veo a mi agresora particular correr hacia mí. Viene en forma de masa peluda, con la lengua fuera y, antes de poder decir una sola palabra, se ha abalanzado sobre mí y me ha tumbado en la arena.

—¡*Summer*, joder! —grita Ethan mientras llega adonde estamos y tira de su collar, separándola de mí en el momento en que empieza a darme lametazos en la cara.

—Pero ¿qué demonios le pasa a esta perra conmigo?

—Eh, sin insultar —dice él en tono risueño.

Pongo los ojos en blanco y me levanto mirando a la perra muy seria e ignorando a su dueño. O al hermano de su dueño. Lo que sea.

—¡Oye! —le digo al animal apuntándolo con un dedo índice—. Si quieres que seamos amigas, tienes que dejar de hacer esto, ¿entiendes? ¡Me vas a matar de un infarto, *Summer*, joder! —La perra ladra por toda respuesta y yo pongo los ojos en blanco mientras Ethan se parte de risa.

—Es un poco insufrible a veces —dice cuando lo fulmino con la mirada—. En su favor diré que al menos no se te ha meado encima. A mí a veces me lo hace.

—¿Se te mea encima?

—Tengo el don de volver demasiado eufóricas a las chicas, supongo —dice haciendo una mueca que me obliga a reírme.

—Eres idiota.

—Gracias por el piropo tan de buena mañana —contesta con una sonrisa antes de pasarse la lengua por el labio superior en un gesto que para él será natural, pero, para mí, es sexy a rabiar.

Este tío está demasiado bueno, y lo peor es que es consciente de ello. Es tan consciente como lo soy yo de mi cuerpo sudado y mi cara roja como un tomate. Ya no voy a hablar de la coleta al lado y la respiración agitada, porque no quiero avergonzarme por estar haciendo deporte. ¡Que se avergüence él por tener una perra tan acosadora!

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto al final.

—Hemos salido a hacer un poco de ejercicio, como cada mañana.

—Oh, yo es la primera vez que vengo. Ayer salí a correr por el bosque, pero me tragué tantos mosquitos que decidí que era mejor la playa.

Ethan se ríe entre dientes y asiente.

—Te entiendo. Vivo en una cabaña en el bosque y bajo a la playa cada mañana porque paso de tragar bichos voladores.

Sonrío y vuelvo a caminar mientras me doy cuenta, una vez más, de que su español es muy fluido. Sé que su abuela era española, así que no me extraña, pero no deja de resultarme curioso que no se equivoque al construir frases o diga palabras raras. Es guiri, pero sin serlo.

—Iris me contó que vivís en la cabaña de tu abuela.

—Sí. Bueno, ahora es de Matt, pero yo estoy pasando un tiempo aquí con él.

—¿No vives aquí siempre?

—Ahora sí —contesta sonriendo.

Pongo los ojos en blanco y le doy un empujón en el costado, puesto que estamos caminando juntos de vuelta al pueblo. Ethan lanza un palo a *Summer*, que corre desesperada por alcanzarlo y, al final, sigue hablando.

—Sólo llevo aquí tres meses.

—¿Vivías con tu familia en América?

—No —contesta—. Vivía en París.

—¿Has cambiado París por esto? —pregunto sorprendida.

Él me mira de reojo y tuerce una sonrisa. Mierda, qué bueno está y qué asco me doy por no poder dejar de pensarlo. Su pelo rubio y corto se mueve con el viento por arriba, su barba sigue siendo espesa, pero como es rubia no le sienta mal, sino que lo hace parecer más hombre. Sus labios son gruesos, y sus dientes, perfectos: alineados, blancos y preciosos. Sí, sé que puede sonar raro eso de que unos dientes sean preciosos, pero es algo en lo que siempre me fijo. Si un chico es guapísimo, pero tiene los dientes en mal estado, o amarillentos, o no están alineados, pierde todo el encanto para mí. Eso y que tenga unas buenas manos es imprescindible. Si tienen manos feas o dientes feos pierden todas las posibilidades conmigo. Llámame superficial, no me importa.

El caso es que los dientes de Ethan son preciosos, como sus ojos azules y esas arrugas que se forman alrededor de ellos cuando se ríe. Y se ríe mucho. Tengo la sensación de que, cuando está a mi lado, se ríe demasiado, y no sólo conmigo, sino de mí. Por otro lado, como tiendo a ser desconfiada, no voy a tenerlo en cuenta de momento y voy a intentar pensar que simplemente el hombre es risueño y no lo hace con malicia.

—Son cosas distintas —dice él contestando a mi pregunta—. París es una gran ciudad, y esto…, bueno, esto es un pueblo, sí, pero tiene unos paisajes y unas vistas maravillosas. En París no puedes ver un mar tan infinito como éste, ni una arena así de fina, ni las dunas, ni el bosque, ni los acantilados… —Suspira y arruga la nariz—. No me entiendas mal, es genial, yo solía pensar que era el mejor sitio del mundo…, pero no es esto.

—No tienes que justificarte —le digo, porque parece que lo hace.

—No, es que… —Mira a *Summer* y niega con la cabeza mientras suspira—. Da igual.

Me quedo en silencio, porque no sé qué responder a eso y porque apenas nos conocemos. Nos hemos visto sólo tres veces: la noche del pub, la mañana siguiente y ahora, así que no tenemos confianza, pero hay algo en su semblante que me hace intuir que no todo está bien en su vida. No sé, quizá me equivoco, pero soy psicóloga y, además, se me da bien leer a la gente. En nuestros encuentros Ethan siempre ha parecido despreocupado y risueño, pero ahora, hablando de las diferencias entre París y esto, he podido notar seriedad y preocupación. De todas formas, no soy nadie para entrometerme en lo que sea que esté pensando, así que me quedo callada mientras caminamos. Cuando ya estamos en una calle adoquinada del pueblo, lo miro y señalo la cuesta que va hacia el acantilado en el que está el hostal.

—Tengo que irme. He de preparar la comida para los huéspedes.

—Sí, claro. Yo voy al pub a echar una mano a Matt. Esta tarde quiere tener tiempo para visitar a Iris.

—Viene cada día a visitarla —contesto sonriendo mientras él me imita—. Son un par de tortolitos.

—Lo serían si mi hermano tuviera huevos. ¿Sabes que aún no le ha pedido que sea su novia?

—Lo sé —contesto riéndome—. Iris piensa que él sólo la quiere por el sexo. La pobre ilusa parece no darse cuenta de que al más mínimo movimiento que hace él está detrás, intentando que no se haga daño. La trata como si fuese una muñeca de cristal.

—Ése es Matthew Gallagher, el mastodonte con corazón de oro.

Me río y asiento, porque cuanto más conozco a Matt, más le encaja esa definición que Ethan acaba de darme.

—Sería mejor si le echara coraje.

—¿Puedes, por favor, decírselo? Porque cuando yo lo hago me manda a la mierda y, teniendo en cuenta que estoy de okupa en su casa, no me interesa tocarle los huevos más de la cuenta.

Vuelvo a reírme, porque Ethan es bastante simpático y está intentando poner cara de pena, pero sólo le sale un puchero adorable.

—Creo que prefiero no meterme en eso. Además, mi tía está peor por… —Me callo al darme cuenta de que he estado a punto de asumir en voz alta que mi tía está peor por culpa de mi madre.

Y, sí, a ver, es cierto, pero Ethan no deja de ser un extraño y Alma es mi madre, después de todo, así que carraspeo y él, que parece darse cuenta de lo que ocurre, sonríe y cambia de tema.

—¿Cuándo volverás al pub?

—Uf, no lo sé. Los pubs no son lo mío.

—Éste es un pub distinto. No es porque mi hermano sea el propietario, pero puedo asegurarte que no es nada desfasado. De hecho, por las tardes suelo servir bastantes manzanillas y cafés.

Me río y lo miro a los ojos. Parece sincero y, aunque es cierto que la noche que estuvimos allí no parecía algo demasiado desfasado, también lo es que no tengo posibilidad de escaparme una noche sin que Alma se entere y se empeñe en acompañarme. Si le dijera que necesito que venga conmigo a comprar, se negaría en rotundo, pero ¿al pub a tomar algo? No habría acabado de decir la frase cuando estaría fuera caminando hacia el lugar.

—Por las noches estoy agotada —digo al final.

—Como te he dicho, por las tardes suelo poner muchas infusiones. Hasta tengo algunos clientes menores de edad. No tienes que venir por las noches a beber hasta perder el conocimiento. No te pega eso.

Elevo una ceja y sonrío con malicia.

—¿Ah, no? ¿Y qué me pega, según tú?

Ethan ni siquiera duda cuando contesta.

—Te pega sentarte a la mesa que hay al fondo, al lado de la cristalera, con vistas al pueblo y el mar. Incluso se puede ver un lateral del bosque. Una taza de té, café o incluso un batido. Un libro en las manos… ¿Me equivoco?

No, no se equivoca lo más mínimo. Ésa podría ser yo cualquier día, y el hecho de que haya sabido verlo con tanta claridad me incomoda, la verdad. Él parece darse cuenta porque se separa un poco de mí y sonríe. Me limito a encogerme de hombros y a sonreír. No creo que tenga sentido decirle nada porque los dos sabemos que ha dado en el clavo.

—Quizá algún día.

—Estaré esperando.

Y así, sin más, se da la vuelta y se marcha mientras *Summer* se adapta a su paso. Yo suspiro y camino hacia el hostal, donde Iris ya estará planeando el menú para la comida y mi madre habrá conseguido sacarla de sus casillas, casi seguro.

Cuando llego voy directa a la habitación de mi tía y, en efecto, me encuentro con que está hasta las narices mientras mi madre se empeña en pintarle la escayola.

—Suelta inmediatamente ese pincel, Alma, ¡te lo advierto!

—Deja de ser tan gruñona, hermanita —dice mi madre mientras moja el mencionado pincel en pintura roja y lo restriega sin miramientos por su escayola. Iris jadea exasperada y yo suspiro, porque no me ha dado tiempo casi ni a llegar y ya tenemos una nueva función.

—Mamá, déjala en paz.

—Hola, cariño —dice ella sin hacerme ni caso—. No le estoy haciendo nada grave, al contrario. He salido con hombres artistas, pintores de renombre, así que he aprendido mucho de ellos acerca del arte. Lo único que quiero es que esta pierna se vea bonita, porque intuyo que de aquí a nada empezará a echar una peste descomunal y, así, al menos, Iris se animará un poco. ¡Pero es terca como una mula!

Sonrío, porque esta vez, pese a las protestas de Iris, creo que las intenciones de mi madre son buenas. Vale, sí, es probable que esté haciéndolo porque se muere de aburrimiento, pero aun así no me parece un delito tan grave que pintorree la escayola. O no me lo parecía hasta que mi tía me grita que haga el jodido favor de mirar lo que está pintando. Me acerco y ahogo un gemido al darme cuenta de que lo que mi tía tiene en la pierna es un campo de penes. Lo juro. Hay un puñetero campo de penes con el glande rojo apuntando hacia arriba, y no puedo reprimir la carcajada mientras mi tía se tapa la cara y Alma frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—¡Mamá, joder! ¡Son pollas!

—¿Qué…? —Mira de nuevo su dibujo y se levanta con aire indignado—. ¡Son setas! ¡Es un campo de setas! ¿No veis la cabeza roja? —Yo me río más fuerte, medio histérica, mientras Iris

se revuelca en la cama de pura rabia y Alma nos mira enfadada—. ¡Deja de reírte, Lía! ¡Creo que he estado con suficientes artistas como para saber distinguir una polla de una seta!

Me río más mientras me tiro en la cama y la miro limpiándome las lágrimas de los ojos.

—¿Por qué un campo de setas?

—¡Son bonitas! ¡Pensaba hacer aquí un árbol y pintar a David *el Gnomo*!

—Pues no lo pintes con la boca abierta, porque va a parecer que el pobre David se está comiendo un campo de pollas.

—¡Lía! —exclaman mi madre y mi tía mientras yo me río todavía más.

De verdad, Alma me saca de quicio la mayor parte del tiempo, pero merece la pena sólo por estos ratitos que me regala incluso sin proponérselo. Cuando consigo calmarme miro a mi tía con dulzura, porque entiendo que esté cabreada, pero ahora Alma también está enfadada y se niega a terminar su gran obra de arte. La cosa podría haber quedado ahí y sólo sería una anécdota, pero llaman a la puerta y, cuando ésta se abre dando paso a Matt, las tres nos quedamos congeladas, esperando su reacción cuando vea la pierna de mi tía. Si no piensa lo mismo que yo, igual me lo hago mirar y me otorgo el título de pervertida, pero dudo mucho que no lo vea a mi manera. Incluso Alma ha empezado a titubear nada más verlo.

Viene vestido con un vaquero negro, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero que le da un aire de chico malo que… Ay, qué bueno está, y qué suerte tiene mi tía de estar con alguien tan grande. Seguro que en la cama es un portento. Tiene que ser así. Quedaría muy feo que fuera tan guapo, tan alto, tan grandote y en la cama no cumpliera como todo un campeón. Además, sé por mi tía que el sexo no es un problema. De hecho, según ella, es lo único en lo que parecen estar de acuerdo todo el tiempo.

—¿Cómo estáis, chicas?

—Muy bien, aquí, debatiendo un asunto de Estado —dice mi madre mirándome mal—. Matt, cariño, ven aquí y dime, por favor, qué te parece lo que he dibujado en la pierna de mi hermanita.

Él sonríe y se acerca mirando a Iris, que se ha puesto de un tono rojo importante. Mi tía resopla, yo me aguanto la risa y Alma parece expectante por una evaluación. Matt se sienta en la cama, mira la pierna y abre unos ojos como platos.

—¿Por qué cojones le has pintado un campo de pollas en la pierna?

Alma grita de frustración, yo estallo en carcajadas de nuevo y mi tía se tapa la cara con un cojín. Por un momento, hasta creo que está tentada de apretar y asfixiarse. Matt, por su lado, parece tan confundido que me resulta adorable.

Intento relajarme y, cuando no lo consigo, decido que lo mejor que puedo hacer es salir de la habitación y empezar a trabajar intentando olvidarme de la cara de consternación de él, la vergüenza de mi tía y la indignación de mi madre.

Me pongo a cocinar mientras pienso que una cosa sí es cierta, y es que durante el tiempo que esté en Elí de Sol mi vida será cualquier cosa menos aburrida.

9

Pasan cuatro días antes de reunir el valor suficiente para bajar al pueblo yo sola una tarde. No, rectifico, al pueblo, no. Voy al pub, porque al pueblo he ido casi a diario.

En realidad, no sé por qué me siento tan reticente ante la idea de entrar sola ahí. Vale, eso también es mentira. Sí que lo sé. Para empezar, no quería venir con Alma y, de hecho, he tenido que inventarme una excusa para que no me siguiera. Si llego a decirle que iba a tomarme algo, se habría apuntado sin pensarlo. En cambio, le he dicho que tenía cita con el médico para que me recetase algo para mi constante migraña. Es mentira, no tengo migraña, pero el médico tiene colas kilométricas, teniendo en cuenta que es el único en todo el pueblo y que ya hay turistas porque dentro de menos de una semana empiezan las fiestas. No se me ha ocurrido nada mejor y a mi madre le ha servido, porque ha arrugado la nariz y me ha dicho que se quedaba vigilando el fuerte. Y, sí, lo ha dicho con esas mismas palabras. La verdad es que es probable que se pase la tarde durmiendo porque ella anoche sí que salió y esta mañana la levanté temprano para que me ayudara con el desayuno y la limpieza. Ha estado protestando cada minuto de cada hora, pero me ha dado igual. Ahora puede dormir toda la tarde, si quiere, así yo estaré tranquila, al menos, un rato.

Sí, sé muy bien que piensas que es muy raro que hable de ella como si se tratase de mi hija adolescente, pero es que, si no tenemos en cuenta su edad y que, en realidad, yo soy su hija, es así.

El caso es que pienso en cómo reaccionará Ethan cuando me vea. Llevo un libro, tal como me dijo, y la verdad es que me apetece mucho sentarme ante una taza de café humeante y poder leer con tranquilidad, aunque una parte de mí dude de que sea cierto todo eso que me contó de que tenían clientela de todo tipo a estas horas.

Cuando llego a la puerta me fijo en un banco de madera que hay justo al lado de la entrada, con un par de helechos y una mesita baja. Es una especie de porche y, de alguna forma, consigue acentuar el aspecto acogedor del lugar. Empujo la puerta y me adentro en el Gallagher's. Confieso que estos días le he preguntado con disimulo acerca de Ethan, pero ella no sabe mucho, aparte de que Matt lo adora y está aquí intentando coger fuerzas para seguir adelante con su trabajo. Le he preguntado qué trabajo es ése, pero no lo sabe y asegura que Matt se muestra hermético cada vez que le pregunta.

Y ahora es cuando confieso que, sí, ésa ha sido otra de las razones para venir. Quiero saber qué esconde Ethan y por qué nadie sabe cuál es su trabajo. ¿Qué hacía en París? ¿Será un agente

de la CIA o algo así? Tiene el cuerpo para ello, desde luego, así que no me extrañaría. Además, imaginármelo con un traje de esos antidisturbios me pone. ¿Los de la CIA llevan trajes antidisturbios? No lo sé, pero de todas formas creo que Ethan con uno estaría buenísimo. Tiene ese aspecto de chico duro que…

—¡Hola! —Miro hacia abajo, a una preciosa niña con dos coletas que me sonríe mientras sus enormes ojos azules me miran con atención—. ¡Eres nueva!

—Eh, sí. Esto…

—¿Cómo te llamas? Yo me llamo Emma y tengo cuatro años. ¡Qué pelo tan chulo tienes! Es amarillo como los rayos de sol. Yo también lo tengo amarillo, pero más oscuro. Es amarillo y marrón, ¿ves? —Intento contestar, pero antes de poder hacerlo alza una libreta y me la enseña—. ¡Mira! ¿Ves esto? Lo he hecho yo. Bueno, el abuelito me ha ayudado un poco, pero casi todo lo he hecho yo. —Traga saliva con sonoridad y elevo las cejas, porque creo que nunca he conocido a una niña de cuatro años que hable a esa velocidad—. ¿Te gustan mis coletas? Me las ha hecho María. María es mi vecina. Bueno, la vecina de mi abuelito, pero yo vivo con él, así que también es mi vecina. El abuelito no sabe hacer coletas muy bien, pero no me importa porque hace los mejores churros de todo Elí de Sol. Yo no nací en Elí de Sol, pero vivo aquí porque mi mamá se fue al cielo cuando yo nací. ¿Dónde está tu mamá? ¿Has venido sola? El abuelito no me deja ir sola a ninguna parte, y eso que ya soy mayor, porque voy para cinco años. ¿Cuántos años tienes tú? Deben de ser muchos, porque eres superalta. ¡Por lo menos más de cien! ¿Te gusta el queso?

—Eh…

—A mí me encanta el queso porque…

—Tiempo, tiempo, enana —dice Ethan riendo y acercándose a nosotras—. Jesús, conseguirías vender estufas en el desierto con esa verborrea. —Me mira y sonríe más, mostrando esas arrugas de su cara y alrededor de sus ojos que tan sexis me parecen antes de acercarse y besar mi mejilla en un movimiento tan rápido que no me da tiempo a reaccionar. Su mano roza mi costado y yo me altero un poco. Sólo un poco—. Hola, no te esperaba.

—Eh…, tenía un poco de tiempo libre y pensé que, bueno, como dijiste que…

—Sí. Ven por aquí.

Agarra mi mano y me guía hacia el fondo del local mientras Emma nos sigue.

—¡Ethan! ¿No me vas a decir su nombre? —pregunta la niña poniendo morritos.

—Lo siento, cariño, tienes razón. Emma, te presento a mi amiga Lía. Lía, ella es Emma.

—Encantada, cielo —contesto mientras me siento donde él me ha indicado.

—Me gusta tu nombre. Suena bonito, como de princesa, aunque a mí me gustan las princesas y las guerreras. ¿A ti te gustan las princesas?

—Sí, claro, como a todos, ¿no?

—¡Pues espera y verás!

Se va corriendo mientras yo abro los ojos y miro a Ethan antes de echarme a reír.

—¿Siempre es así?

—Me temo que sí —contesta riéndose también—. Me alegra que hayas venido. Se te ve bien.

—Gracias.

—¿Cómo sigue Iris?

Sonrío ante su interés, porque es obvio que sabrá por Matt cómo está, pero aun así contesto con cortesía.

—Cada vez mejor. Un poco molesta por tener que estar en cama, pero ahora es lo que toca.

—¿Y tú? ¿Cómo llevas el trabajo en el hostal? Debe de ser duro.

—No tanto. He sido camarera, así que estoy acostumbrada.

—¿Te dedicabas a eso en la ciudad?

—Sí.

Podría dejarlo ahí, pero la verdad es que es agradable que alguien se preocupe de hacerme preguntas a mí. Sé que existe una posibilidad de que Ethan quiera algo conmigo, y es verdad que yo no soy como mi madre y me niego a tener sexo con cualquiera, pero es que él…, no sé, parece buena persona. Es atento conmigo, educado, dulce y gracioso, y no es algo que haya encontrado en este pueblo, donde todo el mundo sabe que soy hija de Alma. Muchos me miran mal sólo por eso, otros no me desprecian, pero tampoco se acercan, y la mayoría directamente pasan de mí. Vivo con el miedo constante de que Alma la cague estando yo aquí y quieran lapidarme junto a ella, pero es algo en lo que no quiero pensar ahora, así que miro a Ethan y expando mi respuesta.

—En realidad, soy psicóloga, pero nunca he ejercido.

—¿En serio? —Ladea la cabeza, achica los ojos un poco y asiente una sola vez mientras sonríe—. Te pega.

—Gracias. ¿Y tú? ¿Qué eres cuando no estás sirviendo copas aquí?

Ethan me lanza una sonrisa rápida y se echa sobre el hombro el trapo que tenía en las manos.

—¿Qué me pega ser?

Estoy a punto de lanzarle mi teoría sobre ser agente de la CIA, pero entones alguien me lanza a mí otra cosa. Una cosa en forma de gallina marrón que cacarea y revolotea sobre la mesa mientras Ethan se apresura a quitarla de mi regazo y la pequeña Emma se ríe a carcajadas.

—¡Te presento a *Princesa*!

Da palmas en el aire y salta de manera frenética, al menos hasta que se da cuenta de que Ethan la mira muy serio mientras sostiene a la gallina.

—¿Qué hemos hablado tú y yo de meter a *Princesa* en el bar, Emma?

—Que no se puede porque tiene que estar fuera. Puede jugar con *Summer* o comer hierba, pero no entrar aquí porque *incomodora* a los clientes.

Me pinzo los labios para no reírme, porque supongo que quería decir «incomoda». Ethan frunce el ceño y sé, porque lo sé, que también intenta evitar la sonrisa.

—¿Y qué ha sido eso de lanzarle la gallina a Lía como si fuera una pelota?

—¡Ha dicho que le gustan las princesas! Quería que conociera a la mía. ¿He sido una niña mala? Jo, lo siento.

Agacha la cabeza y me da tanta pena que pongo una mano en el brazo de Ethan. Su brazo tatuado. Su brazo sexy y tatuado. Mierda, tengo que dejar de relacionar la palabra «sexy» con las extremidades o el cuerpo en general de Ethan. Además, yo no soy así, no voy babeando detrás de los tíos sólo por su físico. Está bueno, sí, ¿y qué? Yo también soy guapa de cara. Es verdad que estoy muy delgada y que me encantaría tener alguna curva, porque soy una plancha, pero de cara soy muy mona y nunca he sido egocéntrica. No me fijo sólo en el físico de una persona, o no

solía hacerlo, porque desde que conocí a este chico está claro que estoy descubriendo partes de mí que no me gustan. Él pone su mano izquierda sobre la mía y la aprieta. Supongo que intenta decirme que no tengo que preocuparme, porque no piensa ser duro con la pequeña, pero aun así intervengo.

—Me ha gustado conocer a *Princesa*, Emma, pero creo que ahora es mejor que la saques fuera. ¿Te parece?

—¿La he cagado mucho? —pregunta mirándome con sus inmensos ojos azules.

La miro fijamente y niego con la cabeza intentando no reírme.

—No, no la has cagado, y no sé quién te ha enseñado esa palabra, pero no deberías decirla.

Ella mira a Ethan, que carraspea y mira a otro lado mientras saca la punta de la lengua y se la pasa por los labios tratando de reprimir una sonrisa.

—Me la ha enseñado un pajarito —dice entonces la niña.

Esta vez la que hace lo imposible por no reírse soy yo, porque Emma será una parlanchina, pero está claro que no es una chivata. Ethan ríe y la coge en brazos mientras me mira.

—Vamos a dejar tranquila a Lía, ¿te parece? —pregunta a la pequeña, que pone cara de pena pero asiente. Él me mira y sonríe con tranquilidad—. ¿Qué quieres tomar?

—Un capuchino, por favor.

—Enseguida. —Me guiña un ojo haciéndome sonreír y se va mientras lo veo alejarse con la niña y la gallina en brazos.

Abre la puerta del pub, saca a la gallina fuera y luego se mete tras la barra para preparar mi café mientras habla con la pequeña, que se ha subido a un taburete, al lado de un señor mayor. Empieza a contarle algo y me fijo en que a los pocos segundos él habla con Ethan y luego los tres me miran. Me siento un poco cohibida, así que saco el libro que he traído conmigo y lo abro para empezar a leer. Poco después él deja la bebida sobre la mesa, pero no dice nada, supongo que para no interrumpir mi lectura.

Al principio pienso que me va a resultar imposible concentrarme en el libro, pero la verdad es que la novela engancha, y este sitio, sorprendentemente, me relaja. El sonido de la cafetera, el murmullo de la gente, buena música a un volumen moderado y unas vistas que, tal y como me prometió Ethan, enamoran. Creo que es la primera vez que consigo relajarme al cien por cien desde que llegué a este pueblo, y muestra de ello es que, cuando miro la hora en el móvil, han pasado casi dos y tengo que volver al hostal si no quiero que Alma empiece a sospechar de mí.

Me levanto, cojo mi mochila vaquera y me acerco a la barra, donde Ethan está cobrando a un cliente que se marcha después de despedirse de él de manera amigable.

—¿Qué te debo? —pregunto cuando se acerca a mí.

—A éste invita la casa. —Sonríe y se apoya en la barra con las manos mientras señala mi mochila—. Parecía bueno. —Entorno los ojos y sonríe todavía más—. El libro.

—Oh, sí, la verdad es que es genial. ¿Te gusta leer?

—Sí, me encanta.

Sonrío por respuesta, porque de verdad voy muy tarde y me alejo un poco de la barra.

—Bueno, gracias por el café.

—Cuando quieras, ya sabes dónde estoy.

—En realidad es probable que los próximos días esté liada. Ya sabes, con las fiestas y eso…

—Es verdad. ¿Estáis bien en el hostal? ¿Necesitas ayuda con algo? Puedo echarte una mano por las mañanas o alguna tarde, si me organizo con Matt y los chicos.

—Qué va, estoy bien. Vamos a contratar a los extras de siempre, así que sólo tendré que seguir las órdenes de Iris.

—Bueno, si necesitas cualquier cosa, no dudes en silbar.

—¿Me oirás desde aquí si silbo?

—Cariño, si tú me silbas, te oiré incluso desde la otra punta del mundo.

Pongo los ojos en blanco y rezo para no estar sonrojándome como una estúpida.

—¿A cuántas les has dicho eso esta semana?

Ethan se ríe y niega con la cabeza.

—A ninguna. ¿Siempre eres tan desconfiada cuando te dicen algo bonito?

—Sí.

Mi respuesta parece hacerle gracia, porque sus hombros incluso tiemblan mientras él se ríe entre dientes.

—Eres genial —dice.

Estoy a punto de replicarle, sólo porque me molesta que tenga tan buen humor, pero entonces alguien tira de mi camiseta y, al girarme, me encuentro con la pequeña Emma.

—Ven fuera —susurra.

Frunzo el ceño y la sigo después de despedirme de Ethan con un gesto de la mano. Él hace lo propio y me guiña un ojo antes de que me dé la vuelta. Decidido. Es el hombre que mejor guiña el ojo de todo el planeta. Muevo mi cabeza intentando despejarme de estos pensamientos y, cuando salgo a la puerta, me encuentro con el señor mayor que antes estaba junto a Emma en la barra. Debe de rondar los setenta años, puede que más, tiene las facciones arrugadas y los ojos del mismo color que la pequeña, en un tono azul bastante llamativo. Su pelo es blanco, aunque lleva un sombrero de ala ancha. Sostiene un bastón con una mano, pero creo que en realidad no lo necesita para caminar, no al menos de forma evidente, porque está muy erguido. Bajo su otro brazo sujeta a *Princesa*, la gallina.

—¿Es verdad que es usted psicóloga?

Estoy tentada de volver a entrar en el pub sólo para decirle a Ethan que le ha faltado tiempo para irle con el cuento a la gente, pero la verdad es que tampoco tiene importancia.

—Lo soy.

—El rubiales dice que seguro que es usted buena, y yo me fío de ese chico. En realidad, me fío de su hermano, porque ha demostrado ser un hombre de palabra, aunque lleve esas greñas, pero el rubio llegó aquí hace unos meses y la verdad es que se porta bastante bien. No da problemas y mantiene esto en orden cuando Mateo no está. Eso dice mucho de una persona, ¿sabe? —Asiento, intuyendo de quién ha heredado Emma su verborrea y pensando que «Mateo» debe de ser Matt—. El caso y lo que importa de verdad es que ésta es *Princesa*, la gallina que le regalé a mi nieta hace ya un tiempo. Compré más, en realidad, pero ésta es su mascota. Yo pensaba que era un regalo para los dos, porque ella se entretenía y dejaba de darme la tabarra con que quería un perro y yo conseguía huevos gratis, ¿me sigue, señorita?

—Eso creo.

—Bueno, pues todo fue bien hasta que llegó la hora de poner los huevos. ¿Cómo iba a saber yo que *Princesa* sí que tiene aires de señora? Se niega a poner un solo huevo. ¡Ni uno! He probado de todo. Las otras ponen sin problemas, pero ella, nada. Hasta le pedí al rubiales que me mirara en el ordenador trucos para conseguirlo. Hoy en día todo se mira por ordenador, pero yo no entiendo esos cacharros. Fíjese que ya me cuesta no pelearme con el mando del televisor, como para ponerme a aprender más a estas alturas, ¿verdad? Además, que bastante tengo yo con lo que tengo. —Toma aire mientras Emma asiente y me mira como si su abuelo estuviera diciendo la cosa más importante del mundo—. A lo que iba, el chico dice que usted es psicóloga y la gallina no me pone huevos.

Se queda en silencio y yo también, porque no sé qué se supone que tengo que contestar a eso, la verdad. El abuelo parece perder la paciencia por segundos, porque primero chasquea la lengua y luego hace sonar el bastón, golpeándolo contra el suelo mientras Emma ladea la cabeza y me mira.

—¿No quieres hablar, Lía? ¿Te da vergüenza? ¡No te preocupes! El abuelito habla mucho y siempre parece que está enfadado, pero en realidad es superbueno. ¿Te da miedo? ¿Es eso?

—¡No le doy miedo! —exclama el señor—. ¿Cómo voy a darle miedo? Soy una persona muy simpática.

—A lo mejor es que no le has dicho cómo te llamas —sigue la niña.

—A lo mejor. —Me mira y se mete el bastón debajo del brazo que también sostiene a la gallina confirmándome que no lo necesita. Estira su mano y se la agarro mientras él habla—. Me llamo Martín Segovia, para servirla.

—Lía.

—¿Qué más? ¿No tiene apellido?

—Eh, sí, claro. Lía Galán.

—Bonito apellido, sí, señor. Bueno, ahora que las presentaciones están hechas, ¿qué me dice?

—¿A qué?

Él resopla con fuerza, como si tuviera la paciencia bajo mínimos, y me mira a los ojos mientras señala a la gallina y vuelve a coger el bastón para apoyarse en él.

—¿Cómo que a qué? ¡A esto! Tiene usted que pasarle consulta a la gallina, a ver por qué no pone huevos.

Abro la boca y los ojos al mismo tiempo. Primero pienso que igual no lo he oído bien, pero cuando su boca se tuerce en una mueca de desagrado por estar esperando tanto tiempo mi respuesta, me doy cuenta de que es real. Este señor quiere que psicoanalice a su gallina.

¡Y yo pensando que ya nada podía sorprenderme en este maldito pueblo!

—Eh…, verá, yo soy psicóloga de seres humanos —contesto con suavidad.

—Un psicólogo es un psicólogo, igual que un médico es un médico. Da igual que uno sea cardiólogo y otro pediatra porque los dos saben cómo curar un resfriado, ¿o no es así?

—Supongo, pero es que…

—¿Qué?

—Pues que no es lo mismo una psicóloga que un veterinario.

Me callo que, en realidad, dudo que un veterinario se preste a hacerle psicoanálisis a una gallina, porque bastante enfadado parece Martín ya como para sumarle mis pensamientos.

—¿Y entonces? ¿Qué? ¿No me va a revisar a la gallina?

—¡Venga, Lía! —dice Emma—. Ayúdanos a curar a *Princesa*, por favor.

Me hace pucheros y estoy a punto de negarme, pero entonces una masa de pelo rubio se echa encima de mí y caigo al suelo mientras la gallina se revuelve en los brazos de Martín, la niña salta y grita exaltada y el abuelo suspira con impaciencia y se queja en voz alta.

Me lleva unos segundos librarme del cuerpo de *Summer*, que, esta vez sí, ha logrado lamerme toda la cara. La gallina revolotea a nuestro alrededor levantando polvo y, cuando por fin consigo sentarme sobre mi trasero y miro arriba, me encuentro con los ojos azules de Ethan, sus cejas elevadas y una sonrisa socarrona mientras sus manos se apoyan en sus caderas.

—Definitivamente tienes algo que obsesiona a todo el que posee instinto animal.

Resoplo y no lo insulto porque me ayuda a levantarme, pero no te imaginas las ganas que tengo de mandarlo a la mierda. Y lo haría, pero en ese momento Martín se planta frente a nosotros y me mira muy serio.

—Entonces ¿qué? ¿Cuándo empieza con la terapia de *Princesa*?

Miro a Ethan suplicante y él, como si me entendiera sin palabras, me saca de aquí después de decirle a Martín que avise a un tal Jacobo de que se ocupe del pub mientras él me acerca al hostal. Imagino que Jacobo es el otro camarero que he visto sirviendo mesas, pero estoy tan cabreada y me duele tanto la cadera por el golpetazo que me he dado contra el suelo que ni siquiera abro la boca mientras subo en la camioneta de Matt y cierro de un portazo.

10

Ethan

Miro a Lía e intento por todos los medios no reírme, porque la pobre lo está pasando mal y se le nota. Es probable que le duela el costado porque, según pude ver por la cristalera, el golpe ha sido fuerte. Esta vez *Summer* se ha pasado un poco y tendré que mantener una charla muy seria con ella porque, al parecer, se ha enamorado locamente de esta chica, y la verdad es que puedo entender por qué. No es que me esté enamorando yo también, no estoy loco, pero me gusta. Sí, me gusta esta chica y me pone bastante, la verdad. Nunca he sido quisquilloso para fijarme en las mujeres: a mí mientras sean mujeres me gustan todas. Altas, bajitas, con curvas, delgadas, rellenitas, morenas, rubias, pelirrojas… Las adoro y soy de esa mínima parte del género masculino que piensa que las mujeres deberían dominar el mundo. ¡Cuánto mejor nos iría con ellas al poder!

El caso es que Lía me gusta, pero es que estoy seguro de que Lía gusta a cualquier hombre con ojos operativos. Está muy delgada, tiene cuerpo de modelo. De modelo de las de ahora, quiero decir. Delgada, con poco pecho y sin curvas, pero de alguna manera consigue ser esbelta. Es alta, camina con elegancia y tiene unos ojos verdes con unas alucinantes motitas pequeñas y oscuras. Su pelo rubio también me gusta. Y sus manos, y sus labios mullidos y rosados. Me gusta que no se maquille, o no demasiado, porque si lo hace no se nota. Me gusta el lunar pequeño que hay en su barbilla, y confieso que me he imaginado mordiéndolo y pasando mi lengua por él, ascendiendo hasta su boca, o descendiendo hasta su pecho. Pero lo que más me gusta, sin duda, es que tiene un cerebro y lo usa, que es más de lo que se puede decir de la mayor parte de la humanidad en los últimos tiempos.

Verla esta tarde pegada a la cristalera disfrutando de su capuchino mientras leía uno de mis libros favoritos hizo que casi, casi, le pidiera una cita. No lo he hecho porque se habría negado. No está lista para una cita, tengo que ser paciente porque está claro que quiero conocerla más. Ya no se trata ni siquiera de que Matt me haya advertido que mejor me mantenga lejos de ella. Se trata de que ella me interesa de verdad. Es lista e intuyo que sabe mantener una conversación sobre cualquier tema, tiene opinión propia y no le cuesta defenderla, eso está claro, porque tiene un genio de mil demonios. Lo sé porque ese genio se está desatando ahora en el coche en forma de improperios y tacos a cuál peor contra *Summer*, la gallina *Princesa* y contra mí. Creo que yo estoy llevándome el repaso gratis, pero no me importa porque entiendo que necesita desahogarse.

—¡Psicoanalizar a una gallina! ¡Ja! Es a este jodido pueblo al que debería someter a terapia, pero no tendríais dinero para pagarme. No hay dinero en el mundo que pague esto, joder. ¿Y tu perra? ¿Qué me dices de eso? ¿Eh? ¿A quién cojones he matado yo de su familia para que se me tire encima a la mínima de cambio? ¡Que me lo diga alguien porque no me acuerdo!

—Creo que se te tira encima en plan juguetón. Si quisiera agredirte, ya lo habría hecho. Además, *Summer* es un amor.

—¡Ja!

Me pinzo el labio para no sonreír, porque temo que eso me cueste las pocas probabilidades que tengo de conseguir una cita. Carraspeo y miro al frente mientras conduzco y aguanto como un valiente todo lo que ella tiene que soltar. Cuando por fin llegamos al hostal, ya está en silencio, pero respira con agitación.

—¿Me he pasado? —susurra cuando apago el motor.

—Tranquila. —Me arriesgo y llevo una mano hacia la suya, que está sobre su muslo—. Es normal que estés un poco estresada. Estás llevando el hostal, manejando a tu madre, a mi perra y, ahora, a la gallina de Martín, a Martín y a Emma. En realidad, estás a un paso de convertirte en mi heroína.

Lía bufa, pero sonríe y apoya la nuca en el reposacabezas mientras me mira de reojo. Joder, está preciosa y en la postura perfecta para que me acerque y… Enderezo los hombros y retiro mi mano de la suya porque no es el momento, lo sé, ella necesita coger un poco de confianza y darse cuenta de que no soy mala persona para aceptar tener una cita conmigo. Según he podido sacarle a Matt, Lía es casi el polo opuesto a su madre, así que dudo que quiera liarse conmigo, echar un polvo y luego olvidarse del asunto. De hecho, yo tampoco quiero hacer eso. Quiero… Bueno, a ver, no sé lo que quiero, porque yo no puedo quedarme aquí y ella vive en la ciudad, pero no pretendo convertir esto en un polvo rápido y desprovisto de emociones más allá del deseo. Supongo que pienso que podemos ser amigos, tenernos cariño y, además, disfrutar del sexo. O puede que mantengamos un idilio de unas semanas. Ella se irá cuando Iris se recupere, así que no tiene sentido encapricharme más allá de una relación de *follamigos*. Odio esa palabra, a todo esto, pero creo que no hay otra que defina lo que pretendo hacer con ella. O no, yo qué sé. Yo lo único que sé es que estar con Lía me divierte, consigue que no piense en que en casa me espera un portátil con una página de Word en blanco. Una maldita página en blanco que anoche tampoco fui capaz de rellenar, ni siquiera con un par de frases de mierda. Nada. Me senté frente al ordenador, lo intenté, abrí las redes sociales, me distraje, volví al Word, me cabreé, abrí una cerveza, vi un capítulo de una serie en Netflix, me acabé la cerveza, me acosté, me hice una paja y me dormí. Así, en ese orden. Tan patético como suena.

Esta mañana tenía una llamada perdida de mi editora, y ¿qué he hecho? Dejarme el móvil en la cabaña para tener una excusa verdadera al volver y decirle que se me olvidó y estuve fuera todo el día. Lo siguiente es decirle que *Summer* se comió el teléfono y habré vuelto por la puerta grande a mi adolescencia.

Pero, regresando al presente y a este momento, me fijo en que Lía abre los labios para contestarme y centro toda mi atención en ella.

—Me gustaría volver. —Se ríe y niega con la cabeza—. O sea, no quiero encontrarme con

Martín y su gallina, pero me he relajado mucho mientras leía y tomaba café en el pub. Tenías razón en eso de que es distinto.

—Me alegra que te hayas divertido. ¿Volverás mañana?

Ella hace un mohín adorable y niega con la cabeza.

—No creo que pueda hasta después de las fiestas.

—¿No saldrás a la verbena?

—No es lo mío salir de fiesta.

—No, de fiesta no, a la verbena. —Me río y señalo el pueblo—. Canciones de banda en directo, bailes ridículos, borrachera en la calle… Una cosa es salir de fiesta y otra de verbena, y eso que sólo estuve en una hace ya muchos años, pero fue épica.

—¿Tenías la edad legal para beber?

—En España, sí —contesto con soltura arrancándole una sonrisa preciosa.

—En fin…, debería entrar.

—Sí, ve. —En cambio, sigo hablando—. ¿Cómo va tu costado? ¿Te duele mucho?

—Sobreviviré.

—Vale.

—Vale. —Lía me mira con una sonrisa y carraspea—. Bueno…, me voy.

—Sí. —Ella sale del coche y yo espero sólo un segundo antes de bajar y seguirla—. ¡Oye, Lía!

—¿Sí? —pregunta cuando ya está casi en la puerta del hostal.

—He pensado que podrías darme tu teléfono. —Ella eleva una ceja y yo desvío su atención de mis verdaderas intenciones—. Por si algún día necesitas ayuda o…, no sé, salir con un amigo.

—¿Salir? ¿Adónde?

—Ya se nos ocurrirá algo que no incluya fiestas.

—Ni verbenas.

Sonrío y asiento.

—Sí, vale, ni fiestas, ni verbenas. ¿Me lo das?

Lo piensa un segundo, pero asiente y se acerca a mí dictando su número de teléfono. Es justo entonces cuando me maldigo por haber dejado mi móvil en la cabaña, y ella, que ve mi apuro, sonríe y saca el suyo de su bolsillo.

—Dime el tuyo.

Se lo digo y lo marca antes de darle a la tecla de llamar. Se lo pone en la oreja y después de un par de segundos cuelga.

—Listo, tendrás una llamada perdida mía.

—Genial. Entonces… ¿puedo llamarte?

Ella se encoge de hombros y sonríe mientras alza la mochila sobre su hombro y me mira con esos ojazos que no son heredados de su madre.

—Sí, supongo.

Entra en el hostal sin más dilación y yo me quedo mirando a la puerta un segundo antes de darme la vuelta y sonreír como un imbécil, porque, en realidad, no ha sido tan complicado, ¿no? O sea, sé que tener su número no es sinónimo de que vayamos a terminar echando un polvo, pero

es el primer paso para un acercamiento.

Vuelvo al pub con una sonrisa que ya no se me borra de la cara en toda la tarde. Por la noche, Matt se une a mí y es ya cuando cerramos y volvemos a casa cuando saca el tema de Lía. Mucho ha tardado, la verdad, porque lo conozco y sé que llevará quemándole toda la tarde. Aun así, empieza con suavidad.

—Esta tarde has cogido mi camioneta.

—La necesitaba —contesto sin más.

—Has llevado a Lía al hostal.

—Sí. ¿Quién te lo ha contado?

—Un pajarito.

—Ya, y el pajarito, por casualidad, no se parecerá físicamente a Iris, ¿no?

Él sonríe un poco y se sienta en el sofá soltando un suspiro de cansancio.

—Puede. Oye, ven aquí, enano.

—¿Para qué?

Él me mira y sus ojos se clavan en los míos mientras su mandíbula se endereza. Odia que le lleve la contraria, y pienso que ya es mala suerte, porque yo disfruto bastante haciéndolo.

—Para hablar de las margaritas que vamos a recoger mañana en el campo, ¿no te jode? ¿Para qué va a ser? Quiero saber cuáles son tus intenciones con esa chica, porque hace días te dije que lo mejor era que no te acercaras a ella.

—¿Ibas en serio con eso?

Matt chasquea la lengua y se frota los ojos con brío antes de contestarme.

—En realidad me importa una mierda, ¿sabes? Pero da la casualidad de que su tía es la mujer por la que me he colado y adora a su sobrina. ¿Y sabes lo que eso significa, hermanito?

Me apoyo en el quicio de la entrada del salón y lo miro mientras da un par de punterazos a sus botas y sube los pies en la mesita baja. Si mi madre lo viera hacer eso se volvería loca, pero no voy a decir ni una palabra, porque yo tengo por costumbre hacer lo mismo.

—Ilumíname —contesto con sequedad.

—Significa que, si te follas a Lía y la cosa sale bien, yo tendré entre mis brazos a una Iris fácil de llevar, entregada a los placeres carnales y deseosa de acurrucarse en este cuerpo que ves. Y, créeme, esa jodida pierna no nos ha permitido más que un par de magreos y ando muy muy salido, así que el sexo está en mi lista de imprescindibles ahora mismo.

—¿Y si sale mal…? —pregunto con retintín, porque ya me sé lo que viene a continuación.

—Voy a tener a una Iris cabreada, pateándome el culo para que te lo patee a ti y negándose a tener sexo conmigo porque todos los hombres son unos cabrones indecentes. Y tú no quieres que tu hermanito querido se quede sin sexo, ¿verdad?

—Verdad.

—Entonces no me jodas y no jodas a Lía, hazme el favor.

—¿Has acabado?

—Por el momento, a no ser que quieras darme un masaje en los pies, puedes ir a cascártela a tu cuarto pensando en la hija de Alma.

—No me hagas conjurar la imagen de Alma y la palabra «cascártela» en la misma frase, por

favor.

—Pues está buena —dice riéndose—. Otra cosa es que sea capaz de desquiciar a cualquiera.

Entorno los ojos y lo miro atentamente. Por un instante hasta se me pasa por la cabeza la posibilidad de que mi hermano haya considerado en algún momento liarse con Alma. Luego recuerdo lo coladísimo que está por Iris y pienso que es imposible, pero, aun así, pregunto, porque no soy hombre de quedarme con las dudas.

—Oye, ¿alguna vez…?

—No —contesta cortándome en tono serio.

—¡Ni siquiera sabes lo que pensaba preguntar!

—Si tiene que ver con Alma, la respuesta es y siempre será «No».

—¿Ni te lo has planteado?

Él suspira y se incorpora en el sofá palmeando de nuevo el lugar libre a su lado. Esta vez obedezco y me siento mientras espero que me conteste. Está serio, muy serio, y no me gusta verlo así, sobre todo porque, aunque no lo diga en alto nunca, creo que Matt es la persona que más quiero en el mundo. Más incluso que a mis padres. Y no es que no quiera a mis padres, que conste, es que él es… especial. Sé que a veces es un capullo, pero cada vez que he necesitado que alguien me saque las castañas del fuego ha estado ahí para mí. En realidad, me ha sostenido en pie en tantas crisis que ya ni siquiera tengo palabras para agradecérselo.

—¿Sabes lo que me planteo a diario, enano? —Niego con la cabeza y odio sentirme como ese adolescente que absorbía cada palabra que su hermano mayor le decía—. Me planteo cómo puedo superar estas barreras mías para decirle a Iris que la quiero, que me encantaría casarme con ella mañana mismo y que, si de mí dependiera, ya tendríamos media docena de hijos. ¿Y sabes por qué no lo hago? —Niego con la cabeza otra vez, consternado por la imagen de mi hermano rodeado de media docena de hijos—. Porque me aterroriza cagarla y no ser lo bastante bueno para ella. Todos pensáis que no me declaro de una vez porque me da vergüenza hablar de mis sentimientos, pero no es eso. Simplemente estoy esperando que llegue el hombre que me dé mil vueltas e Iris se dé cuenta de que no pinta nada a mi lado. Que abra los ojos y vea que puede aspirar a algo mucho mejor.

Me quedo a cuadros ante su declaración, porque Matt nunca ha sido un hombre inseguro. No sé si esto es lo que hace el amor con los hombres, supongo que con algunos sí, pero en cualquier caso no me gusta. Odio darme cuenta de que sufre y piensa de verdad que ella puede encontrar a alguien mejor. ¿Cómo va a haber alguien superior a Matt? ¡Es Matt, por Dios bendito! No hay nadie mejor, y no es amor de hermano, es objetividad pura y dura. Es fuerte, bueno, paciente, cariñoso y, según la sabiduría popular femenina, una máquina en la cama. Es como Dios con chupa de cuero, moto, una cabaña en el bosque y una perra. De pequeño, antes de saber que sería escritor, cuando me preguntaban qué quería ser de mayor yo contestaba: «Quiero ser Matt», así que, ¿cómo puede pensar que no es suficiente?

Cojo aire, intento deshacerme del cabreo que me provocan sus palabras y le contesto de la mejor manera que sé.

—¿Sabes una cosa? Creo que, si le dijeras a ella todo eso, ya habrías conseguido preñarla del primero de esa docena.

Mi hermano se ríe y palmea mi hombro. Sé que está agradecido de que haya puesto un punto de cordura y diversión en esta conversación, igual que sé que sigue pensando lo mismo. Me gustaría convencerlo de lo contrario, pero lo conozco y uno de sus pocos defectos es su cabezonería.

—Entonces ¿hasta cuándo vas a esperar por ese supuesto príncipe azul para tu chica? —pregunto con ironía—. ¿Hay un límite?

—Un año —susurra—. Llevamos casi un año acostándonos. En las fiestas haremos nuestro primer aniversario y si, para entonces, con todos los turistas que llegan, sigue pensando lo mismo de mí, me declararé y le dejaré claro que, si de mí depende, nunca más van a faltarle estos brazos para estrujarla cada noche.

Me quedo en silencio, un poco conmovido por sus palabras y sintiendo que algo pincha en mi interior. ¿Envidia? Se parece bastante, lo que me hace bufar porque soy tan patético que siento celos de que mi hermano tenga una chica que lo quiere, lo respeta, lo apoya cuando se viene abajo y, en definitiva, está haciendo piña con él.

A veces pienso en el futuro y en si esa chica existirá para mí. Quizá debería empezar a buscarla, teniendo en cuenta que ya tengo treinta y cuatro años, pero si soy sincero, hay una parte de mí que piensa igual o peor que Matt. ¿Existirá ahí fuera alguien que sea capaz de aguantarme con mis virtudes y mis demonios? No me gustaría dudar de la respuesta, pero lo hago.

No ayuda el hecho de que no tenga nada, ni siquiera un sitio fijo para vivir. No sé dónde estaré el año que viene, y ya no hablo de la ciudad, sino del país. ¿Estados Unidos? ¿Francia? ¿España? ¿Algún otro que se me ocurra sobre la marcha? A veces pienso en lo mucho que me gustaría recorrer el mundo cargado de una mochila con mi portátil, una libreta para coger notas y una cámara de fotos para retratar cada paisaje, ciudad, mar, montaña o cultura que encuentre a mi paso. Quiero conocer gente de todas las partes del mundo y escribir acerca de ellos. Quiero pisar cada continente y, cuando haya acabado, sentarme, abrir el portátil e inventar unos nuevos. Sumergirme en la escritura como he hecho siempre para crear vida a partir de unas cuantas impresiones. Y quiero, aunque no lo confesaré nunca, que en todo eso haya una mano de mujer sujeta a la mía, enredando sus dedos en los míos por el día y sus piernas entre las mías por la noche. Que me diga que no estoy loco cada vez que saque unos billetes de avión para volver a viajar y que disfrute del mismo modo de una *suite* en un hotel en Dubái que de una cabaña en un pueblo perdido entre el mar y el bosque en España. Que me mire a los ojos y piense que da igual dónde amanezcamos mañana, si tenemos el privilegio de hacerlo juntos.

La pregunta es: ¿existe esa mujer? Y, si es así, por favor, ¿puedes decirme adónde debo ir para rogarle que una su vida a la mía?

11

Me meto en la cama muerta de cansancio. Estamos en la última noche de las fiestas del pueblo y el hostal está a reventar, lo que significa que, aunque hayamos contratado refuerzos, yo no paro en todo el día. No es un decir, es una realidad. No paro en todo el jodido día y hasta para hacer pis tengo que buscar un hueco a conciencia. Por lo general, voy cuando ya tengo la vejiga a punto de explosión, así que imagina.

Mi tía Iris está pasándolo mal. Sé que se siente avergonzada por no poder hacer nada y que le da rabia que yo me cargue de trabajo mientras Alma se pasa el día intentando escaquearse, pero es lo que hay y no puedo hacer otra cosa. Además, no quiero que se preocupe por nada porque es cierto que no paro, pero también lo es que el hostal va de maravilla y no hemos tenido ningún problema grave que contar hasta el momento.

Echo de menos a Ethan y el pub.

Sí, sé que la declaración no viene muy a cuento, pero de alguna forma tengo que sacar el tema. Hace más de una semana que no lo veo, imagino que está hasta arriba de curro con el pub, pero una parte de mí pensaba que me mandaría algún mensaje o algo. Es estúpido, porque le repetí hasta el cansancio que en las fiestas tendría mucho lío, y sé que cuando nos aclaremos es probable que me llame. Y, si no es así, pienso ir al pub a tomar algo y relajarme, si es que consigo engañar a Alma. Necesito estar un rato a solas, pensar en mis cosas, descansar, leer un buen libro y dejar la mente en blanco con el ruido de fondo del pub. Suspiro y cierro los ojos pensando que ya falta menos. Si todo va bien, mañana por la tarde estaré despidiendo a la mayoría de los huéspedes y pasado podré descansar todo el día, porque Iris me ha dicho que aumentará el trabajo de los extras un día más para que yo pueda reponerme. Pensé en negarme, pero la verdad es que estoy agotada, así que se lo agradecí y empecé a fantasear con ese soñado día libre. Mi madre aún no lo sabe y tengo intención de que siga siendo así. Si de mí depende, haré planes para toda la mañana fuera del hostal y, por la tarde, me tomaré algo en el pub mientras rezo para que no se entere de que estoy allí.

Además, con un poco de suerte ella estará de resaca, porque desde que las fiestas empezaron no hay noche que se haya quedado en el hostal. Ha salido todas y cada una de ellas, pero al menos no ha vuelto pedo o ensangrentada de una pelea, lo que ya es de agradecer.

Me duermo sin siquiera apagar la luz, no porque no quiera, sino porque estoy tan cansada que cierro los ojos un segundo y, cuando los abro, es porque mi teléfono suena de manera insistente. Miro la hora en el reloj de la mesilla de noche y me doy cuenta de que son pasadas las cuatro de

la mañana, así que suspiro y me temo lo peor.

—¿Sí? —pregunto al descolgar, pues no reconozco el número entrante.

—Lía, soy Matt. —Su voz es grave, más de lo normal, quiero decir, y consigue que me enderece en un segundo—. Tienes que venir al pub.

—¿Es Alma?

—Sí.

No pregunto nada más porque, sea lo que sea, va a cabrearme, ponerme el corazón en la boca o las dos cosas. Salto de la cama, me pongo unas mallas y me dejo la camiseta que tenía puesta para dormir. Es blanca, lisa, de tirantes y con una mancha de algo que no sale —motivo por el cual la uso para dormir, puesto que odio los pijamas, no me preguntes por qué—, me pongo una chaqueta deportiva encima y las zapatillas y salgo del hostal al tiempo que me recojo el pelo en una coleta despeinada. Tengo los ojos hinchados y por un momento considero la idea de echarme agua fría y ponerme un poco de rímel, pero la verdad es que no estoy de humor, así que arranco la camioneta de mi tía y salgo disparada hacia el pub.

Lo bueno de los pueblos pequeños es que tardo menos de cinco minutos en aparcar en la puerta y, cuando veo un coche de policía, se me sube el corazón a las amígdalas. Joder, en Elí de Sol no hay policía, así que si han venido del pueblo de al lado la cosa debe de haber sido más grave de lo normal. Entro empujando la puerta, deseando que mi madre esté bien y, al mismo tiempo, rezando para que no haya causado ningún destrozo importante.

Lo primero de lo que me doy cuenta es de que el pub está casi vacío, a excepción de Matt, Ethan, mi madre, dos policías, un chico que tiene pinta de estar también recién levantado y dos chicas. Estos últimos parecen tener mi edad, una de las chicas sangra por un labio, la otra tiene la ropa dada de sí y mi madre tiene el pedo padre encima, a juzgar por la forma en que grita mi nombre y sonríe de oreja a oreja, como si acabase de entrar en la mejor fiesta del mundo.

Sumar dos y dos no me lleva más de unos segundos.

—¡Cariño! ¡Qué bien que hayas venido! Ven aquí y dame un poco de amor, que ha sido una noche dura.

Me acerco con paso lento agradeciendo en el alma que no haya demasiado público y pienso, casi de inmediato, que es probable que Matt haya desalojado el lugar. A medida que reviso el pub, me percato de que hay sillas tiradas en el suelo y una mesa volcada al fondo. Lo más triste es que la estampa no me resulta del todo desconocida. Mismo modo de operación, distinto lugar.

—Ey, ¿qué ha pasado? —pregunto a mi madre mientras ella me abraza y hace que nos tambaleemos cuando pierde el equilibrio con los altísimos tacones que lleva.

—¿Es usted Lía Galán? —pregunta uno de los policías acercándose a mí.

—Ajá.

—Su madre nos dijo que usted se encargaría de hablar con las dos chicas que pretenden ponerle una denuncia por acoso y agresión.

—¿Qué…?

—Ay, Lía —dice mi madre entonces cogiéndome la cara con las dos manos—. Escúchame, cariño, tienes que hablar con esas dos fieras y explicarles que yo no he hecho nada. Nada de nada —susurra.

—Pero, mamá…, ¿qué ha pasado?

—Eso puedo aclararlo yo —dice una de las chicas—. La zorra de tu madre lleva todas las fiestas intentando meter entre sus piernas al imbécil del novio de mi amiga. —Señala al chico que tiene cara de consternación y mira a las chicas con la boca abierta—. Hemos tenido que ver cómo se le restregaba, se le insinuaba y hasta le dejaba una nota subida de tono en el bolsillo de la camisa anoche. Y, por si fuera poco, hoy, cuando nos ha visto sin él, se ha acercado y nos ha preguntado dónde estaba y por qué no lo dejábamos divertirse.

—Oh —susurro.

La otra chica, la supuesta novia, me mira dubitativa, como si no supiera bien qué decir, pero al final se lanza y habla.

—Sólo le dije que dejara en paz a mi chico, que él no quería nada con ella y que se buscara a alguien de su edad.

—¡Me llamó vieja! —exclama mi madre indignada.

—¡Te dije que eras mucho más mayor que él! ¡Mi novio tiene veintiséis años y tú por lo menos cincuenta! —grita la novia.

Frunzo el ceño y pienso que, en realidad, Alma tiene menos de eso, pero también es verdad que su modo de vida ha afectado a su semblante y tiene más arrugas de las que a ella misma le gustaría. Si tuviera dinero suficiente, ya se habría estirado la cara al máximo.

—¡Serás puta!

Mi madre intenta abalanzarse sobre ella, el policía interviene y yo empiezo a entender cómo ha sido la cosa. Más tarde consigo enterarme de que, en efecto, mi madre saltó cuando se sintió insultada, atacó a la chica, la amiga se metió para defenderla y se llevó un puñetazo en el labio. ¿Resultado? Las dos quieren denunciar a Alma por acoso y agresión, pero Matt las ha convencido de que esperen un poco para calmarse y tomar una decisión. Se lo agradezco, pero ¿qué se supone que tengo que hacer yo? ¿Convencer a la chica de que mi madre no es mala? Si yo estuviera en su lugar, la denunciaría sin esperar ni un segundo. De hecho, ya es de agradecer que esté teniendo la santa paciencia de esperar un tiempo a que el ambiente se relaje cuando es obvio que mi madre no va a dar su brazo a torcer.

—¿Te importa si hablamos a solas un momento? —pregunto a la chica.

Su amiga endereza los hombros y parece que va a hablar, pero entonces la primera la frena y asiente una sola vez. Salimos del pub en silencio mientras su novio resopla y yo siento pena por él. Lo más probable es que intentara evadir los intentos de ligue de Alma, pero conozco a mi madre lo bastante como para estar segura de que no se cansó a la primera y de que sí es posible que lo haya acosado un poco.

Cuando estamos fuera me siento en el banco que hay a la izquierda y miro los helechos de los maceteros antes de hablar.

—Oye, siento mucho todo lo que mi madre ha hecho. Me encantaría solucionar esto de alguna forma, pero entiendo que estás muy cabreada y ofendida.

—Yo sólo quería disfrutar de las fiestas y me las ha amargado. No quería denunciarla, ¿sabes? Pero mi amiga dice que sí, que tengo que hacerlo para que se lleve un escarmiento de los buenos.

Asiento una sola vez y trago saliva, porque lo que viene ahora no me gusta, pero, aun así, creo que es lo mejor para las dos partes. Me levanto y me froto el cuello mientras miro a la chica con sinceridad.

—Mira, las dos sabemos que si se la llevan sólo la tendrán retenida un tiempo a cambio de una fianza.

—Será tiempo para que piense en las cosas que hace.

—Siento mucho decirte que no hay tiempo que haga que Alma se arrepienta de sus acciones. No puedo cambiar lo que ella ha hecho, pero puedo intentar restaurar el daño material que os ha provocado. —Ella entorna los ojos y yo señalo su ropa dada de sí—. Puedo pagar por lo que haya estropeado tanto en el pub como a vosotras. No quiero comprarte, de verdad, pero estoy cansada de toda esta mierda, y la verdad es que si la denuncias la única que va a comerse un buen marrón voy a ser yo, así que, si no quieres hacerlo por ella, que es lógico, hazlo por mí. No me conoces, lo sé, pero no soy mala persona. Intento mantenerla a raya más de lo que piensas, pero estoy trabajando en el hostal a tiempo completo, cuido de mi tía, que se ha partido una pierna también por su culpa, estoy agotada y… —No me doy cuenta de que mi voz tiembla hasta que una de sus manos se apoya en mi hombro.

—Eh, tranquila. No es culpa tuya, ¿vale? —La chica chasquea la lengua y niega con la cabeza—. ¿Sabes qué? Olvídalo.

—No, no puedo olvidarlo, pero puedo pagar por los daños.

—Bah, déjalo. No es más que un vestido de mercadillo.

—En serio, por favor, necesito pagar por…

—Oye, mi padre es alcohólico, así que sé la mierda que estás tragándote por su culpa —dice señalando el interior—. Yo sólo quería que dejara de joder a mi novio y creo que con esto lo voy a conseguir. No quiero que me pagues, pero si ella te pregunta, dile que sí, que has tenido que hacerlo.

Me río con sequedad y me aparto un mechón de pelo que se ha soltado de mi coleta.

—Le dará lo mismo.

—Supongo, pero te dará la excusa perfecta para poder gritarle un rato sin sentirte mal. —Me río muy a mi pesar, y ella sonríe—. Soy Corazón. —Elevo una ceja y ella se ríe—. Te lo juro, la zorra de mi madre me desgració la vida desde el minuto uno. Todos me llaman Cora, pero quería que vieras que no eres la única con unos padres odiosos.

Me río y estrecho su mano mientras asiento.

—Lía.

—Al menos, tu nombre es bonito.

—El tuyo también. Raro, pero bonito.

—Ya… ¿Eres sobrina de Iris? —Pongo cara de interrogación y ella se ríe—. Este pueblo es enano, ¿recuerdas? Al mencionarme el hostal y a tu tía con la pierna rota, he sumado dos y dos. La verdad es que había oído hablar de tu madre, pero con los estudios y tal no salgo mucho, así que no había tenido la fortuna de conocerla.

—Y para una vez que sales…

—En realidad, las fiestas no son lo mío —dice con tono dulce—. Prefiero los planes

tranquilos, pero a la verbena no se puede faltar ningún día. Pensaba librarme hoy, pero como ayer discutí con mi chico…

—¿Por culpa de Alma? —pregunto.

—Sí y no. —Se encoge de hombros y sonríe—. No todo es culpa de la gente de fuera. —Suspira y señala el interior del pub con la cabeza—. Deberíamos entrar y hacer ver que hemos solucionado esto, al menos para que la poli se vaya, ¿no crees?

Asiento y la acompaño al interior mientras pienso que Cora es bastante simpática. Cuando me encuentro con la sonrisa de mi madre, ardo un poquito por dentro, porque me doy cuenta de que, si ella no fuera tan capulla, yo podría incluso hacerme amiga de esta chica. Eso no pasará, aunque haya sido tan amable conmigo. Le agradezco en el alma que nos haya librado del marrón, pero sé bien que, desde hoy, hará lo posible por ignorar y evitar a mi madre, y eso incluye ignorarme y evitarme a mí. Estoy acostumbrada, así que suspiro e intento olvidar esos pensamientos. Le contamos a la policía que todo está solucionado y ellos se marchan después de darle a mi madre una pequeña charla acerca del comportamiento cívico y la responsabilidad de los ciudadanos, charla que mi madre se pasa por el arco del triunfo, seguro. La amiga de Cora está disgustada e insiste un par de veces en que no deberían dejar que Alma se fuera de rositas, pero la primera tira de ella y de su novio hacia la salida y, cuando por fin salen, me permito exhalar de alivio.

Alma suelta una carcajada y hace un corte de mangas hacia la puerta, ya cerrada, antes de mirarme y alzar las manos para que las choquemos.

—Espérame en el coche —le digo sin más.

—Venga, cariño, no empieces tú también…

—Alma, espérame en el coche, por favor —digo en tono rígido mientras salgo un segundo para apretar el mando y abrir la camioneta, porque ni de coña voy a darle las llaves.

Ella hace una mueca, pero coge su bolso y sale zigzagueando un poco. Sólo le pido al cielo que no se le ocurra vomitar en la camioneta, porque juro que tengo la paciencia muy muy al límite. En cuanto la puerta se cierra, miro a Matt y a Ethan y siento cómo me pongo colorada sólo de tener que mantener esta maldita conversación.

—Siento mucho lo que ha pasado. —Empiezo en un tono de voz demasiado bajo, así que me obligo a seguir con un mínimo de seguridad y dignidad. Después de todo, este desastre no es mi jodida culpa, aunque siempre acabe cargando con el muerto—. Matt, si me haces una lista del valor de los desperfectos, me ocuparé de ingresarte el dinero mañana mismo y…

—No vas a pagar nada —dice Ethan.

Frunzo el ceño y lo miro por primera vez. Está serio, casi diría que cabreado, pero no entiendo bien el motivo. Va vestido con una camisa negra con el logo del pub y un vaquero roto a la altura de la rodilla, como es costumbre en él. Me esfuerzo por ser amable, pese a que no me gusta el tono en el que me habla.

—Ethan, este sitio no es tuyo, sino de tu hermano, y es con él con quien estoy intentando hablar.

Él chasquea la lengua y se acerca a mí mirándome fijamente. Nunca se había acercado tanto, en realidad, y me doy cuenta de que hasta sus pestañas son rubias. La verdad es que hasta ahora

nunca me han interesado demasiado los rubios, pero éste en concreto tiene algo que me llama la atención de manera constante, aunque no quiera, porque no quiero. Lo último que necesito es una complicación más en mi vida.

—No vas a pagar una jodida cosa —dice en tono bajo, grave y serio.

—Entiendo que estés cabreado, pero…

—Esto es culpa suya, no tuya.

—Alguien tiene que pagar los desperfectos.

—Ese alguien no serás tú.

—Ethan…

—Lía…

—Vale, ya está bien —dice Matt interrumpiéndonos.

Supongo que no le gusta la forma en la que nos miramos ahora mismo, como si estuviésemos a punto de pelear. Estamos cerca, muy cerca, pero todo lo que puedo pensar es que él no es nadie para decirme lo que puedo y no puedo hacer. ¡Y desde luego no es nadie para hablarme en ese tono! Rompo nuestro contacto visual y doy un paso atrás para poder centrarme en su hermano, aunque noto el cuerpo más cerca de lo que me gustaría. Como si transmitiera imanes que me atraen de manera irremediable.

—Oye, Matt…

—Mi hermano tiene razón, pequeña. No voy a cobrarte un solo céntimo por nada de lo que haya hecho, principalmente porque lo único que se ha roto han sido vasos y algún que otro botellín de cerveza. Las sillas están tiradas, igual que la mesa, pero se recogen del suelo y ya está, así que deja de poner cara de culpabilidad, ¿de acuerdo?

—Creo que deberías prohibirle la entrada aquí —digo con sinceridad.

Él se ríe entre dientes y niega con la cabeza.

—Eso nos daría más quebraderos de cabeza que otra cosa. Además, el tiempo que está aquí haciendo de las suyas es tiempo que tu tía descansa y se libra de tenerla en el hostal.

Mi corazón se salta un par de latidos con esa declaración, porque es increíble que en palabras tan simples haya dicho algo tan bonito. Matt está loco por Iris, diga ella lo que diga. De hecho, creo que la única que aún duda de su amor es ella, porque he podido comprobar que todo el pueblo asume que la dueña del hostal y el dueño del pub están juntos y, además, todos parecen encantados con eso.

Por un momento, hasta tengo envidia de mi tía, porque tiene un hombre bueno, fuerte y guapo, entre otras muchas cosas, preocupándose por ella e intentando hacerle la vida más fácil, y me pregunto, sin poder remediarlo, cómo sería vivir con el respaldo de alguien. Cómo sería que alguien cuidara de mí por una vez en mi vida.

Suspiro e intento no pensarlo, porque no puedo ser tan egoísta como para envidiar a Iris, sobre todo cuando sé lo sola que se ha sentido siempre. Ella tiene por fin lo que merece, y yo sólo siento alegría por ella y ahora también por Matt, al que cada día considero más amigo mío. Me despido de él y de Ethan con un gesto de la cabeza, aunque este último está apretando la mandíbula, así que salgo pensando que bien puede irse a la mierda, porque bastante tengo yo ya con lo mío como para estar cargando también con su mal humor.

El camino al hostal es tranquilo porque Alma se duerme en el coche. En cuanto entramos en nuestra habitación, la tiro sobre la camita que hay al lado de la mía y ni siquiera me molesto en asearla un poco. El cuarto entero huele a alcohol, pero estoy tan cansada que no me importa. Me quito el pantalón, la chaqueta, y me meto en mi cama intentando no pensar lo harta que estoy de toda esta mierda y, sobre todo, en la clase de vida que me espera con alguien como ella a mi lado, porque Alma no es una amiga con la que te peleas y a la que no vuelves a ver. No es una relación tóxica que cortas y, con el tiempo, olvidas. Es mi madre, mi sangre, y la certeza de que voy a tener que cargar con sus mierdas gran parte de mi vida algunas veces pesa tanto como una losa a la altura del corazón.

Aun así, dejo rodar un par de lágrimas y, como hago siempre desde que tengo uso de razón, me convenzo a mí misma de que mañana todo irá mejor.

12

El día pasa asquerosamente lento, evito a Alma, despido a los huéspedes que se marchan, que son casi todos, y por la noche me meto en el cuarto de Iris en cuanto me cercioro de que Matt no está. Me tumbo a su lado en la cama y pongo el portátil en su regazo para ver juntas alguna peli.

—¿Quieres hablar?

—No —contesto en tono seco.

Ella acaricia mi pelo y no dice nada mientras yo me concentro en la pantalla. No lloro, no soy yo de ésas, por muy dolida que esté. Supongo que es la fuerza de la costumbre. Estoy cabreada, pero es que cuando mi madre anda cerca ése es mi estado casi permanente. También estoy dolida, pero por encima de todo estoy aliviada, porque ahora sí que pienso largarme mañana sin decirle a Alma ni una sola palabra. Mi plan para tomar algo en el pub queda descartado, por si me la encuentro, pero he decidido que voy a hacer una excursión por el bosque, o quizá me pase el día en alguna cala de la playa, o no sé, pero lo que sea lo haré sola y con el móvil apagado.

—Matt dice que siente mucho haberte llamado anoche —susurra mi tía cuando la peli lleva unos veinte minutos reproduciéndose.

—He dicho que no quiero hablar.

—Vale, no tienes que hacerlo, pero puedes oírme, ¿no? —Me quedo en silencio y ella sigue —: ¿Pagaste a esa chica para que no la denunciara?

—¿Te ha dicho eso tu novio?

—No es mi novio, y, sí, me ha dicho que intuye que le has pagado para que cierre la boca.

Tenso la mandíbula, porque no quiero hablar de eso, como ya he dicho, pero sé que Iris no va a darse por vencida, así que al final me siento en la cama y le cuento mi conversación con Cora. Cuando acabo, ella sonríe y asiente.

—Sé quién es. No ha tenido mucha suerte con sus padres, tampoco.

—Me lo dijo. Total, que no ha sido para tanto, pero estoy cabreada y cansada. Necesito un día lejos de ella para cargar las pilas.

—Te entiendo. ¿Qué tienes pensado hacer mañana? —Le cuento mis planes y ella sigue peinando mechones de mi pelo mientras me mira con atención—. ¿Y vas a ir sola? —pregunta cuando acabo.

—Sí, claro, ¿por?

—¿Por qué no avisas a Cora? Parecía agradable y quizá puedas hacer una amiga.

—Si todo va bien, me iré antes de un mes, así que no necesito una amiga.

Iris guarda silencio unos segundos y sé que trama algo, por lo que no me sorprende en absoluto cuando habla de nuevo.

—¿Y Ethan?

—¿Qué pasa con él?

—¿Por qué no le dices que te acompañe? No me gusta imaginarte sola de excursión por el bosque. ¿Y si te pasa algo? Además, Lía, a ti no te gustan las excursiones.

—Me iré a la playa si eso te deja más tranquila, pero no voy a avisar a Ethan.

—¿Por qué no?

—Está cabreado conmigo.

—¿Y eso? —pregunta frunciendo el ceño—. Ethan es un amor, no se enfada nunca.

Eso será con ella, porque a mí bien que me puso cara de mustio en el pub. De hecho, yo contaba con que después de las fiestas me avisaría para hacer algo, tal como me dijo, pero hoy ya es día normal y no he recibido ni un mensaje, por lo que supongo que todavía le dura el cabreo de anoche. Sigo sin entender el motivo, pero tampoco voy a ponerme a preguntar, la verdad. Si quiere estar de morros, pues muy bien, por mí puede darse de cabezazos contra la pared.

Resoplo y apoyo la coronilla en el cabecero de madera porque eso es mentira, joder. Me cae bien, me cae muy bien y me molesta que esté cabreado cuando ni siquiera sé el motivo. Se lo cuento a Iris, igual que le cuento que, aunque no quiero, me atrae un poquito. Y cuando hablo de un poquito hablo de que me resulta difícil mirarlo a los ojos y no imaginarlo desnudo, lo que me hace sentir como una pervertida, pero mi tía se ríe y me asegura que sólo soy una chica joven con ojos operativos y un deseo del todo sano.

—A lo mejor es la vena heredada de Alma —susurro después de una pausa.

—Pero ¿qué dices? —Se ríe y niega con la cabeza—. No es ninguna vena. Te atrae porque está buenísimo, es agradable y se ha fijado en ti, así que es mutuo y tu cuerpo lo siente.

—Qué va… —contesto, pero admito que incluso yo noto el tono dubitativo de mi voz.

—Lía, tú no eres Alma, ¿entiendes? No eres una arrastrada que se engancha de cualquiera que le prometa una vida idílica, aunque sepa de antemano que es mentira. No vas a parecerte a ella por salir a divertirte con un chico y dejar que surja lo que tenga que surgir.

—No puedo, Iris. Para empezar, voy a irme de aquí pronto y no quiero arriesgarme a salir herida de todo esto.

—¿Y para terminar?

—Ni siquiera sé si él estaría interesado en algo más.

Iris suspira y se ríe, como si no pudiera creerse mis dudas, pero las tengo y son reales. Además, no puede decirme nada porque tiene a Matt loquito por ella y está tan ciega que piensa que sólo la quiere por el sexo.

—Somos iguales hasta en esto. Menudas dos pardillas —dice como si acabara de leerme el pensamiento.

Nos miramos y nos echamos a reír, porque tiene razón en que somos un poco pardillas. Si se tratara de mi madre ya los tendría desgastados y deseando correr en dirección contraria, pero aquí estamos nosotras, haciendo el tonto de una forma incluso ridícula para la edad que ya tenemos.

—¿Sabes qué? Voy a mandarle un mensaje —digo de pronto, haciéndome la valiente.

—¡Ésa es mi chica!

—No me has dejado acabar. Voy a mandarle un mensaje si tú le mandas otro a Matt y le dices que tenéis que hablar.

—¿Eh?

El color de su rostro muda a un blanco nieve en cuestión de segundos. Yo sonrío con superioridad, me arrodillo en la cama y quito el portátil de su regazo, porque creo haber encontrado, por fin, la fórmula para que dé el primer paso y le exija a Matt, al menos, una conversación sobre su situación actual.

—Mandaré un mensaje a Ethan y le pediré que pase conmigo el día libre si tú accedes a mandarle uno a Matt y a pedirle que tengáis una conversación. Una en la que le digas, de una vez por todas, que a ti esto de ser novios, pero sin serlo, no te gusta y que te pasas los días amargada por si en el pub se aparece otra mejor que tú y te lo quita.

—Eso no es verdad —replica, aunque es evidente que sí lo es.

—Es un gran trato.

—No, claro que no. Yo me arriesgo a perder lo que tengo con Matt y tú sólo accedes a pasar un día con Ethan. Necesito más para aceptar el trato.

Elevo una ceja y sonrío con chulería, aunque empiezo a ponerme nerviosa. Iris no es tonta y sabe jugar a este juego tan bien como yo. Sé que va a ponerme al límite, tal como he hecho yo con ella y, durante un segundo, pienso en retractarme del reto, pero tengo un orgullo inquebrantable y, además, quizá sea hora de arriesgar un poquito más. No voy a ser como Alma por eso, ¿no?

—Tienes que dejar la puerta abierta y no negarte a lo que surja con Ethan, que surgirá, ya te lo digo yo.

—¿Y qué se supone que significa eso? ¿Estoy obligada a acostarme con él si se me insinúa?

—Oh, no, puedes hacerte la dura como parte de un plan para ponerlo cachondo hasta que no pueda más y acabe echándote un polvo en el sitio menos pensado, pero no puedes cerrarte en banda a la posibilidad de acabar haciéndolo. Si te gusta, te despierta deseo sexual y se da la ocasión, no vas a rechazarlo sólo por que pienses que serías demasiado parecida a Alma.

—Eso es mucho anticiparse, Iris.

—Tú has hecho algo semejante conmigo y con Matt.

—¡Lleváis un año teniendo sexo! ¿De verdad piensas que es muy descabellado que os sentéis a hablar de vuestra situación? Joder, si os van a dar un premio por lentos.

—No te pases, o subo la apuesta en lo que a ti concierne.

Resoplo y me cruzo de brazos tomándome un segundo para enfurruñarme y pensar en sus palabras. A ver, en realidad no hay tanto que pensar, porque siento dentro un cosquilleo y algo muy parecido a la emoción. Podría ignorarlo, empeñarme en no sentirlo y renegar de la posibilidad de que Ethan me atraiga, pero entonces no estaría siendo sincera conmigo misma. Es cierto que no soy dada a rollos pasajeros, no me gustan y no me siento cómoda, pero supongo que puedo intentar tener una relación de amistad con Ethan y, si en algún punto del camino surge la posibilidad de tener sexo, dejarme llevar… Eso no me convierte en Alma, sólo en una chica

joven normal y corriente. Todo irá bien mientras a él no le dé por pintar cuadros y decir que yo soy su musa, por ejemplo. Esas cosas, que a mi madre la pueden llegar a volver loca de amor, a mí me dan un repelús que te mueres, pero creo que Ethan es la persona con menos alma de artista que he conocido nunca, así que todo irá bien.

Miro a mi tía, asiento y puedo ver cómo se ilusiona por mí y se pone nerviosa por ella misma. Cojo nuestros móviles de la mesilla de noche y le doy el suyo.

—¿A la vez? —pregunto mientras ella traga saliva con tantas ganas que hasta lo oigo.

—Vale.

Cogemos aire con fuerza, con tanta fuerza que pienso que si pesáramos poco echaríamos a volar como globos de helio, y tecleamos cada una en nuestro teléfono. No sé qué dice el suyo, pero el mío es claro, corto y conciso para empezar.

Soy Lía. ¿Estás cabreado conmigo?

Me quedo mirando la pantalla del Whatsapp y, cuando su estado cambia a «En línea», mi corazón late a un ritmo desenfrenado. Cuando, además, puedo leer la palabra «Escribiendo…», creo que es posible que hasta Iris oiga los latidos rebotando en mi pecho. La miro, pero ella está mordiéndose el labio, así que supongo que espera su respuesta.

Soy Ethan. ¿Estás cabreada conmigo?

Resoplo y miro a mi tía mientras me bajo de la cama.

—Voy a…

—Ajá —dice sin mirarme siquiera.

Salgo de su dormitorio y pienso en meterme en el mío, pero Alma está ahí y no quiero enfrentarme a ella. Al final, tras mucho pensar, voy a la cocina, me preparo un té calentito y me siento en la isleta para contestarle. Y, sí, le he hecho esperar a conciencia, porque no quiero picarme y acabar discutiendo con él. Ya lo voy conociendo, y es de los que chinchan por placer.

No, no lo estoy. De hecho, estaba pensando que mañana tengo el día libre y podría hacer una excursión por el bosque, pero a lo mejor, con suerte, tienes una sugerencia mejor y me libras de tragar mosquitos mientras camino.

Lo mando antes de tener tiempo de arrepentirme mientras pienso que más claro que esto ya no puedo decirle que estoy interesada en pasar tiempo con él. ¿Quién sabe? Igual resulta que la atracción entre nosotros cesa y de toda esta experiencia me llevo un gran amigo para toda la vida

que… ¡Uy! Ha contestado.

Tengo una sugerencia mejor, mucho mejor. Te recojo a las nueve.

Sonrío y le contesto a toda prisa.

¿No vas a decirme adónde vamos? Porque te advierto que no puedo entrar en el pub. Estoy huyendo de mi madre.

Huiremos juntos, entonces a Te veo mañana. Nota: ¡Echa el bikini y el bronceador!

Le contesto con un simple «Ok», suelto el teléfono en la mesa y me remuevo como una niñata revolucionada mientras me tapo la cara y ahogo una risa de puros nervios. Me lleva unos segundos darme cuenta de que estoy haciendo un ridículo espantoso, a pesar de estar sola, así que me levanto y vuelvo a mi habitación. Mi madre duerme, por suerte, de manera que me meto en la cama, conecto los auriculares al móvil y me pongo una de las mil listas que tengo en Spotify a todo volumen porque estoy tan nerviosa que no puedo ni pensar en dormir, y eso que estoy agotada.

Por mi mente pasan todo tipo de imágenes y fantasías que nos incluyen a Ethan y a mí. ¿Iremos a la playa? Bufo mirando al techo y sonrío mientras los acordes de *Hey, Soul Sister* empiezan a sonar a través de mis auriculares. De pronto, las imágenes se suceden ante mí y puedo vernos en el mar bañándonos juntos, salpicándonos, riendo, hablando de libros, tomando cerveza fresca o simplemente mirando al sur mientras la música suena para nosotros. Bueno, vale, puede que mañana no tengamos música, pero en mi cabeza acompañaré algún que otro momento de esta canción porque es muy molona, y quien diga que no es que no entiende de música.

* * *

La noche ha sido larga y ha estado plagada de música de todo tipo, alguna incluso vergonzosa, lo reconozco, pero no me importa. No me importa ni eso, ni el sueño que tengo, porque acabo de tomarme un café solo bien cargado y Ethan está en la puerta del hostal subido en una moto enorme que creo que es de Matt, porque Iris a veces me ha hablado de ella y del montón de cosas que pueden hacerse sobre su asiento. De hecho, me ha dado más información de la que yo habría deseado, pero ahora que veo a Ethan sobre ella, sonriéndome y haciéndome

señas con la mano para que me acerque, no puedo dejar de pensar si es cierto que es posible llevar a cabo una penetración sin dejarte los dientes en el suelo. Y, sí, es un pensamiento muy burro, pero creo que, al menos hoy, voy a dejar que mis pensamientos burros me inunden. Que nada me amargue el día, ni siquiera mi autoimposición de no hacer nada que se parezca a algo que podría hacer Alma en mi situación. Hoy ella no importa. Hoy, ni siquiera yo importo. No quiero ser la Lía de siempre, responsable, seria y madura. Quiero ser la Lía de veintisiete años que tiene deseos primitivos que quizá no se lleven a cabo, sonríe sin demasiados motivos y tiene fantasías con una moto y la persona que en este momento está sobre ella.

—Estás para comerte sobre esa moto, Gallagher —digo nada más llegar a su altura.

Y, sí, en cuanto lo suelto me muero de vergüenza y estoy segura de que hasta me he puesto roja, pero no me importa. ¡Hasta eso pienso disfrutarlo!

Ethan abre los ojos con sorpresa, suelta una carcajada y tira de mi camiseta para acercarme a él mientras se muerde el labio inferior. Besa mi mejilla y me pone un casco enterizo en la cabeza.

—Tú sí que estás para comerte, rubia. Anda, sube y agárrate bien fuerte.

—¿Tienes miedo de que me caiga, o es que quieres que te manosee mientras conduces?

Él vuelve a reír de buena gana y me guiña un ojo antes de girar el acelerador haciendo que el motor ruja.

—Un poco de cada.

Sonrío y subo tras él mientras siento un millón de mariposas liberarse en mi estómago y alzar el vuelo a través de mi cuerpo, haciendo que me sienta viva y eufórica por primera vez en mucho mucho tiempo.

Hoy va a ser un día genial.

13

Ethan

Es tan guapa que me siento como un pijo en mitad de la selva. Eso es todo lo que puedo pensar mientras la miro bajar de la moto y sonreírme con esa naturalidad que hasta hoy no he podido disfrutar al cien por cien. Está distinta: más relajada, más risueña, más… libre. Las veces que la he visto antes siempre parecía estar contenida, pero hoy desde el primer momento ha estado diferente. No sé qué ha cambiado exactamente en su forma de ver las cosas, pero, sea lo que sea, voy a aprovecharlo al máximo.

Me cuelgo la mochila que he traído y la guío a través de uno de los acantilados del pueblo. Los turistas, por lo general, se arremolinan en las playas grandes, pero, entre que las fiestas han acabado y se han ido casi todos y que esta cala a la que la llevo es mucho más discreta, tengo casi asegurado que vayamos a estar solos. Hoy el día, además, es caluroso, así que, con un poco de suerte, podremos bañarnos en el mar. Por supuesto, para bañarse tiene que quedarse en bikini y, por descontado, yo estoy encantado con esa idea.

No soy un cabrón, o no uno al completo, al menos, porque tengo que decir que ella parece estar bastante predispuesta a dejar surgir lo que sea que haya entre nosotros. Que no sé lo que es y no me pesa reconocerlo, porque ¿qué somos si ella está receptiva y yo estoy deseando ver una señal para probar sus labios? ¿En qué nos convierte su sonrisa y mis ganas de comérmela? ¿Hay una etiqueta para eso? No, claro, todavía no, pero llegaremos a algo. Amigos, *follamigos*, amor de primavera-verano, novios…, yo qué sé, yo sólo sé que está preciosa y huele como a flores y besos; a caricias que todavía no le he dado pero que tengo intención de darle dentro de muy muy poco tiempo.

—¿Cómo te has librado de Alma? —pregunto mientras bajamos los últimos escalones y aún sujeto su mano.

Sus dedos se tensan y por un momento temo haber metido la pata, pero al final se encoge de hombros y contesta.

—No le he dicho nada. Simplemente me he largado. ¿Me convierte eso en una hija pésima?

—Créeme, si alguien se merece un diploma a la hija más paciente del mundo, eres tú, así que puedes estar tranquila.

Ella sonríe, pero en cuanto tocamos la arena aprieta mi mano y hace que me gire para mirarla.

—No hablemos hoy de ella, ¿vale? —pregunta en tono bajo, como si temiera que alguien la oyera y le recriminara esas palabras cuando, en realidad, estamos solos en esta pequeña cala, tal como yo había previsto—. Si de verdad quieres pasar el día conmigo, prométeme que ni siquiera mencionaremos su nombre.

Me duele ver hasta qué punto está agobiada por culpa de su madre, y me encantaría decirle que la otra noche no me cabreé con ella, sino con Alma, por ser una egoísta de mierda. Me cabreé con el hecho de que Lía tuviera que venir en chándal y con los ojos rojos de sueño para cargar con las consecuencias de los actos de su madre. No entiendo cómo soporta tanto, y como sé que decírselo nos llevará a una discusión, porque ya voy entendiendo cómo es, decido que tiene toda la razón del mundo y que, al menos hoy, nos merecemos conocernos a gusto y sin tocar temas que puedan ponernos rígidos o distantes.

—Tengo tantas ganas de pasar el día contigo que aceptaría hasta que nos comunicáramos por señas.

Ella se ríe y el momento de tensión pasa a la historia mientras nos pegamos a las rocas del acantilado. Abro mi mochila y saco una toalla de matrimonio para estirarla en la arena con su ayuda. Mientras estoy poniendo piedras en las esquinas para asegurarnos de que se queda fija, Lía saca seis latas de cerveza y un par de bocatas, que es lo que he traído para comer y beber, además de una botella de agua.

—Me encanta el menú —dice sonriendo mientras abre una lata y me la pasa antes de abrir otra para ella.

Le sonrío y señalo su cuerpo antes de dar un sorbo.

—¿Vas a quedarte vestida?

—¿No te parece que vas muy rápido? Soy una señorita decente, no puedes insinuar que me quite la ropa y esperar que obedezca sin más.

—Toda la razón —contesto riéndome—. ¿Hay algo que pueda hacer para que esa inocencia se pierda un rato y nos deje a solas?

Lía suelta una carcajada, apoya los codos en la toalla y gira la cabeza mirándome con interés. Sé lo que viene ahora y me relamo de manera literal por la anticipación. Ella eleva las cejas y sonríe con picardía.

—Estaría bien verte en bañador.

Justo en el clavo.

Asiento mientras me río entre dientes y le doy un tirón a mi camiseta, dejando al descubierto mi pecho. Ni siquiera me paro para pensar más, desabrocho mi cinturón y me bajo los vaqueros después de descalzarme, quedándome con unos bóxers negros y ajustados.

—¿Contenta?

—¿No traes bañador? —pregunta sorprendida a la par que se ríe—. Estabas loco por enseñarme la mercancía, ¿eh?

Agarro la cinturilla de mis bóxers y la estiro dándome un pequeño latigazo y guiñándole un ojo de manera descarada.

—Dime que no te gusta lo que ves, anda.

—Madre mía. —Lía se ríe y se mueve hacia un lado mientras resopla—. Deja que haga sitio

para ese enorme ego tuyo.

Me río y me tumbo a su lado mirándola de cerca y dándome cuenta de que sus mejillas están teñidas de un ligero tono rosado. ¿Se ha ruborizado al verme en ropa interior? Joder, se me podría poner dura sólo con eso. Y, sí, sé muy bien que eso demuestra el nivel de perversión que tengo últimamente.

—¿Y bien? —pregunto.

—¿Y bien?

—¿No vas a dejar que me recree un poquito contigo? Es lo justo. —Ella se ríe entre dientes y yo me acerco y acaricio su cara con el dedo índice—. Si quieres te ayudo.

—No te pases —contesta riéndose todavía más, pero el tono rosado de sus mejillas se está intensificando y pronto será rojo, así que decido ponérselo fácil tumbándome del todo y cubriéndome los ojos con el antebrazo.

—De acuerdo. Voy a quedarme en esta postura unos minutos, así tendrás todo el tiempo del mundo para quitarte la ropa. —Hago una pausa a conciencia y agrego—: Si quieres quitarte también el bikini, no me verás quejarme. Te lo digo por si te surge la duda.

Oigo su risa ahogada y sonrío, aunque continúo sin mirarla. Sé que se ha levantado porque he notado la tela de la toalla moverse y tomo nota mental para pensar en la tabla periódica cuando por fin la vea y así controlar la erección que, con toda probabilidad, querrá cobrar vida y dejarse notar. Vale que Lía viene relajada y me está siguiendo el juego mucho más de lo que yo pensaba, pero tampoco se trata de asustarla o avasallarla.

Tarda varios minutos en avisarme de que ya puedo mirarla. O quizá han sido segundos y a mí me han parecido una eternidad, no lo sé, pero cuando por fin me destapo los ojos y la miro tengo que morderme el labio inferior para no alargar una mano y acariciarla.

—Preciosa… —susurro.

—Qué va —dice ella sonriendo con timidez y sentándose a mi lado.

Su bikini es negro, liso, y sonrío al darme cuenta de que la poca tela que sumamos entre los dos es del mismo color. Tiene la piel blanca y puedo ver algunas venas azuladas marcarse en sus piernas o en su vientre. Me descubro pensando que me encantaría acercarme y recorrerlas con los dedos primero y la lengua después, pero entiendo que, una vez más, es pronto para hacer un movimiento como ése.

—Estoy demasiado delgada. Cero curvas sexis —agrega a su respuesta anterior.

—No tienes curvas, es verdad, pero tienes un ombligo sexy, un vientre sexy, unas piernas sexis y un culito muy muy sexy. ¿Sigo?

—No. —Se ríe y palmea mi brazo de broma—. Me ha quedado claro.

—Bien.

—Bien… —Lía se muerde el labio inferior, saca de su mochila un bote de protector y me lo muestra—. ¿Usas de esto?

—Debería, si no quiero coger un bonito color rojo gamba. ¿Me ayudarás a ponérmelo?

—Sólo si tú me ayudas a mí…

Doy un trago a mi cerveza, porque no quiero que vea la sonrisa que pugna por aflorar a mi cara. Joder, esto va muy bien, y eso que acabamos de llegar. Le hago una señal para que se

ponga boca abajo sobre la toalla y cojo el bote de su mano para poder ponerle la crema protectora. Aprieto un poco, pero debo de haberle dado con demasiada fuerza, porque un pegote sale disparado hacia la espalda de Lía. Me río al notar cómo se sobresalta y coloco mis manos sobre ella para expandirla por todas partes. Siento el calor de su piel, y eso que no llevamos aquí más que unos minutos. La crema se cuela entre mis dedos y me entretengo mirando el surco que mis dedos dejan al tocarla. Casi siento la tentación de hacer un dibujo blanco sobre ella, y yo no sé dibujar, así que imagina hasta qué punto me gusta esta mujer. Me esmero aplicando el producto desde su nuca hasta el final de su espalda y, cuando ya está todo lleno, decido que bien puedo demostrar mis habilidades como masajista. De algo tendrá que servir todas las veces que Matt me pagó de pequeño con chucherías para que masajeara su espalda. Presiono con dos nudillos en la nuca de Lía y bajo por el centro de su columna, apretando, pero sin pasarme. Cuando llego abajo pongo los pulgares en su lumbar y asciendo, consiguiendo que ella suspire y torturándome de una forma muy estúpida, porque todavía no vamos a pasar de aquí y lo tengo claro, pero no puedo evitar tocarla, y ahora que he oído su suspiro quiero más. Quiero que acabe gimiendo sólo con el contacto de mis dedos en su piel y no sé si lo conseguiré, pero al menos voy a intentarlo.

—¿Quieres que te ponga crema en las piernas? —susurro mientras ella gira la cara, pues estaba mirando hacia afuera y se centra en mí.

—Después —susurra—. Primero espalda, luego me toca a mí, luego baño, luego… ya veremos.

Sonrío por respuesta, porque entiendo que era ir demasiado rápido, y me centro en su espalda. La acaricio y masajeo unos minutos más y, cuando la crema ya se ha fundido con su piel dejando sólo un ligero brillo, me retiro y me coloco boca abajo antes de darle un toque en el brazo.

—Tu turno.

Ella sonríe y se levanta cogiendo el bote de crema sin protestar. Cierro los ojos y me preparo para un masaje, pero, para mi sorpresa, me pone un pegote en la espalda, lo esparce rápidamente con las manos y palmea mi brazo con una sonrisa inocente.

—Perfecto.

—¡No es justo! —protesto.

Lía se ríe de buena gana y se tumba boca arriba mientras se ocupa de untarse la crema en el vientre, el pecho y las piernas.

—¿Cómo que no? Te he puesto crema igual que tú a mí.

—Yo te he regalado un masaje —contesto un poco enfurruñado.

—Si eres bueno, puede que de aquí al final del día yo también te regale uno a ti. —Da un sorbo a su cerveza y señala la mía—. ¿No bebes?

—Estoy reservando la lata entera para cuando me digas que vas a hacer *topless* y se me seque la garganta.

Ella suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Tienes suerte de estar viéndome en bikini, así que imagina el *topless*… Además, estoy plana, no hay mucho que ver.

—Creo que eso debería decidirlo yo.

—En serio, mis pechos no son lo mejor de mi cuerpo.

—Estoy seguro al cien por cien de que eso no es cierto. Tus pechos serán una parte preciosa y perfecta del resto de tu precioso y perfecto cuerpo.

—Estás muy lanzado —dice con soltura—. ¿No has oído hablar de la sutileza?

—Estamos hablando de tus tetas y estoy deseando verlas, Lía, no hay sutileza que valga. —Ella se ríe, pero el rojo ha vuelto a sus mejillas, así que decido que es hora de darle una tregua—. Está bien, lo siento…

—No me molesta, es sólo que… no me siento cómoda haciendo *topless*. En serio, si tuviera un pecho más grande y bonito, creo que lo haría. No por ti, se entiende, sino por mí misma. Es un asco quedarse con las marcas del bikini.

—Lo que es un asco es que las mujeres os dejéis dominar por complejos absurdos y consintáis que eso os prive de estar más cómodas o incluso de sentir más placer.

—¿Qué tiene que ver el *topless* con el placer?

—No hablaba sólo de eso, sino en general.

Me mira elevando una ceja ante mi silencio y, cuando se da cuenta de que no voy a seguir, resopla exasperada y habla.

—¿Vas a aclarar esa respuesta?

Me río de lo previsible que ha sido esta vez y contesto después de dar un nuevo sorbo a mi cerveza.

—Muchas os negáis a hacer cosas que sabéis que os pueden gustar por pudor, o porque no os sentís cómodas con vuestro cuerpo. Hay mujeres que no hacen *topless*, otras que lo hacen y, sin embargo, se compran unas bragas de bikini que les llegan casi a las axilas, otras llevan hasta pareo para que sus cuerpos no se vean, como si fueran a juzgarlas por estar en la playa enseñando lo mismo que el resto. No sé, creo que las mujeres todavía tenéis que luchar mucho contra esos complejos. En cambio, los hombres, por lo general, no tienen ningún problema a la hora de mostrar sus barrigas, aunque sean del tamaño de una sandía, ¿me entiendes? No digo que no tengamos complejos, hay de todo, pero por lo general las chicas sufrís más con esas cosas.

—Te sigo y creo que tienes razón, pero no entiendo qué tiene que ver el placer en esto.

—Ah, me refería a un campo general. A veces estando con alguna chica en la cama han hecho hasta lo imposible por taparse el vientre mientras las desnudaba, o han querido dejarse el sujetador puesto porque sabían que, en cuanto se lo quitaran, sus pechos caerían por la fuerza de la gravedad. —La miro elevando una ceja y sonrío con picardía—. Por mucho que tú pienses que las que tienen más pecho que tú no tienen complejos. —Ella carraspea porque sabe que la he pillado, y yo sigo—: Una vez estuve con una chica que se negaba a que le hiciese sexo oral.

Lía se atraganta con el sorbo que justo estaba dando a su cerveza y yo pienso si no me habré pasado. En realidad, creo que igual debería echar el freno. Es cierto que me he puesto eufórico al verla flirtear conmigo, y también es verdad que tengo unas ganas locas de avanzar y ver adónde nos lleva esto, pero no quiero que se sienta incómoda y, aunque yo suelo ser muy claro cuando hablo de cualquier tema, entiendo que no todo el mundo es así.

La verdad es que no encajo con esa imagen de escritor taciturno y borde que muchos se crean

para parecer más interesantes. A mí me gusta la gente, me encanta charlar de casi cualquier cosa y no me supone ningún problema exponer mis sentimientos o mis puntos de vista. No soy un alma frustrada que sólo es capaz de expresarse a través de sus libros. Soy un alma libre que escribe para sentirse pleno. O escribía, al menos… Chasqueo la lengua mentalmente y me obligo a no pensar en eso. Hoy, no.

—¿No quería que se lo hicieras, o también se negaba a hacértelo? —pregunta ella sorprendiéndome.

—No tenía ningún problema a la hora de hacérmelo, pero cuando yo quería intentarlo se avergonzaba y decía que no, que no soportaba ver mi cabeza entre sus piernas. Le podía la vergüenza. Lo entiendo y jamás haría algo que incomodara a alguna de mis amigas o compañeras de cama, pero creo que, al final, quien más perdió fue ella. Permitió que sus complejos la privaran del placer. ¿Me entiendes ahora?

—Sí. O esa chica tenía un grave problema de autoestima, o tú eres pésimo cuando del sexo oral se trata.

Estallo en carcajadas, cojo un puñado de arena y se lo tiro sobre el estómago a conciencia, sabiendo que con toda la crema que se ha puesto se le va a quedar pegada, por mucho que ya se le haya absorbido casi toda.

—No tienes ni idea, rubia. Sería capaz de hacer que te desmayaras sólo con mi lengua.

—Mucho hablar, mucho hablar y luego…

Sonrío de medio lado, me acerco más a ella y dejo mi cara a sólo unos centímetros de la suya. Muerdo mi labio inferior con fuerza y saco la lengua para aliviar la punzada que he sentido. Noto sus ojos fijos en mi boca y sonrío pagado de mí mismo, porque quizá sí es cierto que tengo un pelín de ego, pero eso no tiene por qué ser un problema, ¿no?

—¿Quieres que te lo demuestre? Porque no tengo ningún problema en bajar por tu cuerpo, echar tu braguita a un lado y demostrarte que no soy pésimo en el sexo oral. Y si decides que lo soy, casi mejor, porque así podremos practicar hasta que creas que he aprendido a hacerlo con una nota media de sobresaliente. No pienso conformarme con menos de eso.

Ella jadea y mira hacia otro lado, roja como un tomate. No quiero reírme, más que nada porque ahora no ha habido tabla periódica capaz de evitar que una gran erección se forme dentro de mis bóxers. Creo que este plan se me ha vuelto totalmente en contra, porque acabo de coger un calentón del quince de la manera más tonta.

—Eres un demonio, Gallagher.

—No lo sabes tú bien, Galán.

Sonríe al oír su apellido en mis labios, se levanta y me informa de que va a darse un baño. Me reiría un poco de ella y su acaloramiento repentino si no fuera porque yo estoy igual. La veo dirigirse al mar y meterse sin vacilar, y la sigo. Cuando llego a la orilla y noto el agua en mis pies me doy cuenta de dos cosas: la primera es que está lo bastante fría como para que mi erección se desinfle en el acto, y la segunda es que, si Lía se ha metido de sopetón sin pensarlo siquiera, yo no puedo ser menos, así que me lanzo de cabeza, suelto un par de insultos mentales y, cuando salgo a la superficie, me encuentro con que ella ya ha salido del agua y da saltitos en la orilla, supongo que intentando entrar en calor. Me río, me pongo boca arriba haciendo el muerto

y dejo que el agua fría cale en mi cuerpo, tratando de acostumbrarme, porque algo me dice que éste no será el último baño del día.

14

Miro a Ethan nadar de espaldas en el mar y me quedo alucinada con su aguante físico. No lo digo por la forma de nadar, sino por estar aún dentro del agua con lo fría que está. De hecho, yo todavía me muevo por la orilla intentando entrar en calor y pensando cómo demonios he conseguido meterme sin pensarlo. Claro que en cuanto recuerdo las palabras de Ethan todo cobra sentido y el calor vuelve recorriendo mi cuerpo desde las plantas de los pies hasta mi cabeza. Imaginarlo apartando mis braguitas, tal como él mismo me ha dicho, me pone tan frenética que he necesitado salir corriendo de manera literal, y no sé si eso me gusta o no.

Quiero decir, sé que tenía el propósito de disfrutar del día de hoy olvidándome de todas mis normas en lo referente a las relaciones con los hombres, pero no puedo evitar dudar por momentos de mis actos. Sé que a estas alturas Alma ya se lo habría tirado, así que me consuela ser consciente de que estoy aguantando bastante más que ella. Lo sé, sé que es absurdo, pero no puedo evitar pensar qué haría ella en una situación como ésta. ¿Actuaría como yo? Cuando la respuesta es negativa, una sonrisa se abre paso en mi cara y la tranquilidad vuelve. El problema es que, cada vez más, la respuesta va convirtiéndose en afirmativa. Quiero que sea así, que conste, quiero disfrutar de mi día sin tener que preocuparme de si es correcto o no, pero también sé que permitirme estos momentos de dudas me ayudará a superar el día, porque si empiezo a bloquear pensamientos acabaré tan colapsada que pareceré un palo, y entonces sí que seré incapaz hasta de besar a Ethan, si es que esa oportunidad se da. De este modo, al menos, pienso en ello, lo medito un instante y me convenzo de que no hago nada malo, aunque tenga que repetírmelo varias veces al cabo del día. Es complicado, pero, créeme, yo le encuentro bastante sentido.

En vista de que Ethan sigue nadando, vuelvo a la toalla mientras pienso en su masaje y todo lo que ha provocado en mí. Dios, ese hombre sabe bien lo que hace con sus manos. Me ha sorprendido bastante que las tenga tan suaves, no sé por qué, pero al meditarlo me doy cuenta de que es porque sigo sin saber a qué se dedica. Mi mente lo enlaza con el pub, pero sé que sólo está aquí de paso, como yo, así que tomo nota mental para que no se me olvide preguntarle antes de que acabe el día. Quizá, después de todo, no es agente de la CIA. A lo mejor es empresario, porque está claro que lo que sea que haga no está relacionado con el trabajo físico, o se notaría en sus manos. ¿Empresario? ¿Abogado? ¿Médico? ¿Cartero? ¿Peluquero? No, peluquero no, porque su corte es bastante normal. Claro que los peluqueros no tienen por qué tener el pelo estrambótico, pero… no le pega. ¿Profesor? Hummm, me lo imagino con unas gafas mientras

sale del agua y me pinzo el labio, porque creo que estaría para comérselo. Eso sí que le pega, ¿ves? Las profesiones son como los nombres, que no todas pegan con los físicos, aunque te lleves sorpresas de vez en cuando.

—¿Qué piensas tan concentrada? —pregunta él cuando llega junto a mí.

Se pasa las manos con brío por el pelo mojado salpicando agua en todas las direcciones y contengo las ganas de pedirle que me deje hacerlo a mí. Me encantaría meter mis dedos entre su pelo rubio, aunque sea corto, y masajear su cabeza con la misma dedicación que él ha masajeado mi espalda antes.

—Parecías cómodo dentro del agua —digo ignorando su pregunta.

—Sí, me ha venido muy bien el bañito. Tú, en cambio, has salido pronto.

—Estaba helada.

—Por eso me ha venido bien —contesta riendo.

Me gusta eso de él. Nunca parece tener pudor y habla sin tapujos de lo que piensa o siente. Ahora, por ejemplo, me ha dejado claro con esa frase, su risa y una leve mirada hacia abajo, a sus bóxers, que su cuerpo ha reaccionado demasiado ante las palabras que él mismo ha mencionado hace un rato. Yo no sería capaz de tratar el tema con tanta naturalidad. De hecho, odio bastante que mi cuerpo reaccione de manera negativa cuando por fin me lanzo a hacer algo relacionado con mis instintos. Suelo ponerme roja incluso si estoy segura de querer hablar de algo, aunque me haga sentir cosquillas de vergüenza. A la mínima ocasión dejo ver a la gente que me afecta, y eso es un asco. Ethan habla de su vida, del sexo y, en definitiva, de cualquier tema sin tapujos. Por eso lo envidio, pero también por eso me aprovecho y lanzo la pregunta que me hago desde hace días de manera directa y sin rodeos:

—¿A qué te dedicas?

Él eleva las cejas, sorprendido por mi cambio radical de tema y mi habilidad para ignorar sus palabras. Supongo que otro lo tomaría como algo vulgar y de mala educación, pero él sólo sonríe, se sienta a mi lado, coge el bote de crema protectora y lo blande frente a mis ojos.

—Cuando me des un masaje como es debido, contestaré a esa pregunta.

—¡Venga ya! —exclamo riéndome—. Eso es chantaje.

—¿Lo es? —Frunce el ceño, pero de inmediato se ríe y las arrugas que hay a los lados de su cara me conquistan un poquito más, si eso es posible—. Ah, pues sí, sí que lo es. —Suelta el bote de crema en la toalla, se gira y saca unas gafas de sol de su mochila. Se las pone y se tumba mirándome. No puedo ver sus ojos, pero sé que su mirada es directa y divertida—. Ya sabes, Galán. Un masaje a cambio de una respuesta.

Me quedo pensándolo un instante antes de contestar. A ver, en realidad no tengo nada que pensar porque creo que los dos tenemos claro que voy a aceptar, pero de todas formas me hago la dura y hasta me permito mirarme las uñas mientras «pienso» en ello. Ethan coloca los dos brazos bajo su cabeza, como si no tuviera ningún problema con mi silencio, aunque yo sepa que está deseando que le conteste. En realidad, cada vez más, tengo la sensación de que los dos sabemos a qué juega el otro y, aun así, tensamos la cuerda para ver hasta dónde somos capaces de llegar.

—Si te doy un masaje, quiero las respuestas a todas las preguntas.

Él lleva un dedo índice al puente de sus gafas y las sube. Sus ojos azules me miran

entornados y sonríe con malicia.

—¿Cuántas preguntas tienes?

Esta vez soy yo quien juega a sonreír con malicia. Me tumbo de lado, apoyo el codo en la toalla y sujeto la cabeza con mi mano mientras me permito pasar un dedo índice por su espesa barba. Me sorprende lo suave que resulta al tacto, a pesar de estar mojada, y puedo notar lo mucho que le gusta mi caricia cuando su mandíbula se tensa un poco, aunque intente disimularlo de inmediato.

—Muchas —susurro. A continuación, bajo mi dedo y acaricio de forma leve el poco vello de su torso—. ¿Me las darás?

No necesito mirar sus bóxers para saber que vuelve a estar inflado. Lo sé, lo noto en su mirada igual que sé que él debe de notar en la mía que yo también estoy excitada. Negarlo no tiene sentido, pero, además, me siento poderosa como pocas veces en mi vida. Quizá porque jamás he sido tan descarada con un hombre, o porque me he reprimido mucho toda la vida, y cuando me dejaba ir era porque estaba segura de querer una relación, así que me concentraba en ir paso a paso para no asustar al susodicho. Esta vez es distinto. Estoy lanzándome de cabeza a esta amistad extraña, consciente de que incluiremos sexo en la ecuación, porque ya es imposible no hacerlo. El deseo está demasiado patente y, si bien es cierto que no quiero parecerme a Alma, también lo es que no soy gilipollas. Este hombre está bueno, es simpático, sabe conversar, tontear y volverme loca con un par de frases y un toque leve en mi cuerpo. Despierta mi deseo de manera casi antinatural, y soy muy consciente de lo raro que esto suena teniendo en cuenta que hace sólo unas semanas que lo conozco, pero también sé que todas las relaciones empiezan de alguna forma, ya sean serias, de amistad o sólo de sexo. Por algún sitio hay que empezar, y Ethan sabe bien cómo dar a la casilla de salida una dosis extra de algo que hace que sospeche que podría volverme adicta a sus réplicas ingeniosas, sus sonrisas torcidas y esos malditos guiños que hacen que me muerda el labio para no besarlo y acabar con la tensión que provoca en mí.

Llego con mi dedo índice a su ombligo e intento no pensar de más, o acabaré hiperventilando. Voy a tener tiempo de sobra para diseccionar cada parte del día esta noche, cuando esté en mi cama dándole vueltas a todo, puede que, incluso, arrepintiéndome, pero ahora no es momento de eso. Ahora es momento de disfrutar sin pensar en nada más que en los instintos que dominan mi cuerpo y, al parecer, el suyo.

—Por cada zona masajeada, una respuesta —dice atrapando mi mano y aplastándola contra su bajo vientre—. Y no puedes empezar por la de mi profesión.

—Me parece injusto.

—Son las normas, cariño.

—No masajearé la zona que hay dentro de tus bóxers, lo sabes, ¿no?

Él se ríe entre dientes y se muerde el labio inferior asintiendo.

—No te lo pediría. Esa zona sólo la tocarás si tú quieres, pero deberías saber que tampoco me molesta si, en algún momento de alguno de los masajes, decides que quieres inspeccionar un poco, ya sabes…

—Todo un detalle por tu parte ponerte a mi merced.

—Soy un buen chico —susurra haciéndome pensar que ese tono ha estado lejos, muy lejos,

de ser el de un buen chico.

Sonrío y asiento una sola vez mientras tiro de mi mano para que me la libere y giro el dedo índice frente a su cara para que se dé la vuelta.

—Primero, la espalda.

Se coloca tan rápido que se me escapa una risa. Cojo el bote de crema y soy consciente de que mis manos tiemblan ligeramente. Me arrodillo a su lado, echo un poco de crema sobre su piel y coloco las manos sobre su espalda a cámara lenta. Quiero disfrutar de cada momento de esto, aunque él crea que es el único que sale beneficiado. Esparzo la crema por sus hombros y sus costados, además de la espalda, y cuando toda su piel está cubierta de una fina capa blanca me dedico a hacer pequeños dibujos en su espalda. Primero un círculo en el centro de sus omóplatos que pasa a ser un sol cuando le dibujo los rayos; más abajo, en el centro de la columna, un árbol y, desviándome hacia la derecha, una espiral que acaba en su costado. En el otro lado dibujo unas hondas pretendiendo imitar el movimiento de las olas, pero la verdad es que soy pésima dibujando, y creo que un niño de cinco años podría hacer algo más bonito que esto, aunque supongo que lo que importa no es el resultado, sino lo bien que me siento tocándolo. A juzgar por sus suspiros, a él también le gusta, así que bajo a su zona lumbar y decido dibujar una casa. Primero hago un cuadrado, justo arriba un triángulo, que hará las veces de tejado; la puerta, una ventana y un camino que, para mi desgracia, acaba en la cinturilla de sus bóxers negros. Suspiro pensando cómo sería bajárselo y seguir dibujando su piel, pero eso sería demasiado correr incluso para él, así que abro las palmas de mis manos y vuelvo a extender la poca crema que ya queda en su espalda, borrando todos los dibujos y dejando un nuevo lienzo en blanco. Cojo un poco más de crema, se la pongo y vuelvo a empezar. Esta vez los dibujos son algo más complicados: una estrella de cinco puntas, una flor y un columpio colgando de una luna.

—Me encantaría saber en qué piensas y qué dibujas sobre mí —dice él de pronto, sobresaltándome.

—¿Para qué?

—Estás absorta, así que es probable que lo que estés dibujando sean cosas al azar que te vienen a la cabeza. ¿Qué ha sido lo último?

—¿Para qué quieres saberlo?

Ethan suspira y puedo notar la sonrisa en su cara, aunque no se la vea porque tiene la frente apoyada sobre las dos manos, mirando hacia abajo.

—Quiero crearme una opinión sobre ti. Pensar cómo eres en base a lo que has pintado.

—¿Psicoanalizarme en base a un dibujo en tu espalda?

—Si lo dices en términos psicológicos pierde encanto, Galán. Deja todo eso de los psicoanálisis para ti. Yo sólo quiero intentar averiguar qué hay detrás de lo que muestras al mundo. ¿Qué escondes, Lía?

—Nada —contesto dejando caer los brazos a los lados—. En realidad, no escondo nada.

—Todos escondemos algo.

—¿Tú también?

—Todos.

Frunzo el ceño pensando que acaba de cortarme el punto de una manera muy tonta. No me gusta que quiera indagar más de la cuenta en mi vida, pero, por otro lado, si quiero que seamos amigos es necesario, ¿no? Quiero decir, si una chica a la que acabo de conocer y de la que pretendo hacerme amiga me dijera que quiere conocerme a fondo, sonreiría y me lo tomaría como un halago, así que, ¿por qué no puedo hacer lo mismo con él?

Ah, ya, claro, por ese detalle de querer tirármelo hasta desgastarlo y tal…

Suspiro y señalo el centro de sus omóplatos mientras hablo, porque estoy segura de que, con lo que he pintado en su espalda, no va a poder decir nada trascendental o demasiado íntimo que me haga sentir incómoda.

—Aquí, un sol —susurro mientras mi dedo desciende—. Aquí, un árbol. —Me muevo hacia un lateral—. Una espiral. —Hacia el otro—. El mar. —Señalo su lumbar—. Una casa y borrón para empezar de nuevo. Una estrella, una flor y un columpio colgando de una luna —digo mientras señalo los puntos en los que lo he dibujado—. Dime, Gallagher, ¿qué crees que quiere decir mi subconsciente a través de mis dedos en tu espalda?

Él se gira con lentitud y me sonríe sin despegar los labios, al tiempo que me deja ver sus ojos cuando me mira fijamente. Joder, qué pestañas más rubias tiene. No sé por qué eso siempre me llama la atención, pero lo hace.

—Los astros, el mar, una espiral, una casa y un columpio colgando de una luna. —Suspira y se sienta con lentitud. Me sobresalto cuando el lateral de su dedo índice acaricia mi mandíbula, pero me obligo a soltar el aire poco a poco—. Creo que eres dulce, pero la vida te obliga a ocultarlo porque la dulzura y la debilidad se confunden con demasiada frecuencia. Dibujas la casa que no tienes en ninguna parte y cuelgas un columpio de la luna porque, a veces, ningún lugar de la tierra parece seguro para ti.

Frunzo el ceño y trago saliva porque, si bien es cierto que no pensaba nada de eso mientras dibujaba, también es verdad que parece haber acertado en muchos rasgos de mi personalidad. Me pregunto cómo es posible que vea a través de mí. O puede que no sea así. Quizá se la ha jugado y ha optado por decir cosas al azar para ver si acierta y gana puntos conmigo. Lo miro a los ojos y me doy cuenta de que no es esto último. Él de verdad piensa todo eso de mí, y la seguridad que veo en su postura, en su tranquila mirada y en su sonrisa dulce me desarma más que cualquier insinuación sexual que pueda hacerme, así que carraspeo, cojo la crema y echo un chorro sobre su pecho sin avisar, sobresaltándolo.

—Aquí la de las preguntas soy yo —digo en tono cortante.

Ethan sonríe más ampliamente, lo que me revienta un poco, la verdad, y asiente una sola vez mientras se tumba en la toalla del todo.

—Vale, pero te advierto que si piensas jugar a eso de hacer dibujos en mi torso es probable que sólo tengas que pintar las hojas del árbol.

—¿Y eso?

—El tronco ya lo pongo yo de ombligo para abajo, te aseguro que está bien grande y...

Suelto una carcajada, interrumpiéndolo sin poder evitarlo, porque eso ha sido muy bestia, pero muy gracioso. Ethan se ríe conmigo y el momento de tensión pasa, por suerte. Cuando consigo calmar mi risa, me doy cuenta de que es probable que lo haya hecho a conciencia para

que mi rigidez desaparezca y lo maldigo un poco por ser tan empático de mierda. Lo digo con cariño, pero lo digo.

Esparzo la crema dejando su pecho blanco y le sonrío con picardía mientras elevo las cejas.

—Aquí va mi primera pregunta: ¿con cuantas mujeres del pueblo te has acostado en los meses que llevas aquí?

—¿Vas a toquetear mi pecho a conciencia mientras me haces preguntas sexuales? Olvida lo del árbol, es probable que de aquí a nada tenga un puto bosque entero dentro de los bóxers. —Suelto otra carcajada y él mueve la cabeza con fingida resignación—. Eres un demonio, rubia.

Sonrío por respuesta y paso las manos por su pecho esperando que conteste mi pregunta y pensando que ojalá este día no acabe nunca.

15

Ethan

No sobreviviré a esta mujer. Eso es todo lo que puedo pensar cuando la miro esperando por mi respuesta. Tener sus manos en mi espalda ha sido suficiente para conjurar un montón de imágenes eróticas a más no poder, pero verla ahora de frente mientras toca mi pecho, dubitativa al principio y con firmeza poco después, está asegurándome un dolor de huevos inolvidable porque, por más que estemos avanzando, sé que hoy no vamos a tener sexo. No por mí, que estaría encantado, sino por ella. Y cuando digo eso me refiero a que, aunque le dé el puntazo y decida que quiera hacerlo, voy a intentar negarme. Digo «intentar» porque con esta mujer no puedo asegurar nada, pero quiero que cuando lo hagamos, porque está claro que vamos a hacerlo, sea porque ella lo desea tanto como yo y no tiene ninguna duda al respecto. Puede que ahora trate de convencerse de ello, pero tiene momentos de duda, y eso a mí no me sirve. Por otro lado, no tengo ningún inconveniente en que nos besemos, nos toquemos y nos restreguemos hasta que esté segura, y si puedo colaborar de alguna forma para ayudarla a decidirse ten claro que lo haré.

Volviendo a sus ojos y la respuesta que espera, contesto con naturalidad, porque no se me ocurre otra forma de hacerlo.

—Con una, y no era de aquí. Un polvo de una noche poco después de llegar. Hace dos meses y pico.

—¿Dos meses y pico sin sexo? Guau, parece mucho en ti.

—¿Por qué? Voy por temporadas, como todos. Rachas de tener pareja y sexo a diario, o casi, y otras de hacerlo cada X tiempo de manera casual.

—¿Has tenido muchas novias?

—Serias serias y con la convicción de que serían las madres de mis hijos, ninguna, pero he tenido relaciones, como todos. —Lía asiente y traza círculos en mi pecho mientras la miro—. ¿Y tú?

—Alguna relación, sí.

—¿Y sexo casual? —Ella me mira fijamente y yo sonrío un poco intentando infundirle tranquilidad—. No muchas, ¿no?

—¿Se me nota?

—No, pero no te pega eso del sexo libre, aunque si lo hicieras no sería reprochable tampoco, no me entiendas mal.

—Tranquilo, sé lo que quieres decir. —Suspira y frunce los labios—. La verdad es que me cuesta mucho dejarme llevar en esos líos de una noche. Lo he hecho alguna vez, cuando era más joven, pero hace años que desistí. No me gusta, me siento incómoda y, al final, ni siquiera disfruto del todo de la parte sexual.

—Eso es porque no has encontrado al compañero de cama perfecto.

Ella se ríe entre dientes y tira del vello de mi pecho. Si pretendía causarme dolor ha fallado, porque sólo me he puesto más cachondo.

—Puede… Desde hace un tiempo me estoy replanteando eso del sexo sin ataduras.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Por lo menos tres horas, ya.

Dejo ir una carcajada, porque me encanta que se lance a decir lo que piensa, aunque le dé vergüenza. Primero lo suelta y luego se ruboriza, y yo siento deseos de comérmela de arriba abajo.

—Ahora en serio. ¿Cuánto hace que no…?

—Demasiada información. Además, ¡era yo la que tenía que hacer preguntas!

Alzo los brazos y me relamo los labios intentando ocultar una sonrisa.

—Toda la razón. Dispara.

—¿A qué te dedicas?

—Aún no hemos llegado a eso.

—¿Eres un sicario? ¿Un ladrón? ¿Político? —Abre los ojos de forma desmesurada y habla con voz horrorizada—. No hay nada peor que un político, así que, sea lo que sea, dispara.

—No soy un sicario, ni un ladrón, ni un político, pero he escrito sobre las dos primeras cosas.

Lía frunce el ceño de una forma jodidamente adorable y decido que es hora de contárselo. En realidad, no se lo he ocultado a conciencia, simplemente, en este momento, decir que soy escritor me sabe a engaño, porque no lo soy. Lo he sido hasta hace muy poco, y de éxito, además, pero en estos momentos no soy capaz de escribir dos frases seguidas, así que… ¿sigo siéndolo? El pensamiento me pica tanto que decido dejarlo de lado y centrarme en el titular deseando en silencio que no quiera excavar demasiado en los detalles, aunque le gusta la lectura y el día que estuvo en el pub trajo una novela del mismo género que yo escribo, por lo que es posible que haya oído hablar de mí, pero…

—¿Ethan? —pregunta interrumpiendo mis pensamientos.

—Soy escritor —digo sin más dilación.

Lía me mira a los ojos con firmeza mientras su boca permanece entreabierta y sus manos se quedan congeladas en el aire.

—¿Perdón?

—Soy escritor. Escribo libros, Lía. Es posible que te suene mi seudónimo, porque hasta no hace tanto conseguí que mi última novela estuviera en el top ventas de varios países y…

—¿Perdón? —pregunta de nuevo.

La miro y esta vez quien frunce el ceño soy yo, porque esperaba que se sorprendiera, pero parece horrorizada, así que no sé qué pensar.

—Kellan Gallagher. —Ella junta tanto sus cejas que parecen una sola—. ¿No te suena?

—¿Kellan Gallagher? —Asiento y ella niega con la cabeza, pero creo que está en *shock*, lo que es raro porque, a ver, entiendo que esté sorprendida, pero ¿es para tanto?

—*La tierra de Daragh*…

Ella sigue negando con la cabeza, pero pasados unos segundos se para en seco y sus ojos se abren más, si cabe.

—*¿La tierra de Daragh?* ¿Kellan Gallag…? ¡Mierda santa! ¿Eres *ese* Kellan Gallagher?

Me río entre dientes mientras la miro elevando las cejas, sorprendido por su ímpetu repentino.

—Ajá.

—Pero, pero… ¡tú no te llamas Kellan!

—Uso como seudónimo el segundo nombre de mi abuelo y el apellido familiar.

Lía se levanta y se pasa las manos por el cuello repetidas veces en dirección ascendente y descendente, como si necesitara masajear la zona para que el oxígeno entre y salga de su cuerpo. Mi risa se corta en seco, porque me doy cuenta de que no está actuando como yo había pensado. Había valorado la posibilidad de que se comportara como una lectora contenta de conocer a un escritor, o, lo que es lo mismo, una fan. También valoré que no me conociera, aunque he de admitir que estaba casi seguro de que no sería el caso. Lo que no pensé fue que reaccionaría con esa mezcla de incredulidad y algo muy muy parecido al cabreo, porque cuanto más tiempo pasa, más tensa se pone y peor me mira, así que no sé si debería empezar a preocuparme.

—¡Me has mentido!

—¿Perdón?

—Eres… tú… ¡Eres escritor!

La miro sin entender y decido ponerme de pie, porque estoy empezando a sentir que se aleja de mí de forma brusca y no pienso permitir que un malentendido, del tipo que sea, nos separe ahora que nos estamos conociendo tal como los dos deseamos. No sé qué hace que se comporte de esta forma, pero sea lo que sea pienso llegar al fondo del asunto y solucionarlo para que podamos retomarlo donde lo hemos dejado hace unos instantes.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás acusándome de algo? —pregunto cuando ya estamos cara a cara, aunque yo sea más alto que ella.

—¡Porque es así! No puedo creer que me hayas mentido. Dios mío, he estado a punto de… de…

—¿De…?

—¡De liarme contigo!

—¿Y eso es malo?

—¡Por supuesto que sí!

—¿Porque soy escritor?

—¡Sí!

Frunzo el ceño y me paso la mano por la cara con frustración, porque cada vez me siento más perdido y ella cada vez se enfada más. Intento pensar con agilidad en algo, lo que sea que me ayude a calmarla, pero es difícil, teniendo en cuenta que, en realidad, no tengo ni la más remota idea de cuál es el problema real.

—Lía, me encantaría que me explicaras por qué pareces tan enfadada cuando, en realidad, no te he hecho nada. Es cierto que no te he dicho hasta ahora que soy escritor, pero es que las veces que nos hemos visto no ha surgido, así que no pensé que fuera importante.

—¿No pensaste que fuera importante contarme que eres un escritor famoso?

—Yo preferiría dejarlo en escritor, a secas.

—Ethan, joder —replica frustrada.

—Eh. —Me acerco y sujeto sus hombros intentando que me mire, porque estoy empezando a cabrearme yo también y eso no nos hará ningún bien—. Cuéntame dónde está el problema. Soy la misma persona que hace diez minutos, Lía. Nada ha cambiado.

Ella me mira negando levemente con la cabeza y luego, para mi más absoluta incredulidad, veo cómo asoman un par de lágrimas a sus ojos. No las deja salir y, de hecho, mira al cielo un momento y, cuando vuelve a fijarse en mí, ya no hay rastro de ellas, pero han estado ahí durante un segundo. Tiempo suficiente para que yo me preocupe, porque no comprendo nada y puedo entender que algo de lo que he dicho o hecho la cabree, pero que la hiera de alguna manera…, no, eso sí que ni lo entiendo, ni lo concibo.

—No es lo mismo, Ethan. Podrías haber sido cualquier cosa, incluso político, y yo habría encontrado la manera de justificarme para liarme contigo, pero eres escritor… ¿No lo entiendes? —Niego con la cabeza y ella sonríe con sarcasmo—. Eres un artista.

—¿Y?

—Y yo no salgo con artistas de ningún tipo. Nunca. Jamás.

Mis ojos se entornan ante una declaración tan contundente como ésa. No entiendo una mierda de lo que está pasando, pero no pienso moverme de aquí hasta que me lo cuente todo. Lo que tengo claro es que esto ha dejado de ser culpa mía para convertirse en algo que hace que ella arda, pero no porque sea yo, sino por mi profesión.

—¿Me estás dando puerta porque no te lías con gente que trabaje en algo relacionado con el arte?

—Artistas. No me lío con artistas.

—¿Te das cuenta de que suenas como una…? —Ella eleva una ceja y yo chasqueo la lengua —. Venga, Lía, joder, ¿qué importancia tiene eso? ¡Soy el mismo Ethan del pub! No hay ninguna diferencia entre mi parte «artística» y mis dotes como camarero.

—¡Claro que la hay! Los artistas vivís la vida día a día, no os paráis a pensar en nada más allá del presente, os acostáis con distintas mujeres en busca de una musa que, con suerte, sólo os inspira un par de meses, y luego les rompéis el corazón y seguís como si nada, tratando de alimentar vuestro ego con otra pobre idiota. ¡Y yo no soy así, Ethan! No soy una arrastrada, ni una *groupie*, ni me lío con artistas de ningún tipo, ¿entiendes?

No, la verdad es que no la entiendo y estoy flipando mucho con su discurso discriminatorio. Trato de mantener bajo control la parte de mí que acaba de sentirse insultada y me concentro en intentar comprender cómo cojones ha llegado Lía a tener una percepción como ésa de la vida de los artistas. O sea, entiendo que siempre se ha hablado de pintores, músicos o escritores que salían con mujeres porque las inspiraban, pero sinceramente, yo jamás he usado esa carta. No niego que muchas vivencias personales y mujeres me han inspirado para escribir, pero también

lo han hecho hombres anónimos, historias que me inventaba mientras veía a la gente correr de un lado a otro en el metro, ya fueran hombres, mujeres o gatos de siete patas. No utilizo a las mujeres para escribir y mucho menos utilizo mi profesión para estar con mujeres. ¿Que alguna vez he soñado con encontrar una mujer que me inspire y llene cada parte de mi ser? Sí, pero, joder, eso se llama *amor*, aunque nosotros le demos otro nombre. No busco más de lo que busca cualquier persona y no estoy dispuesto a pagar por algo que no he hecho nunca.

Y pienso decírselo, pero entonces un nombre viene a mi mente y, así, de la nada, todo cobra sentido. Cierro los ojos mientras suelto el aire con lentitud, intentando enfrentarme a esta conversación con calma y comprendiendo, por primera vez, lo que está pasando aquí.

—Alma —susurro mirándola a los ojos.

Ella boquea un poco antes de cerrar la boca, tragar saliva y negar con la cabeza. Me quedo a cuadros cuando se agacha y coge su camiseta para ponérsela.

—No pienso hablar más de eso y, además, creo recordar que te pedí que no la nombraras hoy.

—Pues me vas a perdonar, pero creo que para solucionar esta situación de mierda el nombre de tu madre tiene que salir a la palestra.

—No, de hecho, no tiene que salir.

—Escucha, Lía —digo ignorándola e intentando ocultar el malestar que siento al verla ponerse el pantalón también—. No puedes culparme a mí por el comportamiento de tu madre. Peor aún, no puedes culparte a ti misma por su actitud.

—No me culpo, Ethan, y tampoco te culpo a ti, o no directamente, al menos. Lo único que digo es que no salgo con hombres que estén relacionados directa o indirectamente con el mundo del arte. ¿Tanto te cuesta entenderlo?

—¡Pues sí, joder! ¡Claro que me cuesta! Me estás diciendo que no te vas a liar conmigo porque tu madre es una *groupie* y estás harta de verla follar y fallar con unos y otros. ¿A ti te parece normal?

Lía me da un guantazo con tanta fuerza y tan rápido que los dos nos quedamos congelados en el lugar. La mejilla me pica, pero no es nada en comparación con lo que siento cuando veo el arrepentimiento posarse en sus ojos.

—Dios mío, lo siento. Ethan, lo siento mucho, no quería pegarte. Yo sólo… —Empieza a hiperventilar y cojo sus hombros mientras la acerco a mí.

—Tranquila —susurro—. No pasa nada, cariño, tranquila.

—Jamás he pegado a un hombre y no tengo excusa, pero es que…

—He insultado a alguien importante para ti y has reaccionado por instinto. Soy yo quien debe pedirte perdón por hablar así de ella.

Lía cierra los ojos y mira al suelo, aparentemente agotada. La entiendo, porque estoy viendo tantos demonios librar una batalla en sus ojos que me parece un milagro que coexista consigo misma a diario sin acabar volviéndose loca. En realidad, si me paro a pensarlo, es fascinante ver el amor y el odio que siente al mismo tiempo por su madre. Creo que daría la vida por ella y, sin embargo, estando a su lado se consume poco a poco. Son conjeturas, no la conozco bien del todo, pero creo que ya nos hemos visto las veces suficientes y en situaciones lo bastante

extremas, gracias a Alma, como para empezar a conocer la dinámica de la relación madre-hija que mantienen. Alma hace lo que le da la real gana, vive su vida sin preocuparse de nada, actúa sin pensar en las consecuencias, y Lía va ocupándose de arreglar sus desastres y acumulando prejuicios que no le hacen ningún bien, pero de los que no puede librarse.

Llevo viendo a Alma ya un tiempo, desde antes que Lía llegase a este pueblo a buscarla, y sé bien que le encanta estar con todo tipo de hombres, pero Matt me ha contado que, según Iris, su hermana siente debilidad por los artistas. De hecho, esta última vez llegó a Elí de Sol para recuperarse de una ruptura con un pintor de poca monta, así que empezar a sumar no me cuesta. Lo que sí se me hace duro es encontrar las palabras adecuadas para decirle a Lía, porque no quiero que esto se acabe antes de empezar, pero tampoco sé si puedo luchar contra todos sus diques porque, al parecer, son muchos.

—Creo que debemos volver —le digo con suavidad—. Necesitas calmarte y pensar en todo esto.

—Creo que no tengo nada en lo que pensar —susurra ella—. Me caes muy bien, Ethan, quería ser amiga tuya, de verdad, pero creo que es mejor que, desde ahora, nuestros caminos se separen. Yo voy a irme dentro de unas semanas de todas formas, así que…

Asiento en silencio, porque no estoy de acuerdo, pero no quiero decir nada que pueda herirla más, por lo que recogemos y subimos la escalera que nos lleva hacia el acantilado en el que tengo la moto de Matt.

El camino de vuelta al hostal es silencioso, apenas es la hora de comer y mi mochila aún está cargada con cuatro cervezas y dos bocatas que ahora tendré que compartir con mi hermano. Y no es que él sea mala compañía, pero la verdad es que me habría gustado seguir pasando el día con Lía. Bueno, me habría gustado pasarlo con la Lía que he conocido hasta el momento de mi masaje. La dulce, inteligente, lanzada, vergonzosa y preciosa Lía que no pensaba siquiera en su madre, mucho menos en todo lo que debía evitar para no ser como ella.

Cuando paro la moto frente al hostal y se baja sin decirme nada, tengo la certeza de que, si se despide con un «adiós», podré considerarme afortunado. Y me jode, porque no he hecho nada malo, así que, pese a que me he jurado que no abriría la boca, lo hago. No sé si habla por mí el orgullo herido o la tristeza que me produce que esto se acabe así, pero lo que sí sé es que merezco, al menos, decirle esto.

—Sé que tienes tus motivos para no salir conmigo. Lo comprendo y lo respeto, pero no lo entiendo, Lía. Eres adulta, psicóloga y sabes tan bien como yo que estás castigando a las personas equivocadas. No voy a justificar a todos los cabrones que, de una forma u otra, hicieron daño a tu madre, pero ella no es ninguna santa y, sin embargo, ahí sigues, cuidándola incluso cuando no se lo merece. No te voy a presionar, no te voy a escribir y ten por seguro que no voy a molestarte más, si eso es lo que quieres, pero déjame decirte que te has cargado una amistad que podría haber sido grandiosa si hubieras dejado tus miedos y tus prejuicios de lado. —Me recoloco bien la mochila y le guiño un ojo, pero no sonrío—. Que te vaya bien, Galán.

Emprendo el camino de vuelta a casa mientras una parte de mí me recrimina no haber intentado convencerla de que cambiase de opinión, pero es que eso habría sido un error. No puedo cambiar quien soy y, si ella quiere conocerme, aunque sea como un simple amigo, tiene

que respetarme y aceptar todas las partes de mí. Sin eso, no hay ni una mínima posibilidad de que podamos llegar a ser algo, aunque ese algo aún esté por definir.

16

Entro en casa mientras la vergüenza aún truena en mis oídos y recorre mi cuerpo. ¿Cómo he podido pegarle? ¿Qué clase de persona soy, joder? ¡Yo no soy partidaria de ningún tipo de agresión bajo ningún concepto! No dejo de pensar qué habría pasado si la escena se hubiese dado al revés. Probablemente lo habría visto como a un monstruo y, sin embargo, ahí estaba Ethan, sujetando mis hombros e intentando calmarme mientras la marca de mis dedos dibujaba su mejilla. Cierro los ojos, porque no puedo creerme que haya perdido los nervios hasta ese punto, y atravieso el hostal deseando hablar con Iris y contarle todo lo acontecido hoy.

He conseguido arruinar mi día libre antes incluso de llegar a la comida, lo que me da una idea de lo desquiciada que puedo llegar a estar. ¡Y luego hablo de Alma! Por Dios, si yo estoy igual o peor que ella, sólo que de otra forma.

Llego a la puerta de mi tía, la abro de un tirón y me encuentro con una imagen que hace que quiera arrancarme los ojos de cuajo. No puedo evitar que mis pensamientos vayan al pasado, al momento en que conocí a Matt y pensé cómo demonios se las ingeniaría para tener sexo con mi tía, siendo él tan grandote y ella tan delgadita y pequeña. Bien, pues duda resuelta. Mi tía grita de sorpresa al tiempo que me mira por encima del hombro de Matt, que se gira y eleva las cejas mientras yo no puedo apartar la vista de su culo. Culazo, mejor dicho. Madre mía, normal que Iris haya perdido la cabeza por él.

—Esto…, ya si eso vuelvo luego.

Cierro la puerta con tranquilidad a tiempo de oír un gemido frustrado de mi tía y una carcajada de Matt. Me gustaría decir que estoy abochornada, pero eso todavía no ha llegado. De momento, mis pensamientos están puestos en la habilidad de Iris para abrirse así de piernas con el pedazo de escayola que tiene. Claro que supongo que cuando las ganas aprietan…

Cierro los ojos y me doy cuenta, por primera vez, de que acabo de cometer otro despropósito hoy. Dios, ¿es que no voy a parar de llevarme sorpresas desagradables?

Enfilo hacia mi dormitorio y rezo para que Alma no haya decidido convocar una orgia, o una reunión de *tuppersex*, en el cuarto. Por suerte, ella no está, así que cojo mi camiseta de dormir con calma, unas bragas limpias y salgo de nuevo para darme una ducha. Cuando acabo, voy a la cocina con rapidez, me como una manzana, regreso al baño, me lavo los dientes y, por fin, me meto en la cama. Ni siquiera son las dos de la tarde aún, así que no puedo evitar pensar en lo mucho que me ha cundido la mañana, para mal, claro.

Es cuando estoy tapada con la sábana y mirando al techo cuando me permito pensar en todo

lo ocurrido. La naturalidad con la que Ethan me ha dicho que es escritor todavía me sorprende, pero no es nada comparado con lo que siento cuando recuerdo el pinchazo de rencor que noté en el acto. Sentí que, de alguna forma, me había fallado. ¿No podía ser agente de la jodida CIA? ¿Tenía que ser escritor? ¿En serio? ¿En qué momento ha decidido el puto destino convertir mi vida en una broma de mal gusto? Me molesta, me cabrea, pero sobre todo me duele todo esto, porque pienso que no es justo que me pase esto la única vez que me convenzo de saltar al agua sin mirar. Quería sentir la adrenalina de la impulsividad, coquetear con él, tocarlo y que me tocara. Quería que nos bañáramos juntos y me besara en el agua. Quería que me abrazara y me hiciera sentir hasta qué punto estaba empezando a desearme, pero ahora todo ha quedado en un borrón. En un «podría haber sido» que me está quemando en la garganta más de lo que debería.

Las lágrimas se me saltan otra vez y me maldigo, porque yo no lloro nunca, joder. Hace mucho que aprendí que llorar no sirve de nada. Mi vida no se solucionaba si dejaba ir las lágrimas que tanto deseaba, al revés. Cuando acababa, estaba cansada, me dolía la cabeza y los problemas seguían ahí, mirándome desde una distancia prudencial y sonriéndome con dulzura, como diciéndome que no tenía de qué preocuparme porque ellos no irían a ninguna parte por mucho que yo llorara.

Mi madre sí es de llorar por todo, hasta cuando algo es insignificante, y creo que eso también ha jugado en mi contra. Bueno, eso y su obsesión por los artistas, que es lo que me ha convertido en el tipo de mujer que es capaz de soltarle un guantazo a un chico sólo porque es escritor. Cojo aire con fuerza, porque siguiendo esta línea de pensamientos no me estoy haciendo ningún favor. Tengo que empezar a ver las cosas con perspectiva y alegrarme de haberlo sabido a tiempo. ¿Qué habría pasado si me hubiese enterado después de acostarme con él? Habría sido devastador para mí. Me habría obligado a verme en el mismo espejo que mi madre, y eso es algo que llevo evitando demasiado tiempo.

Sé que sueno como una persona exagerada y desquiciada, lo sé, no creas que no me doy cuenta, igual que sé que este rechazo que siento no es más que una secuela, pero no puedo evitarlo. Nunca he querido luchar contra el sentimiento de repulsa inmediato que siento hacia el estilo de vida bohemio, o como quieras llamarlo. Es injusto, ya lo sé; a ver si piensas que no me doy cuenta de que parezco una mala persona, pero es que la gente real es así. Las personas tendemos a juzgar a los demás sin pararnos a pensar en nuestra propia mierda y en todo lo que nosotros hacemos mal. Y todos, absolutamente todos, hacemos algo reprochable muchas veces en la vida, así que no me sabe mal tener ese sentimiento. Lo que me jode es haber hecho daño a Ethan excusándome en lo que siento. Para eso sí que no tengo justificación y la vergüenza está envenenándome a un ritmo tan constante que creo que dentro de nada seré incapaz de pensar en otra cosa que no sea lo mal que me he portado.

Por otro lado, como he dicho, me alegra haberlo sabido a tiempo. Total, nuestra historia estaba destinada a ser pasajera. Una amistad con derecho a sexo que acabaría en unas semanas, cuando Iris se encuentre bien y yo vuelva a la ciudad. O cuando Ethan acabe lo que sea que ha venido a hacer aquí y se largue también, porque me imagino que tendrá una agenda que cumplir.

Kellan Gallagher. ¡Es el maldito Kellan Gallagher! Pero ¿cómo ha conseguido pasar desapercibido tanto tiempo? Hago memoria y me doy cuenta de que, aunque he leído sus libros,

en especial el último, que fue el que lo llevó a la fama, no me he fijado nunca en su cara. De hecho, es posible que su foto no esté en las solapas, porque me sonaría de algo, ¿no?

Cojo mi móvil sin pensar demasiado y abro el navegador para introducir su nombre. Lo primero que aparece es el enlace de Wikipedia con todos sus datos personales, pero anónimos. Es decir, está su fecha de nacimiento, su biografía y su procedencia, pero no hay foto ni hablan de su vida personal más allá de que su sueño siempre fue escribir y sus estudios académicos. Salgo de la página y me voy al apartado de imágenes de Google para ver si encuentro algo, pero sólo aparecen las cubiertas de sus libros, textos sueltos o algún artículo publicado por él, supongo.

La siguiente hora me la paso empapándome de toda su vida y mirando el móvil casi sin pestañear. No pienso en ningún momento que esté invadiendo su privacidad, porque si está en Google es público y, por tanto, no hago nada malo, ¿no? Salvo el hecho de haberle dicho que no quería saber nada de él y buscar hasta qué marca de bóxers usa en internet, claro. Si lo miramos así, igual sí la estoy cagando un poquito, pero con el día que llevo casi me da lo mismo agrandar la bola un poco más.

Al final me aprendo un montón de cosas de su vida profesional, pero nada me molesta, me interesa y me sorprende tanto como saber que, desde que tenía seis años, soñó con vivir en la ciudad del amor. París… ¡Dios mío! ¿Hay algo más típico que un escritor viviendo en París? Seguramente tenía el tipo de vida bohemia que mi madre adora y que a mí me da ganas de vomitar. Un ático con vigas de madera y ventanales, paseos por callejuelas con encanto, sexo con mujeres de las que ni siquiera recordaría su nombre al día siguiente… Dios, cómo odio imaginarlo teniendo sexo con otras. ¡Y eso está mal! Porque no lo conozco, pero, aunque así fuera, no tengo ningún derecho a sentir celos de lo que haya hecho en su pasado.

Al final, después de mucho darle vueltas al tema, me quedo dormida con el móvil en la mano y un dolor de cabeza importante. Sueño con Ethan teniendo sexo con mujeres rubias, morenas, altas, bajas, delgadas, gorditas…, mujeres de todo tipo deseosas de colmarlo de placeres y, si eso ya hace que la pesadilla sea agotadora, te diré que, además, todas tenían la cara de Alma. Todas. Tan largo, incómodo y torturador es el sueño que, cuando mi madre me despierta un rato después, estoy empapada en sudor y respiro agitadamente.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta frunciendo el ceño y sentándose en la cama.

—Eh…, sí, sí. Una pesadilla.

—¿Quieres contármelo?

La miro y por un momento estoy tentada de decirle que sí, que quiero contárselo para que vea hasta qué punto me ha jodido la vida con su comportamiento, pero sé que este ataque de rabia es pasajero y si le digo algo sólo servirá para que le dé la vuelta a la tortilla, me haga sentir culpable y, al final, me encuentre todavía peor, así que niego con la cabeza y cierro los ojos suspirando y apoyando la espalda contra el cabecero.

—No tiene importancia.

—Como quieras… Oye, vengo a preguntarte si quieres salir conmigo esta noche. Me apetece cenar hamburguesa y en el pub ponen unas riquísimas. Además, como al parecer tu tía sí que se folla a Matt, podremos sacarlas gratis. ¿Qué me dices?

Olvido la última parte de su frase y me centro en lo primero.

—¿Cómo es que ya te has convencido de que mantienen una relación? —pregunto de manera irónica—. ¿Lo has deducido al verlo aquí cada jodido día haciéndole compañía?

—No seas malhablada, Lía —dice ella en un tono maternal que no le pega nada—. Los he oído hacerlo esta tarde. Vine a buscarte, pero estabas dormida, así que pensé que quizá ella querría ver una peli conmigo o algo, pero a juzgar por sus gemidos estaba muy muy ocupada.

—¿Y cómo sabes que estaba con Matt?

—Su camioneta está fuera.

La miro fijamente, porque ese dato puede parecer muy tonto, pero no lo es. No, si tenemos en cuenta que Ethan me trajo en la moto y yo ni siquiera me fijé en la camioneta, cuando debía de estar aparcada por allí. Así de distraída y atacada estaba…

—No me apetece salir —le digo a Alma cambiando de tema—. Estoy muy cansada, por lo que voy a quedarme justo aquí viendo series y haciendo el vago.

—De verdad, cielo, cada día pareces menos hija mía.

—¿No has dicho que esta tarde querías ver una peli? Pues eso es lo que quiero yo ahora.

—La diferencia está en la hora, Lía. Yo esta tarde quería ver una peli porque iba a quedar feo salir de fiesta a las cinco, pero ¿tirarme en la cama una noche sin un motivo real para ello? No, gracias, eso se lo dejo a las aburridas como tú.

—¿Has acabado de insultarme?

Ella pone los ojos en blanco y suspira mientras se aleja de la cama.

—Madre mía, estás de un humor de perros, ¿eh? Creo que necesitas echar un polvo, cariño.

—Gracias por tu recomendación —digo otra vez con ironía mientras me levanto de la cama y cojo el libro que estoy leyendo ahora y el portátil.

—Te lo digo en serio, cielo. Deberías venirte conmigo e intentar meter entre tus piernas a alguno de los chicos del pueblo. Vale que no hay ninguno demasiado interesante, pero, oye, para una noche, cualquiera es bueno.

—Eso es tan despectivo…

—Es la verdad, Lía. Además, los hombres llevan siglos hablando de las mujeres de manera despectiva y no pasa nada. ¿Y si lo hago yo es malo? No seas hipócrita.

No tengo ganas de discutir con ella, así que me quedo en silencio. He decidido que haré un maratón de las cosas que más me gustan del mundo y nada hará que cambie de opinión ni empeorará más mi humor, o eso es lo que creo, porque Alma abre la boca y a mí por poco se me cae el ordenador al suelo.

—De todas formas, si no vienes, mejor, porque tengo intención de acabar teniendo sexo y no quiero tener que estar pendiente de ti. Vale que tu tía se ha quedado con Matt, pero de hoy no pasa que yo sepa lo que es tener a un Gallagher entre mis piernas.

Intento que en mi cara no se note lo que he sentido al oírla hablar así, sobre todo porque entiendo que, si Matt no está en el mercado, el Gallagher que queda libre es Ethan, y teniendo en cuenta la forma en que lo he tratado hoy, tiene todo el derecho de querer estar con otra, aunque esa otra sea mi madre y… Dios, eso duele.

No, espera, es que duele mucho, más de lo que podría haberme imaginado. No quiero que

Ethan se líe con mi madre por nada del mundo. No, es que no quiero ni que la mire. No quiero que estén juntos en la misma habitación y, bajo ninguna circunstancia, quiero imaginarlos retozando. Bastante he tenido con la jodida pesadilla, pero me doy cuenta de que Alma parece decidida a hacerlo, así que no sé qué puedo hacer.

Al final, sorprendiéndome incluso a mí misma, lanzo una frase tratando de detener sus intenciones, aunque sepa que es en vano.

—Ethan no es de tu estilo, mamá.

«Mentira. Mentira. Mentira…» Es guapo, alto, tiene labia, una sonrisa preciosa y, para colmo, es escritor, así que cumple todos los requisitos para convertirse en el nuevo gran amor de Alma, y a mí el pensamiento me provoca ansiedad. Mucha. Es como si no pudiera respirar bien, como si algo se me trabara en la garganta y, además, creo que me estoy mareando, así que me siento con lentitud en la cama y procuro por todos los medios no mirar a mi madre.

Sé que, de haber sido otro tipo de mujer, se habría dado cuenta de que algo anda mal conmigo, pero es Alma, no puedo pedirle mucho, por lo que no me extraña verla sonreír con arrogancia y sujetarse los pechos en un gesto descarado.

—Éstas son del estilo de cualquier hombre con algo vivo entre las piernas, querida. El pequeño de los Gallagher va a caer, eso te lo puedo asegurar. ¿Quieres saber por qué? —Niego con la cabeza y ella sigue hablando—: Porque yo así lo quiero. —Se relame los labios y se acerca a mí, cogiéndome un mechón de pelo y metiéndolo detrás de mi oreja—. Te voy a dar un consejo y espero que lo guardes siempre, porque es de los más valiosos que oirás nunca, ¿de acuerdo? —Asiento, porque no dejo de pensar en lo que Ethan tiene entre las piernas y en los pechos de mi madre, conjurando un montón de fantasías que me van a joder la noche y puede que hasta la vida—. Cuando un hombre te guste, ve a por él. No te preocupes por si está casado, tiene novia o está pensando hacerse cura. Ninguna circunstancia debe importarte porque no son cosas que has elegido tú. Tienes que luchar por conseguir lo que deseas y resistirse es misión suya, no tuya. Si consigues hacerlo caer, te sentirás como nunca, jamás, te has sentido. Serás poderosa como mujer y harás con él lo que quieras. Y si en ese mismo instante consigues follártelo, Lía, experimentarás el mayor éxtasis que existe, porque lo mirarás, pensarás en todo lo que él ha dejado de lado por un polvo tuyo y te darás cuenta de lo que puedes llegar a hacer con un hombre. Con cualquier hombre.

Cuando termina sonríe satisfecha, besa mi frente y me mira con dulzura, como si acabara de darme un gran consejo, quizá porque así lo cree, y sale del dormitorio orgullosa de lo buena madre que es. Yo, en cambio, estoy horrorizada. No dejo de pensar en todo lo que ha dicho. Cada palabra se me clava dentro mientras pienso en las otras partes de ese consejo: las esposas y las novias que han sufrido la frialdad desmedida de Alma, pero llego todavía más allá. ¿A cuántos hombres ha vuelto locos hasta el punto de hacer que nada les importase? No los justifico, que conste, estoy convencida de que dos no hacen nada si uno no quiere, pero ella los usa para sentir placer, y no sólo físico. Se alimenta del subidón de ego que le produce conseguir que a ellos no les importe nada más que estar entre sus piernas. Pienso en todas las familias que ha roto, en los problemas que ha causado y se ha tomado a risa, en esa parte fría y malvada que se funde con la desesperada y que sale a la luz cuando conoce a un hombre dedicado al arte en

cualquiera de sus variantes. Es entonces cuando en mi mente se forma una suma que me hace llorar de verdad. Nada de lágrimas saltadas, nada de retener el impulso y nada de tragarme este dolor que me arde, porque acabo de darme cuenta de que Ethan tiene todo lo que mi madre busca en un hombre.

Es guapo, listo, simpático, cariñoso y no le ha dado pie a Alma, con lo que se ha convertido en un reto. Y, para rematar, es escritor, lo que me da la seguridad de que, cuando Alma lo sepa, perderá la cabeza por él.

Ya sé que él y yo no somos nada. Y sé muy bien que no tengo derecho a sentirme así, que hace poco que nos conocemos y que, en realidad, no estoy enamorada de él porque es demasiado pronto, pero me gustaba. ¡Me gustaba mucho! Y me doy cuenta de que mi miedo siempre ha sido saber que podría enamorarme de alguien como él si llegara a conocerlo bien, lo que demuestra que, muy en el fondo, no soy tan diferente de Alma.

El pensamiento me quema tanto que un sollozo brota de mi garganta y, por primera vez en muchos años, me tumbo en la cama y lloro desconsolada por todo lo que he perdido antes siquiera de poder tenerlo. Lloro por cosas que aún no han ocurrido pero ocurrirán. Ya se encargará Alma de eso.

17

Amanezco abrazada a un cuerpo menudo, y me lleva unos segundos darme cuenta de que es Iris. Anoche vine aquí a las dos de la mañana y agradecí al cielo que Matt tuviera que ir al pub, porque necesitaba estar con alguien. Ella me preguntó qué pasaba con ojos soñolientos y yo le prometí que se lo contaría hoy, pero no sé cómo decirle que salí de mi dormitorio porque, de haberme quedado, se me habrían ido las horas mirando la puerta y esperando ver a Alma entrar para ver si tenía cara de recién follada o no.

Estoy enferma. Me he contagiado de inseguridad, desconfianza y tristeza y no sé cómo curarme. ¿Dónde venden los antibióticos para eso? Necesito seguir caminando como si nada pasara, dejar de pensar en Ethan y en mi madre y continuar con mi vida, sobre todo porque fui yo la que se alejó de él ayer mismo y le dejé claro que jamás tendríamos nada. ¿Qué derecho tengo ahora a enfadarme? Ninguno, no tengo ninguno, pero aquí estoy, enfurruñada y dando bastante pena.

Me desperezo y, justo cuando mi tía abre los ojos, salgo de la cama y me despido diciéndole que tengo que ducharme y ponerme con el desayuno del hostal, aunque lo cierto es que sólo tenemos dos parejas mayores alojadas. Son amigos, están jubilados y vinieron para las fiestas, pero han disfrutado tanto del pueblo que han decidido quedarse unos días más. A mí me alegra la decisión porque tengo el pretexto perfecto para evitar a todo el mundo y excusarme en hacer de comer y limpiar las habitaciones yo misma. Que mi tía no pueda levantarse de la cama es un plus, la verdad. El único inconveniente de este plan es que, como no quiero hablar con ella para no confesar lo que ha pasado, tampoco puedo preguntarle qué tal con Matt y enterarme de los cotilleos. Es evidente que a ella sí le ha ido bien, pero quiero oírlo de su boca y contagiarme de su alegría, a ver si así las penas se me van antes.

Entro en mi dormitorio para coger ropa limpia y cambiarme y me odio un poquito por sentir un alivio inmenso al ver a Alma dormida. Pero ¿qué me pasa? ¡Eso no significa que no se haya liado con Ethan! Lo único que quiere decir es que después de hacerlo volvió a casa para dormir a gusto. Ella gime en sueños, se gira en la cama y yo la odio. Dura sólo un segundo, pero el sentimiento aparece y me devasta, porque no quiero sentir odio. Yo la quiero, aunque sea tan… así. Cojo aire y salgo del dormitorio para entrar en el baño, ducharme y dar comienzo a un nuevo día.

No puedo pasarme los minutos pensando en lo mismo o acabaré volviéndome loca, así que me centro en servir el desayuno, y cuando los huéspedes salen de excursión dejo al cargo de la

recepción a Dolores, que ya ha llegado, y me marcho al pueblo, puesto que hoy hay mercadillo y quiero comprar fruta y verdura fresca.

Una de las cosas que más me gustan de Elí de Sol es el mercadillo ecológico que tiene. La mayoría de los vecinos consumen productos cultivados por ellos mismos o, en todo caso, por los pueblos vecinos. El mercadillo va rotando por estos pueblos para así abastecer a todo el mundo, y a mí me fascina porque me doy cuenta de que este pueblo será muy pequeño, tendrá poca vida en invierno y estará a tomar por culo de la civilización, pero la gente sabe bien cómo cuidarse, al menos con la verdura. También es verdad que luego tienen platos tradicionales rebosantes de cosas que están riquísimas y engordan un montón, pero al menos la verdura y la fruta son ecológicas. Ya es más de lo que puede decir mucha gente fuera de aquí.

Aparco la camioneta frente a la tienda de ultramarinos y tomo nota mental para comprar café antes de volver al hostal. Me dirijo al mercadillo, que consiste, básicamente, en dos calles de puestos ambulantes. Dos calles cortas, la verdad, pero a mí me encanta. Compro lo que necesito y cuando ya lo tengo todo me paro en un puesto de queso en el que ofrecen varias muestras. Pruebo un par de ellas, compro el que más me gusta y me despido con una sensación rara, pues el tendero me ha mirado con más seriedad de la normal, creo.

En realidad, a medida que me acerco a la tienda me fijo en que algunos vecinos me miran mal directamente, con lo que empiezo a ponerme un poco nerviosa. Entro en el pequeño local atestado de productos en estanterías que llegan hasta el techo y me pongo al final de la cola mientras espero que llegue mi turno para pedirle el café al tendero.

—¿Es usted la última? —pregunto a la señora que hay delante de mí.

Ella se gira, me mira y luego vuelve la cara y mira al frente sin contestarme.

Frunzo el ceño y espero un poco, por si no me ha oído, pero repito la pregunta y, esta vez, ella ni siquiera se gira, así que me quedo un poco a cuadros.

Mis nervios empiezan a aumentar y cojo aire con fuerza, intentando calmarme. Estoy demasiado sensible por todo lo acontecido desde ayer, así que es normal que comience a ver cosas raras donde no las hay. ¿Qué pretendo? ¿Que me saluden y charlen conmigo? No dejan de ser unos desconocidos. Vale que nos hemos visto muchas veces, ya sea en este tiempo que llevo aquí, o en todas las vacaciones que he pasado en este pueblo a lo largo de mi vida, pero eso no es motivo para que todos sonrían en mi dirección. Tienen sus vidas, igual que yo la mía. Me lo repito una y mil veces mientras noto la tensión aposentarse en mis hombros. Sé que tengo que comprar algo más aparte del café, porque lo he recordado estando en el mercadillo, pero ahora mismo soy incapaz de acordarme y, para ser sincera, quiero salir de aquí, tomar un poco de aire y relajarme en la soledad de la cocina del hostal, o limpiando, o haciendo cualquier cosa que me dé la oportunidad de no tener que entablar conversación con nadie, así que cuando por fin estoy frente al mostrador he decidido que compraré sólo el café y ya volveré cuando recuerde lo que me falta.

—¿Me pone un paquete de café soluble? —pregunto en tono educado mientras rebusco en mi mochila la cartera para pagar.

—Lo siento, pero no me queda.

Frunzo el ceño y detengo el movimiento de mis manos mientras miro la estantería que hay

justo detrás del tendero y observo los paquetes de café de varias marcas enfilados en la balda superior. Vuelvo a mirar al señor y me doy cuenta de que su mirada es seria y, por su postura, parece incómodo, así que el sentimiento de nervios vuelve, crece y aprieta mi estómago de forma cada vez más intensa.

—Oh, quizá no me ha entendido —digo sintiéndome un poco estúpida—. Quiero un paquete de aquel café.

Señalo el producto en concreto con el dedo, pero el tendero tensa la mandíbula y aprieta los labios formando una fina línea con ellos.

—Ya le he dicho que no tengo café, señorita.

Detrás de mí oigo un carraspeo y mi cuerpo entero se tensa, porque no necesito que hable para saber que es él. Cuando su voz suena en mi espalda siento cada extremidad arder de vergüenza y humillación.

—Oiga, la chica le está pidiendo ese café. —Veo su brazo tatuado con el rabillo del ojo y me imagino que está señalando el punto en concreto de la estantería donde está el jodido paquete de café—. ¿Lo ve? —pregunta cuando el tendero no se mueve del sitio.

—No tengo café para ella.

—¿Y para mí? —pregunta Ethan, y no me es indiferente el tono frío de su voz.

El tendero se gira y, para mi absoluta humillación, coge el paquete y lo pone encima del mostrador.

—Serán seis con noventa.

Saco el dinero de mi cartera a toda prisa, lo pongo sobre el mostrador y me quedo petrificada cuando el señor se niega a cogerlo. El chasquido de la lengua de Ethan resuena en toda la tienda mientras me coge de la cintura, me aparta, saca un billete de su bolsillo y lo pone sobre el mostrador con un golpe.

—Quédese el jodido cambio e inviértalo en clases de educación, que falta le hacen.

Su mano rodea mi brazo y me saca de la tienda con delicadeza antes de que yo pueda tener la oportunidad de decir nada. Claro que, ¿qué iba a decir? Estoy tan impresionada y avergonzada que no me saldría ni una palabra. Es la segunda vez en veinticuatro horas que siento el impulso casi irrefrenable de llorar, pero esta vez me muerdo el labio con fuerza para evitarlo, porque eso sólo conseguiría que me sintiera aún peor. Cuando el sol me da en la cara agacho la mirada y camino de frente aligerando el paso, pero la mano de Ethan me frena, así que me giro y hago acopio de valor para encararlo, más que nada porque es él quien tiene mi dinero y mi café.

—Muchas gracias por ayudarme con lo que sea que haya sido eso —digo señalando la tienda con la barbilla—. ¿Me das mi café? Tengo prisa.

—Es por tu madre —dice él ignorando mi pregunta y sin darme el café.

—¿Qué?

—Te dan de lado por culpa de Alma. Quieren que se vaya, la odian y te odian porque eres su hija.

—Yo… no… —Boqueo un poco, porque sospecharlo y sentirlo de lejos era una cosa, pero que me lo diga así, de una forma tan cruda, otra—. Yo no he hecho nada —digo al final.

—Tu madre está revolucionando el pueblo, Lía.

—¿Es por algo que hizo anoche? —pregunto en voz baja.

En realidad, no sé por qué digo eso, porque todo lo que quiero es largarme y no oír la respuesta. No quiero que me diga nada que pueda hacerme sospechar que entre ellos ya ha pasado algo.

—Anoche ella fue… Alma, simplemente. Tú la conoces mejor que nadie.

Sí, claro que la conozco, pero esa respuesta ha sido demasiado general, ¿no? ¿Es porque no quiere ser él quien me cuente que se ha liado con mi madre o pretende hacerlo? Tal vez no quiere hacerme daño, Ethan no parece mala persona, y puedo entender que, si se ha acostado con mi madre en un calentón, quiera ocultármelo para que no me sienta incómoda después de lo que pasó ayer mismo entre nosotros.

—Nos iremos en cuanto Iris mejore y le quiten la escayola —contesto, aunque una parte de mí está gritándome para que le pregunte qué demonios pasó anoche en el pub.

—Para eso quedan mínimo dos semanas. —Suspira y me sobresalto cuando se agacha y sus ojos aparecen ante mí. Me mira con intensidad, como si quisiera decirme algo pero no pudiera. El problema es que no sé si lo que quiere decirme es acerca de nosotros o acerca de él con Alma. Dios, esto es tan surrealista y delirante que no sé ni cómo actuar—. Lía, te van a seguir haciendo desplantes. He oído conversaciones en las que hablan de haceros el vacío hasta que os larguéis de una vez.

La certeza de sus palabras me hiere, porque este maldito pueblo no tiene derecho a hacernos eso, pero por otro lado entiendo que estén hasta los mismísimos de Alma. Yo sólo soy el rebote. Pago junto a ella las consecuencias porque salí de su cuerpo, básicamente.

—No puedo irme hasta que Iris esté mejor —repito en tono monótono—. Gracias por preocuparte, pero creo que puedo apañármelas con ellos.

—No puedes permitir que te haga esto. No dejes que te haga daño de esta forma.

—No me hacen daño. Ni él ni nadie en este jodido pueblo puede hacerme daño —digo señalando la tienda y refiriéndome al tendero.

—No hablo de él, ni del pueblo.

Trago saliva, porque sé que lo dice por Alma y, aunque tiene razón, no puedo dejar de defenderla. Es mi madre, ahora mismo no puedo ni verla, pero tampoco voy a permitir que desde fuera me digan cómo tengo que gestionar mi relación con ella.

—Ethan, eso no es asunto tuyo.

—Lía, escucha, anoche estuvo en el pub y…

—No quiero oírlo.

—No sabes lo que voy a contarte.

—Sea lo que sea, no quiero oírlo.

Él resopla visiblemente frustrado y está dispuesto a seguir discutiendo, lo noto en su cara, pero entonces un grito infantil nos saca de nuestra conversación y ambos miramos la calle por la que se está acercando Emma con su gallina en brazos. Viene vestida con unas botas de agua amarillas, a pesar del calor que hace, y un vestido de lunares amarillos y blancos. Está preciosa, con sus dos trenzas rubias cayendo por sus pequeños hombros, y consigue que esboce una sonrisa mientras me agacho para ponerme a su altura y, de paso, evitar a Ethan.

—¡Hola, Lía! ¿Cómo estás? ¿Has estado en el mercadillo? Yo he estado con el abuelito comprando cosas ricas para comer, porque soy una niña buena y siempre me como las verduras. ¿A ti te gustan las verduras? Yo antes no me las comía, pero ahora que ya soy más mayor sí que lo hago, porque son sanas y sirven para crecer fuerte y muy rápido. —Coge aire y mira a Ethan mientras sonríe con todos los dientes—. ¡Hola, Ethan! A ti sí que te gustan, ¿a que sí? —Vuelve a mirarme y lo señala—. Él se come un montón de verduras siempre. ¡Se las come hasta antes de cocinarlas! Le encantan las zanahorias, ¿a que sí, Ethan? —No me atrevo a mirarlo, pero sé que sonríe, porque Ethan siempre sonríe—. ¿A ti te gustan las zanahorias, Lía?

—Sí, claro, me encantan.

—¡A lo mejor podemos comer un día zanahorias todos juntos! Ethan, tú, el abuelito y yo. ¡Ah! Y *Princesa* —dice mientras alza a la gallina—. Todavía no pone huevos y el abuelito se está poniendo enfadado, pero yo sé que sólo está nerviosa porque poner huevos debe de ser muy difícil. El abuelito dice que al final se librará de *Princesa*, pero yo sé que lo dice de broma. —Se gira y grita a su abuelo, que viene apoyado en el bastón y refunfuñando—. ¡Abuelito, mira quién hay aquí! ¡Ethan y Lía!

—¡Ya veo, ya! —dice el señor mientras se acerca señalándome con el bastón—. ¡A ti te andaba buscando yo!

—Buenas tardes, don Martín.

—Buenas tardes, muchacha. ¿Dónde te has metido desde el otro día? —pregunta tuteándome, no como hizo el otro día, y, antes de que pueda contestarle, continúa, haciéndome pensar que Emma es una copia casi exacta de él en lo que a hablar sin parar se refiere—. He pensado que el otro día igual te negaste a ayudarnos porque no te hablé de dinero, pero quiero dejar claro que pagaría por las terapias de la gallina. ¡No soy pobre! Tengo una pensión que es una porquería, como todos, pero pobre no soy. ¿Cuánto quieres por psicoanalizarla?

—No quiero su dinero, don Martín.

—¡Trátame de tú, que ya nos conocemos! —dice mientras yo me pregunto por qué tiene que decirlo todo como si estuviera enfurruñado—. ¿Entonces? ¿Por qué te pones cabezota? —Golpea el suelo con su bastón, impaciente—. ¡Ah, ya sé! Te voy a ofrecer algo que no podrás rechazar. Tú curas a la gallina y luego, por cada dos huevos que ponga, uno será tuyo. ¿Qué me dices? ¡Huevos gratis! No me dirás que es un mal trato, ¿no? ¡No puedes negarte! Además, muchacha, soy de las pocas personas dispuestas a dirigirte la palabra en este pueblo. No te conviene estar a malas conmigo.

—Martín… —dice Ethan, y me hace gracia el tono de advertencia que usa, porque este señor no haría daño ni a una mosca y sé muy bien que no ha dicho eso último para hacerme daño, sino como una verdad que no se puede ignorar—. Lía está muy ocupada cuidando el hostal y a su tía; no tiene tiempo para psicoanalizar a *Princesa*.

—Claro que no, para la gallina no tiene tiempo, pero para excursiones contigo, sí, ¿no? ¡Porque ayer os vi a los dos en la moto! Iba yo paseando a la perra y a la niña por la acera, porque perra no tenemos, pero la de su hermano Mateo parece mía —me dice haciendo una pausa—. Pasasteis y ni adiós dijisteis, pero los jóvenes de hoy en día es que sois así, vais a lo vuestro, como si los demás no importáramos nada.

—No te vi, Martín —digo defendiéndome.

—Bueno, ya da igual —contesta él—. ¿Me ayudas o no?

Observo a la señora que pasa por nuestro lado y me dirige una mirada cargada de intención. No habla, pero no lo necesita para hacerme saber lo que piensa: «Aléjate de la gente de este pueblo». Y le haría caso, la verdad, porque no hay nada que desee más que largarme de aquí para siempre, pero durante dos semanas más, como mínimo, estoy encerrada en este jodido pueblo, así que creo que lo único que puedo hacer es no buscarme más enemigos de los que ya tengo.

Y de esta manera tan surrealista, patética y triste, es como asiento, una sola vez, con la cabeza, en dirección a Martín antes de hablar y echarme encima otra responsabilidad que no quiero.

—Está bien, Martín. Le pasaré consulta a la gallina sólo para que te convenzas de que no hay nada que yo pueda hacer para que ponga huevos.

—¡Ja! ¡Eso ya lo veremos! —dice él sonriendo y visiblemente satisfecho—. Si has conseguido que el rubiales no mire a otras desde que llegaste, ya te digo yo que vas a conseguir que *Princesa* ponga huevos. ¡Hazme caso, muchacha! Soy un hombre muy sabio.

Emma aplaude loca de contenta, Ethan parece una estatua a mi lado y yo me dedico a sonreír de manera forzada mientras me despido de ellos, cojo el café de la mano de Ethan y me largo de una vez.

El camino de vuelta a casa lo hago recordando lo abochornada que me he sentido en la tienda, lo poco que he mirado a Ethan, a pesar de tenerlo a mi lado, y el marrón que tengo encima, porque ¿cómo demonios se psicoanaliza a una gallina?

18

Ethan

Llevo ocho días sin ver a Lía. ¡Ocho putos días! ¿Cómo ha conseguido esconderse de mí tanto tiempo? Ah, fácil, claro. ¡Porque no ha salido del maldito hostal más que para lo justo y necesario! Estoy empezando a desquiciarme porque estoy convencido de que no puede ser sano pasar tanto tiempo encerrada ahí arriba. Me la imagino trabajando como una burra, y tengo que tragar no sólo con ese conocimiento, sino con ver a Alma en el pub casi cada noche pasándolo en grande. Tan en grande que hace dos noches tuvimos que pedirle que se pusiera la blusa después de que decidiera que podía hacer un *striptease* gratuito. Que para ese momento sólo quedáramos en el pub los camareros me da una idea de por dónde van sus tiros.

El primer día que vino al pub sola desde que Lía llegó al pueblo no me sorprendí. Yo había discutido con su hija, así que sabía que esta última no iba a venir. En cambio, al rato de estar por allí pude ser consciente de sus miradas, sus palabras cariñosas y sus sonrisas cargadas de intención hacia mi persona. No soy tonto, he tenido el suficiente sexo esporádico como para saber que Alma intentaba tener algo conmigo. Me encantaría decir que me sorprendí, pero no lo hice. Llevo ya en este pueblo el tiempo suficiente como para conocer todas las historias que se cuentan de ella, más aún, llevo el tiempo suficiente para haber visto en primera persona más de un escándalo protagonizado por ella. En realidad, no puedo negar que su capacidad para pasar de todo y hacer siempre lo que le apetece me fascina. Es capaz de estar en el centro de una pista de baile llamando la atención, sabiendo que algunas personas reprueban su comportamiento y, aun así, disfrutar a fondo y no sentir culpabilidad de ningún tipo. Pienso en Lía y es que no puedo imaginarla en ninguna de las situaciones que su madre provoca a diario. Es tan distinta… Demasiado, quizá.

No me entiendas mal, no es que me parezca bien que Alma sea tan egoísta, pero creo que Lía se empeña tanto en no parecerse a su madre que acaba yéndose al otro extremo, y los extremos nunca son buenos, ni sanos. Para muestra está nuestra situación. Todavía me pica bastante que me rechazara sólo por ser escritor, pero si soy sincero, me duele más ver cómo todos estos días se ha ido haciendo más y más pequeña, encerrándose para que nadie pueda juzgarla o hacerle daño y dejándose comer por el mundo de Alma y las consecuencias de unos actos que no son suyos. Creo que está equivocada en la forma de enfocar esto, pero sé que no puedo hacer nada. Ni siquiera hemos llegado a ser amigos como tal, así que no tengo ningún derecho a decirle

cómo tiene que hacer las cosas, principalmente porque me mandaría a la mierda. Entiendo que tengo que joderme y acatar su decisión, pero eso no quiere decir que me guste, igual que no me gusta que Alma lleve una semana intentando follar conmigo, porque eso tampoco me gusta. De hecho, la tercera noche que lo intentó estuve a punto de decirle a Matt que prefería trabajar mañanas y tardes, en vez de tardes y noches, porque así no me la encontraría. Si no lo hice fue por dos motivos: el primero, que no soy un cobarde, y el segundo, que, de alguna enrevesada manera, ver de cerca su modo de desenvolverse me fascina. No en un sentido sexual, no me entiendas mal, pero mi parte creativa se queda embobada cuando la veo entrar en acción. De hecho, llevo unos días imaginando cómo sería dotar a una protagonista con sus características. Nada de buenas personas en busca de una verdad esta vez, como pasó en mi última novela. Nada de asumir que los malos son los que acaban muertos y los buenos terminan venciendo en la historia, sea del tipo que ésta sea. No, nada de eso. Una protagonista egoísta, inmadura y desfasada que provoque el caos allá donde vaya… No es una mala opción, me gusta y creo que podría hacer algo así, al menos cuando encuentre un hilo conductor y empiece a formar una posible estructura.

Soy consciente de que estar pensando en usar la personalidad de Alma para lucrarme con una nueva novela me hace parecer un cabrón, pero, en el fondo, es algo que todos los escritores hacemos. Vamos recopilando datos, características físicas, curiosidades y personalidades de la gente que conocemos, y a la hora de trabajar y dar vida a un personaje ficticio le vamos adjudicando un poco de todo lo aprendido. Algunos lo hacen de manera inconsciente, supongo, pero todos, todos, lo hacemos porque, al final, no hay nada más interesante que el propio ser humano.

En definitiva, ahora mis noches se pasan entre servir copas e intentar esquivar a Alma, mis mañanas en dormir, mis tardes en poner cafés, y las veinticuatro horas de mi día, más o menos, en pensar en Lía, lo que es un error, porque no la conozco tanto y creo que he cogido una obsesión un poco tonta. O quizá es el orgullo herido. Saber que prefiere psicoanalizar a una gallina antes que pasar tiempo conmigo es… Bueno, para eso, sinceramente, ni siquiera tengo palabras.

Y lo está haciendo, ¿eh? Eso es lo peor. ¡Está psicoanalizando a *Princesa*! Sé por Martín y Emma que ya le ha dado dos sesiones, y el abuelo hasta me ha contado que él ve a la gallina mejor, que cree que lo que sea que está haciendo funciona. Yo me limito a flipar y a seguirle la corriente, pero todo esto es muy surrealista, la verdad.

—¡Despierta, joder! —grita mi hermano en mi oído antes de soltar una estruendosa carcajada.

Me sobresalto y lo miro mal, muy mal. Vale que estaba en Babia, pero es que las maneras que este tío tiene de sacarme de mis momentos de trance son la hostia, para mal, se entiende.

—¿Qué te pasa ahora? —pregunto en tono cabreado.

—Necesito que le lleves esto a Iris —dice señalando una caja que hay sobre la barra del bar.

Frunzo el ceño y miro el interior para encontrar que no son más que infusiones de todo tipo.

—Llévaselas tú, que para eso es tu novia.

—Lo es —dice sonriendo con tantas ganas que no sé si bufar o reírme.

Llevan saliendo ocho días. Los mismos ochos malditos días que yo no he dejado de pensar en Lía, mi hermano ha estado colmado de amor, sexo y felicidad. La vida a veces es de lo más injusta y se desequilibra de unas maneras que me dejan anonadado.

Supe después de mi desastrosa cita con Lía que Iris también le había escrito a Matt. Quería hablar con él de su situación actual y mi hermano accedió, porque las fiestas del pueblo habían pasado y su año de prueba, como él lo cataloga, también. Fue al hostal, le contó que no había querido formalizar lo suyo por si ella encontraba a alguien mejor y, claro, Iris se derritió hasta el punto de llamarlo imbécil y decirle que lo quería en la misma frase. Después follaron, aunque mi hermano dice que «hicieron el amor», pero el resultado es el mismo, se pongan como se pongan. Desde entonces Matt vive con una sonrisa perpetua en la cara que, a ratos, me dan ganas de borrarle, aunque sea a tortazos. Cuando tengo estos pensamientos me arrepiento de inmediato, porque sé que son provocados por los celos, pero es que no puedo remediarlo. Me alegro por él, pero odio que a mí no deje de salirme todo mal. Y, sí, sé que sueno como un niño pequeño con una pataleta, pero hasta eso me da igual.

Suspiro y vuelvo al presente olvidando mis pensamientos porque no van a llevarme a nada bueno. No hoy, al menos, cuando mi paciencia se ha agotado y estoy más susceptible de lo aconsejable.

—En serio, Matt, yo paso de ir.

—No, no pasas —dice él acercándose a mí y poniendo un dedo en mi pecho—. Vas a ir porque, además de tu hermano, soy tu jefe, así que tienes que hacer todo lo que te mande.

—¿En qué jodido momento he dejado de ser tu querido hermano pequeño, que te echa una mano en tu negocio, para convertirme en tu esclavo?

—En el mismo instante en que me di cuenta de que tu estancia había superado por mucho los días para dejar de considerarse «visita» y te convertiste en un gorrón en casa. ¿Quieres seguir viviendo en la cabaña sin pagar un euro? Bien, pues tienes que trabajar. ¿Quieres dejar de trabajar? Escribe. No hay más opciones, hermanito. —Coge la caja de la barra y la estampa en mi pecho—. Ve a llevarle esto a Iris. YA.

Aprieto la mandíbula y salgo del pub sin decir nada, porque conozco a Matt y sé que no va a darme opciones. Mi hermano tiene una paciencia infinita, pero cuando se le agota no da marcha atrás. Me subo en la camioneta mientras pienso que, en realidad, tiene razón. No puedo seguir viviendo aquí como un gorrón sin hacer nada productivo. Tengo que empezar a escribir y, si no me sale nada, debería plantearme hacer otras cosas mientras tanto. No sé, puedo volver a Estados Unidos y buscar trabajo en alguna redacción o… Dios, la simple idea hace que mi boca se tuerza en una mueca. No quiero volver a Estados Unidos, y, ya puestos, no quiero volver tampoco a París. Quiero quedarme aquí, justo aquí, porque, de alguna forma, estar atrapado entre el bosque y el mar me da sensación de cobijo. Me siento cómodo y, más importante aún, la mayor parte del tiempo puedo fingir que esto sólo es un alto en mi camino. Me convenzo de que estoy aquí relajándome y disfrutando de la compañía de mi hermano y, a veces, hasta consigo olvidar los motivos reales de mi estancia en Elí de Sol. No puedo irme, no todavía, lo que significa que tengo que acatar las órdenes de Matt.

Aparco en el hostal, entro y saludo a Dolores, la recepcionista. Ella me sonríe con tanto

cariño que me permito charlar un momento y preguntarle cómo está. Es una persona mayor, así que, como es lógico, se pasa sus buenos minutos contándome su día a día y lo mucho que extraña a su marido, Teo, desde que éste murió. Siento tristeza por ella, pero intento animarla y hacerla reír. Lo consigo, así que después de un ratito beso su mejilla y le pido permiso para pasar al ala privada del hostal y entregar mi caja a Iris. Bastaría con dejarla aquí, la verdad, pero ya que estoy aprovecho y le hago una visita.

No es que tenga intenciones de preguntarle por Lía, ni una mínima esperanza de saber de ella, pero… Bah, qué cojones. Tengo muchas esperanzas de encontrarla en la cocina, y es por eso por lo que quiero ver a Iris, porque para llegar al ala privada tengo que atravesar esa estancia. Suerte. Sólo necesito un poquito de suerte, pero cuando empujo la puerta que da acceso a la gran cocina del hostal, de estilo americano, la decepción se instala en mi estómago, porque no hay nadie. Chasqueo la lengua, sigo caminando y entro en la parte privada. Toco con los nudillos en la puerta de Iris y, cuando me da permiso, asomo la cabeza para que vea que soy yo.

—¿Se puede?

—¡Hola! Dios, me vienes de maravilla. ¿Puedes coger mi zapatilla de deporte de debajo de la cama? —Asiento mientras entro y ella sonríe—. Eres un sol.

Me agacho y cojo la zapatilla para dársela, luego me retiro y me apoyo en la pared mientras la observo ponérsela. Me gusta ver que Iris ya se desenvuelve a la perfección incluso con muletas. No ha bajado al pueblo más que para ir al médico, pero es que dice que no tiene nada que hacer allí y que en el pub se siente torpe con la escayola y sin poder bailar ni nada. Yo creo que en el fondo lo que le ocurre es que se siente culpable por tener a Lía trabajando y no quiere salir por ahí mientras deja a su sobrina al cargo del negocio. Sé bien que se pasa el día pendiente de ella y, de hecho, alguna vez Matt y yo hemos comentado lo curioso que es que Iris actúe de una forma mucho más maternal con Lía que Alma. Claro que para ser más maternal que Alma no hay que estudiar una carrera, basta con respirar y tener un mínimo de empatía.

—Te veo bien —le digo—. Será el amor, que está en el aire y…

—Oh, cierra el pico —replica riéndose—. Has tardado mucho en venir a reírte de esta pobre lisiada.

—He estado muy ocupado metiéndome con mi hermanito.

—No estarás avergonzando a mi chico, ¿no? Porque soy capaz de arrancarte la cabeza.

Suelto una carcajada, porque me cuesta un poco imaginar a la dulce Iris agrediendo a una mosca, mucho menos cumpliendo su amenaza.

—Tranquila, valoro mucho mi cabeza, así que intentaré no cabrearte.

—Y no lo avergonzarás.

—No lo avergonzaré… demasiado.

—Eres un demonio, Ethan.

Sonrío y recuerdo, en modo fogonazo, la frase que Lía me dijo hace nueve días entre risas: «Eres un demonio, Gallagher». En aquel momento yo tenía una erección descomunal y ella la cara roja de vergüenza y la mirada cargada de deseo. Hay que ver lo que pueden cambiar las cosas en ocho días…

—¿Cómo estás? ¿Te duele la pierna? —pregunto cambiando de tema.

—Casi nada ya. Creo que en una semana me quitarán la escayola y empezaré la rehabilitación. ¿Y tú? ¿Qué tal vas?

—Bien, bien, como siempre.

—¿Aún no has escrito nada?

La miro fijamente y me doy cuenta de que su sonrisa es dulce. Yo no le he dicho a Iris que soy escritor, así que, o lo sabe por mi hermano, o se lo ha contado Lía. Decido no quedarme con la duda, así que le pregunto.

—¿Cómo lo sabes?

—Tu hermano me habló de ti antes incluso de que llegaras al pueblo. —Se ata la zapatilla y se levanta con la ayuda de las muletas, sin dejar de sonreírme—. No sabes lo orgulloso que está de ti. Siempre lo ha estado, y cuando llegaste aquí contándole lo de tu bloqueo se preocupó mucho.

—No quería que se preocupara —digo de inmediato—. Sólo necesito… tiempo, supongo.

Frunzo el ceño porque ni siquiera yo estoy convencido de que sea tiempo lo que necesito, pero pienso en las notas que ya estoy cogiendo y sonrío, intentando animarme.

—¿Tienes tiempo para estrenar uno de ésos? —pregunta mientras señala la caja de té que he traído.

Matt no me ha dicho que me dé prisa, y como es él quien me ha obligado a venir, decido que sí que tengo tiempo. Además, si ese té lo tomamos en la cocina, puede que la vea y…, pues eso, que tengo tiempo.

—Vamos, yo lo preparo.

Ella sonríe y me sigue. Cuando llegamos a la estancia sigo sus instrucciones para encontrar la tetera y poner el agua a hervir. Preparo un par de tazas y las sirvo en la mesa junto a sus respectivas bolsitas antes de sentarme.

—Siento no haberte ayudado más, Ethan —dice mientras yo doy un sorbo a mi taza.

—¿A qué te refieres?

—Lía.

La miro sorprendido, sin saber bien cómo enfocar esta conversación aún, pero con la convicción de que lo mejor es ser sincero, porque las mentiras nunca han sido lo mío.

—¿Te ha contado lo que pasó? —Ella asiente y yo sonrío—. Entonces sabrás que no podías ayudarme.

—En realidad, sí podía. Debería haber hablado con ella, o contigo, y advertirte de que tiene un talón de Aquiles. Una especie de fobia que no consigue superar. Si te digo la verdad, no pensé que llegaría tan lejos con esto.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, siempre me ha dicho que ella jamás se liaría con un artista, pero yo pensaba más en pintores, personas que van de bohemias, ya sabes: hombres que venden humo a precio de oro. Esos de los que Alma suele enamorarse, pero se ve de lejos que tú no eres así.

—No me conoces tanto, Iris.

—Te conozco lo suficiente, Ethan, y más importante aún: te conozco a través de los ojos de tu hermano. Eso me basta para saber que no eres el tipo de hombre que ella detesta tanto.

—Si me ves a través de la percepción que tiene mi hermano de mí, vas a tener un concepto equivocado.

—No lo creo, pero no es eso lo que quiero hablar contigo.

—Entonces ¿qué es?

—Quiero… quiero pedirte que no te rindas, Ethan. ¿Lía te gusta? ¿Te gusta de verdad o sólo querías echar un polvo con ella?

Abro la boca para contestar de inmediato, pero la cierro y decido meditarlo un poco más. No puedo contestar algo así a la ligera. Está claro que me sentía y me siento atraído por ella. No sé qué siento exactamente, pero es obvio que me gusta. Por otro lado, es cierto que mi idea inicial fue la de convertirnos en amigos con derecho a sexo, sin demasiados compromisos. No porque yo los tema, sino porque soy del pensamiento de que las cosas deben surgir poco a poco.

Me encojo de hombros y la miro a los ojos antes de contestar.

—Me gusta, Iris, pero no puedo renegar de lo que soy para que ella se sienta mejor. No tengo la culpa de ser escritor y eso no hace que yo sea distinto, aunque ella piense que sí.

—Ella no piensa que sí, Ethan. Escucha, tuvo un brote de rabia, entiendo que estés dolido con ella, pero…

—No estoy dolido, Iris. Estoy jodido porque ella es tan… complicada. A veces creo entenderla a la perfección y otras pienso que jamás podría llegar a conocer una mente como la suya. Es tan sensata para unas cosas y, sin embargo, tan injusta e irracional en otras…

—Te juzgó por tu profesión y eso estuvo mal, pero te aseguro que Lía es la persona menos irracional de todo el mundo.

Sonrío y elevo las cejas, porque se le ha pasado un detalle por alto.

—Está psicoanalizando a una gallina. Lo sabes, ¿no?

—Yo no he dicho que esté centrada del todo, sólo que no es irracional.

Suelto una carcajada y me paso las manos por los ojos y la barba antes de tomarme mi taza de té casi del tirón. Pienso en lo que me está diciendo y entiendo sus palabras, pero no sé adónde quiere llegar y, la verdad, estoy en un punto en el que no me iría mal que alguien me dijera cuál es la dirección que se supone que debo seguir.

—No quiero ser quien dé el primer paso de nuevo. No quiero que piense que no pasa nada por haberme despreciado.

—Te entiendo —susurra ella con suavidad—, pero piensa en esto: ¿prefieres mantener tu orgullo y alejarte de ella, o tragártelo un poco para acercarte y hacerle entender lo equivocada que está? Lía no es idiota, Ethan. Si das el primer paso y vuelves a acercarte a ella, no le quedará más remedio que reconocer tu paciencia, y eso ya es un principio, ¿no?

Pienso en ello un momento antes de suspirar y fruncir los labios. No lo sé, la verdad, no tengo ni idea de si debería hacerle caso. Quiero estar con Lía, quiero pasar más tiempo a su lado y conocerla mejor, pero no puedo pasar por encima de lo que soy para eso. No puedo renegar de mí mismo y eso es algo que Iris tiene que entender, aunque crea que, en parte, tiene razón. Estoy hecho un lío y a punto de darle las gracias y largarme, pero entonces ella me para y me lanza las palabras que, finalmente, me ayudan a tomar una decisión.

—Se va a ir en cuanto me quiten la escayola, Ethan. Tienes poco más de una semana para

actuar. ¿De verdad quieres quedarte toda tu vida sin saber lo que podría haber pasado si te hubieras lanzado? —Da un sorbo a su taza y, cuando vuelve a mirarme, sonríe con todos los dientes—. Y ahora lárgate de mi hostal, porque ella está a punto de llegar y no quiero que me acuse de intervenir en lo vuestro.

Me río entre dientes mientras pienso que, en realidad, sí que está interviniendo, pero aun así me levanto y me voy después de besar su mejilla y darle las gracias, no sé si por el té, la charla o los consejos. Supongo que un poco de todo.

Vuelvo al pub, miro a mi hermano y, cuando me pregunta qué tal ha ido, me doy cuenta de que todo esto ha sido planeado. La caja de té, la charla… Está claro, Iris quería hablar conmigo y, como no quiere bajar al pueblo, ha hecho que mi hermano me hiciera subir al hostal. Cuando se lo digo se limita a soltar una carcajada y a decirme que su chica es una genia. Podría enfadarme y acusarlo de intentar manipularme, pero la verdad es que estoy empezando a pensar que, de no ser por Iris, Lía y yo no tendríamos ningún futuro.

No me entiendas mal, no digo que ahora lo tengamos, pero supongo que me ha dado algo nuevo en lo que pensar. Intentar llegar a ella, convencerla de que me conozca antes de juzgarme y demostrarle que soy una gran persona y un mejor amante. Esto último Iris no me lo ha insinuado, pero es de mi cosecha y forma parte de mi nuevo plan. Porque tengo un nuevo plan, eso está claro: voy a conseguir que la semana que le queda a Lía en Elí de Sol sea, para bien o para mal, entretenida al máximo.

19

Miro a *Princesa* corretear de un lado al otro del corral y resoplo con cansancio, porque estoy aburrida al máximo. Mi psicoanálisis consiste en sentarme aquí y mirarla, nada más. Le dije a Martín que sí, que lo haría, pero después de buscar sobre el tema y, obviamente, no encontrar nada, decidí que lo mejor que podía hacer era aplicar una especie de placebo al dueño de la gallina. Le conté que no podía estar presente en las sesiones porque *Princesa* podría estresarse, él me enseñó el corral en el que la tiene, junto a otras gallinas y un gallo, y me dio una silla para que me sentara y estuviera cómoda, luego salió, cerró la puerta y me dejó a solas con la situación más surrealista que he vivido a cuenta de mi profesión. Eso fue hace ocho días y ya le he hecho tres «sesiones» a *Princesa*. Martín asegura que la ve más animada y cree que pronto pondrá un huevo, yo no sé si lo hará o no, pero tener a Martín de buenas me gusta tanto que me callo y asiento mientras me como todas las cosas ricas que me prepara para merendar junto a Emma.

En realidad, intento no pensar mucho en mi situación, porque si lo hago me doy cuenta de que me he vendido por unos bocatas y la compañía de las únicas dos personas que parecen tolerarme en este pueblo, además de Matt, mi madre y mi tía, claro. Frunzo el ceño intentando no pensar que Ethan también me toleraba y fui yo la que se portó como una cabrona con él. Sacudo la cabeza para no pensar en ello y miro mi reloj. Me quedan poco más de diez minutos aquí y luego podré disfrutar de un bocata de Nocilla, o alguna otra cosa rica de esas que prepara Martín, como el queso fresco, la fruta de temporada y el pan recién hecho en horno de leña. Dios, qué bien se come en esta casa.

La primera vez que vine me hice un montón de preguntas, sobre todo acerca de la situación de Martín como tutor legal de Emma. El señor está mayor y es evidente que dentro de unos años no podrá hacerse cargo de la niña, pero él actúa como si nada lo preocupara y le sonríe a su nieta con una vitalidad que envidio.

Por suerte, no tuve ni que preguntar para enterarme de la historia, porque fue la propia Emma la que me contó que su mamá se fue al cielo el día que ella nació. Martín me explicó más tarde que tenía problemas de salud y ella ya sabía que podía morir cuando se quedó embarazada, pero, aun así, decidió que quería tener a su bebé. Cuando lo supe, el corazón me dolió tanto que, en cuanto salí de su casa, me eché a llorar sobre el volante de la camioneta. Supongo que tuvo mucho que ver el hecho de que la historia de Emma fuera, en cierto modo, parecida a la mía, pero a la vez distinta. Ella no tiene madre y yo sí, pero a veces he deseado no tenerla, aunque me arrepienta segundos después.

Tenía a mi padre, lo sé, y él quería tenerme a su lado, pero Alma jugó con mi custodia como quiso para hacerle daño.

De cualquier manera, Emma no tiene madre y yo tengo una madre que es nefasta la mayor parte del tiempo, así que es lógico que haya empezado a adorar a esa pequeña charlatana. La niña no parece echar en falta una figura materna, y me pregunto si alguna vez, en la soledad de su habitación, se hace preguntas trascendentales que ningún niño de cuatro años debería hacerse. No sé, ¿no piensa que su abuelo es mayor? Chasqueo la lengua y sé que no, claro, ¿cómo va a pensarlo? Para Emma, Martín es algo así como Superman, y todo el mundo sabe que Superman es eterno, ¿no? El problema es que no es así y, aunque me esfuerzo por evitarlo, no consigo controlar que en mi mente se cuele una y otra vez la pregunta de qué pasara con Emma cuando Martín muera. Intento no hacerlo, de verdad, pero me resulta imposible. El hombre tiene más de setenta años y, aunque el bastón es de pega la mayor parte del tiempo, no tiene la vitalidad de alguien joven, y eso es muy evidente. No sé si tienen más familia, supongo que sí, pero cuando pienso en la pobre Emma en manos de alguien que no conoce y con la pena de haber perdido a la persona que más quiere en el mundo se me encoge el corazón y me duele. Me duele mucho.

Aun así, intento centrarme en el presente y en lo feliz que la niña es ahora, que es lo que de verdad importa, supongo.

Vuelvo a mirar mi reloj y, cuando me doy cuenta de que ya es hora de dar por finalizada la sesión, sonrío y salgo del corral pensando en la merienda de hoy. Entro en la cocina dispuesta a decirle a Martín y a Emma que *Princesa* avanza por días, pero me quedo petrificada cuando veo a Ethan sentado en una silla, con Emma sobre sus rodillas y riéndose a carcajadas mientras la niña le llena la cara de chocolate a conciencia. En el otro extremo de la mesa, Martín se ríe mientras los mira y a mí me lleva un segundo adaptarme a este cambio, y otro, valorar las posibilidades que tengo de huir sin que nadie me vea.

—¡Muchacha! —exclama Martín cargándose mi fuga antes siquiera de poder planearla—. ¿Ya has terminado? —Asiento sin mirar a nadie en particular y él sigue hablando—: Ven, siéntate, que voy a servirte un poco de chocolate caliente.

—¡Mira, Lía! —grita Emma—. ¡A Ethan le gusta tanto el chocolate que hasta se lo come por la cara! —Se ríe a carcajadas como la niña que es mientras él me mira con una pequeña sonrisa y la barba llena de chocolate.

Joder, qué guapo es incluso con esa pinta. No, rectifico: con esa pinta es aún más guapo. No sé qué demonios tiene la imagen de un tío bueno con un crío en brazos, pero creo que el noventa y ocho por ciento de las mujeres somos incapaces de resistirnos a babear, aunque sea un poco, cuando nos topamos con escenas similares a ésta.

—Ya veo, ya. —Sonrío un poco sin despegar la vista de Ethan y frunzo los labios antes de hablar—. Hola.

Reconozco que mi voz ha salido en forma de susurro, como si me costara la misma vida hacer que suene clara y a un volumen normal. Él asiente en mi dirección y sonríe sin despegar los labios.

—Hola. ¿Qué tal la sesión con *Princesa*?

—Eh…, bien, gracias. —Sé que acabo de ruborizarme, otra vez, y me odio porque, según

parece, en presencia de este hombre éste es mi estado permanente—. Evoluciona favorablemente.

A él se le escapa una risita, lo miro y me doy cuenta de que se está mordiendo el labio inferior para no reír a carcajadas, y yo, lejos de molestarme, me echo a reír sin cortarme ni un pelo, cerrando los ojos y negando con la cabeza, porque todo esto es tan raro que entiendo que no pueda controlarse.

—¿De qué os reís? —pregunta Martín volviendo a la mesa con mi taza de chocolate.

—No lo sé —contesta Emma por nosotros—. Se miran y se ríen, pero no lo entiendo, porque no han contado un chiste ni nada.

Ethan y yo reímos con más fuerza mientras la niña frunce el ceño y nos mira cada vez más molesta. Al final, él mete el dedo en su taza de chocolate y le mancha la mejilla antes de que pueda defenderse.

—¡Nos reímos de esto! Mira qué guapa estás así.

—¡Ahora verás! —grita la niña riéndose e intentando meter los dedos en la taza de nuevo.

—¡Eh, eh! ¡Nada de desperdiciar más la comida! —exclama entonces Martín—. Hay que ver, con la de niños que hay pasando hambre y vosotros jugando a tirarla. —Ethan y Emma se quedan en silencio mirando al abuelo y yo doy un sorbo a mi taza para no volver a reírme—. Bueno, muchacha, cuéntame cómo va *Princesa*.

—Va bien, Martín, de verdad. Ha sido una tarde muy productiva.

—¿Tú crees que pondrá huevos pronto?

—No puedo asegurarlo, pero es posible.

Él asiente como si estuviera meditando mis palabras y yo me siento un poco mal porque no quiero engañarlo, pero es que es tan cabezón que, si le confieso la verdad, es capaz de perseguirme por el pueblo cada día desde hoy hasta que me vaya, dándome la lata con que me lo tome en serio.

—Cuando ponga su primer huevo haré una tortilla francesa y te invitaré a tomar el primer bocado —me dice él, sacándome de mis pensamientos y haciéndome sonreír—. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea genial.

—¿Yo podré comer un bocado de tortilla? —pregunta Emma mientras se chupa los dedos manchados de chocolate.

—Claro que sí, mi niña —contesta su abuelo.

—¿Y Ethan?

—Ethan no —dice Martín de inmediato—. He visto al rubiales comer y es una lima. Si lo invitamos, no vamos a poder ni oler la tortilla.

Emma se ríe mientras se revuelve en el regazo de Ethan y se da la vuelta para mirarlo.

—Si te invito, ¿prometes portarte bien y dejarnos probar la tortilla?

Puedo ver cómo él hace esfuerzos por no reírse y asiente con solemnidad, como si fuera a prometerle algo de suma importancia a la pequeñaja.

—Te doy mi palabra de que no me comeré toda la tortilla. Además, hay otra cosa que me apetece más que la tortilla.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—¡Tú! ¡Te voy a comer a ti y así podré comer mucha más tortilla! —grita mientras muerde sus mejillas y sus hombros con delicadeza ante las carcajadas descontroladas de Emma, que intenta zafarse de sus brazos gritando y haciendo que el abuelo y yo nos riamos con la estampa.

Bueno, Martín sólo se ríe, pero yo, además, temo estar dejando un charco en el suelo. Un charco de babas, se entiende. Ejem…

—¿Y por qué no te comes a Lía? —pregunta la niña en un momento dado, sacándome de mis ensoñaciones de un sopetón—. ¡Es más grande que yo! Seguro que si te la comes a ella no te quedas con hambre.

—¿Tú crees? —pregunta Ethan mirándome con un brillo de diversión en los ojos.

—¡Claro! ¡Deberías comértela a ella! ¿A que sí, abuelo?

Agradezco que le pregunte a su abuelo, porque es un hombre serio y gruñón que no permitirá que esta broma siga adelante. Después de todo, no es tonto y debe de estar dándose cuenta de que Ethan me mira de una forma nada inocente. Sin embargo, para mi sorpresa, el abuelo asiente y se levanta tirando de Emma y poniéndola en el suelo.

—¡Tienes toda la razón! El rubiales debería comerse a Lía y tú y yo deberíamos ir al baño para limpiarte esa cara llena de churretes.

—¿Podré comer más chocolate?

—No, cariño, ya no más.

La niña protesta y ambos abandonan la cocina mientras yo pienso que Martín es un traidor, porque está claro que ha hecho esto a conciencia.

La poca relajación que había conseguido a base de reírle las gracias a la niña se ha esfumado en cuestión de segundos y me he quedado sentada en la silla, mirando a Ethan y sin saber qué decir. Por suerte, es él quien inicia la conversación.

—Se le han notado un poco las intenciones, ¿no? —pregunta señalando con la cabeza la puerta por la que acaba de salir Martín. Me río y asiento.

—Sí, la verdad es que sí. —Suspiro y me esfuerzo por no apartar mis ojos de los suyos, porque no quiero que piense que me siento cohibida, aunque así sea—. ¿Cómo es que has venido?

Él coge una servilleta de papel de la mesa y se limpia la mejilla y la barba con ella, aunque cuando la baja me doy cuenta de que le ha quedado un poco al lado de la mandíbula. No me creerás si te digo que tengo que apretar los puños para no ir a donde está y limpiarlo yo misma con los dedos… o con la lengua, ya puesta. Dios, soy tan Alma cuando de estar frente a este hombre se trata… Frunzo el ceño ante la imagen de mi madre y el hecho de que, según me ha contado ella misma, Ethan ha resultado ser un jabato y está aguantando sus intentos de seducción demasiado bien. Ella no se cansa de intentarlo, por supuesto, y yo continúo con miedo de que lo consiga, pero al menos ahora siento una pequeña satisfacción al saber que yo pude excitarlo y tenerlo dispuesto a enredarse conmigo y Alma aún no lo ha logrado. Una competición estúpida, lo sé, pero de todas formas me levanta el ánimo pensar que quizá, después de todo, ella no es tan infalible con todos y Ethan ha llegado para romper la estadística.

—Sabía que estabas aquí —dice él con naturalidad, respondiendo a mi pregunta.

—¿Y has venido a verme? —pregunto sin rodeos también.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Sonríe antes de resoplar un poco y apoya los brazos cruzados sobre la mesa mientras gira la cara y me mira con intensidad—. Porque, después de pensarlo mucho, he decidido que tu mierda de argumento para alejarte de mí no me sirve.

Abro la boca para intentar replicar, pero me he quedado tan cortada que me cuesta unos segundos conseguir hablar.

—¿Perdón? No es una mierda de argumento, Ethan. Tú eres…

—Escritor, sí, lo sé. —Se levanta y se acerca a mí tan rápido que me echo hacia atrás en la silla, pero él sólo se pone a mi lado en cuclillas y coge mis manos con delicadeza—. Soy un artista, o como quieras llamarlo, pero te juro que estoy tan lejos de esa imagen que tienes creada en la cabeza que, si te das la oportunidad de conocerme, tú misma te reirás de tus dudas cuando pasen sólo unos días.

—Ethan, yo…

—¿No has pensado en mí ni siquiera un poco desde que nos vimos hace una semana? ¿Nada, Lía? ¿No te has preguntado ni una vez qué habría pasado aquel día en la playa si no hubieras sabido mi profesión?

Trago saliva y lo miro a los ojos, pensando si debería mentirle o no. Al final, opto por ser sincera, porque sé bien que las mentiras no llevan a nada bueno y no quiero tener un motivo más para sentirme culpable cuando me aleje de él.

—Tuvimos buena química, pero tienes que entender que yo, por lo general, no tengo rollos temporales. No es sólo por ti, Ethan, es que para mí fue la confirmación de que debería haberme mantenido alejada de ti.

—¿Por qué? ¿Porque no quieres un rollo temporal o algo sin compromiso? —Asiento, y él sonríe—. ¿Y qué habría pasado si, después del rollo, hubiésemos querido más? ¿Cómo vas a llegar a tener una relación verdadera y estable si desde el principio te pones trabas y dificultas cualquier posibilidad de dejar nacer algo?

Me río entre dientes mientras él aprieta la mandíbula, y esta vez no consigo retener mi deseo de pasar mis dedos por su barba y frotar la mancha de chocolate. Ethan oprime mis manos para que le conteste, y lo hago, porque hay algo en su mirada que me obliga a ser sincera, me guste o no.

—Tienes razón —susurro—. Por eso, y porque me gustó tu forma de ser, o lo que pude ver de ella, decidí lanzarme un día y ver qué pasaba, pero luego descubrí lo que eres y…

—Lía, joder —dice exasperado mientras se arrodilla y se acerca todavía más a mí. Su cara está tan cerca de la mía que estoy segura de que nota en sus labios mi respiración agitada—. ¿Qué tengo que hacer para que entiendas que yo no soy como esos cabrones de los que Alma se prenda?

Me muerdo el labio y llevo mi mano a su mandíbula de nuevo. Acaricio su mejilla con el pulgar y sonrío un poco antes de que mis pensamientos salgan en forma de susurros.

—No has caído en sus redes todavía…

—Ni he caído, ni caeré.

—Cuando ella sepa que eres escritor…

—No lo sabrá por mí. No quiero tener una jodida aventura con Alma, y no es porque sea tu madre, es porque no me gusta. No me atrae su físico, y mucho menos su manera de ser. La única forma en la que podría acostarme con ella sería drogado, atado y a punta de pistola. Entiende eso de una puta vez y, de paso, comprende que yo con quien quiero tener algo, lo que sea, es contigo. Sólo contigo, Galán.

Su frente se posa en la mía mientras su mano rodea mi cintura y se agarra a la silla, haciendo de cinturón alrededor de mi cuerpo. Supongo que teme que me levante y lo deje tirado, pero no pienso hacerlo. Ya sea por la intimidad del momento, por sus palabras o porque esta semana alejada de él, y haciéndome preguntas sin respuesta, ha sido una mierda. Sé que es posible que esté cometiendo un grave error, y siento miedo, pánico, recorriendo cada vena de mi cuerpo y atronando en mis oídos con tanta fuerza que pienso muy en serio que no voy a ser capaz de oír mi propia voz cuando hable. Sé todo eso, igual que sé que quiero seguir conociendo a Ethan. Quiero saber si este deseo que parece flotar en el aire cada vez que estamos juntos puede ir a más cuando nos quitemos la ropa, pero, sobre todo, quiero conocer el tipo de persona que es para darme cuenta de una vez de que no todos los hombres son débiles ante Alma. No todos caen de rodillas a sus pies cuando ella chasquea los dedos, aunque yo, la mayor parte del tiempo, piense que sí. Necesito convencerme de la realidad y, además, creo que me merezco la oportunidad de conocer a Ethan. Si sale mal, lo superaré y seguiré adelante con una cicatriz más. Es lo más probable, lo sé. Yo me iré de aquí dentro de pocos días y él abandonará Elí de Sol en algún momento rumbo a alguna parte del mundo, pero hoy por hoy, ahora mismo, en este mismo minuto, quiero darme la oportunidad de vivir esta aventura, a pesar de todas las cosas que tenemos en contra.

Él nota mi tensión, lo sé, y cuando roza su nariz con la mía y aprieta mi cuerpo sé que está tan nervioso como yo.

—Venga, cariño, di que sí, joder.

Me río y asiento nerviosamente mientras paso el pulgar que tengo en su mandíbula por su labio inferior y él se separa con los ojos de par en par.

—Sí —susurro.

—¿Sí? —pregunta incrédulo, como si ahora que por fin he aceptado él no pudiera asimilarlo. Sin embargo, un segundo después sonríe y vuelve a acercarse a mí—. No te arrepentirás de esto. Te lo prometo.

—No me hagas promesas. Haremos esto paso a paso, día a día y sin pensar en el futuro. Nada de etiquetas y nada de promesas, Gallagher; ésas son mis normas.

Él asiente mientras sonríe y frota su nariz con la mía. Yo suspiro de impaciencia, porque sé que va a besarme por fin, y cuando casi casi puedo sentir sus labios sobre los míos, la puerta se abre y los gritos de Emma hacen que nos separemos con tanta brusquedad que Ethan se sienta de culo en el suelo y a mí me entra la risa.

La niña se para frente a nosotros, nos mira y ladea la carita antes de fruncir su precioso ceño.

—Lía.

—¿Sí, cariño?

—¿Has empujado a Ethan para que se caiga de culo? —Intento contestar, pero, como siempre, su verborrea gana—. ¡Ah, no! ¡Ya sé! Quería robarte el chocolate y has tenido que empujarlo para que no te lo quite, ¿verdad? —pregunta mirando mi taza—. A mí siempre intenta quitarme las chuches, por eso lo mancho, para que se aleje, pero como soy pequeña me da besos o mordisquitos y me las roba de todas maneras. Una vez le dije a un hombre en el pub que Ethan me daba mordiscos y se puso superenfadado y le dijo a Ethan que no tenía derecho a pegarme, pero entonces Ethan le explicó que no me pegaba, que eran mordisquitos de cariño. El hombre dijo que daba igual, que de todas formas no podía pegarme, y entonces vino el abuelo, porque estaba haciendo pipí en el baño, y le dijo al hombre que se metiera en sus asuntos. ¿Te acuerdas, Ethan? —Él asiente pasándose la lengua por los labios e intentando no reírse—. Cuando el hombre se fue enfadado, Ethan me explicó que no puedo decirle a la gente que me da mordisquitos, porque la gente puede pensar que me hace daño, aunque sea mentira. Ethan nunca me ha hecho daño. Me roba las chuches y el chocolate, pero eso no es hacer daño. Una vez me caí en el corral y ahí sí que me hice daño. ¡Mira! —Se alza el pantalón y me señala una pequeña marca blanca en su rodilla—. ¿Lo ves? Esto es una cicatriz. El abuelito dice que las cicatrices son buenas, porque son marcas que se quedan en el cuerpo para recordarnos las cosas que nos dolieron mucho, pero superamos de todas formas. ¿Tú tienes cicatrices, Lía?

Se para para coger aire mientras Ethan se ríe, su abuelo se bebe mi taza de chocolate y yo pienso que sí tengo varias cicatrices. La mayoría no se ven, pero están aquí, dentro de mí, recordándome las cosas que dolieron a lo largo de mi vida y superé de todas formas, como bien dice Martín.

Antes de contestar a la niña miro a Ethan, que me guiña un ojo con picardía y pienso que, si no me ando con cuidado, este chico puede acabar convertido en la peor de mis cicatrices.

20

Mañana por la mañana, tú, yo, peli, chuches
y lo que surja.

Leo el mensaje mientras termino de limpiar la cocina después de la cena. Sonrío como una idiota y pienso en lo curioso que es que sólo haga unas horas que no lo veo y ya lo eche de menos con esta fuerza.

Salimos de casa de Martín poco después de que nos interrumpieran, pero porque él tenía que trabajar en el pub y a mí me esperaban algunas tareas en el hostal. Por lo general, Ethan está en el pub por las tardes y por las noches, así que el hecho de que se hubiera saltado un rato del turno para ir a casa de Martín ya dice mucho acerca de las ganas que tenía de que volviéramos a vernos.

Confieso que, cuando llegué al hostal y vi a mi madre preparándose para volver a salir esta noche, tuve un momento de pánico y hasta me replanteé todo lo decidido un rato antes, pero luego entendí que eso sería volver a renunciar por ella a algo que quiero y, sinceramente, ya he renunciado a demasiadas cosas por Alma, sobre todo teniendo en cuenta que ella no deja de hacer nada por mí.

Quiero seguir conociendo a Ethan, quiero estar con él los días que me quedan aquí, que son más bien pocos, y me da lo mismo que Alma esté encaprichada de él sólo porque es el Gallagher libre y se le ha metido entre ceja y ceja que tiene que repasarse a alguno de los hermanos. Esta vez, le toca a ella perder, y a Iris y a mí, ganar.

Por supuesto, pienso mantener esto en secreto, pero no por temor a hacerle daño, sino por pánico a que intente quitármelo o se tome mi decisión de verlo como un reto para meterse en medio y montar una estúpida competición. Lo mejor es que Ethan y yo nos veamos de manera discreta, así que me viene de perlas quedar con él por la mañana, cuando Alma esté aún resacosa y, con toda probabilidad, metida en la cama. Aun así, no me resisto a la tentación de pincharlo un poco.

¿Peli por la mañana? ¿No sería más sano salir a dar
un paseo matutino?

Su respuesta no tarda en llegar, así que intuyo que el pub todavía no se ha llenado mucho.

¿Un paseo por el pueblo, donde la gente no quiere verte mucho? ¿Por el bosque, donde hay mosquitos? ¿Por la playa, donde…? Bueno, para la playa no tengo excusa, pero igualmente es mejor quedarnos en la cabaña comiendo porquerías y viendo pelis. ¿O vas a decirme que no prefieres estar acurrucada a mi lado?

Me río en cuanto lo leo, pero no es nada en comparación con la carcajada que suelto cuando, seguido, me llega otro.

¡La playa y *Summer*! ¿Quieres que la perra de mi hermano se te eche encima otra vez? Ahora sí, estás sin salida, Galán. Di que sí b

Cuando acabo de reírme, le contesto aceptando el trato y, acto seguido, mi teléfono suena y me pongo nerviosa al ver que es él. Miro en derredor, aunque es una estupidez porque estoy sola en la cocina, y contesto.

—¿Sí?

—¿A qué hora vendrás? ¿Quieres que te recoja?

—Tengo que servir los desayunos, así que supongo que sobre las once.

—Yo puedo ingeniármelas para entrar en el pub a las cuatro. ¿Comemos juntos?

—Vale.

—¿Qué te vas a poner?

Me río y niego con la cabeza, aunque sé que no puede verme.

—¿Para ver una peli en la cabaña de tu hermano contigo? No lo sé, ¿alguna sugerencia?

—El bikini del otro día me gusta.

—¿El bikini para estar encerrada en casa?

—Cambia bikini por un conjunto de lencería matador, entonces.

Vuelvo a reírme mientras pienso que es raro que no me diese cuenta antes de que Ethan es escritor, porque está claro que tiene el don de la palabra, incluso en su segundo idioma.

—Creo que conducir la camioneta en bragas y sujetador por el pueblo no es la mejor idea del mundo.

—Ponte una gabardina, o un chándal, pero si te pones esto último tienes que prometer que te lo quitarás en cuanto entres por la puerta.

—¿Y tú? ¿Qué te pondrás?

—¿Qué quieres que me ponga?

Me pinzo el labio y pienso un solo segundo si lanzarme o no a la piscina, pero al final decido que sí, que lo haré, porque, como ya he dicho, apenas nos quedan unos días para disfrutar de esta extraña amistad, así que más nos vale aprovechar bien cada minuto.

—Te diría que te pusieras el bañador del otro día, pero es que eran unos bóxers.

—Si te molestan, me los quito.

—¿Me recibirías en pelotas, Gallagher?

—Si es lo que quieres…

—No serías capaz.

Él se ríe y tengo que cerrar los ojos para contener el impulso de dejar el móvil e ir al bar. Me lo imagino apoyado en la barra, con el teléfono en la oreja y esa sonrisa matadora que tanto me pone mientras piensa en nuestra cita. De hecho, si se parece en algo a mí, estará pensando en nuestra cita y en las ganas de follarme que tiene, porque yo, al menos, soy casi incapaz de pensar en otra cosa. No he decidido si vamos a tener sexo mañana, pero creo que con Ethan no hay mucho que decidir. Ya hicimos el precalentamiento en la playa y, si obviamos estos últimos días que no nos hemos visto y lo retomamos donde lo dejamos, estamos a punto y listos para dar el siguiente paso, ¿no?

—Tú ven mañana a las once y ya verás si soy capaz o no.

—Ethan…

—Tengo trabajo. Hasta mañana, cielo.

Me cuelga y resoplo un poco indignada, porque odio que me haya dejado con la duda. ¡Dios! Ahora sí que tengo ganas de que sea mañana de una vez.

Cojo el cubo de la fregona, lo lleno y no he hecho más que empezar a fregar el suelo cuando mi madre aparece con una sonrisa torcida y un olor a perfume asfixiante.

—Te diría que vinieras, pero me da que ya me sé la respuesta —dice—. Eso sí, permíteme decirte que creo que tu tía se está aprovechando de ti.

—¿Perdón?

Miro a Alma sorprendida, aunque no debería, porque ella es de decir las cosas así, sin filtros. En una frase te puede hablar de buñuelos y en la siguiente de asesinatos. Si no tienes agilidad mental, no te da tiempo a seguirle el hilo.

—Tu tía está tumbada en su dormitorio leyendo un libro tan ricamente, ¿y tú? Aquí, limpiando como una cenicienta. Siento ser tan brusca, cariño, pero llevo días viendo cómo te matas a trabajar por su culpa y no me parece nada justo.

Parpadeo y la miro con incredulidad. Por un momento, hasta estoy tentada de soltar una carcajada porque, joder, esto es el colmo. La miro y pienso que me encantaría poder decirle que es ella la que abusa de mí constantemente. Que mi tía tiene una pierna rota, pero ella, sin necesidad de excusa, me ha tenido arreglando sus cagadas de manera constante y ni siquiera se ha dignado a pedir perdón o parecer culpable.

Intento no enervarme demasiado y pensar que Alma es así. Para ella no existe la culpabilidad porque piensa que yo, al ser su hija, tengo que cargar con ella y con su mierda de por vida. Es una filosofía de vida injusta, sí, pero ella no lo ve así. Creo que es una cuestión de instinto, pero a

la inversa. Por lo general, las madres hacen cualquier cosa por sus hijos, aunque éstos sean desagradecidos a menudo y, a veces, incluso sean malas personas. Para una madre, por norma general, no hay casi nada que pueda hacer su hijo que haga que lo quiera menos. Se puede sentir decepcionada, triste y cansada, pero aun así permanecerá a su lado, brindándole apoyo y cariño.

Pues en nuestra situación es al revés. Ella va por la vida cagándola y sin privarse lo más mínimo de disfrutar todas las experiencias que le apetece, aun cuando sabe que puede salir malparada, y a mí me toca estar a su lado, besarla y abrazarla cuando sale lastimada de las situaciones que ella misma provoca y brindarle mi apoyo, incluso si no estoy de acuerdo con sus acciones.

Y lo asumo, que conste. Aunque parezca que no dejo de quejarme, puedo entender que esto es lo que me ha tocado, pero que se meta con Iris, cuando la pobre se siente fatal por tenerme aquí atada y me ha recordado cada maldito día que soy libre para irme cuando quiera…, no, eso no puedo permitírselo.

—Y si no te parece justo ver cómo me mato a trabajar, ¿por qué no me echas una mano? Hace días que pasas de ayudarme en nada, Alma.

—Ayer tendí una colada.

Sonrío con resignación y estrujo la fregona en el cubo antes de empezar a pasarla por el suelo de nuevo.

—Cierto, ayer tendiste una colada, así que supongo que ya estás exenta de ayudarme durante… ¿cuánto tiempo? ¿Un par de días? ¿Una semana? ¿Hasta que nos vayamos?

—Oye, oye, no te quejes, que podría haberme largado de este pueblucho y no lo he hecho para no dejarte sola.

—No lo has hecho porque no tienes a donde ir y sabes muy bien que no pienso darte las llaves de mi piso.

Eso le cierra la boca un segundo, pero, para mi desgracia, es una mujer que se recupera pronto de los ataques verbales.

—Eso es otra cosa que me parece injusta, ¿sabes? Estás aquí trabajando y dejándote la piel, mientras tu piso en la ciudad está vacío y el alquiler pagado. ¿Tanto te cuesta permitir que me vaya allí mientras tú ayudas a tu tía?

—Me cuesta porque la culpa de que mi tía esté así es tuya.

—¡Y dale! Dios, eres tan rencorosa que no sé cómo consigues dormir por las noches. ¿No te quema la conciencia, Lía? Me tratas fatal y, encima, si te lo digo, te ríes. —Me sale una risa seca y ella me señala con el dedo, aprovechando el tirón para hacer todavía más drama de la situación —. ¿Ves? ¿Ves? ¿Te parece que te estás portando como una buena hija?

—¿Y a ti? ¿Te parece que te estás portando como una buena madre?

—Como madre, he sido ejemplar, aunque mis métodos no te hayan gustado. —Mi carcajada resuena en toda la cocina mientras ella frunce el ceño—. ¿Cuándo te ha faltado algo, Lía? Tenías un techo bajo el que vivir, comida, ibas al colegio y has estudiado lo que has querido.

—A ver, mamá, darme un techo bajo el que vivir, comida y mandarme al colegio eran obligaciones tuyas como madre, no algo que hayas hecho de buena voluntad. No me hagas recordar el dinero que mi padre te daba y que tú gastabas alegremente, ¿eh? Y, segundo, estudié

la carrera que quise porque la pagué yo trabajando en cualquier cosa que me saliera y pudiera compaginar con mis estudios, así que ese mérito ya te lo puedes ir quitando.

—Eres una rencorosa de mierda. —Suspira y se acerca a mí, pisándome lo fregado, poniéndome de peor humor y, aun así, rodeando mi cuerpo con sus brazos y estrechándome con fuerza—. Te quiero más que a nadie, aunque no te lo creas. Algún día, cuando seas madre, verás lo sacrificado y desagradecido que es este papel.

Guardo silencio, porque discutir más no tiene sentido. Empezamos hablando de Iris y al final, como siempre, acabamos hablando de lo mucho que ha sufrido ella en la vida, cuando las dos sabemos que no es para tanto. Alma besa mi frente, mete un par de mechones de pelo detrás de mi oreja, como hace siempre, y se va, no sin antes preguntarme cómo le queda la minifalda que se ha puesto.

—Estás guapa —murmuro.

—¿Sólo guapa? Mírame bien, Lía, por favor. —Sonríe y gira sobre sí misma—. Si fueras un hombre, ¿querrías tema conmigo? No, no, espera, cambio la pregunta: si fueras Ethan Gallagher, ¿podrías resistirte a mí?

La pregunta se me atraganta tanto que, por un momento, temo que ella se dé cuenta y empiece a sospechar algo. Por suerte, el ego de Alma es tan grande que no le permite ver que es su hija la que está a punto de tener algo con Ethan. Sé que, si algún día se entera, vamos a tener el drama más grande de nuestra existencia, y es por eso por lo que no va a enterarse. Pase lo que pase, ella tiene que permanecer en la ignorancia.

De hecho, durante un instante hasta pienso en darle las llaves de mi piso. Sería una excusa perfecta para que se fuera. Total, aquí no hace nada de todas formas. El problema es que no me fío de ella y, como quiero seguir teniendo hogar a mi vuelta, desecho la idea y me resigno pensando que tengo que mantenerla cerca de mí, aunque ninguna de las dos esté muy contenta con eso.

—No soy un hombre, así que no puedo pensar como tal —contesto con sequedad.

—Hija, de verdad, qué sosita eres. —Suspira y se atusa el cabello mientras me mira haciendo una mueca—. Creo que lo tuyo se arreglaría con un buen polvo. ¿Estás segura de que no quieres vestirte y venir conmigo?

Puedo verla dirigirse a la puerta, convencida de que le diré que sí, que estoy segura y que lo mejor es que se vaya ella, pero entonces una idea se instala en mi cabeza. Quiero saber cómo se comporta Alma con Ethan y, sobre todo, cómo se comporta él con ella. No me paro a pensar que, estando yo delante, no va a actuar de la misma forma que cuando no estoy…, ¿o sí? No lo sé, pero, en cualquier caso, antes de poder arrepentirme, abro la boca y lanzo las palabras que estoy pensando.

—En realidad, si puedes esperar que acabe de fregar el suelo, podría acompañarte.

Alma se queda clavada en el suelo y eleva las dos cejas con incredulidad.

—¿En serio?

—Sí, ¿qué pasa? ¿No quieres?

—¡Claro que quiero! —Da saltitos en el lugar y me señala con un dedo—. Venga, ve a cambiarte mientras yo termino de fregar.

Aunque valoro su empeño repentino en ayudarme, niego con la cabeza, miro mis vaqueros rotos a la altura del muslo y la rodilla, mi camiseta con estampado militar y mis Converse y me encojo de hombros, porque no pienso arreglarme más que esto. Total, en el pub sólo estarán los cuatro clientes fijos, los estudiantes que se irán pronto, pues mañana es laborable, y Ethan. No quiero pintarme como una puerta porque no es mi estilo, ni arreglarme demasiado, por si él piensa que lo he hecho por él. Sólo quiero tomarme una cerveza mientras miro a mi madre interactuar y estudio las técnicas de evasión de Ethan. Cuando me doy cuenta, estoy sonriendo ante este pensamiento, y es entonces cuando pienso que igual yo tampoco estoy muy centrada, porque el hecho de que me divierta mirar a mi próximo *follamigo* esquivar a mi madre normal, lo que se dice normal, no es.

—Yo voy así.

—De eso nada.

—De eso todo. O voy así, o no voy.

Alma suspira con resignación y casi puedo oír a su mente preguntarle por qué demonios tuvo que tener una hija así. Al final asiente una sola vez y señala mi cabeza.

—Por lo menos hazte una coleta nueva, que de esa se te salen casi todos los pelos.

Claudico porque es cierto, de hecho, los mechones que ella misma ha puesto tras mi oreja son largos, así que friego el suelo a toda prisa, salgo con ella hacia la recepción y, en el espejo que hay al lado de la puerta, me hago un moño rápido con la goma y los ganchillos que ya tenía puestos.

—¿Mejor? —pregunto a mi madre.

—No me hagas contestar a eso. Te libras porque eres guapa, pero quiero que sepas que ese *look*, en otra, sería de pordiosera total. —Me mira de arriba abajo y frunce el ceño mientras niega con la cabeza—. ¿De verdad no quieres que te preste algo?

—Mamá… —digo en tono de advertencia.

—Ponte tacones, al menos.

—Mamá…

Ella alza las manos resoplando y yo me río, porque en el fondo esta mujer es muy cómica. Salimos y le propongo ir en la camioneta, consiguiendo con eso que se ponga tan contenta que se le olvide mi vestimenta. Por lo general, Alma baja al pueblo andando y vuelve en taxi porque, como comprenderás, nos negamos a dejarle las llaves de la camioneta, así que ahorrarse el paseo de hoy le viene de perlas.

El camino lo pasamos en silencio y en pocos minutos aparcamos frente a la puerta del pub. Salimos, comenzamos a caminar y, cuando estamos a punto de entrar, ella me guiña un ojo y se recoloca el sujetador.

—Vas a ser mi amuleto, Lía, lo veo venir. Esta noche el pequeño Gallagher caerá en mis brazos y tú serás testigo de primera.

Sonrío de manera forzada y la sigo mientras rezo para que no tenga razón porque, aunque en el hostal esta idea me pareció divertida, ahora estoy nerviosa y un poco asustada. ¿Y si veo algún movimiento de Ethan que no me gusta? ¿Y si empiezo a comerme la cabeza viendo cosas donde no las hay? ¿Y si…?

—¡Hola! —exclama Ethan sacándome de mis pensamientos.

Parpadeo y lo veo mirarnos con una sonrisa en los labios. Bueno, más bien me mira a mí con una sonrisa en los labios, aunque estoy segura de que Alma no ha notado que ni siquiera la mira, porque sonríe con todos los dientes, se acerca a la barra y acaricia su mejilla antes de pedirle una cerveza.

Yo no he respondido a su saludo aún, estaba demasiado absorta para hacerlo y, ahora que Alma está distrayéndolo con su charlatanería, puedo fijarme en su pantalón negro, más ceñido de lo normal, su camiseta celeste, a juego con sus ojos, y su sonrisa de chico encantador a pleno funcionamiento. Está guapísimo y, por un segundo, hasta me arrepiento de no haberme arreglado más. Luego me riño mentalmente, porque yo no tengo que vestirme para provocar a ningún tío, y me acerco a la barra pidiendo una cerveza con la mayor naturalidad posible.

La noche empieza y todo parece ir bien. Alma despliega sus habilidades con Ethan, que se ríe abiertamente, como si se tomara sus intentos de ligue a broma. Creo que es la única forma que ha encontrado para deshacerse de ella sin ofenderla. Le hace ver que no la toma en serio, pero no de un modo cruel, sino como si él creyera que es ella la que está bromeando. Por más que Alma se insinúe, él sonríe y le devuelve frases cortas, sin darle pie a nada más. Otra lo habría entendido a la primera, pero es Alma, así que no me extraña que siga intentándolo.

Más tarde se va a la pista a bailar y, aunque pienso que será mi oportunidad para charlar con él, ella me arrastra y acabo en el centro de la pista a su lado. Bailo una sola canción y le digo que voy al baño para poder librarme de esta situación. Puede que mi madre disfrute moviéndose al ritmo de una música que, en realidad, no es tan bailable, mientras la miran casi todos los clientes del bar, que no son tantos, tal como yo pensaba, pero a mí me va más estar sentada junto a la barra o a una mesa. No tengo mucho ritmo, así que en cuanto puedo me largo de la pista.

Entro en el baño, hago pis, me lavo las manos y abro la puerta para salir, pero entonces un cuerpo se cierne sobre mí, unos brazos rodean mi cintura y, antes de poder darme cuenta, estoy encerrada en un cubículo enano mientras los ojos de Ethan me miran de cerca y su sonrisa se queda a escasos centímetros de mi boca.

—Por fin te tengo justo donde quería…

21

Ethan

Si esquivar a Alma ya es complicado, hacerlo mientras su hija me mira a cierta distancia es del todo imposible. Llevo toda la noche viendo a Lía fijarse en nosotros y no sé si lo hace con diversión o con sospecha. No está cabreada, eso puedo verlo, pero tampoco sé qué piensa con respecto a todo esto. Imagino que no debe de hacerle mucha gracia, sobre todo ahora que por fin estamos en el camino hacia lo que sea que nos dirija esta extraña amistad, pero no dice nada. Se limita a dejar que Alma coquetee conmigo y, cuando me ve muy apurado, hasta sonríe mientras bebe de su cerveza.

Está claro que Lía no es una chica al uso, porque otra ya tendría un cabreo monumental, y no por que yo le haya seguido la corriente a Alma, porque no ha sido así en ningún momento, sino por el simple hecho de tener que ver cómo su madre me desea de una forma tan descarada. Otra, incluso, me pediría que le diera un corte de malas maneras, pero no puedo hacer eso. Primero, porque no quiero que en el pub haya mal ambiente. Después de todo yo estoy trabajando aquí de forma temporal, no soy camarero, así que no quiero que por una tontería Matt esté en boca de todo el mundo, porque estoy convencido de que, si me niego de malas maneras a seguirle el rollo a Alma, ésta acabaría montando un escándalo de una forma u otra. Segundo, porque no quiero herir los sentimientos de la propia Alma. Sé muy bien que ella sólo está encaprichada de mí, que le parezco guapo, puede que le ponga y le apetece liarse conmigo, pero está muy lejos de tener sentimientos verdaderos. No creo que quiera una relación seria y, aunque así fuera, pienso que para Alma es casi imposible mantener algo duradero debido a su inmadurez y su egoísmo innato. No tengo necesidad de ser cruel porque tengo la esperanza de que en algún momento llegue alguien que le guste más que yo y me olvide en un abrir y cerrar de ojos.

Además, está el hecho de que no quiero acabar mal con Lía por culpa de este tema. No puedo darle pie, y tampoco quiero, pero no voy a tratarla mal, porque sé que Lía siente una lealtad que, bajo mi punto de vista, llega demasiado alto, teniendo en cuenta cómo la trata Alma. El caso, y en resumen, es que no voy a liarme con Alma porque quiero estar con Lía, pero tampoco voy a tratarla mal ni a cortarla en seco porque no quiero asumir todas las consecuencias que eso tendría.

Así pues, la noche se me va intentando alejarme de la madre y acercarme a la hija. Ninguna de las dos cosas es fácil, pero cuando veo a Lía ir hacia el baño no lo pienso demasiado. Hago un

gesto al chico que trabaja conmigo esta noche y le pido que me cubra en la barra mientras salgo y la sigo. Entro justo cuando ella ya salía y no tengo ningún problema en arrastrarla de nuevo hacia el interior y encerrarla en un cubículo. Ella respira agitadamente, pero sonríe mientras pasa los brazos por detrás de mi cuello y ladea la cabeza mirándome. Joder, qué bonita es. Tengo que controlarme mucho, mucho, para no besarla y follarla aquí mismo, tal como deseo. En cambio, rozo su nariz con la mía y sonrío mientras ella habla, haciendo que su aliento se estrelle en mi cara.

—¿Haces mucho esto de secuestrar a chicas en el baño, Gallagher?

—Sólo si la chica merece mucho la pena.

Lía se ríe y acaricia mi nuca, erizando mi vello y otras partes de mi anatomía.

—Alma pasará al ataque en algún momento —susurra.

Miro sus ojos y me doy cuenta de que no es tan indiferente a esta situación como yo pensaba. Lo mejor de Lía es que, pese a lo hermética que puede mostrarse a veces, otras deja ver todo lo que siente. Si eres buen observador ni siquiera tienes que conocerla mucho para darte cuenta de cuándo algo le está sentando mal, o haciéndole daño. Ahora, por ejemplo, puedo ver la incertidumbre en su mirada, y no me gusta. No me gusta nada, así que hablo intentando tranquilizarla.

—Alma puede hacer lo que se le antoje, porque yo a la única que veo es a ti.

—Pero yo no puedo venir cada noche a vigilarla y…

—No tienes que hacerlo. —Suspiro y apoyo mi frente en la suya—. Sólo tienes que confiar en mí.

—No nos conocemos tanto.

—No, pero por algún lado hay que empezar, ¿no? —Acaricio con las yemas de los dedos sus mejillas y sonrío—. Voy a besarte, Galán.

Ella abre los ojos con sorpresa un segundo por el cambio repentino de conversación, pero de inmediato sonríe y asiente casi imperceptiblemente, dándome acceso a su boca. Podría esperar un poco, explicarle que creo que vamos a conectar a muchos, muchísimos niveles, o confesarle que, de alguna manera, yo ya confío en ella. Confié en ella el día que aceptó psicoanalizar a una gallina para no herir los sentimientos de un abuelo y su nieta. Una mujer capaz de hacer algo así es digna de mi confianza y mi respeto. Quiero decírselo, pero sé que va a rebatírmelo, así que me limito a hacer lo que los dos queremos. Nada de palabras, por ahora. Nada de promesas, por ahora. Nada de compromisos, por ahora. Pero que no haga nada de eso no quiere decir que no tenga pensado hacerlo en un futuro porque, de alguna manera, sé que esta mujer va a clavarse muy muy dentro de mí.

Supongo que, en el fondo, sí que soy un idiota que deja crecer la esperanza hasta convertirla en gigante con una sonrisa y poco más.

Cuando mis labios por fin tocan los suyos deja de importarme todo, hasta el hecho de que estemos encerrados en un baño público. Pensaba ir despacio, pero Lía tiene otros planes, porque su boca avasalla la mía y, cuando quiero darme cuenta, me cuesta respirar y he perdido el control por completo, así que bajo las manos, me agarro a su culo y la aprieto contra mí mientras tomo la iniciativa y empiezo a llevar la batuta en este beso. Claro que llamar beso a esto se queda muy

corto. Mi lengua busca la suya y, en cuanto se enredan, me concentro en respirar por la nariz. Es entonces cuando su aroma inunda mis sentidos. Lía huele a flores, a sexo y a todas las cosas a las que soy capaz de hacerme adicto en un abrir y cerrar de ojos. Esto se está descontrolando un poco, lo sé porque su pierna ha subido para enredarse en mi cadera y yo he alzado la otra, apoyándola en la pared y enroscándola en mi cuerpo. Un gemido ha salido de su boca y he perdido el norte del todo, enredándome en su cuello, mordiéndolo y apretando mi polla contra ella, deseando como nunca que la ropa nos desaparezca por arte de magia y nos quedemos desnudos, solos y con todo el tiempo del mundo.

—Joder… —dice ella en mi oído mientras se alza todo lo que puede para poner a la altura de mi boca sus pechos—. Tócame, Ethan, por favor…

Gruño en respuesta y alzo su camiseta en un segundo antes de volver a sujetarla por el culo. Muerdo su pezón derecho por encima del sujetador y, cuando se retuerce en mis brazos, estoy a punto de bajarla, abrirme la bragueta y acabar con este calentón. De hecho, estoy seguro de que ella me seguiría el rollo, pero entonces la puerta principal del baño suena y unas risas nos dejan helados y clavados en el sitio. Estamos tan congelados que ni siquiera he apartado mi boca de su sujetador. Fuera hay varias chicas hablando de estudios y quedadas pendientes, una de ellas entra en el cubículo que está justo al lado y no puedo evitar pensar que estará haciendo sus cosas mientras yo sostengo a Lía sobre la misma pared que nos separa. Ella está tan rígida como una tabla y cuando, después de lo que me parece una eternidad, las chicas se van, resbala por mi cuerpo y se pasa las manos por la cara resoplando sin parar.

—Estamos locos… —dice mientras coge aire y lo expulsa con lentitud.

Me alejo de ella hasta apoyarme en la pared contraria, lo que no es mucho, teniendo en cuenta que aquí el espacio es bastante reducido. Me froto la cara con brío y apoyo la nuca en la pared mientras la miro y me río entre dientes.

—¿Eres consciente de que estaba a punto de follarte aquí mismo?

—Dios, sí —dice de forma rígida. Me mira seria, muy seria, pero cuando ve mi cara se echa a reír y niega con la cabeza—. Tenías razón.

—¿En qué?

—Es mejor que mañana quedemos en la cabaña, donde nadie pueda vernos, porque lo nuestro no es controlarnos en público.

—Si lo dices por la erección que luzco, y que ya lucí en la playa, tengo que darte toda la razón.

Su risa se mezcla esta vez con la mía y se acerca para dejar un beso distraído en mi pecho, haciendo que me muerda el labio y apriete los puños, porque, si la toco, no respondo de mí.

—Unas horas…, sólo unas horas. ¿Aguantarás?

—A duras penas, pero creo que por ti aguantaría lo indecible.

Ella sonríe, me guiña un ojo y sale del baño dejándome unos minutos para recomponerme y seguirla. Ya es bastante raro que nos hayamos perdido al mismo tiempo, pero que saliéramos juntos del baño de chicas sería incriminatorio del todo, así que salgo del cubículo, me mojo la cara y me imagino escenas antieróticas para bajar mi erección. Cuando creo estar listo vuelvo al pub y me encuentro con Alma, que de inmediato se acerca a mí y me exige un baile.

—Tengo que trabajar, Alma —le contesto con una sonrisa.

—¡Deja eso para el chaval! —dice señalando al chico que se ha hecho cargo mientras yo me perdía del mapa—. Ven, quiero enseñarte unos movimientos nuevos.

—¿Por qué no se los enseñas a tu hija? —pregunto mientras miro a Lía pedir una cerveza en la barra.

—A mi hija no le gusta bailar en público.

—A mí tampoco.

—Conmigo te gustará, te lo aseguro. —Me guiña un ojo y sonríe. Yo me río entre dientes y me libro como puedo de su insistencia.

Cuando llego a la barra, la miro de nuevo mientras se contonea en el centro de la pista y pienso que, en realidad, es muy triste que su vida gire en torno a los hombres que se le meten entre ceja y ceja. Cuanto más la conozco, más entiendo que Lía quiera alejarse todo lo posible de cualquier aspecto que la haga parecerse a su madre. Es una balanza jodida la que tiene que mantener, pero sé que está dispuesta a todo por conseguir el equilibrio que tanto ansía.

La noche se alarga y veo la forma en que Lía bosteza cada pocos minutos. Incluso puedo ver en alguna ocasión cómo le pregunta a Alma si pueden marcharse ya, pero ésta siempre se zafa de su toque con un gesto o alguna frase hiriente que Lía encaja con una actitud que hace que la admire aún más.

Alma no es buena madre, puede que me dé pena la forma en que se rebaja ante los hombres, pero la manera en que trata a su hija me hace ver que, en realidad, su mala suerte con el género masculino es una cuestión de karma. ¿Cómo puede hacerle ver a un hombre lo dispuesta que está a arrastrarse y, sin embargo, tratar con la punta del pie a su hija? No lo entiendo, y cuando la veo dar un empujón a Lía cuando ésta intenta apartarla de un chico demasiado joven, la lástima desaparece por completo de mi torrente sanguíneo y es sustituida por la rabia. Estoy a punto de salir de la barra para decirle algo, pero entonces Lía me mira y me pide calma, así que me contengo, a duras penas, mientras pienso que es una suerte que Alma no haya venido con su hija cada noche, porque si su comportamiento con ella es siempre parecido, acabaré cogiéndole odio mucho antes de lo que ella, su hija y nadie se imagina.

A las cuatro de la mañana, después de muchos desplantes y de gritarle a su hija que necesita un buen polvo, Alma accede a salir del pub. Sus intentos conmigo han sido infructuosos y ha intentado ligar con cuanto muchacho se le ha acercado. Por suerte, todos han visto al poco tiempo lo pasada de alcohol que va y se han dado la vuelta, marchándose por donde han venido.

—¡Ya no vengo más contigo! —exclama Alma mientras pasan por delante de mí en dirección a la puerta.

—Vale.

—¡Eres una aguafiestas! ¡Y no me agarres! Haces que parezca una inútil, Lía. ¡Puedo caminar!

Me fijo en que, en realidad, no puede, o no todo lo recta que debería. Aun así, Lía suspira y la suelta, pero se queda cerca por si se cae y necesita ayudarla. Alma sale dando tumbos y ella me dedica una mirada triste antes de salir tras ella.

Me siento impotente, estoy cabreado y no comprendo cómo cojones aguanta tanta mierda de

su madre. Vale que yo he tenido una familia normal y una madre que siempre nos adoró y nos antepuso a todo y a todos, así que me cuesta más entenderlo, pero, aun así, joder, ¿es que no ve hasta qué punto Alma la desprecia? Sólo la quiere cuando se ve desesperada porque sabe que nadie más está dispuesto a ayudarla.

Lía está cargando con la desconfianza, los insultos por la espalda y los desplantes del pueblo entero, exceptuando a Martín y a Emma, y a Alma ni siquiera parece importarle. De hecho, dudo que sepa todo lo que su hija aguanta, pero una parte de mí sabe que, por desgracia, si lo supiera, su actitud sería exactamente la misma.

Termino de trabajar, limpio el pub y echo el cierre antes de irme a casa, hacer café y ponerme delante del ordenador. Llevo unos días cogiendo notas y creo que puedo intentar arrancar una nueva historia, aunque sea mala.

Pongo los dedos en el teclado y me preparo para el bloqueo que he venido sintiendo todos estos días, pero, para mi sorpresa, las palabras comienzan a fluir. Estoy tan nervioso que, al principio, cometo un montón de errores ortográficos, no he dado un formato adecuado al documento de Word y estoy seguro de que mañana no me gustará nada de lo que escriba ahora, pero estoy fluyendo de nuevo y eso es algo que no puedo desaprovechar. Escribir una mierda es muchísimo mejor que no escribir nada, así que me limito a dejar salir todo lo que tengo dentro y, cuando quiero darme cuenta, el amanecer entra por mi ventana y me percato de que quedan sólo unas horas para que Lía llegue. Me levanto, miro las páginas escritas y sonrío debatiéndome entre darme una ducha, dormir o hacer más café y seguir escribiendo. Al final opto por dos de las tres opciones. Me doy una ducha rápida, me pongo un pantalón de deporte corto sin ropa interior y me preparo una jarra de café. Vuelvo al portátil rezando para que, en este tiempo, no se me haya ido la inspiración, y cuando mis dedos comienzan a moverse otra vez por el teclado suelto tal carcajada que hasta Matt aparece en el marco de mi puerta.

—¿Se puede saber por qué cojones trasteas tanto de tan buena mañana?

—¡Estoy escribiendo! —digo sin apartar la vista de la pantalla.

El silencio sucede a mis palabras y, cuando hago una pausa para mirar a la puerta, veo a Matt con gesto serio y contenido.

—¿Necesitas algo? ¿Música, silencio, más café?

Sonrío, porque Matt es el mejor hermano del mundo, y niego con la cabeza mientras le hago una señal con la mano para que se vaya.

—Sólo que te largues antes de las once, porque Lía va a venir y quiero aprovechar para trabajar al máximo.

—¿Lía va a venir? ¿Cómo es que…?

—¡Ya te lo contaré en otro momento, Matt!

Él parece entender que la urgencia me puede y oigo sus pasos alejarse por el pasillo. Poca gente en este mundo comprende lo que invade el cuerpo de un escritor cuando siente, por fin, el ansia de contar algo. Un sentimiento superior a la necesidad de comer, dormir, ducharse o hacer cualquier cosa que suponga alejar los dedos de un teclado. Es este sentimiento de invasión, esta forma de arrasar conmigo lo que hizo que me enamorase de mi profesión. La posibilidad de contar y vivir miles de vidas a través de mis dedos es algo que me ha fascinado desde que escribí

mi primer cuento cuando sólo era un niño. Mis ojos vuelan por la pantalla, mis dedos golpean las teclas con fuerza, como queriendo cerciorarse de que están escribiendo, y mi mente va tan rápida que sólo consigo salir de mi estado de concentración y absorción cuando oigo el sonido de la campana que Matt tiene en la puerta.

Miro el reloj y me doy cuenta de que son las once menos diez. Llevo escribiendo más de cuatro horas y tengo un buen puñado de páginas que tendré que revisar cuando vuelva a sentarme frente al ordenador, pero estoy tan eufórico que no dudo en quitarme el pantalón de deporte, atravesar el salón y abrir la puerta como Dios me trajo al mundo.

El grito de Lía me hace esbozar una sonrisa que ocupa toda mi cara. Me cruzo de brazos, me apoyo en el quicio de la puerta y le guiño un ojo antes de hablar.

—Creo recordar que dijiste que no sería capaz de recibirte así. Pues bien, has perdido la apuesta. ¿Qué he ganado?

Ella abre los ojos, que había cerrado con fuerza, para centrar su mirada en la mía. Baja la vista un segundo, mira la erección que ya luzco sólo por verla y suelta una carcajada mientras se tira sobre mí y me besa al tiempo que la enrosco en mi cuerpo, sorprendido, una vez más, por su actitud.

—Eres un demonio, Gallagher.

Y con esa frase que no es la primera vez que me dice, pero que cada vez me suena mejor, cierro la puerta y la llevo a mi dormitorio, pensando que esta relación de amistad, *follamigos* o lo que sea, bien puede seguir fomentándose en mi cama.

22

Reconozco que, de todas las escenas que imaginé con Ethan desnudo, ninguna se asemejaba a la que acabamos de vivir. Estoy enroscada en su cuerpo y todavía no sé cómo demonios he saltado sobre él con tanta ansiedad, pero aquí estoy mientras me guía hacia el dormitorio y me suelta en una cama de sábanas de cuadros con cabecero de madera, a juego con la habitación de la cabaña, y preciosa, aunque rústica y muy masculina.

Ethan se tumba sobre mí y muerde mi cuello mientras yo gimo y acaricio su espalda intentando adaptarme al ritmo rápido de la situación. Pensé que antes desayunaríamos, o veríamos una peli y llegaríamos a este punto paso a paso, pero casi prefiero que sea así, porque de esta forma no tengo modo de arrepentirme. La idea de sentarme con él en un sofá tratando de evitar esta atracción me ponía tan nerviosa que prefería no pensarlo, así que me ha hecho un favor. Beso su hombro y siento cómo se para por completo. Alza la cara y me fijo en que se ha quedado serio y me observa con la respiración agitada y una mirada preocupada.

—¿Estoy siendo demasiado brusco? —Se pasa la lengua por los labios y hace un amago de alejarse de mí—. Joder, lo siento, he actuado por instinto y…

—Si sales de esta cama sí que vas a sentirlo, Gallagher —le digo en tono firme mientras me siento y me quito la camiseta de un tirón—. ¿Vas a ayudarme con el resto, o tengo que hacerlo todo yo?

Él se ríe un poco y se arrodilla entre mis piernas. Sé que tiene intención de desabrocharme el sujetador, y pienso permitírselo, pero verme frente a su erección es demasiado tentador, así que alargo una mano, la toco y la acerco a mi boca mientras él gime y se incorpora un poco para darme más acceso. Pasa una mano por mi espalda y me sorprendo cuando desabrocha mi sujetador sólo con dos dedos. Más tarde, su mano se cierne sobre mi nuca y me ayuda a chuparlo guiándome para darle todo el placer posible. Él gime, yo gimo por la tensión del momento y, en algún momento, me excito tanto que siento la necesidad de meter la mano dentro de mi pantalón y tocarme.

—De eso nada —dice él mientras se aleja de mí. Protesto, pero me corta con una sonrisa tumbándome en la cama y quitándome el pantalón y las braguitas al mismo tiempo y de un tirón —. No vas a ocuparte tú sola de hacer algo que yo llevo deseando desde que te vi. —Cuando la ropa sale por fin y me quedo desnuda, clava la mirada en mi cuerpo sin pudor, recorriéndome de arriba abajo y viceversa—. Perfecta.

Quiero decirle que no, que tengo los pechos demasiado pequeños, estoy muy delgada y el

lunar que hay sobre mis costillas derechas no me gusta, pero justo es el sitio que él besa primero. Arrastra la lengua hacia mi pezón derecho y noto una de sus manos abrir mis muslos mientras su cuerpo cae a mi lado y toco su torso bajando también para acariciar su erección. Cuando sus dedos llegan a mi clítoris, me muerdo el labio con un gemido y siento su sonrisa en mi pecho izquierdo, al que está dedicando ahora todas sus atenciones. Se separa de mí, besa mi nariz y consigue deshacerme con una mirada antes de bajar por mi cuerpo y enredarse entre mis piernas. Su lengua llega a mi clítoris mucho antes de lo que yo pensaba, pero ya no me extraño, porque he descubierto que Ethan no es de dar rodeos. Quiere darme placer y va a los puntos directos para conseguirlo; sin rodeos, sin entretenerse, sin perder el tiempo. Me arqueo y busco su boca con desesperación mientras hago que las sábanas se arruguen dentro de mis puños, al menos hasta que no puedo más y, con la derecha, me agarro a su nuca instándolo a darme más, mucho más. El orgasmo llega de forma rápida, casi furiosa, noqueándome y haciéndome gritar mientras me siento en la cama y dejo ir todo el aire de mi cuerpo.

¿Cómo lo ha conseguido tan rápido…?

Me dejo caer de nuevo en la cama, miro hacia abajo y encuentro a Ethan devolviéndome una mirada cargada de deseo que hace que me relama, literalmente. Él besa mi muslo derecho, se endereza y abre el cajón de su mesilla de noche para sacar los condones. Abre uno a toda prisa, se lo pone y en cuestión de segundos se coloca entre mis piernas.

—¿Lista?

—¿Para ti? Siempre.

Él me mira muy serio y yo me doy cuenta de que mis palabras pueden llevar a confusión. No sé qué estaba pensando, pero cuando intento rectificar sus labios se estrellan en los míos y se cuela dentro de mí haciéndome sentir llena por primera vez en mucho, mucho tiempo.

Engancho mis manos detrás de su cuello y me arqueo buscando más fricción, pero entonces él nos hace girar y me coloca sobre su cuerpo con una habilidad pasmosa. Apoyo las manos en su torso y me muevo en círculos arrancándole un gemido intenso y bronco que me pone todavía más. Sus manos se agarran a mi culo y cada vez que intenta llevar el control moviéndome aprieto mis músculos vaginales, intensificando el roce con su polla y haciéndolo gruñir de placer.

—Si haces eso muchas veces, esto acabará antes de lo que los dos queremos.

Me río con trabajo, porque ya me cuesta mantener una respiración constante, suelto mi pelo, que seguía sujeto en una coleta floja y despeinada ya, y lo dejo correr por mis hombros mientras me aprieto los pechos, lo miro con cara de vicio y roto las caderas hacia delante y hacia atrás, insistiendo en la fricción de mi clítoris contra su pubis. Ethan gime, yo también, porque verlo desde esta posición es excitante como pocas cosas, pero, sobre todo, porque siento que un segundo orgasmo está empezando a formarse en mi cuerpo. Él también lo nota, porque cuando siente que estoy a punto me empuja, me gira de nuevo y me hace quedar boca abajo. Al principio creo que es porque quiere hacerlo a cuatro patas, pero él me ayuda a erguirme y me deja de rodillas en la cama. Me penetra desde atrás mientras gimo y siento una de sus manos en mi garganta. Al principio me tenso, porque espero de corazón que no sea uno de esos hombres que necesitan ejercer la fuerza para correrse, pero pronto me doy cuenta de que sólo quiere que mire a un punto en concreto. Frente a nosotros está el armario. Un armario que tiene un espejo de

cuerpo entero en la puerta. Un espejo en el que estoy viendo nuestra imagen. Y, aunque imaginaba que era caliente, y aunque ya me sentía sexy, y aunque ya sentía placer, todo se intensifica mucho más, porque él muerde mi hombro y sonríe al espejo mientras yo apoyo la cabeza en su torso y gimo.

—Agárrate ahora los pechos —susurra con voz ronca en mi oído.

Obedezco y los dos vemos en nuestro reflejo cómo la escena adquiere un tono aún más caliente.

—Joder.

—No aguantaré mucho más, nena, tienes que correrte. Follarte es una locura, pero follarte y hacer que te mires es… —Aprieto los músculos internos, esta vez por el espasmo que sufro, y él gruñe—. Joder, cariño.

—Ayúdame, Ethan… —gimo.

No tengo que repetírselo. Su mano vuela a mi entrepierna y sus dedos juegan con mi clítoris mientras sus penetraciones se intensifican. Su otro brazo me aferra por la cintura, y ver cómo consigue rodearla a través del espejo es todo lo que necesito para llegar al clímax. Siento el hormigueo empezar en la parte baja de mi espalda, mi nuca se eriza y creo que grito mientras cierro los ojos y me convierto en una masa deshecha en sus manos. Ethan muerde mi oreja y aprieta su agarre alrededor de mi cuerpo, evitando que caiga hacia delante y entrando en mí con más fuerza que nunca. Siento su propio cuerpo tensarse, sus músculos ponerse rígidos, su gemido estrellarse en mi oído mientras se corre y su respiración cortarse unos segundos para volverse más inestable que nunca después. Abro los ojos, veo nuestro reflejo y espero que él me mire. Tiene la frente apoyada en mi hombro y, cuando alza la cara, me ve y sonríe, siento que las pocas partes enteras que quedaban en mí se deshacen de la manera más absurda.

Dios, si no tengo cuidado, este hombre acabará conmigo.

* * *

Estamos tumbados en la cama mirando al techo y dedicándonos unos arrumacos con los que él está más cómodo que yo, aunque no me aparto, porque quiero estar aquí y, desde luego, quiero seguir sintiendo las yemas de sus dedos en mi piel desnuda.

—¿Quieres hablar de ello o hacemos como que todo es normal y nos preparamos para la siguiente ronda? —pregunta él con voz ronca y suave.

Me río y lo miro, porque me parece increíble que hasta para eso sepa ser el tipo de hombre que necesito. Ni me agobia con charla absurda, ni se queda dormido nada más terminar de practicar sexo. Cada vez parece más perfecto…, y eso es malo, lo sé, pero durante estas horas no voy a pensar en ello. Esta mañana no permitiré que nada impida que disfrutemos plenamente de estas caricias, esta charla, estos besos y estos cuerpos, que poco a poco van recuperándose y pidiendo más.

—Para mí ha sido un diez. Si estás de acuerdo, podemos pasar a otra cosa.

—Estoy más que de acuerdo —dice asintiendo—. ¿Tienes hambre?

—No he desayunado.

—Ven conmigo.

Salta de la cama con tanta agilidad que me río, porque a mí me cuesta un poco más desperezarme y seguirlo. Él se pone un pantalón corto de deporte y yo me levanto, me pongo su camiseta y lo sigo por la estancia. Esta vez sí me fijo en los techos con vigas de madera, la alfombra mullida del salón, el sofá de rinconera, la chimenea de piedra y la inmensa tele de pantalla plana. Puede que por fuera sea una cabaña tradicional, pero por dentro tiene todas las comodidades, eso está claro.

La cocina tiene todos los electrodomésticos necesarios y, de hecho, alguno que no sé para qué sirve. Me quedo mirando la gofrera y me río cuando Ethan me asegura que no sabe hacer «ese tipo de mierdas» y que son cacharros que Matt compra porque tiene la esperanza de aprender a cocinar alguna vez.

—¿No sabéis cocinar?

—Sabemos cocinar —dice con mucha dignidad—. Si lo que preguntas es si sabemos hacer algo aparte de lo justo para sobrevivir, no. —Me río y acepto la taza de café que me ofrece—. Sé usar un horno, una cafetera, una vitrocerámica y un microondas. La gofrera, la heladera y esa mierda de las magdalenas ni las toco.

—¿Tenéis todo eso?

—Matt lo tiene. Yo sólo estoy aquí de okupa. Tengo la teoría de que empezó a comprar estas mierdas para impresionar a tu tía, pero cuando se lo digo se cabrea, así que no está confirmado.

Me río otra vez y me siento en un taburete mientras él prepara unas tostadas y pienso en la buena relación que Matt y Ethan tienen. La verdad es que, aunque no quiera, siento envidia cada vez que veo algo así. Ellos se lo cuentan todo, se apoyan y, para colmo, comparten vivienda y trabajo sin matarse vivos. Yo jamás he tenido algo ni siquiera parecido. Tenía a mi tía, claro, pero a ratos, cuando mi madre me dejaba en este pueblo y se largaba unos días. Yo procuraba no involucrarme demasiado porque sabía que tarde o temprano ella, o mi padre, volverían para devolverme a la vida real, así que no sé cómo debe de ser ese amor fraternal irrompible, y aunque sienta un poco de celos, me alegro por ellos.

Pasamos un rato hablando del tiempo que lleva en la cabaña, su bloqueo y que anoche, por fin, consiguió escribir algo.

—Estoy seguro de que será una mierda, pero una mierda es mejor que nada, ¿no?

—Supongo —contesto sonriendo, aunque un poco tensa.

Él se da cuenta y se acerca a mí para dejar un beso sobre mis labios y sonreír mientras peina mechones sueltos de mi pelo.

—¿Estás bien con eso?

—¿Con que estés escribiendo por fin? Sí, claro.

—No, con todo en general, ya sabes. Este rollo de ser escritor y…

—Estoy bien. —Me obligo a relajar los hombros con tanta fuerza que lo nota y sonríe mientras yo resoplo—. Intento no pensarlo mucho, en realidad.

—No quiero hacerte sentir incómoda, pero tampoco quiero que evitemos el tema, ¿sabes?

Quiero decirle que, en realidad, da igual cuál de las opciones escojamos porque nos queda una semana de estar juntos, así que no tenemos que hacer tantos planes, pero él me habla con

tanta dulzura que al final asiento y me engancho a su cuello mientras lo beso. Lo beso mucho, tanto, tanto, que sólo me despego cuando olemos a quemado y él suelta una maldición mientras saca a toda prisa el pan del horno.

—Se ve que el horno, después de todo, no es lo tuyo —digo en tono repelente.

—La culpa es de esa boca tuya —masculla antes de enseñarme el pan—. Esto está buenísimo. —Elevo una ceja, porque tienen una cara totalmente negra, pero él coge un cuchillo y raspa a toda prisa, dejando la encimera llena de migas de pan y haciéndome reír de buena gana —. ¿Mejor? —pregunta mostrándomela.

—Supongo que es comestible.

—La otra opción consiste en calentar una pizza que lleva en el frigorífico el tiempo suficiente como para que me pregunte si sería sano ingerirla.

—El pan me parece maravilloso —digo de inmediato.

Él suelta una carcajada, yo entorno los ojos, abro el frigorífico y me percato de que no hay ninguna pizza, lo que lo hace reír más. Le hago una pedorreta y nos comemos las tostadas entre pullas varias, toqueteos y besos despistados que me hacen sentir mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—¿Y ahora? —susurra él en mis labios.

Toco la erección que ya luce bajo su pantalón de deporte y, cuando sonríe y muerde mi barbilla, sé que los dos pensamos lo mismo. Esta segunda vez es mucho más larga, tortuosa, y nos recreamos en el espejo tanto que, por un momento, tengo que girar la cara y mirarlo a él para cerciorarme de que es real. Ethan parece entender mi pensamiento y besa el hueco entre mis cejas mientras se mece dentro de mi cuerpo con una parsimonia agoniosa y placentera al mismo tiempo.

Cuando acabamos, nos acurrucamos y charlamos de mis trabajos como camarera, mi título como psicóloga y el poco interés que tengo en ejercer como tal.

—Con *Princesa* te va bien —susurra él mientras acaricia mi cara.

Me río y niego con la cabeza palmeando su pecho.

—Eso es distinto. No puedo entristecer ni defraudar a Martín y a Emma.

—Te entiendo. Esos dos tienen algo que se clava muy adentro, ¿no? —Asiento y sonreímos un poco antes de que él siga hablando—. ¿Entonces? ¿Cuál es tu plan para el futuro?

Cojo aire para llenar mis pulmones y lo suelto de forma lenta y rítmica antes de contestar.

—No lo sé. —Frunzo los labios ante el disgusto que me provoca decir eso, pero es que es la verdad—. No tengo ni idea de qué seré de mayor, y ya tengo veintisiete años. ¿Es muy patético?

—Es normal, Lía. No todos encontramos nuestra vocación de niños.

—¿Tú siempre quisiste escribir?

—Ajá. Sí. Quise escribir, perseguí mi sueño y lo cumplí. Y mírame ahora.

—Eres lo que siempre soñaste.

—No, en realidad no. Lo que siempre soñé resultó ser un fiasco, ¿sabes? Yo quería vivir en París, ser bohemio y sentirme pleno, pero cuando por fin lo cumplí todo me di cuenta de que una gran parte de mí estaba… vacía. Tenía todo lo que siempre había querido y sentía que, precisamente por eso, ya no tenía nada que contar.

Esta vez es Ethan el que coge aire mientras su mirada se pierde, y yo siento compasión porque puedo sentir su sufrimiento, aunque parezca una locura. Sé que pensar en esto le hace daño y me siento una mala persona por haber querido evitar el tema, así que lo insto a hablar y me propongo olvidarme de mis reticencias.

—La inspiración volverá. Ya has escrito algo, ¿no? Date tiempo, Ethan.

Él sonríe, coge la mano con la que estoy acariciando su cara y besa mis nudillos antes de rozar mis labios con los suyos.

—Me gusta cuando me llamas por mi nombre.

—¿Más que cuando te llamo por tu apellido?

—No. Por mi nombre me llaman todos, pero por mi apellido sólo tú. Es algo muy nuestro, Galán. —Sonrío y asiento, de acuerdo con él—. Respecto a lo de escribir…, sí, sé que es cuestión de tiempo y de encontrar por fin ese lugar del mundo que me llene.

—Suerte con eso. Yo llevo buscándolo toda la vida y no tengo ni la más remota idea de cómo conseguirlo. Al menos tú tienes la posibilidad de viajar e ir probando sitios.

Él se queda en silencio, porque poco puede añadir a mis palabras, y nos abrazamos mientras nos besamos con lentitud y acariciamos nuestros cuerpos, no de forma sexual, sino dándonos el cariño que necesitamos en este momento. Animándonos uno al otro a través de nuestras manos, pues, sin quererlo, el ambiente ha pasado a ser melancólico.

Por suerte, Ethan es un hombre alegre y no permite que nos vengamos abajo. Cuando enciende el televisor de su cuarto y me propone ver una peli asiento, porque necesito distraer mi mente y darle un respiro, la verdad, así que apoyo la cabeza en su torso y le dejo pasar canales. Todas parecen malísimas y, justo cuando me está sugiriendo que pongamos Netflix, aparece en pantalla la peli de dibujitos de *La bella y la bestia* y me emociono tanto que él se ríe, le da volumen y deja el mando en la mesilla de noche.

—¿De verdad no te importa? —pregunto con voz aniñada.

Ethan me asegura que no, se levanta, va a la cocina y, cuando vuelve, lo hace con un bol de palomitas, dos latas de Coca-Cola y una sonrisa canalla que me derrite por completo. Lo deja todo en la cama, se tumba y se pasa un brazo por detrás de la cabeza mientras me atrae hacia su cuerpo con el otro y me guiña un ojo antes de besarme.

—Mira la peli, Galán.

—¿Y tú qué harás? —pregunto, porque es evidente que a él esta peli no le va.

—Mirarte y volverme loco. ¿Te parece poco?

Y así, de la nada, consigue que mi corazón vuelva a apretarse dentro de mi pecho y me sienta igual o más nerviosa que una niña pequeña la víspera de Reyes.

Nos ponemos a ver la peli y no pasa mucho tiempo antes de que él se duerma y yo sonría como una tonta mirándolo. Me extraña que no haya caído antes, teniendo en cuenta que se ha pasado la noche en vela y es más de la una de la tarde. Recorro con las yemas de mis dedos su frente, su nariz y su mandíbula y me paro en seco cuando descubro, aterrorizada, que estoy pensando en lo fácil que sería enamorarme de alguien como él. Y, pese al miedo que me da el pensamiento, y pese a que sé que me voy dentro de una semana, y pese a que tengo muy claro que para él esto no es más que una amistad con derecho a roce, me obligo a olvidarme de todo y

quedarme aquí, justo aquí, porque es la primera vez en mucho tiempo que siento algo de manera tan intensa y tendría que estar loca para renunciar a ello, aunque esté segura de que voy a sufrir, pero ¿acaso no llevo siendo íntima amiga del sufrimiento toda mi vida?

Me acurruco más en su cuerpo y pienso que estoy segura de que tengo muchas probabilidades de acabar esta historia llorando, pero también tengo la certeza de que, con lágrimas y todo, merecerá la pena.

23

Ethan

Me despierto sintiendo suaves besos en mi cuello y sonrío antes de abrir los ojos, aunque cuando los abro y la veo, mi sonrisa se multiplica por mil. Me da rabia haberme dormido en nuestra primera cita, pero la noche en vela, unida a nuestro maratón sexual, me ha dejado para el arrastre, y cuando miro el reloj me doy cuenta de que, en realidad, sólo he dormido una hora y nos queda un rato antes de que yo tenga que entrar en el pub.

—¿Qué harás hoy? —le pregunto mientras la beso y la tumbo en la cama, colándome entre sus piernas.

Sonríe y me mira sorprendida cuando nota mi erección en el muslo. Supongo que no pensaba hacerlo más por hoy, pero es que tengo la sensación de que estaría haciendo el amor con esta chica hasta que mi entrepierna se cayera a trozos, así que más le vale acostumbrarse a intensas sesiones de sexo.

—Bueno, he dejado las habitaciones listas y la comida preparada para calentar, así que Dolores se ocupará de servirla para los pocos huéspedes que tenemos.

—¿Día libre, entonces?

—No, cuando salga de aquí iré a comer, luego haré la visita diaria a *Princesa*, más tarde haré la compra y después me tocará preparar la cena y recoger un poco.

—¿Te podrás pasar por el pub?

—No creo. —Hace una mueca y acaricia mi barba y mis labios, dándome la oportunidad de besar las yemas de sus dedos—. Me gustaría, pero no voy a tener tiempo.

—No psicoanalices a *Princesa* hoy, o hazlo en el pub, así te veo.

—No voy a hacerlo en el pub —dice riéndose—. Bastante mal me mira todo el mundo ya, como para que me vean tratar con la gallina.

—Venga… —Beso su cuello y, cuando descubro las cosquillas que tiene en la zona, me dedico a acariciar con mi nariz una y otra vez su piel, haciendo que no pueda dejar de reír—. Di que sí o te someteré a esta tortura durante todo el tiempo que nos queda juntos.

—Reconozco que, si de tortura se trata, es muy placentera.

—Se puede morir de placer, ¿sabes?

—¿Eso crees?

—No lo creo, lo sé. ¿Has oído hablar de la *petite mort*?

—No. ¿Es algo que aprendiste en París?

—Ya quisiera —contesto riendo antes de estirarme, coger un preservativo y ponérmelo en un momento.

Cuando vuelvo a su cuerpo, Lía me recibe de piernas y brazos abiertos. Está desnuda, excitada y ansiosa, pero para mí lo más precioso de todo es la sonrisa despreocupada que luce. Supongo que me pasa esto porque tengo la certeza de que no sonríe así a menudo.

—¿Me vas a contestar? —dice con un gemido cuando la acaricio con mi erección para comprobar que está lista para mí. Lía alza las caderas y me busca, así que me deslizo con suavidad en su cuerpo—. Dios, sí…

—La *petite mort* es la definición que se le da al desmayo que sufren ciertas personas después de tener un orgasmo. —Me muevo con parsimonia, buscando hacer fricción en su clítoris y logrando que gima cada vez más—. Es un placer tan inmenso que, cuando acaban de sentirlo, caen en la inconsciencia unos segundos.

—Suena genial —jadea mientras sus uñas se clavan en mi culo y me empuja con más fuerza para que entre en su cuerpo con más profundidad—. ¿Crees que podríamos conseguirlo?

—Todo es cuestión de práctica, cariño —contesto con una sonrisa.

Ella me besa con ansia, como si se hubiese propuesto el reto de llegar a sentir algo así. Muerde mi labio inferior acelerando mis ganas de embestir en su cuerpo con más fuerza y nos movemos a un ritmo tan desenfrenado que cualquiera diría que hoy ya nos hemos tenido dos veces.

Lía me empuja para ponerse sobre mí y esta vez no la hago cambiar de postura, porque quiero tenerla así, moviéndose sobre mis caderas, cabalgándome y tomando el control de la situación. Quiero verla disfrutar y buscar su propio placer a base de usar mi cuerpo, que tenga un orgasmo tan fuerte que de verdad sienta que podría desmayarse. Me limito a ayudarla y a acariciarla donde creo que lo necesita para excitarse, y ella me lo agradece con gemidos que retumban en la habitación y me endurecen todavía más, si eso es posible. Cuando su cuerpo se tensa y el orgasmo se desata, hago lo posible por aguantar un poco más, para no perderme ningún detalle de este momento.

La famosa *petite mort* no llega, y casi mejor, porque no quiero que pierda la conciencia cuando esté conmigo. Al revés, quiero que los momentos más reales de su vida, los más conscientes e intensos, sean a mi lado. Que sienta con intensidad y se dé cuenta de lo buenos que somos juntos, al menos en el sexo.

Sus labios están rojos y tengo ganas de morderlos, pero sé que ahora mismo está demasiado sensible y, cuando su cuerpo cae sobre el mío, como desmadejado, beso su frente y la abrazo, sintiendo por primera vez en mucho tiempo que todo está bien. Que mi vida es perfecta tal y como está y no necesito nada más que un millón de momentos como éste para cargar pilas y seguir adelante.

—¿No te has corrido? —pregunta su voz apagada contra mi pecho.

—Necesitaría un ratito más —susurro—. Ya lo haremos de nuevo en otro momento.

—No.

Ella se aparta sonriendo, besa mis labios y baja por mi cuerpo, quitándome el preservativo y

adueñándose de mi erección mientras, esta vez, soy yo quien se dedica a gemir y a dejar que su boca me dé todo el placer que ansío en este instante.

Pensaba que me costaría un rato, pero Lía consigue que llegue al orgasmo en apenas unos minutos, y cuando la aviso y no se aparta, acaba de ganarme, porque da igual lo que digan otros: el sexo oral hasta el final es la gloria bendita para todos los tíos. Todos, sin excepción. Si a alguno no le gusta ver a su chica aguantar mientras descarga, tiene un serio problema y debería hacérselo mirar. Ésa es mi opinión del asunto.

Cuando acabo, mi vientre sube y baja intentando recuperar el aliento perdido, tiro de su mano y hago que se coloque sobre mí. La beso en los labios y, cuando me pruebo en ella, decido que éste es otro de esos momentos que recordaré siempre.

—Quédate conmigo —susurro.

—No puedo. —Sonríe con dulzura y besa mi nariz—. Además, tú tienes que trabajar.

—Diré que estoy enfermo.

—Vives con tu jefe, así que no cuela.

Chasqueo la lengua, porque me jode muchísimo que tenga razón, y palmeo su trasero mientras me incorporo en la cama y le señalo la puerta del dormitorio.

—Una ducha juntos. Nos da tiempo.

Lía sonríe por respuesta y, cuando hace amago de bajarse de la cama, la paro, la cojo en brazos y la llevo hasta el baño cargada sobre mi hombro mientras se ríe a carcajadas y maldice contra mí de unas formas muy muy ingeniosas.

Nos duchamos, nos enjabonamos y, cuando estamos bien limpios y saciados, nos vestimos y prometemos vernos pronto, muy pronto.

—En serio, deberías pasar esta tarde por el pub. Si, total, Martín y Emma siempre vienen cuando acabas con *Princesa*.

—Ya veremos.

—Algo es algo —contesto haciéndola reír.

Salimos de la cabaña mientras ella habla de lo que tiene que comprar hoy y yo pienso en lo poco que me apetece ir a trabajar. Nos despedimos con un beso, aunque se ponga tontorrona porque dice que fuera de la cabaña no podemos hacer nada de esto, y la dejo ir con una palmadita en el trasero y la promesa de venir por el pub, llamarme o mandarme un mensaje hoy mismo. Se lo he pedido de buen humor, incluso en tono de broma, pero la realidad es que me da un poco de miedo que, cuando se quede a solas, empiece a darle vueltas a lo ocurrido y decida que no quiere seguir explorando esto que tenemos. Ya me crea la suficiente ansiedad saber que se irá dentro de una semana, como para tener que estar pendiente de si me manda o no mensajes. Supongo que da igual el tono en el que lo diga y que me hace parecer un poquito pringado eso de estar rogándole que se mantenga en contacto, pero si consigo lo que deseo, no me importa lo más mínimo.

Me despido de ella con un gesto de la mano mientras su camioneta se aleja por el camino y vuelvo a la cabaña con más vitalidad que nunca, y eso que apenas he dormido y el ejercicio físico ha sido intenso, pero supongo que cuando uno se siente tan pletórico sobran hasta las horas de sueño.

* * *

La tarde en el pub es eterna. Lía no ha dado señales de vida y Martín y Emma tampoco han aparecido aún, con lo que me dedico a servir a los jóvenes que han venido cargados con el portátil y apuntes varios para estudiar. Supongo que los exámenes finales están encima, porque desde hace días esto es un hervidero de gente joven. Más aún, quiero decir. Y, vale, entiendo que Elí de Sol no tiene biblioteca municipal, y que éste es el único pub al que pueden venir porque los otros dos están llenos de abuelos que ni siquiera permiten que se les cambie el canal del televisor o se les ponga música, como para pedir cafés un poco más elaborados o pedir la clave de wifi…, pero eso es una cosa, y otra que se pasen aquí la tarde entera con una taza de café.

—Eh, o consumís algo más u os sentáis en el porche de fuera —le digo a un grupo que justo acaba de pedirme un vaso de agua, del grifo, por supuesto.

—Vale, pues yo quiero otro café, pero ponle nata, Eth —dice una chica morena con una amplia sonrisa.

Le sonrío en respuesta y pregunto al resto, que me van pidiendo más o menos lo mismo. Tomo nota, les limpio la mesa y estoy a punto de volver tras la barra cuando la puerta se abre y entran en tropel Emma, Martín, la gallina *Princesa*, *Summer* y Lía. Mi sonrisa se amplía tanto que ni siquiera me importa el revuelo y los ladridos de la perra.

—¿Qué tal, chicos? —pregunto acercándome a ellos.

—¡Lía le ha gritado a *Summer* nada más bajarse del coche! —dice Emma con los ojos tan abiertos que pienso que se le van a secar—. Se ha bajado y ha dicho: «¡Oye! ¡Ni se te ocurra echarte encima, te lo advierto!». Luego ha dicho una palabrota, Ethan, pero no la voy a repetir porque el abuelito se enfada. —Mira a Martín, que asiente, y ella repite el gesto y luego me mira con su preciosa boquita y susurra, o ella piensa que susurra, pero en realidad todo el mundo puede oírla—: Ha dicho «joder», y lo ha dicho superalto.

—¡Emma! —le reclama su abuelo mientras mira mal a Lía—. ¿Lo ves? Si sigues así, vas a tener que darle terapia también a la niña.

—¿Terapia por decir una palabrota? —pregunta ésta en tono repelente.

Martín golpea el suelo con el bastón y le gruñe todavía más alto que a él no le replique, pero a Lía le entra la risa y me guiña un ojo mientras pasa a mi lado y, de manera disimulada, palmea mi culo. Me muerdo el labio porque, joder, quiero besarla, pero sé que no va a permitírmelo delante de tanta gente, y menos delante de Martín y de Emma, pues no quiere confundirlos.

—Esta chica es una desvergonzada —dice el abuelo negando con la cabeza—. ¿Y tú qué? ¿No me pones un café ni nada?

—En cuanto saquéis a *Princesa* y a *Summer* del pub. Ya sabéis las normas.

Martín y Emma refunfuñan y yo me río mientras voy detrás de la barra y me pongo a preparar los cafés de los chicos.

—¿Te he dicho alguna vez el culazo que tienes?

Miro a Lía por encima de mi hombro, puesto que estoy de espaldas a ella, y le dedico una media sonrisa.

—No, pero no tengo ningún problema con que me lo digas tantas veces como quieras.

—Tienes un culazo.

—Igualmente —digo riéndome y guiñándole un ojo—. Estás muy desvergonzada hoy, ¿no?

—Ha sido un buen día.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Debido a algo en especial?

Lía abre la boca al tiempo que me giro para rellenar las tazas, pero en ese momento entran otra vez el abuelo y la nieta y, como se sientan a su lado, se muerde el labio y niega con la cabeza.

—He hecho mucho ejercicio, y ya sabes eso que dicen de que libera endorfinas.

—Sí, cierto. Se te nota mucho más relajada. Quizá deberías hacer ejercicio cada día.

—Puede, aunque tendré que cambiar los métodos, o puede que me aburra.

—¿En serio? Si algún día te aburres practicando ejercicio cerca de mí, dímelo y no dudaré en colgarme del árbol más alto de todo Elí de Sol.

Lía suelta una carcajada y yo me río entre dientes mientras pongo la nata en los cafés y los coloco en la bandeja para servirlos en la mesa. Salgo de la barra, entrego las tazas a los chicos y, cuando regreso, Emma me espera con el ceño fruncido y la cabeza ladeada.

—Ethan, ¿por qué dices que vas a colgarte de un árbol?

Me fijo bien en su cara y puedo ver su confusión, pero también su miedo, así que chasqueo la lengua y la cojo en brazos besando su mejilla con suavidad.

—Era una broma, cariño.

—No lo entiendo.

—Es que era una broma para mayores.

—Los mayores son difíciles.

Sonrío con dulzura, porque esta niña me tiene enamorado, y asiento mientras la acomodo en un taburete y despeino un poco su pelo rubio.

—Lo son. Pero ¿sabes qué? Los mayores también sabemos preparar tazas de chocolate con nata y estrellitas de colores.

—¡Me encanta el chocolate! Tú lo sabes, porque hemos comido chocolate juntos muchas veces. ¿A que sí? —Intento contestarle, pero ha entrado en modo charlatán, así que no me da tiempo. Ella se gira hacia Lía y centra en ella su discurso—. ¿Has probado el chocolate con nata y estrellitas de colores que hace Ethan, Lía? —Ésta intenta responder, pero tampoco le da tiempo —. ¡Está riquísimo! A mí me lo hace siempre que se lo pido, menos un día que estaba malita de la barriga y no podía comer chocolate. Bueno, ni chocolate, ni nada, porque todo lo que comía se me salía por arriba y por abajo. —Suelto una carcajada mientras ella sigue a lo suyo—. ¿Tú te has puesto malita alguna vez? A mí no me gusta estar malita, pero menos mal que el abuelito me llevó al médico y al cabo de pocos días me puse buena y pudimos volver aquí a beber chocolate. A veces en casa también lo hacemos. ¡Ah, bueno! ¡Pero tú ya lo sabes porque lo has probado! Pues el de Ethan te va a gustar tanto como el del abuelo o más.

—¡Eh! —exclama Martín haciéndose el ofendido.

—Uy, lo siento, abuelito. —La niña se ríe con picardía y se peina con las manos mientras

sigue hablando a toda prisa—. Cuando pruebes el chocolate de Ethan, si te gusta más que el del abuelo, te estás calladita, ¿vale, Lía? Porque algunas veces no hace falta decir todo lo que uno piensa.

—Lo tendré en cuenta, cariño —contesta ésta riendo.

—¿Y bien? —pregunto mirándolos a los tres—. ¿Qué os pongo?

—¡Lo mío ya lo sabes! —Se adelanta Emma.

—Cierto. —Le guiño el ojo, ella se ríe tontamente y deja que su abuelo me pida un café y Lía un chocolate igual que el de Emma.

Me pongo a prepararlo todo mientras los oigo hablar de *Princesa* y hacen apuestas sobre cuándo pondrá ésta un huevo. Al principio presto atención a la conversación, al menos hasta que les sirvo, pero pronto empiezan a llegarme pedidos de otras mesas y tengo que dejarlos para ocuparme de todo. Hay un chico en el pub que también se ocupa de las mesas, y podría delegar más en él, pero eso sería injusto y no quiero crear malos rollos entre compañeros, teniendo en cuenta que yo voy a irme en algún momento.

Los estudiantes siguen llegando y, al final, Lía se despide de nosotros asegurándonos que tiene que volver al hostal para preparar la cena y todavía le queda hacer la compra en el súper. Besa las mejillas de Emma y de Martín, haciéndolo refunfuñar, aunque yo sé que en el fondo le encanta que le dé cariño también a él, y luego se va guiñándome un ojo.

—¡Ethan! Te has quedado sin beso de Lía, que se acaba de ir —dice Emma.

Sonrío un poco, pero sin ganas, porque yo justo andaba pensando lo mismo. En realidad, no entiendo qué tenemos que ocultar, o no lo entiendo hasta que pienso en Alma y en que es probable que Lía no quiera dar al pueblo más que hablar, así que supongo que sólo me queda resignarme. Eso sí, en cuanto tengo un momento libre, saco mi móvil del bolsillo y le mando un mensaje.

Me debes dos besos: uno de tu llegada y otro de tu despedida.

Su respuesta llega casi de inmediato, así que supongo que la he pillado con el móvil en la mano.

Si quieres, puedes cobrármelos con intereses…

Sonrío como un imbécil y le contesto a toda prisa.

Tú lo has dicho. Ya no puedes echarte atrás. ¿Mañana a la misma hora?

No sé si puedo, yo te digo.

Le contesto con un simple «Ok» porque no quiero parecer desesperado, pero lo cierto es que una parte de mí necesita ya fecha y hora para nuestro siguiente encuentro.

Para no pensarlo, vuelvo a centrarme en el pub, en Martín, en Emma y en el trabajo que me espera frente al ordenador al llegar a casa si todo va bien.

24

Han pasado dos días desde que estuve con Ethan y me ha resultado imposible volver a encontrar hueco para verlo. De pronto, no poder encontrar un maldito minuto libre me agobia como pocas veces me he agobiado con nada, pero es que Alma ha decidido convertirse en una lapa, y una parte de mí, una gran parte, además, está empezando a darle vueltas a la cabeza y a pensar si no se habrá dado cuenta de que tengo algo con Ethan.

Sé que no, porque mi madre nunca ha sido avispada para esas cosas, pero siempre hay una primera vez para todo, ¿no? Intento pensar que, en realidad, lo único que le pasa es que estos días no ha salido, así que está aburrida como una ostra. No es que se haya quedado en el hostal a conciencia, que conste, es que ya no le va quedando un euro este mes, así que tiene que limitarse las noches de fiesta porque sabe que yo no pienso darle dinero para salir por ahí. Y no es que no haya llegado a pensarlo… ¿Tan malo sería? ¿Me haría parecer una mala persona darle dinero para quitármela de encima? Sé que si lo hago esta misma noche saldrá, con suerte cogerá un pedo de esos suyos, llegará a las tantas y se quedará en casa hasta mañana por la tarde, tiempo suficiente para ir a casa de Ethan.

—¿Qué piensas? —pregunta mi tía.

Estamos sentadas en una de las terrazas del hostal, con vistas al acantilado y al mar. Es una preciosidad de sitio, y pienso, no por primera vez, que voy a echarlo de menos cuando me vaya. Cierro los ojos y me maldigo por sentir este pinchazo de rechazo al pensar en mi vuelta. Iris tiene médico pasado mañana, al final. Es antes incluso de lo que yo pensaba, y sé, porque lo sé, que van a darle el alta. A ella la pierna no le duele y se ha tomado muy en serio eso del reposo, así que todo estará en orden y mi estancia aquí dejará de tener sentido. Y eso me alivia, de verdad. Me alivia mucho.

Bueno, no, no me alivia una mierda. ¿A quién quiero engañar? ¡No quiero irme! Pero no sé cómo hacérselo saber a mi tía, porque me temo que ella está deseando perder de vista a Alma, sobre todo porque no ha dejado de fastidiarla y la gente del pueblo está tan harta de su presencia que temo que empiecen a tomar represalias y a hacer de lado a la propia Iris. Y que me den de lado a mí, vale, porque no pertenezco aquí, pero no podría aguantar que le hicieran el vacío a ella, así que sé que, en cuanto le den el alta, haré las maletas y me iré, aunque en este momento la sola idea me pese tanto como un bloque de hormigón sobre los hombros.

—Nada, cosas mías —susurro.

—Ya…

—¿Ya, qué? —pregunto a la defensiva, intentando ignorar su sonrisita de sabionda.

—¿Cuándo vas a contármelo, Lía?

—¿Contarte el qué?

—¿De verdad vamos a jugar a esta mierda? —pregunta elevando las cejas y suspirando—. Está bien. Voy a recordarte a cámara lenta las razones por las que tu mentira no puede llegar lejos conmigo. Uno, Ethan es hermano de Matt. Dos, viven juntos. Tres, la mañana que os visteis, Matt sabía que irías antes de que llegaras, porque Ethan lo informó y le advirtió que más le valía irse a trabajar pronto. Cuatro, tienes una sonrisa de idiota en la cara que sólo da el buen sexo, lo sé por experiencia. Cinco…

—Vale, vale —digo interrumpiéndola—. Lo pillo.

—¿Y bien?

Resoplo con fuerza y me tapo la cara antes de mirarla y darme cuenta de que sigue sonriendo. En realidad, no sé por qué me molesta eso. Supongo que porque, por una parte, pienso que está riéndose de mí, pero no es cierto, conozco a Iris y sé que sólo está emocionada, así que me esfuerzo por sonreír y, una vez lo hago, para mi propia sorpresa, acabo riendo a carcajadas mientras ella eleva más y más las cejas y se ríe conmigo.

—Dios, ha sido tan… ¡increíble! Te lo juro, Iris. No tengo ni idea de cómo es Matt en la cama, pero a poco que sea como Ethan puedo entender que hayas perdido la cabeza por él.

—Eso y que está muy bueno, la verdad —dice riéndose, aunque luego se calma y se encoge de hombros—. Y que es honesto, sincero, buena persona y un montón de cosas más que también es su hermano, ¿sabes?

—Lo intuyo.

—Ethan es un gran chico y tú eres genial. Estoy muy contenta de que os hayáis enrollado, pero, Lía, ¿qué va a pasar cuando tú te marches?

La miro a los ojos un instante, procurando que ella no se dé cuenta de que esa misma pregunta me carcome a mí cada minuto desde que salí de la cabaña. Al final, carraspeo y me encojo de hombros.

—Esto es algo pasajero. Somos amigos y tenemos sexo, ya sabes…, todo muy informal.

—Tú no eres de ésas.

—¿Y por qué no puedo serlo? O sea, sé que no es lo que hago como norma general, pero ¿por qué no puedo empezar a serlo ahora?

—Porque no te sale practicar sexo sin sentimientos. Si lo has hecho es porque hay algo más aparte de la atracción.

—No digas estupideces, Iris. ¡Sólo hace un mes que lo conozco!

—Tiempo suficiente para empezar a sentir algo.

—De eso nada.

—De eso todo. Lía, escucha, sé que no quieres que te diga esto y sé bien que estás asustada porque, conociéndote, ni tú misma entiendes qué te pasa con este hombre, pero no quiero que acabes sufriendo por algo que puedes evitar a tiempo.

La miro y, aunque sé que me dice todo esto por mi bien, siento un poco de rencor, porque no quiero sus consejos. No quiero que me lea tan bien y no quiero que esté preocupada por mí. ¿No

se da cuenta de que eso hace que me replantee mi estado con Ethan? Sé muy bien que esto me hará sufrir. ¡No soy estúpida! Pero, de alguna insana manera, quiero hacerlo. Quiero hacerlo hasta el final y asumir las consecuencias de todo lo que hagamos, que van a ser muchas, ya lo veo venir. Se lo cuento a Iris, le digo que estoy en un punto en que no me importa sufrir si a cambio puedo acumular momentos con él, y ella sonríe y acaricia mis manos con constancia, transmitiéndome su calor y dejándome claro que me entiende, aunque esté preocupada. Cuando acabo de contarle todo lo ocurrido entre nosotros, sólo sonríe y frunce los labios.

—¿Sabes qué? Quizá necesitas esto. Lanzarte una vez en tu vida y dejar de comportarte de manera racional y madura todo el tiempo.

—¿Entonces? ¿No te parece mal?

—Tengo miedo por ti, pero también lo tengo por mí cuando pienso en lo mío con Matt y en la posibilidad de que mañana pueda acabar, así que, ¿quién soy yo para decirte que no lo hagas?

—Si Alma se enterase de esto…

—No se enterará —dice de inmediato—. Haz lo que tengas que hacer, pero que ella no se entere, ¿me oyes?

Asiento y soy consciente de que es triste que las dos digamos esto porque sabemos que ella haría hasta lo imposible por meterse en medio y acabar jodiéndolo todo. No me preocupa su sufrimiento, sino la tormenta que pueda desatar cuando crea que la he herido en su orgullo a conciencia.

Charlamos un poco más, dejo que mi tía me calme y, cuando mi madre sale poco después reclamando atención, me sorprendo al ver a Iris sacar dinero de su bolsillo y dárselo con la mayor despreocupación del mundo.

—Sal por ahí, Alma, hoy no tengo la cabeza para tus cosas.

—Oye, que no necesito tu limosna. —Lo dice con mucha dignidad, pero al mismo tiempo se guarda el dinero en el bolsillo, así que el efecto que consigue es el contrario. Cuando Iris y yo nos reímos, ella pone los ojos en blanco y decide no ponerse difícil, por si pierde el dinero—. ¿No os apuntáis? Venga, chicas, estáis hechas unas aburridas.

—Yo sigo teniendo la pierna escayolada, ¿recuerdas? —pregunta Iris.

—Eso no es excusa para quedarse encerrada, cielo. Supongo que en parte no sales porque sigues enchochada de Matt. —Suspira y se agacha retirando los mechones de Iris de su cara y metiéndolos tras sus orejas, en un gesto que hace conmigo infinidad de veces—. Espero que estés guardando algo de orgullo para cuando te deje, Iris. No le entregues todo lo que eres a un hombre nunca.

—Alma, tú le entregas todo lo que eres al primero que se te pone a tiro.

—Eso es porque yo estoy acostumbrada a vivirlo todo con intensidad, pero tú te ahogas en un vaso de agua, y no quiero tener que verte jodida y quedarme encerrada en este pueblo un mes más para ayudarte a superar un desamor.

—Muy generosa tu preocupación, sí —digo riéndome.

—Pero ¿qué os pasa? —pregunta irritada—. ¡Encima de que intento darle un consejo! —Suspira con impaciencia y alza las manos—. ¿Sabéis qué? No quiero estar en un sitio donde siento que no se me toma en serio.

Se da la vuelta y se larga, supongo que va a arreglarse para salir de fiesta, ahora que tiene el dinero para hacerlo. Iris y yo nos miramos y rompemos a reír casi al mismo tiempo.

—¿Se le ha notado mucho que pasa de nuestras caras y sólo quiere salir por ahí?

—Casi nada —digo riéndome y mirando su escayola—. Oye, ¿cómo has conseguido borrar el campo de pollas de tu pierna?

—Matt trajo pintura blanca y me la dejó impoluta de nuevo.

—Qué mono… —contesto con dulzura.

—Lo hizo porque no quería follar mirando mi pierna llena de pollas. Son palabras suyas.

Suelto una carcajada y me retrepo en la silla pensando que, en realidad, es muy propio de Matt decir algo así.

—Oye, gracias —digo cuando consigo calmarme.

—¿Por?

—Por darle dinero para que salga de fiesta. Sé que lo has hecho para que yo pueda estar con Ethan mañana.

—Si todo va bien, será una despedida, así que más te vale aprovecharlo.

Hago una mueca con la cara y asiento mientras me levanto y la dejo a solas, pues tengo que prepararme para ir a casa de Martín a psicoanalizar a *Princesa*. Por un momento pienso en mandarle un mensaje a Ethan para preguntarle si mañana está disponible, pero al final decido que mejor me espero a ver en qué condiciones llega Alma, porque si mañana no se queda acostada en la cama hasta tarde no tendré una excusa creíble para largarme.

Como algo rápido, cojo la camioneta y salgo. Me sorprende que Matt no haya llegado aún, porque a esta hora ya suele estar en el hostal acompañando a Iris. Desde que ella se rompió la pierna, él no trabaja casi ninguna tarde y ninguna noche, así que mi tía está encantada. Hoy, en cambio, tendrá más trabajo, lo que me hace pensar que Ethan también estará hasta arriba.

Llego a casa de Martín, aparco y entro en la pequeña casa que éste posee en el centro del pueblo. Tiene sólo tres habitaciones y un baño, además de una cocina que sí es bastante amplia, pero en la parte trasera posee un jardín, un corral, donde están las gallinas, y una habitación que utiliza para guardar todo tipo de trastos. En definitiva, aunque la casa principal no es muy grande, tiene mucho terreno, y eso es genial para Emma, que vive con un montón de espacio exterior.

Entro sin llamar, pues aquí las puertas siempre están abiertas, y cuando veo a Ethan sentado a la mesa de la cocina no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—¿Dónde están Martín y Emma? —pregunto al no verlos por aquí.

—La pequeña se está bañando después de tirarse encima un bote de mermelada. Martín la ayuda con el pelo, porque no he visto nunca tantos grumos pegajosos en una melena.

Me río mientras me siento a su lado y ladeo la cabeza, estudiándolo un momento antes de asentir, porque sé muy bien lo que hace aquí.

—No te he llamado, ni te he escrito.

—No, no lo has hecho.

—Has venido a verme.

—No te lo tengas tan creído —dice riéndose—. He venido a ver a Emma.

—Emma va a tu pub cada tarde, Ethan.

—La echaba de menos. Ciertas mujeres en este pueblo consiguen que las eche de menos todo el puto tiempo, aunque no me guste demasiado.

Sé bien que eso va por mí, y en vez de hacer caso a su tono enfadado, me acerco a él, me subo sobre su regazo, sorprendiéndolo, y beso sus labios con dulzura.

—No he podido deshacerme de Alma por las mañanas, pero esta noche sale, así que mañana con suerte tendrá resaca y estaré libre…

—Bueno es saber que esta noche tengo que invitarla a unos cuantos chupitos. —Nos reímos mientras me rodea por la cintura y apoya la frente en el hueco de mi cuello—. Te echaba de menos, Lía. Más de lo que me gusta admitir incluso para mí mismo.

—No eres el único, aunque no lo parezca.

Él asiente con los ojos cerrados sin despegarse de mí, y cuando oigo las voces de Emma y de Martín, me levanto de mala gana de su regazo, no sin antes coger su cara entre las manos y besarlo de nuevo. Me separo justo cuando la puerta se abre y Emma entra con un vestido veraniego y el pelo mojado y limpio.

—¡Hola, Lía! ¡Qué bien que ya estás aquí! ¿Sabes lo que ha pasado? He intentado prepararle a Ethan un poquito de pan de leña con mermelada casera del abuelo, pero se me ha derramado toda porque soy más pequeña de lo que pienso algunas veces. Y más despierta de lo que me conviene también, o eso dice el abuelo. ¿A ti te gusta la mermelada? ¿Te preparo un poquito?

—¡No! —gritan el abuelo y Ethan al mismo tiempo mientras yo me río y me agacho para abrazarla.

—No, cielo, mejor ven aquí y dame un abrazo grande, grande, grande.

Ella se abalanza sin pensarlo y me besuquea la cara entera mientras yo me río como una tonta, porque no estoy acostumbrada a demostraciones de amor de este tipo, pero he descubierto que me encantan. Con Emma, todo lo que sea achucharla y quererla un poquito me encanta.

A veces, cuando estoy sola en casa, pienso en mi marcha y me doy cuenta de que estar con ella, tenerla pegadita a mí o escuchar sus interminables charlas será lo que más eche de menos de Elí de Sol. Ethan y ella se han quedado con partes demasiado imprescindibles de mí, me guste o no. Martín también, pero es distinto, no es algo tan intenso, supongo.

—Bueno, ¿qué? ¿Vas a ver a *Princesa*? —pregunta Martín—. Y llévate al rubiales, a ver si con su cara bonita se me anima y pone un puñetero huevo.

—¡Has dicho «puñetero»! —dice Emma.

—Sí, cariño, se me ha escapado.

Yo me río y miro a Martín elevando las cejas, porque lo de llevarme a Ethan es una indirecta en toda regla. O sea, entiendo que el señor no es tonto y se ha dado cuenta de que es raro que Ethan venga a esta casa justo cuando yo estoy a punto de llegar. Me preocuparía si no fuera porque él no tiene ninguna relación con Alma y, de alguna manera, sé que, aunque así fuera, no diría nada. Es el típico hombre gruñón, pero fiel y honesto como pocos.

—¿Vienes, rubiales? —pregunto a Ethan.

Él se está levantando con una sonrisa cuando Emma se pone delante y niega con la cabeza.

—¡Tienes que secarme el pelo y contarme un cuento, Ethan!

—Pero, cariño…

—¡Quiero un cuento!

Me muerdo el labio inferior, porque me hace mucha gracia este ataque de celos de Emma, y carraspeo para que Ethan entienda en mi mirada que prefiero que se quede con ella. Después de todo, estoy empezando a comprender lo que es perder la cabeza por él…

Dios, ¿he pensado eso de verdad? Sí, lo he pensado. Estoy en un lío de narices, pero prefiero no darle más vueltas. No ahora y no hoy. Ya tendré tiempo cuando vuelva a la ciudad y me revuelque en la soledad de mi pequeño piso a base de bien. Quizá adopte un gato. Los gatos molan, porque van a su aire, pero a veces piden cariño. Pues como yo, ¿no?

Despejo mi cabeza de pensamientos absurdos y entro en el corral para tener mi sesión con *Princesa*, que hoy está más mimosa de lo normal y se acerca a mí sin miedo ya. Se restriega contra mis piernas y la dejo, porque en estos días he aprendido a socializar incluso con *Summer* y, después de eso, ya puedo enfrentarme a cualquier cosa. El tiempo se me pasa lento, porque no dejo de pensar que Ethan está a pocos metros de mí y que me muero de ganas de estar a su lado, pero cuando por fin salgo resulta que ha tenido que irse al pub a trabajar. Maldigo un poco mi suerte, pero Martín y Emma me sirven un poco de la famosa mermelada, así que el disgusto se me pasa rápido. Eso sí, abro mi móvil y le escribo un mensaje antes de olvidarlo.

Mañana a las once, en la cabaña. ¿Me leerás algo a mí también? Apuesto a que tu voz suena de lo más sexy leyendo un buen libro.

La respuesta, como siempre, llega casi de inmediato haciéndome reír, porque no puedo evitar que esté tan pendiente del móvil, y mi parte más egocéntrica cree que es para contestarme rápido si se me ocurre escribirle. ¿Qué? Tengo derecho a soñar, ¿no?

Dalo por hecho.

Me guardo el teléfono en el bolsillo con una sonrisa y me concentro en Emma, que está hablándome de algo tan interesante como las pompas gigantes que ha conseguido hacer en su reciente baño.

25

Ethan

—Otra vez, Ethan, otra vez.

Beso la frente de Emma y miro al interior del pub, donde todo parece en calma. El chico que hace el turno conmigo parece manejarse sin problemas, así que devuelvo mi atención a la pequeña, que ha llegado hace un ratito con su abuelo, como cada tarde. Limpio las lágrimas que siguen rodando por sus mejillas debido al golpe que se ha dado al caer intentando atrapar a *Princesa* y la mezo en mis brazos para que se tranquilice mientras canto para ella un trozo de una canción que le canté hace mucho y me pide cada poco desde entonces. En realidad, se la canté porque es de las pocas infantiles que me sé en español. Mi abuela nos la cantaba a mi hermano y a mí, así que me trae tan buenos recuerdos que he procurado no olvidarla nunca.

—Chist, no llores, vida. Escucha: «Navegar sin temor en el mar es lo mejor, no hay razón de ponerse a temblar. Y si viene negra tempestad, reír y remar y cantar…».

La niña me mira tan atenta que me siento un poco mal, porque sé que ha alcanzado un punto importante de adoración por mí. Y lo sé porque el sentimiento es recíproco, pero yo, de los dos, soy el que sabe que algún día tendremos que separarnos, porque no puedo quedarme aquí eternamente. Miro al horizonte para esquivar sus preciosos ojos e intento no pensar en ello. Ahora estoy aquí, con ella. Mañana ya se verá.

—Me suena esa canción —dice Matt mientras se acerca por un lateral, sobresaltándonos.

Estaba tan concentrado en Emma que no lo he visto llegar, pero le sonrío y señalo el sitio libre en el banco, a mi lado.

—Ayúdame a hacer los coros, ¿quieres?

—Claro. Pero antes tenéis que contarme por qué los ojitos de la princesa Emma están rojos.

—No soy una princesa —dice la niña haciendo un puchero adorable—. *Princesa* es la gallina. ¡Yo soy una guerrera!

—¡Fíjate! —dice Matt mientras la coge de mi regazo—. ¿Y sabes luchar?

—¡Claro, Matt! —responde como si fuera lo más obvio, haciéndonos reír.

—Pues tendrás que enseñarme, porque yo no tengo ni idea.

—¡Pero si tienes un montón de músculos!

—Son de adorno, enana —le digo yo haciendo que la niña ría y mi hermano me haga una pedorreta—. Yo, si me disculpáis, vuelvo dentro a trabajar otro poco.

Matt me guiña un ojo y aprieta más a Emma contra su cuerpo mientras la niña le pide que le cante la misma canción. Mi hermano se ríe, estira las piernas y, cuan grande es, comienza a cantar la letra del barquito con cáscara de nuez. Cualquiera diría que no le pega, pero yo, que sé bien el corazón de peluche que tiene, sé que le va de maravilla.

Entro y me encuentro con Martín, que mira su vaso como si intentara leer en él la verdad universal. Le doy un toque en el hombro y señalo la puerta.

—Está con Matt.

—Ah, vale, vale.

—¿Todo bien?

—Sí, claro.

Frunzo el ceño, porque no lo parece, pero sé que si lo presiono se va a poner a refunfuñar, así que me meto tras la barra y comienzo a sacar las tazas y los vasos del lavavajillas. Emma entra al poco tiempo, junto a Matt, que va directo a la mesa de unos clientes que acaban de llamarlo. La niña viene hacia nosotros y trepa con habilidad a uno de los taburetes, sentándose al lado de su abuelo.

—¿Quieres tomar algo, peque? —le pregunto mientras me pongo a cargar una nueva tanda en el friegaplatos.

—Un zumito de naranja, por favor.

Me río entre dientes, le guiño un ojo porque sé que cuando lo hago se ríe encantada de tener mi atención y se lo sirvo. Es entonces cuando el abuelo me señala con un dedo y habla.

—¿Cómo vas con la doctora?

—¿La doctora? —pregunto frunciendo el ceño.

—Lía —contesta con sequedad.

—Ah. —Miro a la niña, que espera una respuesta igual de ansiosa que su abuelo—. Bien, supongo.

—«Bien, supongo» no nos sirve. ¿A que no, niña?

—No nos sirve —repite Emma con rotundidad.

Los miro un poco sorprendido, porque no entiendo a qué viene esta intervención, y me lo tomaría a risa si no fuera porque mi hermano ha acabado de recoger el pedido y está viniendo hacia mí. Y yo a Matt lo adoro, pero le gusta el recochineo casi tanto como a mí, así que no me interesa lo más mínimo que escuche la conversación que abuelo y nieta están intentando iniciar. Carraspeo, sigo metiendo tazas en el lavavajillas y rezo para que Martín comprenda que no es momento, porque tengo a mi hermano justo a mi lado, pero, para mi desgracia, es la pequeña la que no aguanta tener la boca cerrada.

—¿Por qué dice el abuelo que eres lento, Ethan?

Guardo silencio con la esperanza de que mi hermano acabe de servir los jodidos cafés y se largue, pero éste ha parado en seco y se ha vuelto para mirar a la niña. Cierro los ojos con resignación y sonrío a la pequeña.

—¿A qué te refieres?

—El abuelo dice que no entiende por qué eres tan lento con Lía. ¿Por qué no le pides que sea tu novia y ya está? El abuelito dice que te gusta, que esas cosas se notan. Y a ella le gustas tú,

porque cuando te ve se pone tontita. —Se tapa la boca con la mano como si hubiera dicho una palabrota, pero luego suelta una risita y sigue—: ¡Lo dijo el abuelo, no yo! Dijo que se pone tontita pero que eso es bueno, porque la abuela cuando no estaba en el cielo también se ponía tontita con él. ¿A que sí, abuelito? —Martín sonríe y asiente, orgulloso de lo bien que ha entendido su nieta sus explicaciones—. El abuelo dice que algo debes de estar haciendo muy mal para que ella no sea ya tu novia. Matt, ¿tú sabes qué puede ser? A lo mejor entre todos podemos ayudar al pobre Ethan.

Emma hace un puchero, mi hermano contiene una carcajada a duras penas y Martín me mira con una sonrisa socarrona que me da a entender que, lejos de sentirse avergonzado de que su nieta hable de más, está orgulloso de que me ponga las pilas con público.

—Verás, cariño, lo de Lía es complicado.

—¿Le has dado algún beso en la boca?

—¿Eh?

—¡Besos en la boca, Ethan! —repite exasperada—. Rocío, mi amiguita del cole, dice que los mayores que son novios se dan besos en la boca. Y los mayores que están casados también, como sus papás, que están casados por el juzgado, aunque la abuela de Rocío no está nada contenta con eso porque dice que deberían haberse casado por la Iglesia, como Dios manda. Rocío dice que no sabe por qué Dios manda esas cosas y yo pienso que ojalá no baje nunca a mandarme nada, porque creo que Dios es tan grande que me daría un poco de miedo. ¿A ti te ha mandado Dios alguna vez algo?

Esta vez la carcajada la suelto yo, porque es impresionante la verborrea que tiene. Esta niña, llevada por el buen camino, llegará muy lejos. Matt, a mi lado, también se ríe, imagino que pensando algo parecido a mí, y Martín golpea la barra con una mano y atrae la atención de su nieta.

—Céntrate ahora, hija, lo importante aquí no es Dios, sino Lía y el rubiales.

—Ah, sí. —Emma asiente y vuelve a mirarme—. Entonces ¿qué?, ¿le has dado algún beso en la boca?

Podría decirle que no y acabar con esta discusión, pero es que no soy partidario de mentir, así que asiento e intento explicarle la situación.

—Sí, pero…

—¡Entonces ya es tu novia!

—Es un poco más difícil que eso.

—Claro, porque eres lento.

Matt vuelve a reírse, yo frunzo el ceño y lo miro mal mientras señalo la mesa que ha atendido hace ya varios minutos.

—¿No tienes trabajo?

—Soy el dueño y acabo de decidir que esos chicos pueden esperar un poco más por mí.

—¿Y tu novia?, ¿no te espera esta tarde? —Él sonríe, lejos de ofenderse, y se encoge de hombros.

—Venía a echaros una mano porque hay un grupo de turistas en el pueblo bastante grande, pero si quieres me largo. —Chasqueo la lengua, porque me ha pillado y él sigue—. ¿Y bien?

¿Qué tienes que decir acerca de tu lentitud?

—¡Que no soy lento, joder!

—¡Has dicho una palabrota! —grita Emma.

—¡Lo siento! —respondo en el mismo tono exasperado. Cierro los ojos y suelto el aire de golpe para intentar calmarme antes de abrirlos y explicar mi situación a estos tres cotillas—. Escuchad, Lía y yo nos besamos y tenemos… algo, pero no será algo serio porque ella se va dentro de unos días, ¿entendéis?

—De eso nada —dice Martín—. No puede irse hasta que la gallina no me ponga por lo menos un huevo.

—Pues lo siento, pero se va.

—Ya te digo yo que no. —Se saca un billete del bolsillo, lo deja encima de la barra y baja a Emma del taburete mientras me señala con un dedo—. Yo hago que no se vaya y tú la haces tu novia. Pero despierta, rubiales, ¡que te duermes en los laureles!

Se larga mientras la niña asiente, como si entendiera todo lo que su abuelo acaba de decir, y yo me quedo perplejo, no tanto por sus últimas palabras, sino por la convicción que tiene de que Lía no se irá.

—Lía se va a ir —digo suavemente a mi hermano.

Él me mira y creo que intuye mi miedo, porque apoya una mano en mi hombro y aprieta con la suficiente fuerza como para que lo mire a los ojos antes de hablar.

—Si Martín dice que no se va, no se va, así que tranquilo.

—Pero…

—Te gusta mucho, ¿eh? —Se ríe entre dientes y despeina mi pelo en un gesto que odio porque, joder, ya no somos adolescentes—. ¿Quién iba a decirte que acabarías encontrando el amor en este pueblo dejado de la mano de Dios?

No le contesto y me limito a bufar, coger la bandeja que él ha preparado y salir de detrás de la barra. Al menos, esto me servirá como excusa para que me deje tranquilo, porque su afirmación acerca de que he encontrado el amor, lejos de ponerme de los nervios, ha hecho que me sienta… bien. O sea, no bien como si aceptara sus palabras, sino bien porque me he dado cuenta de que no me causan miedo, o rechazo. Al contrario. Me gusta Lía, me encanta, joder; no puedo esperar para tenerla otra vez entre mis brazos, y si es desnuda, mejor. Me gusta hablar con ella, quiero saber cómo fue su infancia, aunque por lo que me ha contado sé que no fue fácil. Quiero consolarla si tiene un mal día, abrazarla y tener algo con ella, aunque ese algo esté sin definir. Claro que está sin definir porque se va y lo tengo claro, pero si no fuera así… ¿Querría que fuera mi novia? La respuesta es tan rotunda y clara que me sorprende un poco, porque no sé si estoy enamorado. No, no lo estoy, me siento muy atraído por ella y me gusta muchísimo, pero el amor es mucho más que eso, ¿no? El amor debería ser algo que entrara con fuerza en mi cuerpo y me arrasara hasta amenazar con dejarme hecho papilla. Debería aterrorizarme porque se supone que consume al que decide envolver. Tendría que sentir sudores, las manos frías o la nuca erizada cuando la veo, pero nada de eso ocurre.

Al contrario. A mí, cuando la veo, lo único que se me eriza es el deseo. El deseo y las ganas de tocarla. Yo, que vivo de juntar letras, creo no tener las suficientes para describir lo que siento

cuando ella me toca.

No siento miedo, sino éxtasis, cuando la tengo cerca. No pienso en una relación, pero porque, en el fondo, no consigo concebir la idea de perderla. No todavía. Y me doy cuenta, cuanto más lo pienso, de que, en realidad, no estoy listo para verla marchar ni esta semana, ni nunca. Quizá mañana ocurra algo que cambie mis sentimientos y piense que, en realidad, podría largarse y me daría lo mismo, pero ahora no. Ahora entiendo que en el fondo de mi cabeza y de mi corazón siempre he sido consciente de que me niego a su marcha. La acepto, porque no me queda otra, pero igual que acepto que la ciudad está a unas horas y que puedo dedicarme a ir cada jodido día de descanso que tenga si con eso puedo verla.

Me doy cuenta ahora, mientras sirvo cafés a chicos anónimos que ni siquiera me prestan atención, de que no estoy listo para que Lía se vaya, pero lo estoy para seguirla adondequiera que parta, y reconozco que eso sí da miedo, porque no sé si es amor, pero me pregunto si el simple deseo o la atracción habrían conseguido eso.

Dejo de preguntármelo cuando pienso en todas las mujeres que han pasado por mis brazos y mis distintas camas. Todas especiales, de una forma u otra, pero ninguna clavándose dentro de mí de la manera en que lo ha hecho Lía. Camino hacia la barra, suelto la bandeja y salgo del pub sin avisar siquiera de que vuelvo a tomarme un descanso. El grupo de turistas no ha llegado y yo tengo la cabeza un poco embotada. Y cuando digo «un poco» me refiero a que siento como si un nido de culebras se hubiese instalado dentro de mi cuerpo, de cuello para arriba, y serpentearan por mis sesos dejándome con la sensación de estar cargado de cosas electrizantes, pero sin saber bien cómo hacer que esto pare.

No tengo miedo. Si lo tuviera, sería más fácil, porque el miedo, después de todo, se puede enfrentar. Lo miras a la cara, sientes el corazón atronarte en los oídos y te lanzas al vacío pensando que los mayores valientes de la historia eran, en realidad, los que más miedo tenían buscando librarse de él. Esto no es miedo, es certeza, es realidad, y por eso es más jodido, porque si ya me ha costado hacer que Lía ceda a una amistad sin ataduras conmigo, no quiero ni imaginarme lo que va a llevarme convencerla de que podemos intentar tener una relación. Aunque ella no sea de aquí, y yo tampoco, y tenga que irse, y yo en algún momento también. Aunque mi vida esté patas arriba y la suya no se haya enderezado nunca. Aunque la vida y el mundo se nos pongan en contra, tengo que convencerla de que, en realidad, tener una relación no es algo que deba darnos miedo. O sí, que nos dé miedo, así será mucho mejor, porque tendremos que agarrarnos de las manos y saltar al vacío juntos, como hacen los valientes de verdad.

—Eh…, Ethan. —Miro a mi hermano, que está a mi lado con rostro preocupado y mirada alerta—. ¿Todo bien?

—Yo… Sí, sí. —Carraspeo y me froto la barba mientras muevo la cabeza un poco, intentando despejarla, pero sin conseguirlo—. Oye, Matt.

—¿Sí?

—¿Crees que debería hablar con Martín acerca de los métodos para conseguir que Lía se quede?

Él se ríe entre dientes, entendiendo de inmediato a qué se debe este *shock*, y se acerca más a mí, abrazándome y palmeando mi espalda con fuerza. Con tanta fuerza que hago una mueca

porque, aunque yo esté fornido, él me saca una cabeza, y eso se nota.

—Tú habla con Martín, que yo veré cómo lo hago con Iris.

—¿Iris?

—¿De verdad crees que ella quiere que su sobrina se vaya? —pregunta con una sonrisa socarrona—. Lleva días buscando una excusa creíble para obligarla a quedarse un poco más. Lo único que la jode es que Alma vaya enlazada, pero…

—Es un mal menor —digo de inmediato.

—Eso creo. Sólo tenemos que controlar a Alma para que no dé muchos problemas y así Lía verá que su madre está más calmada, aunque sea mentira.

—No quiero mentirle.

—No vamos a mentirle, vamos a intentar controlar a Alma, y eso es una buena noticia para Lía y para el resto del pueblo, que está empezando a cansarse de tenerla por aquí.

—¿Empezando a cansarse? —Bufo y elevo las cejas—. Llevan cansados de Alma desde que llegó, más o menos. Y a Lía le hacen el vacío.

—No podemos hacer nada con eso, Ethan, pero poco a poco verán que ella no es como su madre, y si empezáis a salir lo entenderán aún más rápido.

—O pensarán que el hermano raro del dueño del pub y la hija del putón de Alma están haciendo de las suyas juntos.

Matt suelta una carcajada, palmea otra vez mi espalda mientras yo pienso que espero que no me palmee más, por el bien de mis vértebras, y luego se separa de mí riendo aún de buena gana.

—Joder, es que dicho así parece de chiste malo.

Me río sin poder evitarlo y niego con la cabeza mientras él se saca el móvil del bolsillo y manda un mensaje.

—¿A quién le escribes?

—A uno de los refuerzos. —Me sonríe antes de seguir hablando—. Te doy la noche libre.

—¿Qué? No puedes, tenemos un montón de trabajo y…

—Éste ni siquiera es tu trabajo, Ethan. Te pago por la ayuda que me brindas, pero no es obligatorio y hoy no te quiero aquí. Tienes la cabaña para ti solo desde ya hasta mañana por la tarde porque yo voy a ocuparme de que Alma se lo pase muy muy bien, y luego, como soy un caballero, voy a llevarla al hostal y ya me quedaré a dormir con Iris, claro, porque una vez que voy y…

—Vale, lo pillo. Te debo una muy grande.

Él sonríe con todos los dientes y alza las cejas varias veces antes de meterse el móvil en el bolsillo y asentir.

—Y me la cobraré el día menos pensado, pero ahora, fuera de aquí.

Me río, le cambio las llaves de la camioneta por las de la moto, para que pueda llevar a Alma, y me largo mientras pienso que esta noche va a dar mucho de sí. Es mi oportunidad para demostrarle a Lía —y a mí mismo— lo geniales que podemos ser juntos. Le mando un mensaje a Iris y le pido que me informe cuando Alma salga de fiesta. Mientras tanto, me dedico a comprar lo necesario para una cena en condiciones. O sea, pizzas y chucherías varias. No soy el mejor cocinero del mundo, soy consciente, pero lo compenso con mi enorme talento para practicar el

sexo oral. Son palabras de mis examantes y, como buen chico, he decidido creerlas al pie de la letra.

Un par de horas más tarde, Iris me avisa de que Alma ya ha salido, yo cojo la moto, vuelo hacia allí y, en vez de esperar en la puerta, entro en el hostal, atravieso la recepción y llego a la cocina con la esperanza de encontrarla trabajando. No está, así que, ni corto ni perezoso, abro la puerta que lleva al ala privada y, cuando me doy cuenta de que hay cuatro puertas distintas además del pequeño salón, decido que lo mejor es ir abriéndolas una por una, mientras pienso que esto, en una peli de esas románticas, sería muy distinto. No abriría primero la del baño, luego la del despacho y más tarde la de Iris, para empezar. Ella pone los ojos en blanco y, sin hablar, señala la de su izquierda mientras me hace gestos con las manos para que me largue. Cierro con cuidado y, esta vez sí, me planto frente a la puerta de Lía —porque más ya no hay—, toco con los nudillos y asomo la cabeza, descubriéndola metida en la cama, con una camiseta enorme, unas gafas de pasta negras, también enormes, un moño deshecho y el portátil sobre las piernas.

Me doy cuenta de lo mucho que esta chica me ha calado cuando mi cuerpo responde de inmediato y siento la imperiosa necesidad de ir junto a ella, desnudarla y perderme en sus caricias. Reacciono a tiempo de carraspear, sonreír de manera pícara y apoyarme en el quicio de la puerta mientras su boca se abre por la sorpresa.

—Menuda fiesta tienes montada… ¿Se aceptan invitados?

26

Lo primero que pienso cuando veo a Ethan en la puerta de mi habitación es que debo de tener una pinta de vagabunda importante. Él sonríe, pero yo sé que piensa que, con este moño, esta camiseta y las gafas puestas parezco una loca, o una pordiosera, que mis pintas de mamarracha se adaptan a las dos definiciones sin problemas.

—¿Qué haces aquí? —pregunto en un tono más cortante de lo deseado.

—Me encanta lo amable, dulce y simpática que puedes llegar a ser —dice mientras se acerca riéndose.

Pongo los ojos en blanco, me quito las gafas y miro a los lados. Alma se ha ido hace un rato, pero ¿y si vuelve? ¡No quiero que lo vea aquí! No quiero que lo vea conmigo. Punto.

—Ethan…

—Ella no está —susurra, y me jode, en lo más profundo, que haya sido capaz de leer mis pensamientos—. Además, vengo a raptarte.

—¿A raptarme?

—Matt me ha dado la noche libre. Bueno, la noche y la mañana, pero no sé si quieres aguantarme tanto tiempo.

Abro la boca sorprendida y, después de pensarlo un momento, me doy cuenta de que es raro que, justo el día que Iris me echa una mano con Alma, Matt le dé la noche libre. A ver, raro no, porque está claro que lo han hecho para ayudarnos, pero no sé cómo debo sentirme con respecto a eso. Ethan se sienta en la cama, pegado a mí, me sonríe de medio lado y bate esas pestañas rubias que tanto consiguen revolucionarme. Bueno, a mí de Ethan me revolucionan sus pestañas, sus manos, su boca, su nariz, sus labios y…, bien, creo que el concepto ha quedado claro.

—¿No quieres que estemos juntos?

Podría decirle que no, pero es que sí quiero. En realidad, no he hecho otra cosa más que pensar en él desde que lo dejé hace un rato, así que me limito a sonreír, dejar el portátil a un lado y abalanzarme sobre su cuerpo mientras lo tumbo en la cama y él se ríe en mi boca.

—Sólo estaba sorprendida —susurro besándolo sin parar—. ¿Vamos a la cabaña?

—Sí, he preparado la cena.

Imaginarlo cocinando hace que una inmensa sonrisa se aposente en mi cara, y me levanto a toda prisa mientras me quito la camiseta y me pongo un vestido veraniego. Ethan me recuerda que coja ropa interior limpia para ducharme mañana y la meto en mi mochila, junto a unas mallas y una camiseta, antes de echármela al hombro y mirarlo expectante. Él se ríe entre

dientes, tira de mi mano y salimos del dormitorio. Me paro frente a la puerta de mi tía y la abro después de tocar con los nudillos.

—Oye… ¿Te importa si salgo? —pregunto sin poder parar de sonreír.

Ella se ríe y me guiña un ojo mientras deja el libro que tiene entre manos sobre su regazo y ladea la cabeza.

—Lo que me extraña es que Ethan no te haya sacado de aquí en plan energúmeno sobre su hombro.

—Buena idea —dice el susodicho.

—Estaré aquí mañana temprano y…

—Ni lo sueñes —dice mi tía—. Tienes libre hasta la una de la tarde de mañana, por lo menos.

—Pero el desayuno…

—Se ocupa Dolores, bajo mis instrucciones, que para eso le pago.

—Y Alma…

—Tendrá resaca.

—Eso no lo sabes.

—Sí, lo sé. —Sonríe con todos los dientes y no necesito muchas explicaciones para entenderla.

—Tu novio va a emborracharla.

—Si te sirve de consuelo, sólo va a darle lo que quiere. Además, la vigilará para que no haga una locura y la traerá sana y salva. Mi hombre es un ángel salvador.

—Tu hombre tiene mucho morro, y tú más —le digo—. Entonces me voy.

—¡Que sí! ¡Ethan, por Dios, cárgala sobre tu hombro o no te la llevas!

—¡Ni se te ocurra! —le grito a él.

Es tarde, porque ha decidido que tiene que obedecer a mi tía y, cuando quiero darme cuenta, estoy boca abajo mientras la mochila me rebota en la nuca y la cara me queda casi pegada a su espalda. Le doy un pellizco en el culo, pero sólo sirve para que él se ría más y apriete el paso palmeando mi trasero, que se ha quedado prácticamente al aire por culpa del vestido. Cuando llegamos fuera, me baja, me pone el casco, como ya hizo la otra vez, y se sube en la moto mientras me guiña un ojo para que haga lo propio. Lo hago y, cuando arranca y salimos, no puedo evitar besar su hombro mientras lo abrazo.

Durante el camino me fijo en los acantilados, en el mar de fondo a la derecha y el bosque denso y verde a la izquierda. El contraste es tan bonito que, visto así, a cámara rápida sobre la moto, parece irreal. Me lleno los pulmones de aire y me separo un poco de Ethan para sentir el viento en mi cara. Estoy nerviosa, porque sé que estamos apurando nuestras horas juntos, pero creo que lo mejor es no pensar en ello, al menos de momento. He tomado esa decisión, en parte, porque cuantas más vueltas le doy, antes llego a la conclusión de que todo esto va a dolerme, así que, como buena idiota, he decidido hacer caso omiso de mi razón y dejarme llevar por lo que siento en cada momento.

Una vocecita me recuerda que eso es lo que hace Alma siempre y frunzo la boca en un gesto desaprobador, porque no es lo mismo. Ella se arrastra por cualquier hombre, le haga caso o no, y

lo mío con Ethan es distinto. Él quiere estar conmigo en estos momentos, somos amigos, lo pasamos bien y tenemos un sexo maravilloso. No voy de arrastrada con él, no pienso seguirlo por medio país jurándole amor eterno o rogándole que me haga su musa y, desde luego, no pienso jurarle amor en tres días. Vale que hace un mes que nos conocemos y, sí, vale que tengo algún que otro sentimiento, pero eso es propio del cariño entre amigos y nada más.

Yo no soy Alma.

Yo jamás me permitiré ser como Alma.

Nunca.

* * *

Llegamos a la cabaña, entramos y voy a la cocina deseosa de averiguar qué ha preparado. Cuando veo las cajas de pizza para hornear en la encimera no sé bien si reírme a carcajadas o fulminarlo con la mirada. Al final, hago un poco de cada cosa mientras él alza las manos y me asegura que eso también es cocinar. Si no me quejo demasiado es porque me encanta la pizza y porque ha comprado chucherías.

—Espero que al menos haya una barbacoa —digo mientras me acerco y comienzo a mirar las cajas.

—Una de cada —susurra en mi oído mientras me abraza por detrás.

Puedo sentir su sonrisa, porque sus dientes raspan mi oreja y me provocan tal cosquilleo que echo el culo hacia atrás, intentando apartarlo de mí. El problema es que sólo consigo animarlo más, porque se ríe entre dientes, baja su boca a mi cuello y la zona de la nuca y me acaricia donde sabe que tengo muchísimas cosquillas. Me río y hago un amago de separarme, pero los dos sabemos que, en realidad, es justo aquí donde quiero estar, así que permito que sople, muerda y bese mi piel mientras sus manos se cuelan bajo mi vestido y su aroma empieza a inundarlo todo.

—Antes hay que cenar… —susurro.

—Tienes razón, antes hay que cenar.

Me gira entre sus brazos y, antes de poder soltar siquiera una exclamación, me sienta en la encimera, abre mis piernas y se cuela entre ellas. Besa mis labios con tanto ímpetu que me resulta imposible negarme. Ni una sola mujer en su sano juicio se negaría jamás a besar a Ethan Gallagher. Saboreo su boca y acaricio con los dedos su barba y su mandíbula antes de hacer amago de abrazarlo por los hombros, pero entonces él empieza a encorvarse para tener acceso a mis pechos, que saca sin problemas por encima del escote del vestido. La situación se está poniendo caliente y, cuando sigue bajando y alza la falda de mi vestido, sé lo que pretende. Aun así, intento preguntar.

—¿Qué…?

—Has dicho que hay que cenar y, de todo lo que tenemos en casa, nada me apetece más que comerte a ti.

Sus dedos apartan mis braguitas a un lado y su lengua se pierde en mí con tanta rapidez que, a pesar de esperarlo, no consigo callarme el gemido que brota de mi cuerpo. Me aferro con las

manos al borde de la encimera, porque creo que si no lo hago acabaré dándole tirones del pelo y rogándole más. No es cuestión de presionarlo de más, sobre todo porque él sabe muy muy bien lo que se hace. Ethan muerde mi clítoris con suavidad, pasea la lengua por mis labios y, cuando pienso que estoy a punto de perder el control, noto cómo me mete un dedo. Gimo, esta vez sin control, y me arqueo buscando el apoyo del alicatado. Me agarro los pechos y tiro de mis pezones buscando el orgasmo que está a punto de envolverme y no tardo ni un minuto en conseguirlo. Aprieto los muslos mientras él lame, incansable, toda mi entrepierna y, cuando acabo y consigo abrir los ojos para mirarlo, lo encuentro haciéndome cosquillas en los muslos con la punta de la nariz.

Es Ethan en estado puro: jodidamente caliente un minuto y dulce como la miel al segundo. Acaricio su pelo, esta vez sí, porque quiero que me mire, y cuando sus ojos azules se clavan en los míos siento cómo mi corazón se salta un latido, o dos, o puede que más.

—Gracias… —susurro.

Él sonríe tanto que me río un poco. Se levanta y me abraza mientras besa mi oreja y acaricia el exterior de mis muslos.

—No me des las gracias nunca por hacer que te corras. Deberías exigírmelo mínimo una vez al día.

—¿Tengo ese derecho? —pregunto con una sonrisa antes de darme cuenta de que puede ser que haya sonado mal, o que haya parecido una indirecta. Estoy a punto de retractarme, pero él habla, impidiéndomelo.

—Tienes todos los derechos que quieras, Galán.

Me separo de su cuerpo, lo miro y sonrío, pero no contesto porque no sé qué decir. ¿Qué significa eso? ¿Y qué sentido tiene marearme pensándolo? Yo me voy a ir de aquí en cuestión de horas, así que todo lo que no sea disfrutar sobra ahora mismo. Beso sus labios y me bajo de la encimera, lo que implica que me restriegue sobre su cuerpo porque sigue pegado a mí. Es entonces cuando noto su erección y, cuando hago un amago de bajarle el pantalón, niega con la cabeza y señala las pizzas.

—Si empiezas a tocarme, no voy a poder parar y vamos a cenar a las tantas. Primero comer, luego sexo, luego pelis, luego sexo, luego otra peli, luego sexo, luego dormir, luego sexo, luego…

—Lo pillo, vamos a practicar mucho sexo —digo riéndome.

—Lo has dicho tú, que conste.

Me río más y palmeo su brazo mientras, esta vez sí, saco una pizza del envoltorio y pongo el horno a precalentar.

Los siguientes minutos los pasamos sincronizándonos para servir bebidas y para hacer una ensalada, si es que a picar un tomate y media lechuga, un poco mustia, se le puede llamar ensalada, claro.

—No entiendo cómo mantienes ese cuerpo —le digo mientras lo veo aliñar el plato—. Sólo comes guarrerías.

—De eso nada. Cuando estoy solo como bastante bien.

—No tienes la nevera llena de verdura.

—Como en el pub, en casa de Martín o…

—Lo pillo, lo que sea menos cocinar.

Él se ríe y se encoge de hombros, admitiendo que esto no es lo suyo con tanta naturalidad que hasta eso me gusta, porque Ethan no intenta impresionarme haciéndose pasar por alguien que no es. La cocina se le da de pena, lo admite, se ríe de ello y me hace saber que no tiene ningún problema con eso. En realidad, he podido comprobar que esa actitud se le aplica en muchas ocasiones. No es perfecto, él lo sabe y yo también. No estaría cómoda con alguien que pensara que no tiene fallos o defectos. Será porque yo tengo tantos que, a ratos, creo que sería imposible contabilizarlos.

De Ethan me gusta que me sonría así, sin mentiras ni medias tintas. Saber que no esconde nada y que si algo no sé es porque no he preguntado o no hemos llegado a hablarlo aún. Soy consciente de que nos conocemos desde hace sólo un mes, pero un mes es tiempo de sobra para plantar semillas y conseguir que broten. En un mes hay treinta amaneceres, treinta anocheceres y, en medio, un montón de gemidos, lágrimas, carcajadas, caricias y abrazos en todo el mundo. En un mes nacen miles de bebés, mueren miles de personas y se rompen millones de sueños, pero también se cumplen. En un mes pasan tantas cosas que empiezo a dudar si no es posible, también, que esto que siento no sea sólo cariño.

Será por esa maldita forma de sonreír que tiene, o por la manera en que besa mi cuello, acaricia mi mano y me guiña un ojo cada vez que me ve. Puede que sea porque, cuando estamos juntos, me deja claro que mis deseos van antes y se niega a agobiarme, mostrándome que me conoce, aunque yo crea que no. A lo mejor es que es inteligente, culto y se puede conversar con él sin que se crea en posesión de la verdad absoluta. Yo qué sé. Puede que hasta sea porque es un escritor reconocido y, aun así, prefiere tener un seudónimo y vivir un tiempo en la cabaña de su hermano mientras lo ayuda en el pub de un pueblo enano dejado de la mano de Dios. No sé qué es exactamente lo que me hace pensar así, pero sé que me da miedo, y nervios, y ansiedad, y ganas de sonreír, pero también de llorar. Quiero saltar y, al mismo tiempo, esconderme debajo de la cama, porque no entiendo lo que estoy sintiendo y la imagen de mi madre se aparece cada pocos segundos en mi mente, a modo de *flashback*, recordándome que no me he librado de ella; que puede que nunca lo haga, ni siquiera si muere, porque todos estos años a su lado me han dejado la marca eterna de las cosas que no se olvidan.

—Todo saldrá bien —susurra Ethan en mi oído, sobresaltándome.

No me he dado cuenta de que me he quedado paralizada en la cocina, pero sus labios vuelven a rozar mi oreja y sus manos acarician mis costados con suavidad y dulzura. Cierro los ojos, porque no quiero mirarlo en este instante, y él, que parece entenderlo, besa mi frente, mi nariz y mi barbilla, sin llegar a mi boca, pero susurrando a escasos centímetros de ella.

—Tienes que confiar en mí.

—No te conozco —murmuro de vuelta.

—Eso no es cierto. Me conoces mejor que mucha mucha gente, y con el tiempo irá a mejor.

—Yo me voy a ir, Ethan —digo abriendo los ojos y enfrentando los suyos.

Él se relame sacando sólo la punta de la lengua y asiente una sola vez antes de perfilar mi cara con las yemas de los dedos.

—Si te vas a la ciudad, iré a verte. No quiero que esto acabe todavía, Lía.

—Son más de dos horas de distancia, sin contar el camino de mierda que hay para llegar aquí.

—Intentaré que funcione.

—Pero no lo lograrás.

—Si no lo intentas conmigo, nunca lo sabremos.

—Ethan…

—Vamos a cenar —susurra—. Ya hablaremos de esto. —Tira de mi mano con suavidad, pero me quedo clavada en el sitio—. El sentimiento no se irá si te niegas a cenar, o a hablarlo. Seguirá ahí, quemando, Lía.

—Ethan… —repito, esta vez en tono suplicante.

Él coge aire, lo suelta por la nariz, se acerca enmarcando mi cara entre las manos y besándome con ímpetu antes de separarse y mirarme a los ojos con una mezcla de dulzura y paciencia que me angustia todavía más, si cabe.

—No te pido que vengas ni una vez desde que te marches, pero dime una cosa, ¿tanto te molesta que yo vaya a verte? ¿No puedes, al menos, darme esa posibilidad?

Lo miro fijamente intentando pensar a toda prisa en una excusa, pero lo cierto es que no se me ocurre ninguna. ¿Es tan mala idea? Él podría ir a verme y yo no tendría que decirle adiós para siempre, al menos de momento. Sé que sería complicado, sí, pero de todas formas mi vida sentimental es una mierda, así que no creo que vayan a lloverme citas una vez vuelva a la ciudad. De hecho, sólo pensar en tener una cita con otro que no sea él hace que mi cuerpo reaccione tensándose y oponiéndose. Sus ojos siguen mirándome pacientes, su respiración es tranquila, sus labios están entreabiertos y me apetece muchísimo besarlo, pero sé que antes le debo una respuesta.

Al final, me digo a mí misma que no es lo mismo arrastrarme tras un tío, como hace Alma, que dejar que él venga a mí siempre que le apetezca, que es lo que me propone. No puedo exigirle nada, pero tampoco prohibírselo. A él le apetece, a mí también, así que…, ¿de verdad hay tanto que pensar?

—Sí —le digo en medio de un jadeo—. Sí puedo dártela. Quiero seguir viéndote, quiero…, no sé.

—Sí sabes. —Niego con la cabeza y él sonríe—. Una etiqueta, Galán. Una relación. —Me tenso entera y él se ríe entre dientes mientras me abraza—. Joder, eres la primera mujer a la que tengo que convencer para que coja la puñetera etiqueta y se la ponga en la espalda, o me la ponga a mí, o lo que sea.

—Es que eso es muy serio y…

—¿Quieres estar con otros hombres?

—No.

—¿Quieres que yo esté con otras mujeres?

Lo pienso un segundo y él eleva una ceja. A ver, no quiero, es obvio, pero no puedo prohibirle hacerlo.

—Si en algún momento te apetece…

—No estamos hablando de lo que me apetece a mí, sino de lo que tú quieres. ¿Quieres que vaya con otras? —Me muerdo el labio y niego con la cabeza—. Pues eso, cariño, significa que tenemos una etiqueta. Una enorme, inmensa, grandiosa etiqueta colgando sobre nuestras cabezas.

Bufo y me froto los ojos con fuerza pensando que esto es una locura. ¡Ethan no podrá venir a la ciudad mucho más que una vez por semana! No parece suficiente, pero cuando sus labios se posan sobre los míos me da por pensar que, en realidad, un minuto con él supera con mucho a todas las relaciones que he tenido hasta el momento, así que supongo que, aunque salgamos jodidos y heridos, podré aferrarme al pensamiento de que las cosas que más duelen a menudo son las que más merecen la pena.

27

Al final no hablamos mucho más del tema. Creo que Ethan se ha dado cuenta de que estoy un poco agobiada y, por otro lado, el hecho de haber aceptado tener una etiqueta ya es mucho más de lo que yo misma pensaba conseguir, así que me parece que se da por satisfecho, al menos, de momento. Hemos cenado en armonía los tres, porque resulta que *Summer* estaba en casa y ha aparecido en cuanto nos hemos sentado en el salón. Nadie se imagina lo mucho que me alegra que la perra ya no se me eche encima a la mínima oportunidad. En realidad, hasta ha conseguido comportarse y, cuando me he levantado para ir a por más agua a la cocina, ha venido detrás de mí, pero el único movimiento que ha hecho ha sido el de su rabo, danzando alegremente de un lado a otro mientras sus ojos me seguían por la estancia.

Ahora estamos en la cama de Ethan, acabamos de tener una impresionante ración de sexo y he aprendido que en esto de jugar desnudos siempre se pueden aprender cosas nuevas. O más bien te las pueden descubrir, porque Ethan ha encontrado un punto exacto justo al final de mis glúteos que, de manera sorprendente, consigue excitarme hasta el punto de gemir y pedir más. Sus manos amasan mis cachetes, pero es la fina línea que hay justo donde éstos terminan la que me eriza el vello de la nuca y los brazos. Por un momento, pienso que el mérito no es de mi cuerpo, sino de sus manos, pero intento redirigir mi mente de inmediato y pensar con objetividad que el cuerpo está hecho de puntos sensibles y que el hecho de que él haya encontrado uno a estas alturas no significa nada, salvo que es un hombre con una habilidad pasmosa en el sexo.

De todas formas, ahora debería dejar de pensar en el sexo, pues estamos revisando varios de los libros que Ethan tiene aquí. Me gusta su colección por variada, sobre todo. No imaginé nunca que un hombre que escribe ficción contemporánea pudiera tener libros cómicos, de poesía o, incluso, eróticos.

—¿Tienes más de este estilo? —le pregunto sosteniendo en la mano uno de estos últimos.

—Sí, varios, aunque la mayor parte de mis libros están en Estados Unidos, en casa de mis padres.

Frunce el ceño de una forma tan graciosa que no puedo evitar sonreír.

—¿A qué viene esa cara? —le pregunto pasando el índice por su entrecejo, intentando alisarlo.

—Es un poco patético que no tenga ni siquiera un lugar para guardarlos, ¿no? —susurra.

—Tienes un lugar para guardarlos. Están a salvo en la casa de tus padres.

Ethan sonríe, me besa con suavidad y acaricia mi mejilla con la punta de su nariz. Adoro que

utilice esa parte de su anatomía para acariciar mi cara. Es tan dulce, tan… íntimo.

—Supongo que un día encontraré mi sitio en el mundo y podré tener todos mis libros conmigo.

—Seguro que sí.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Crees que encontrarás tu lugar en el mundo alguna vez?

Guardo silencio unos instantes, porque no sé bien qué se supone que debo contestar a eso. ¿Cómo le explico que ni siquiera creo que exista? De niña solía soñar con una casa libre de adultos. Ni siquiera mi padre, al que quiero y respeto, estaría en ella. Una casa sólo para mí, donde pudiera partir de cero, imaginar que tenía unos padres normales, que mi madre no prefería a cualquier ser viviente antes que a mí y que no sentía la carencia del cariño como una daga clavada, de manera permanente, en mi interior. Me imaginaba cocinando sólo para mí, comprando todo lo que quisiera sin temor a que me lo quitasen y siendo libre. El problema es que crecí, pero no conseguí nunca esa libertad. Las cadenas del pasado vienen conmigo y, por lo general, tienen un nombre: Alma. A veces, en la oscuridad de la noche, mientras me tapo con mis sábanas y miro la negrura que envuelve el cuarto en el que esté durmiendo, pienso que sólo conseguiré librarme de ella el día que se muera. Cada vez que eso me ocurre me siento una mala hija y, sobre todo, una mala persona. No sé en qué momento dejé de soñar con un lugar en el mundo que me perteneciera sólo a mí, o en el que consiguiera ser feliz.

De todas formas, no quiero contarle esto a Ethan, es demasiado deprimente, así que me estiro en la cama y alcanzo otra pila de libros del escritorio. Me tumbo a su lado mientras observo los títulos, y él, lejos de ofenderse por mi falta de respuesta, acaricia mi cabello y besa mi hombro de una forma que se me atraganta un poco, porque odio sentir, aunque sea por un instante, que me comprende a la perfección. Mis ojos se centran en una edición bastante antigua de *El principito*. He leído este libro infinidad de veces, pero éste en particular está en francés, y no puedo evitar girarme y moverlo en el aire.

—¿Lees también en francés?

—Aprendí el idioma cuando estaba convencido de que París sería mi vida. O sea, siendo adolescente. —Sonreímos y él lo coge de mi mano—. ¿Quieres que te lea? —Mi cara se ilumina con tanta rapidez que Ethan se ríe entre dientes, se pinza el labio y acaricia mi mentón con los nudillos antes de darme un beso suave y breve—. Ven aquí, más cerquita de mí. Deja que lea sólo para nosotros.

—Es que sólo estamos nosotros.

—Chist.

Sonrío, porque en el fondo me encanta que diga esas cosas; que intente evadirnos del mundo y la vida real, aunque estemos en la intimidad de su dormitorio. También me gusta que recuerde mis peticiones y se ofrezca a cumplirlas, como ahora, ofreciéndose a leerme porque sabe que se lo pedí en un mensaje. La verdad es que lo hice porque imaginar su voz suave, ronca y sexy leyendo con calma un buen libro me ponía tontorrona, pero creo que no estaba lista para oírlo leer en francés. De hecho, estoy convencida de que jamás ningún idioma, voz o tono sonará más sexy que Ethan en este momento, acariciando con su mano libre mis hombros, pegándome más a su torso en cuanto hago un amago de moverme y leyendo en voz baja *El principito*.

La cadencia de su voz, el tono y el no entender al cien por cien lo que dice, aunque lo sepa porque he leído el libro dos veces, hacen que me empiece a entrar sueño. Intento por todos los medios mantenerme despierta, pero cuando Ethan besa mi frente con suavidad y levanta las sábanas para taparme sé que no le importa que me rinda a mi deseo más inmediato.

—Duerme —susurra.

—Pero no dejes de leer, Ethan, por favor —mascullo con voz cansada.

—No lo haré.

—Y no te vayas. Odio despertarme en la oscuridad de un sitio desconocido.

—¿Te ha pasado mucho? ¿Despertar en un sitio desconocido y a oscuras?

—Nunca, pero no quiero que ésta sea la primera vez.

—Este sitio no es desconocido ya.

—Me desorientaría. Ethan, no te vayas.

—No lo haré, cariño.

—Y no apagues la luz.

Él sonríe sin despegar los labios, aparta un poco mi flequillo y besa mi frente antes de hablar.

—Mantendré las luces encendidas para ti, te lo prometo.

Cierro los ojos, confiando en sus palabras y sin querer pensar en lo mucho que me arrepentiré mañana de haberle dejado ver lo cobarde que puedo ser en según qué circunstancias, pero estoy demasiado cansada para ser consciente ahora de todo lo que digo o hago. Mis ojos se cierran de manera definitiva y lo último que recuerdo es su voz leyendo en francés, entremezclándose con su aroma y dándome la tranquilidad que hace mucho, mucho, que no tenía.

* * *

Cuando me despierto estoy tumbada de lado sobre el colchón, en vez de sobre Ethan, pero él duerme mirando hacia mí y está tan pegado que puedo sentir su aliento en mi cara. Parpadeo varias veces y miro alrededor. Estoy somnolienta, pero no tonta, así que de inmediato me percato del montón de luces diminutas que brillan sobre nuestras cabezas. Son amarillentas y me quedo observándolas fijamente, pensando que parecen luciérnagas bailando en el cabecero de la cama. Estiro un brazo para tocar una de ellas y es entonces cuando puedo ver el cable verde que las une. ¿Luces de Navidad? Me giro en la cama y miro el suelo, a los pies del cabecero, donde se enreda una bola enorme de luces, también encendidas. No estaban aquí cuando me dormí, estoy segura y, aunque una pequeña parte de mí piensa que debería controlarme, me resulta imposible no besar a Ethan, despertándolo y viendo después en su reloj que son las cuatro de la mañana. Él entreabre los ojos y me mira a través de dos rendijas azules. Su pelo se aplasta por el lado de la almohada y está despeinado por arriba. Me mira tratando de poner toda su atención en mí, y no puedo dejar de pensar que esta imagen se va a quedar conmigo para siempre. Me estiro sobre su cuerpo como una gata perezosa y sonrío besando su pecho.

—Gracias por las luces… —susurro en un tono tan bajo que, por un momento, pienso que no me ha oído.

—Te dije que mantendría las luces encendidas para ti.

—Me bastaba con la lámpara.

—A mí no.

Sonrío otra vez, me muerdo el labio y me alzo un poco para dar un tirón a la sábana que nos separa. Su cuerpo sigue estando desnudo, igual que el mío. Su erección se aplasta contra mi estómago, pero no le hago caso. No todavía, al menos. Él me abraza con fuerza, como si le bastara con esto, a pesar de que su cuerpo tiene otros deseos, y yo me río como una tonta mientras pienso que algo muy malo debe de esconder.

Ningún hombre da tanto sin apenas conocer y sin miedo a salir herido. Por lo general, en cuanto las relaciones toman un cariz serio, son ellos los que tratan de poner pie en pared, por eso me desconcierta mucho Ethan, porque él, lejos de intentar tomar distancias, se acerca más y más y más, y enciende las luces y, de alguna jodida manera, consigue hacerse imprescindible en un tiempo récord.

Cierro los ojos, me obligo a no pensar y dejo que sus brazos, sus caricias y su boca me ayuden a olvidarme de todo, incluso de esta mente que parece no parar nunca. Me restriego sobre su cuerpo, siento su erección caliente en mi bajo vientre y en mi pubis, cuando me muevo, y estoy tan ansiosa por tenerlo dentro que ni siquiera hago amago de coger un condón.

—Estoy limpia y tomo la píldora —susurro cuando apoyo su glande en mi entrada sólo con los movimientos de mis caderas.

Él gime en respuesta y me besa mientras me agarra del culo y me baja con suavidad, clavándose dentro de mí, no sólo a un nivel físico.

—Estoy limpio, cariño, joder…, qué bueno.

Movemos nuestros cuerpos a un ritmo sincronizado que más tarde me dará que pensar, porque sé bien que él siente lo mismo que yo. Y es que parece que llevemos años conociendo el cuerpo del otro. Sé bien cómo mover las caderas para que tiemble, y él sabe de sobra dónde tocar para que pierda el mundo de vista. Esta vez, además, hay algo nuevo, y es que no conseguimos separar nuestros cuerpos ni un solo segundo. Únicamente he hecho amago de sentarme sobre él y cabalgarlo una vez, pero sus manos me han retenido empujándome por la espalda y haciendo que mis pezones se rozaran con su torso.

—No te alejes, nena. No te alejes ni un jodido milímetro de mí, ¿vale?

—Vale —jadeo cerca del clímax.

Aprieto los músculos vaginales y él gime con la boca abierta en respuesta. Aprovecho para besarlo y morder su boca, roja por tantos besos. Imagino que la mía estará aún peor, pues se suma el roce de su barba.

—Lía, cariño, córrete conmigo.

Su voz es suplicante, su cuerpo está tenso y sé que no aguantará mucho más. Yo tampoco, la verdad. Tenerlo tan caliente y sin barreras dentro de mí me ha podido, y muevo arriba y abajo mi cuerpo, frotando cada parte de mi ser con él y buscando mi orgasmo. Cuando se desencadena, grito y cierro los ojos, pero retengo el impulso de arquearme porque no quiero separarme de él ni siquiera esos segundos. Ethan parece pensar lo mismo, porque su voz suena ronca y grave cuando me dice que no puede más. Lo beso en respuesta y siento cómo se derrama en mi interior.

Y puede que sea porque es la primera vez que me permito acostarme con alguien sin condón,

ya que nunca he tenido la confianza suficiente, ni siquiera con mis parejas, para hacerlo. Puede que sea porque acabo de notar cómo una de esas barreras impuestas por culpa de tener a Alma como mi madre se resquebraja y, lejos de asustarme, me alivia. Puede que sea porque antes he asumido de palabra y a regañadientes que tenemos una etiqueta, pero ahora mi cuerpo le está diciendo más, mucho más de lo que puede expresar cualquier palabra dicha o escrita. Puede que sea por este sentimiento que empieza a crecer con fuerza, o porque tengo la certeza de que lo nuestro no acabará aún, pero el caso es que me río en su boca, dejo caer unas lágrimas que lo sorprenden a él tanto como a mí y, cuando consigo calmarme, susurro las palabras que nunca pensé que diría a un hombre.

—Confío en ti, Gallagher.

—¿Por qué? —susurra.

Sonrío, beso la palma de su mano mientras sus yemas acarician mi mejilla, limpiando el rastro de las lágrimas, y le contesto:

—Porque has mantenido las luces encendidas para mí.

Él no habla, pero la mirada que me dedica me dice todo lo que necesito saber. Lo beso, me dejo caer en el colchón por un lateral y, antes de poder pestañear, él me abraza y me regala un montón de besos mientras repite una y otra vez que también confía en mí.

Yo no digo nada más; no puedo. En cambio, miro el cabecero de la cama otra vez y pienso, con una enorme sonrisa, que es la primera vez que hago el amor con cientos de luciérnagas bailando para nosotros.

28

Ethan

Estamos en la cocina preparando el desayuno, que consiste, básicamente, en cereales y leche porque, como bien ha dicho Lía, esta casa es un desastre en lo referente a mantener una alimentación sana y equilibrada.

En realidad, no es que comamos mal, es que de alguna manera cada día acabamos comiendo en el pub, Matt a veces en el hostal y yo en casa de Martín. ¡Es el destino, que no quiere que cocinemos!

Aparte de todo, la miro moverse por la cocina mientras le mete prisas a la cafetera y da saltitos delante de la tostadora porque se hace pis y no se fía de dejarme a cargo. Debería ofenderme, pero está tan preciosa que he decidido que prefiero mirarla sólo por el placer de hacerlo.

Lo de anoche fue… No sé, no tengo palabras ni para empezar a describir cómo me sentí, pero puedo contar que fue algo poderoso, casi mágico. Sentí que ella abría puertas que llevaban cerradas toda una vida y, aunque suene pretencioso, creo que yo logré lo mismo. Ella me besó, me miró a los ojos y me sonrió con la complicidad que sólo consiguen los amantes. Me llevó al jodido cielo a base de caricias, besos y orgasmos y, para rematar, me dijo que confiaba en mí. Y esto que diré puede parecer cursi, pero ésa fue la mejor parte de todas. Cuando la mujer por la que empiezas a sentir algo grande y sin definir te dice que confía en ti, el orgasmo más grande del mundo deja de parecer importante.

No quiero adelantarme ahora, avasallarla sin darme cuenta o actuar con demasiada rapidez, pero sí espero que no se olvide de esta etiqueta que anoche nos colgamos. Esa etiqueta que para mí se llama «relación seria», aunque estoy seguro de que ella temblaría sólo con oír esas palabras. Las siente, pero no quiere decirlas aún, y no pasa nada, porque estoy dispuesto a esperar lo que haga falta.

Abro la nevera para buscar la mermelada y siento sus labios en la parte baja de mi nuca primero y en el centro de mis omóplatos después; me abraza por la cintura, veo sus manos entrelazarse en mi estómago y pienso que podría quedarme aquí todo el día, sintiendo sus pechos en mi espalda y sus manos en mi vientre.

—¿Se te ha olvidado lo que buscas? —pregunta con voz risueña en mi espalda.

Me muerdo una sonrisa, detecto la mermelada y la cojo antes de cerrar la puerta y girarme.

Eso sí, en cuanto hace amago de dejar de abrazarme cojo sus brazos con una mano y los devuelvo a su sitio; a mi cuerpo.

—Estaba pensando en las propiedades de la mermelada. ¿Has oído hablar de ellas alguna vez? —Lía niega con la cabeza y yo elevo las cejas—. ¿En serio? Pues está muy recomendada para mantener una dieta equilibrada.

—Yo pensé que tenía muchísimo azúcar.

—El azúcar es la gracia de la vida, nena —contesto guiñándole un ojo—. También es buena para alargar la vida.

—¿Qué? ¡Eso es mentira!

—Eso es cierto. La mermelada alarga la vida y, además, si te la pones en la piel, te deja un cutis perfecto.

Lía suelta una carcajada, se aleja un poco de mí y niega con la cabeza.

—Estás fatal.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—¿Qué…?

No la dejo acabar la frase. La acorralo contra la encimera, subo su camiseta mientras sus carcajadas se cuelan por mis oídos y ayudan a elevar mi erección y, en cuestión de segundos, abro el bote de mermelada y derramo lo que pretendía que fuese un poco, y al final ha sido bastante producto, en sus pechos. Lía me grita que pare, pero no deja de reír, así que bajo la cabeza y paso la lengua por su cuerpo. Su risa comienza a aflojar cuando mi lengua llega a su pezón y pocos minutos después está sentada en la encimera mientras entro en ella con lentitud y sigo derramando mermelada por su cuerpo y lamiéndola toda, pero dejando su piel pegajosa y la mía, debido al roce, también. El orgasmo es exquisito, dulce a pesar de la situación tan morbosa, o será que al hacerlo sin preservativo las emociones se viven más intensamente. O que ella es una jodida preciosidad, o que creo que me estoy volviendo loco por ella, pero sin el «creo». No sé qué es exactamente, pero sé que cada vez soy más consciente de la adicción que Lía Galán está provocando en mí.

La hora que pasa a continuación se quedará grabada en mis recuerdos para siempre. Limpiamos la cocina entre risas y besos, nos duchamos juntos y jugamos un poco en el exterior con *Summer*, que, a pesar de estar corriendo de un lado para otro, no se le ha echado encima a Lía ni una sola vez, lo que es motivo suficiente para que mi chica sonría. Cuando volvemos dentro para tomar algo fresco y miro mi móvil me doy cuenta de que tengo dos llamadas perdidas. Una, de mi editora, que ignoro inmediatamente, aunque me haga sentir remordimientos, y otra de Martín. Frunzo el ceño porque él no suele llamarme nunca y le di mi teléfono para que lo usara en caso de emergencia.

—Oye, voy a hacer una llamada —le digo a Lía.

—¿Todo bien? —pregunta ella.

—Sí, sí.

No le cuento que es de Martín porque prefiero asegurarme de que no pasa nada y asustarla en vano es una tontería. Salgo al porche, marco la tecla de rellamada y en cuanto el hombre me contesta con tranquilidad me calmo.

—Martín, soy Ethan.

—¡Rubiales! Contigo quería yo hablar. ¿Puedes quedarte con Emma esta tarde? Tengo que salir ahora hacia la ciudad y no quiero que haga un viaje tan largo sólo para acompañarme.

Mi primera reacción es decirle que sí, pero recuerdo que es probable que vaya a tope en el pub, así que antes debería hablar con Matt.

—Deja que hable con mi hermano y te digo.

—Si no puedes, llamo a la doctora.

—Si te refieres a Lía, está aquí conmigo.

—¡Vaya! ¡Si hasta espabilaste un poquito! Deja, que voy a la iglesia a pedirle al párroco que repique campanas en tu honor.

Se me escapa una carcajada, porque este hombre es un sinvergüenza, y entro en casa con el teléfono aún pegado a la oreja.

—Voy a preguntarle si podría hacerse cargo, pero te digo que, si Matt me puede cubrir, yo también puedo.

—Bueno, pero pregúntale, porque me voy ya y, si no voy a poder dejarla con nadie, tengo que ir al colegio a sacarla y luego llevármela.

—Tranquilo. —Llego a la habitación, donde Lía está tirada con uno de mis libros sobre la cama, y le sonrío mientras apoyo el auricular del teléfono en mi pecho—. Nena, es Martín, que me pregunta si puedo quedarme con Emma esta tarde. Creo que no hay problema, pero, a las malas, ¿puedes ocuparte tú un rato?

—¡Claro! Me la llevo al hostal, no es problema.

Asiento, le confirmo a Martín que uno de nosotros recogerá a la niña en el cole y, cuando cuelgo, me tiro en la cama y acorralo a Lía bajo mis brazos.

—Ni lo intentes, porque tengo que irme en breve.

—¿Ya? —pregunto poniendo cara de pena.

—Sí, no quiero arriesgarme a que Alma se despierte y yo no ande por allí.

Hago una mueca, porque odio, un poco, que esté tan pendiente de su madre, pero ese tema siempre nos conduce a discutir, así que la beso en los labios, bajo de la cama y hago todo lo posible por no tocarla mucho para no encenderme y quedarme con el calentón. Y, sí, sé que hemos practicado muchísimo sexo estos días, pero es que tengo la teoría, cada vez más convincente, de que no me cansaría del sexo con esta mujer nunca.

* * *

Al final Lía recoge a Emma del cole, porque yo tengo que abrir el pub, por lo menos. Matt también está trabajando, así que no puedo ponerme a malas. Me apetece un montón irme con las chicas, pero no puedo fallarle a mi hermano, sobre todo, porque el único motivo de que no haya podido largarme antes es que el chico que hacía turno hoy necesitaba un par de horas para asuntos personales. Eso sí, en cuanto llega mi hermano me obliga a largarme sin dejarme siquiera acabar de servir una cerveza que tengo en la mano. En otro momento me habría puesto digno, pero creo que se me notan las ansias por salir de aquí.

Subo en la camioneta, reviso mi móvil y veo que hay una llamada más de mi editora. Apoyo la frente en el volante y, por un momento, me pregunto qué cojones estoy haciendo con mi vida. La inspiración parecía haber vuelto, pero con esto de haber podido estar con Lía desde anoche ni siquiera había recordado que tenía pendiente escribir. Ahora me sabe mal inventarme otra excusa, porque no la hay. Necesito sacar tiempo de donde sea y escribir porque ése es mi verdadero trabajo y lo que me llena más que cualquier otra cosa. Ayudar a Matt en el pub me gusta, pero no es mi vocación, y hasta mi hermano lo sabe. Yo quiero seguir siendo escritor, pero necesito centrarme un poco más. Bastante más. Muchísimo más. Bien, dejémoslo aquí porque el concepto ya está claro, ¿no?

Conduzco hacia el hostal haciendo muecas, pensando que Emma está bien con Lía y quizá yo debería aprovechar para escribir, pero es que… es que las ansias de verlas me pueden, y llegar y encontrarlas haciendo un pastel de chocolate hace que mi sonrisa aparezca tan rápido que hasta se me olvida mi remordimiento.

—¿Vamos a celebrar algo?

Emma me mira de inmediato con una gran sonrisa. Tiene puesto un delantal que le queda enorme, las comisuras de su boca están llenas de marrón, así que imagino que su ayuda consiste en comer todo lo posible, y tiene el pelo recogido en dos coletas que botan con cada movimiento de su cabeza.

—¡Ethan! ¿Sabes qué estamos haciendo? ¡Pastel de chocolate! Lía dijo que podíamos, y además me ha dejado ser su pinche de cocina. ¿Sabes lo que es un pinche, Ethan? Es la persona más importante de toda la cocina, porque si el pinche no ayuda y no le da al cocinero todo lo que necesita, no se pueden hacer los platos. ¡Lía es la cocinera! Bueno, la pastelera, porque esto es un pastel. ¡Lleva chocolate! Bueno, eso ya te lo he dicho, pero no te importa que lo repita, ¿verdad? ¿Vas a querer un poco? Si te portas bien, te damos, pero tienes que ser un chico bueno. ¿Eres un chico bueno, Ethan?

—Eso, Gallagher. ¿Eres un chico bueno?

Me apoyo en el quicio de la puerta y me cruzo de brazos y de pies mientras las miro a ambas con una sonrisa chulesca. La pequeña parece expectante, la mayor se divierte mientras gira la cara y me deja ver una deliciosa mancha de chocolate en su mejilla. Avanzo hacia ella, atraído por sus ojos, su boca, su sonrisa o…, yo qué sé, el conjunto entero me vuelve loco. Llego a su altura y, cuando ella me señala a Emma con los ojos, supongo que para advertirme que no la bese en la boca, yo sonrío, agacho la cara y beso su mejilla, justo sobre la mancha, dándole un pequeño lametón, de paso, mientras ella se agarra a mi pecho y lo palmea sin convicción.

—Soy un chico buenísimo —contesto en su oído.

Quería que mis palabras tuvieran un efecto inmediato en su entrepierna, ya que el tono me ha quedado bastante bien, pero he olvidado que tenemos una pequeña de cuatro años pendiente de nosotros, así que lo máximo que Lía hace es sobresaltarse cuando Emma exclama:

—¡Pues si eres bueno, sí que te damos tarta! ¿A que sí, Lía?

Ella me mira y puedo ver en sus pupilas dilatadas que, por un segundo, ha perdido el mundo de vista y ha pensado sólo en lo bueno que sería poder follar aquí y ahora. O quizá recordaba nuestra sesión de esta mañana en la cocina de la cabaña. El caso es que el momento ha pasado,

así que Lía mira a Emma sonriendo y asiente mientras me palmea el brazo para que tome asiento.

—Sí, cariño, le daremos un trozo, pero cuando esté lista.

—¡Bien!

—¿A qué vienen tantos gritos?

Nos giramos los tres a tiempo de ver a Alma entrar con mala cara y los ojos hinchados. Se nota mucho que se acaba de levantar, y flipo, porque Matt me dijo que la dejó en casa a las cinco y poco, así que no sé cómo no se cansa de dormir tanto, teniendo en cuenta que es bien entrada la tarde.

—Estamos haciendo un pastel. ¿Te ha sentado bien la siesta? —pregunta Lía, y no me pasa desapercibido el tono sarcástico que usa.

Supongo que Alma sí se despertó antes, pero como ya voy conociéndola voy a pensar que comió algo y volvió a acostarse sin preguntar a nadie si era buena para ayudar en algo. Ella no es de ese tipo de personas. Ya sabes, me refiero a las amables y educadas.

—Tengo un puto dolor de cabeza tremendo. ¿Me haces una manzanilla? Creo que he cogido algo.

Emma abre los ojos de par en par, se baja del taburete en el que está subida y viene hacia mí, alzando los bracitos y pidiéndome sin palabras que la coja. La alzo y me desvío hacia la mesa para dejar a madre e hija solas. En cuanto me siento, la niña se acerca a mi oído y susurra:

—Ha dicho una palabrota. Una gran, gran palabrota.

—Sí, cariño —digo también en tono bajo—. Tú no la repitas nunca, ¿vale?

—Vale.

Miro a Alma y me extraña un poco que no se me haya insinuado, pero cuando Lía le pone la manzanilla sobre la encimera y ella protesta porque está muy caliente me doy cuenta de que ahora mismo está pensando en ella tanto que es probable que ni siquiera haya caído en la cuenta de que estoy aquí. Me ha visto, pero soy un bulto más. Estoy seguro de que esta mujer va por la vida pensando que el resto de los seres humanos no son más que cachos de carne con ojos. Ella mira a las personas como si no fueran nada, como si simplemente no existieran en su vida, a no ser que necesite algo. Es triste, pero para mí lo peor es ver cómo Lía, una vez más, cede ante ella. Que ya sé que prepararle la jodida manzanilla es una tontería, que le cuesta menos hacerlo que discutir con ella, pero me jode que tenga tanto control sobre su persona. Me jode mucho, y creo que cada vez se me va a notar más.

—¿Y qué hace aquí la mocosa? —pregunta Alma de pronto, dejando de protestar por la infusión para centrar la vista en Emma, que, sobre mi regazo, se encoge tanto que siento el impulso de sacarla de aquí de inmediato.

—Se llama Emma y está aquí porque su abuelo tenía asuntos que resolver en la ciudad.

—¿Y no había nadie más a quien dejársela? Los niños siempre están dando la lata.

—Como tú no vas a tener que estar con ella, no será un problema —dice Lía con calma.

La miro y me doy cuenta de que está contenida al máximo. De hecho, es la primera vez que la veo a punto de saltar de verdad, y me alegra, porque eso significa que Emma le importa lo suficiente como para no callarse.

—Da igual que yo no esté con ella, Lía, no puedo creer que te hayan liado para hacer de

canguro. ¡Si es que eres tonta, hija! Siempre te lían.

—La verdad es que sí soy tonta, gilipollas más bien, porque todos, todos se aprovechan de mí. Hasta tú —dice ésta mientras Emma se acongoja aún más. Lía me mira y le pido con la mirada que se calme. Ella toma aire y sigue hablándole a su madre—: Mira, Alma, tómate la manzanilla y vete a descansar porque estoy muy cansada.

—Si esto es por lo de esta mañana…

—Mamá, vale ya.

—¡Pero es que eres muy injusta! ¡Fíjate! —Me mira y me señala—. Está aquí y ni siquiera le he dicho lo bueno que está. ¡Encima de que cumplo mi promesa, me tratas como si yo hubiera hecho algo malo!

Yo frunzo el ceño, porque no sé de qué promesa habla, pero Lía agacha la mirada un segundo y al siguiente se enfrenta a su madre con tanta fuerza que me siento henchido de orgullo. Creo que hasta Emma empieza a perder su miedo, porque se ha enderezado un poquito y, aunque no me suelta, presta atención a la escena con más entereza que hace unos segundos.

—Cállate, ¿vale? Cállate de una vez.

—¡Pero, Lía…!

—Que te calles. ¡Que te calles! ¡No quiero oírte abrir la boca otra vez, Alma! ¿Me has entendido?

—¡A mí ni me grites ni me mandes, que soy tu madre!

—¡Dejaré de gritarte y de mandarte cuando te comportes como tal, joder!

Alma contesta algo, pero Emma empieza a llorar y yo no la escucho. Me levanto y saco a la niña de la cocina de inmediato, maldiciéndome por haber aguantado tanto tiempo con ella aquí. Me siento en una de las terrazas, apoyo a Emma sobre mi pecho y le canto de nuevo esa canción del barquito de cáscara de nuez mientras ella empieza a calmarse poco a poco.

—No me gusta que Lía grite —susurra.

—Lo sé, cariño, pero no te gritaba a ti.

—Da igual. Estaba enfadada y triste y no quiero que esté ni enfadada ni triste.

—Se le pasará, te lo prometo.

Ella guarda silencio, juega con las arrugas de mi camiseta y, cuando pasan unos segundos, habla de nuevo.

—¿Me cantas otra vez?

Sonrío y asiento mientras entono la canción que, a este ritmo, se convertirá en la que más veces he cantado en toda mi vida. Esperamos pacientemente a que Lía salga y, cuando lo hace y veo sus ojos rojos, me descubro odiando a Alma un poquito más, si es que eso es posible.

29

A veces me pregunto cómo es posible que los días puedan torcerse o enderezarse en sólo unos minutos o gracias a una sola persona, pero luego recuerdo que mi madre es Alma y todo cobra sentido.

Esta mañana llegué al hostal en una nube, me fui directa a buscar a mi tía y, cuando la encontré en la terraza, no dudé en contarle todo lo acontecido entre Ethan y yo. Ella se alegró al máximo, como es lógico, y hasta bromeó con eso de que ahora soy su sobrina y, al mismo tiempo, su cuñada. Solté una carcajada y le pedí que no flipara tanto, porque una cosa era tener etiqueta y otra que esto sea definitivo, o para siempre. Me gané la primera bronca del día, pero las dos acabamos riendo, así que ni siquiera lo tuve en cuenta. Dolores había hecho ya la comida, por lo que yo sólo tenía que hacer tiempo para recoger a Emma del cole. Todo iba bien hasta que Alma resucitó de malas y con resaca. Empezó diciéndome que la noche había sido genial, a pesar de que Ethan no estaba, pero que no le importaba porque Matt la había llevado al hostal y estaba segura de que, al despedirse, había visto una erección en el pantalón de él. Por supuesto no la creí, porque estoy convencida de que mi madre estaba lo suficientemente borracha como para confundir la realidad con sus películas mentales. ¿Qué pasó? Que Iris apareció en la cocina, Alma no se cortó a la hora de soltarle su teoría y mi tía, aunque no la creyó, dudó. Y a mi madre una duda le es suficiente para venirse arriba. Empezó a decir que esta noche volvería al pub y que, si quería darse cuenta de que Matt no era sólo suyo, la acompañara para verlo con sus propios ojos. Acto seguido, la miró de arriba abajo y dijo, literalmente: «Ah, no, que estás lisiada». Mi tía la miró en silencio, dio media vuelta y se fue a su cuarto mientras mi madre se reía entre dientes de manera cruel. Hice un amago de regañarla, pero me dijo que no me molestara, que tenía que estar agradecida porque, ahora que volvía a ir a por Matt, «el rubito» quedaba libre para mí. Me lanzó, sin rodeos, que se había fijado en que me gustaba y que no era tonta. Incluso me dijo que estaba segura de que yo había pasado la noche con él y, como soy idiota, me quedé en silencio, confirmando sus palabras. Mi madre sonrió y me dijo que no me preocupara, porque me prometía no volver a mirar a Ethan con ojos lujuriosos. No la creí, por supuesto, así que me limité a aconsejarle que se acostara y dejara de decir gilipolleces. Ella me hizo caso, pero creo que fue porque ya se sentía satisfecha con eso de habernos jodido a las dos. Cuando por fin se largó intenté hablar con Iris, pero ella se negó y yo tenía que ir a recoger a Emma, así que me fui al colegio y ya no tuvimos oportunidad de hablar.

Ahora Ethan acaba de salir con la niña asustada gracias a mi salida de tono y, por si no

tuviera ya bastante, tengo que ver cómo mi madre me mira altiva y se regodea con su segunda victoria del día.

—Y decías que no estabas liada con él… —Se ríe con malicia y aprieto los dientes.

—Ha venido a por Emma.

—La mocosa no es más que una excusa. ¿De verdad te crees que a él le importa esa niña? Por Dios, Lía, no seas tan inocente.

—No lo soy. Él adora a Emma.

—Él adora meterla en caliente, como todos. Contigo ya lo ha conseguido, y debes ser buena, cariño, porque se ve que tiene ganas de repetir.

No sé si me dan más asco sus palabras o el orgullo que parece teñir su voz.

—Mamá…

—¿Tanto te cuesta admitir que estuviste anoche con él?

—No tengo que admitir nada, y menos delante de ti.

—Dios, mira que eres remilgada. Espero que follando seas mejor, o ese chico se cansará de ti mucho antes de cumplir una semana.

—Haz las maletas, mamá —digo intentando obviar el dolor que me producen sus palabras—. Mañana nos vamos de aquí sin demora. Y si no nos vamos hoy es porque Iris aún tiene la escayola, pero lo más probable es que se la quiten mañana, así que nos vamos.

Ella se queda mirándome muy seria unos segundos y, al final, se encoge de hombros y suspira como si nada.

—Bueno, pues tendré que follarme a Matt esta noche.

—Alma, ni se te ocurra…

—Mira, niña, agradece que elijo joder a mi hermana antes que a mi hija.

Y, con las mismas, se va mientras yo no puedo evitar que las lágrimas caigan de mis ojos, porque no puedo creer que hayamos conseguido poner este pueblo patas arriba en tan poco tiempo. Hemos jodido a mi tía a muchos niveles, no sólo físicos, porque su pierna se cura, pero recuperarse de esta visita le va a llevar, como mínimo, meses. Mi primera reacción, para ser sincera, es coger el teléfono, llamar a Matt y suplicarle que no se acueste con mi madre, pero estoy segura de que él no hará nada para dañar a Iris. La quiere y si, por un casual, se decidiera a caer en las garras de Alma, pues…, bueno, me dolería mucho por mi tía, pero tampoco quiero que esté con alguien tan débil como para dejarse liar por mi madre.

Me limpio las lágrimas, respiro hondo y decido que lo mejor es hacer las cosas paso a paso. Saldré a la terraza para prometerles a Ethan y a Emma que todo está bien, los mandaré a casa con el pastel de chocolate y luego me ocuparé de intentar animar a Iris y convencerla de que no tiene de qué preocuparse.

Cuando salgo los encuentro acurrucados en una silla de la terraza. Ethan la sostiene contra su cuerpo con tanta fuerza que a Emma casi no se la ve. Él está un poco retrepado y canta una canción que hace que el nudo de mi garganta crezca, porque es dulce y tierna y…

—Ey, hola.

Él estira la mano para que se la coja mientras Emma saca la carita de su torso y me sonríe. Me fijo en el contraste que hace su brazo tatuado alrededor del pequeño cuerpo de la niña y, lejos

de parecerme algo rudo, me enternece aún más.

—Hola, Lía. ¿Estás bien?

—Sí, cariño. —Le sonrío y me doy cuenta de que es de las pocas veces que Emma no se engancha en una de sus diatribas—. ¿Estabais cantando?

—Ethan cantaba porque yo estaba un poco triste.

—¿Y eso? —pregunto, a pesar de saber la respuesta.

—No me gusta que grites, ni que estés enfadada, ni tampoco triste. Y no me gusta que llores.

Hago verdaderos esfuerzos por no llorar de nuevo, porque sigo tocada por culpa de Alma, y carraspeo mientras me hago un hueco junto a ella y me siento en la pierna de Ethan.

—Ya no gritaré más, te lo prometo.

—¿Quieres que Ethan nos cante a las dos?

Asiento sin mirarlo a él, porque no sé qué pensará de esto, pero siento un beso rasposo por culpa de su barba en mi hombro y poco después su voz grave y ronca llena el espacio con una canción infantil que, de pronto, me parece la más reconfortante de todas las canciones. Emma debe de pensar lo mismo, porque agarra mi mano y me sonríe mientras los brazos de Ethan nos rodean a las dos.

Tengo que decirles que se marchen, soy consciente, pero estar aquí me hace tanto bien que espero largos minutos antes de besar la frente de Emma, los labios de Ethan y pedirles que se lleven el pastel de chocolate.

Ella protesta un poco y me dice que quiere comérselo aquí, pero Ethan la convence diciéndole que mejor se van a casa, esperan a su abuelo y así él también puede comer. No soy tonta y sé que lo hace para ayudarme. Se lo agradezco como ni siquiera se imagina, pero una parte de mí quiere que se quede aquí, cantándome toda la tarde, y toda la noche. Que me cante hasta que Alma desaparezca y sólo sea un mal recuerdo en mi vida. Sé que eso no es posible, pero aun así agradezco que sus labios se unan a los míos en un beso tierno y anhelante de despedida.

—¿Estarás bien? —susurra en mi boca.

—Sí. Venga, ve con ella…

—Si puedes escaparte un momento, llámame, ¿vale? Vendré, aunque tenga que buscar un suplente en el pub.

Asiento sin más y me despido de la niña, que se ríe con un poco de vergüenza y canturrea una canción basada, básicamente, en la frase «Ethan y Lía son novios». Cuando ya se han ido, de hecho, me doy cuenta de que esa afirmación no me ha molestado lo más mínimo, lo que me da una idea de lo enganchada que estoy a este hombre.

De todas formas, ahora no es momento de pensar en eso. Cojo aire, me giro y voy al dormitorio de mi tía, de donde no ha salido en todo el día.

La encuentro viendo la televisión, tiene los ojos hinchados, supongo que por culpa del llanto, y en cuanto me ve se endereza en la cama y niega con la cabeza.

—Estoy bien.

—No lo pareces.

Ella hace amago de hablar, pero la voz le tiembla, los labios se le crispan y al final deja caer

dos nuevas lágrimas mientras señala la puerta.

—Tiene que irse, Lía. No lo soporto más. Te juro que he intentado tener paciencia, hacer la vista gorda y hasta evadir su presencia, pero es que ya no quiero verla ni un segundo más aquí. Me da igual que sea mi hermana porque la odio, ¿me oyes? La odio y, si quiere tirarse a Matt, ¡pues que lo haga! Las dos sabemos que si se lo propone lo conseguirá, así que cuanto antes, mejor.

—No lo va a conseguir, porque Matt te adora.

—Cómo se nota que no conoces a los hombres… ¿Qué crees que pasará cuando ella se le eche encima una y otra vez?

—Nada. Iris, si Matt quisiera ceder ante Alma, ya lo habría hecho. Ha tenido bastantes oportunidades y las dos lo sabemos.

—Al final caerá.

—No le hagas eso —susurro—. No le quites a Matt la confianza y no le des a mi madre la satisfacción de ver cómo lo jodes todo por su culpa.

—Pero es que… es tan mala, joder. ¿Cómo puedes quererla?

Abro la boca para contestar, pero lo cierto es que no sé qué decir. No sé si quiero a mi madre. Hasta hace un mes o así pensaba que sí, que con sus cosas y todo la quería, pero empiezo a creer que eso es lo que me pasa cuando me alejo un poco de ella. Llevaba tiempo sin verla, y la distancia hace que las cosas malas se olviden un poco. Hoy por hoy, no sabría decir si la quiero. Supongo que sí, porque es mi madre y ese lazo está ahí, pero por otro lado nunca se ha comportado como tal. A lo mejor sólo estoy encariñada con ella, o puede que este sentido mío de la responsabilidad me haga obligarme a quererla, cuando no debería ser así. No sé lo que es, pero sé que no puedo mentirle a Iris, por lo que le digo lo único que se me ocurre y es verdad.

—Esta relación madre-hija es tan tóxica que ya no sé si la quiero o sólo intento sobrevivir a ella.

Mi tía me mira con los ojos de par en par. Supongo que se está dando cuenta, por primera vez, de lo que mis palabras significan. No siento amor real por mi madre, no ahora mismo, desde luego y, sin embargo, aquí sigo, cuidándola y aguantando sus mierdas. Soy casi su esclava, porque no tengo libertad ni poder de decisión. No puedo hacer algo sin antes pensar en cómo afectará a Alma o en cómo me afectará a mí por culpa de la infancia de mierda que mi madre me dio. Ella es un demonio en cada rincón de mi vida, de mi cuerpo y de mi mente, y supongo que la única razón por la que no me paro a analizarme a mí misma es porque tengo la aplastante seguridad de que, en el momento en que lo haga, tendré que aceptar lo mal que he hecho siempre las cosas. Eso, y que no tengo ni un solo plan con respecto a Alma, aparte de seguir aguantándola, lo que resulta muy muy triste.

—Deja que se largue a tu piso —susurra entonces Iris.

Frunzo el ceño sin entenderla, pero ella se endereza en la cama tan rápido que cuando quiero darme cuenta tiene mi mano sujeta y me mira con ojos esperanzados.

—Iris…

—Dile que puede irse a la ciudad y ocupar tu piso. Yo te ayudaré a pagar el alquiler y tú te quedarás aquí.

—¿Qué…?

—¡Es perfecto, Lía! Al final, tenerla aquí nos está saliendo más caro que dejarla ir a tu piso de alquiler y pagar a medias la renta.

—No... no sé, Iris. Esto era temporal y aquél es mi piso. Tengo que buscar trabajo y…

—¡Ya tienes un trabajo! —exclama ella exasperada—. Tus últimos trabajos han sido como camarera y yo te estoy ofreciendo algo parecido, pero mejor. No tendrías jefes, porque yo no cuento, cobrarías y podrías vivir aquí sin pagar una renta. Ahorrarías dinero mientras decides lo que quieres hacer con tu futuro y yo tendría ayuda.

—Pero en los meses bajos tú no puedes pagarme un sueldo fijo y…

—Haremos esto. Cobrarás un porcentaje de los beneficios y no te cobraré por vivir aquí conmigo. Siempre tendrás techo y cama, y los meses de verano son muy buenos, Lía, tú lo sabes. Con eso y lo poco que saquemos en invierno, vives más que de sobra.

—Pero…

—Y está Ethan —me dice ella sin dejarme hablar—. Dices que está dispuesto a ir a la ciudad, pero él tiene que escribir, Lía, y tú tienes que ayudarlo a ponerse de una vez. No podemos permitir que se pierda, cada vez más, en las absurdas excusas que se pone para no hacerlo. Si te quedas, todo será perfecto.

—Hasta ahora no lo ha sido… —susurro.

—¡Por Alma! Por eso tienes que echarla. Invéntate cualquier cosa, dile que has decidido darle una oportunidad más y confiar en ella para que cuide de tu piso. Que sólo tendrá que pagar su comida y sus gastos, obviamente, y que tú te harás cargo de todo. Yo pagaré la mitad.

—No, no puedo dejar que pagues la mitad.

—Lía, debería haber hecho mucho más por ti cuando eras una niña. Todos deberíamos haber hecho mucho más por ti. Por favor, deja que te ayude con Alma y, a cambio, ayúdame tú quedándote aquí conmigo.

Me pinzo el labio y pienso en ello. En realidad, la idea me atrae tanto que me asusta, porque no sé si es sano tener tantas ilusiones en un espacio tan corto de tiempo. Llevo aquí algo más de un mes y, si quito las partes en que Alma me ha vuelto loca, he sido bastante feliz. He estado tranquila, me he ocupado del hostal con soltura y he tenido a Iris a mi lado, demostrándome que, además de familia, es mi mejor amiga.

Además, está Ethan… ¡Y no sólo él! Están Matt, Martin y Emma. Aunque Ethan y yo sigamos juntos y él venga a verme a la ciudad, ya no veré a estos últimos, y eso no es lo que quiero. No quiero perderme las risas con Matt, ni las discusiones con el gruñón de Martín ni los besos y la verborrea de Emma. No quiero perdérmelos a ellos y no quiero perderme a Ethan, al que, además, quiero ayudar con su bloqueo. No sé cómo, no sé qué debo hacer ni pretendo ser su musa. Esas cosas se las dejo a Alma, pero debe de haber alguna forma de que consiga superarlo. Quiero estar a su lado y ayudarlo en todo lo que pueda, igual que sé que él estaría al mío. Y si Alma no está podré dormir con él más veces y… Dios, la idea me atrae tanto que pienso que algún fallo debe de tener y, cuantas más vueltas le doy, más claro tengo que el problema es uno, pero parece muy grande.

—Alma no querrá irse si yo no me voy con ella.

—Tendrá tu piso gratis, podrá entrar y salir sin que nadie le pregunte nada, y con lo que cobra por el alquiler de la casa tiene de sobra para correrse más de una juerga. Créeme, Lía, ni siquiera un polvo con Matt hará que se quede. —Yo tengo mis dudas y mi tía debe de notarlo, porque se encoge de hombros y señala la puerta—. Llámala y averigüémoslo.

Me pongo a temblar de inmediato y niego con la cabeza.

—No, así no funciona Alma. —Suspiro y la miro con determinación—. Mañana, cuando salgas del médico, sin escayola, tienes que contarle que te han mandado un montón de rehabilitación y que, con el verano encima, necesitas más extras para trabajar. Ofrécele un puesto de trabajo y, cuando venga a quejárseme, le diré que yo me quedo pero que, si quiere, puede irse a mi piso para no molestar por aquí.

—No le va a caer bien que le digas que aquí molesta.

—Le ofrezco un piso y le quito el marrón de tener que trabajar. Créeme, aguantaría cualquier insulto con tal de largarse sabiéndose mantenida por una temporada.

Mi tía duda, pero al final claudica. Yo me voy a hacer la cena y me paso la noche nerviosa, pensando en todo lo que ocurrirá mañana. Alma sale casi a medianoche para decirme que tiene la maleta hecha y que va a despedirse de Elí de Sol. Me quejo un poco para que no se me note que, en realidad, estoy contando las horas para que se largue para siempre y, cuando se va, me meto en la cama y rezo para que el tiempo pase lo más rápido posible.

* * *

Al día siguiente, cuando Iris llega del médico y cuenta la situación, Alma se horroriza tanto que, en cuanto le doy la opción de irse a la ciudad y quedarse en mi piso, la coge sin vacilar. De hecho, está tan ansiosa por irse que ni siquiera ha pinchado a Iris con Matt. Tampoco podría haberlo hecho, porque él apareció aquí anoche y ha estado en el dormitorio con Iris hasta ahora, que ya es por la tarde y mi madre se está despidiendo de nosotros tres y de Dolores como si nos fuese a echar de menos, cuando todos sabemos que no es así.

—Estoy tan contenta de que hayas entrado en razón, cariño —me dice mientras me besa las mejillas—. Yo aquí me asfixio. Necesito el bullicio de la gran ciudad…, quizá busque un trabajo porque me sabe muy mal que pagues el alquiler por mí. —Contengo las ganas de soltar una carcajada, y ella sigue—: Además, así te dejo vía libre con Ethan, que no quiero caer en un triángulo absurdo con mi hija.

Se podría decir que está preocupada, pero yo, que la conozco, sé que lo que me está diciendo es algo como: «Si quisiera, te lo quitaría, pero te lo regalo porque soy la mejor madre del mundo». En otro momento me habría enervado, pero tengo tantas, tantas ganas de que se largue, que sonrío y hasta le doy un abrazo mientras le pido que se cuide.

La subimos en un taxi que pagamos por adelantado y, cuando vemos el coche alejarse por el carril serpenteante de Elí de Sol desde los acantilados, es Matt el primero que habla.

—¿Creéis que tardará mucho en quemar la ciudad, literalmente?

Iris y yo soltamos una carcajada y es mi tía la que contesta que ése, de momento, no es asunto suyo.

En realidad, yo estoy un poco inquieta, porque no me fío de ella y sé que, antes o después, volverá a mí con problemas y sus mierdas nuevas, pero de momento soy libre, así que me disculpo con ellos y cojo mi móvil.

Ethan no ha dejado de escribirme desde anoche. Me ha llamado un par de veces a lo largo de la mañana y sé que piensa que yo también me he ido, porque Matt me ha confirmado que no le ha dicho nada y que prefiere que sea yo quien le dé la sorpresa. Me imagino que Ethan debe de estar pensando que me he largado sin despedirme, así que esta mañana le pedí a Iris uno de esos conjuntos íntimos que tan matadores resultan y, a pesar de que de pecho me sobra un poco de tela, no es algo que llame la atención para mal, así que me pongo un vestido veraniego, cojo la camioneta y conduzco hacia la cabaña. Ethan entrará a trabajar en el turno de tarde, como siempre, así que aún tengo un ratito antes de que llegue su hora de ir al pub.

Al llegar, *Summer* me recibe con un par de ladridos y un movimiento de rabo vigoroso, pero no se me echa encima y yo sonrío pletórica, porque esta perra y yo al final hemos hecho unas migas buenísimas.

Subo los escalones, miro en derredor y, cuando me cercioro de que no hay nadie, me quito el vestido y me quedo con el conjunto y nada más. Toco con los nudillos en la puerta y espero con los nervios a flor de piel.

Ethan abre la puerta con aire distraído y, cuando me ve, se queda con la boca abierta, literalmente.

—¿Qué…?

—Tengo dos noticias: una buena y una mala. ¿Cuál prefieres primero?

—La buena, porque intuyo que tiene que ver con esto… —susurra mientras me hace entrar, rodea mi cintura con sus brazos y besa mi cuello.

—Alma se ha largado del pueblo.

Él deja mi cuello y me mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿Cómo que Alma se ha marchado? ¿No os ibais las dos?

—Ésa es la noticia mala: yo he decidido quedarme y darte tormento un poquito más de tiempo.

—¿Quedarte… a vivir? —pregunta con cautela.

—De momento, sí.

Él me suelta, se restriega la cara con energía y suelta el aire con tanta fuerza que mueve las puntas de mi pelo.

—Vale, y antes de que te salte encima, dime, ¿significa eso que vamos a estar juntos en una relación normal sin escondernos y que, además, podré verte cada día a la hora que quiera?

—Significa que vamos a estar juntos en una relación normal, sin escondernos y viéndonos cada vez que queramos. Al menos, hasta que mi madre la cague en la ciudad, que la cagará, ya te lo digo yo.

Él suelta una carcajada, me abraza y gira conmigo tan rápido que cierro los ojos para no marearme. Yo, por mi lado, sigo estando tan pletórica que aún me cuesta creer que de verdad vaya a quedarme en Elí de Sol.

Eso sí, cuando Ethan me tumba en el sofá y me hace el amor con tal dulzura que me arranca

lágrimas cargadas de plenitud, me convenzo de que, no sé en un futuro, pero ahora mismo mi sitio está aquí.

Y no, no me parezco a Alma, porque yo me quedo por un hombre, pero también por una mujer, por un abuelo, por una niña y hasta por un perro y una gallina. No soy como Alma porque a mí todas esas personas y su felicidad me importan más que la mía propia, y eso es algo que ella jamás ha sentido ni sentirá.

30

Han pasado tres meses y medio y la única pega que puedo ponerle a este tiempo es que en Elí de Sol hace un calor abrasador en verano y me he quemado infinitas veces, porque por más que uso crema solar y por más que me convenzo de que el rojo se volverá moreno, siempre vuelve al blanco, pero antes me obliga a estar como una culebra mudando la piel unos días. Ethan dice que hasta eso es sexy, pero creo que él me vería sexy vestida de la mierda del WhatsApp, así que no lo tengo en cuenta ni me tomo sus palabras con objetividad.

Quitando eso, creo que es posible que hayan sido los mejores meses de toda mi vida. He disfrutado, por primera vez, de una relación sana con un hombre. Sana y, para ser sincera, duradera, porque antes no habría aguantado más que un par de meses. Me agobiaba, pensaba que algo iba mal y al final era yo quien acababa sacándolos de mi vida. No digo que sea justo, no creo que lo sea, pero es la verdad.

Ethan y yo hemos dormido juntos cada noche, menos los cuatro días que viajó a París para encontrarse con su editora, que estaba pasando unos días allí. Al principio me puse un poco celosa, pero en cuanto me enseñó una foto de ella, con cierta edad ya, su marido y sus tres hijos, ya mayores, se me pasó. Él tenía que dar la cara y, además, consiguió llevarle media novela de su nuevo proyecto, que a mí me encanta, aunque él jure y perjure que aún le queda mucho por hacer y es pronto para determinar si valdrá la pena.

Me he dado cuenta de que es demasiado exigente con su trabajo, pero supongo que por eso ha tenido tanto éxito. Además, aunque no se lo diga a nadie, siento envidia al ver que, en realidad, él no tiene dudas con respecto a su futuro. Quiere escribir, aunque le cueste, se bloquee y acabe de los nervios la mayoría de los días. También entiendo que esta situación ha sido especial y que él intentaba superar un bache artístico, pero, por suerte, eso ya es casi historia. Aún tiene días en los que no escribe, pero sí se documenta, lee y coge un montón de notas. Ya no busca excusas para no ponerse a escribir, y un par de veces hasta ha pospuesto algún plan para poder hacerlo, y eso, lejos de molestarme, me encanta, porque significa que sus musas cada día lo poseen más.

No voy a negar que también me da miedo, porque ninguno de los dos ha sacado el tema de lo que pasará cuando acabe la novela y su bloqueo sea cosa del pasado definitivamente. Yo no quiero preguntarle qué planes tiene, por si me dice que quiere hacer la maleta e irse, y él tampoco me pregunta, supongo que tendrá sus razones, o no cree que yo deba tener una opinión al respecto… No, borra eso último, ya conozco a Ethan y él siempre cuenta con mi opinión para

todo, hasta para comprar las verduras del súper, así que creo que, simplemente, no ha caído o no sabe cómo abordar este tema.

Por otro lado, mi relación con la gente del pueblo ha dado un cambio radical. En cuanto Alma se largó y se dieron cuenta de que yo no daba problemas, tenía novio estable —lo que les aseguraba que no me metería en líos con los muchachos del pueblo— y, además, ayudaba a Martín y a Emma casi a diario, empezaron a verme como a una más, así que en poco más de un mes hasta me paraban por la calle para charlar acerca de cualquier cotilleo del pueblo. No era la que más tenía que decir, pero no voy a negar que es un placer sentirse integrada.

Mi tía y Matt son dos que también han avanzado mucho. Tanto tanto que él ya vive en el hostal prácticamente, lo que nos ha dejado a Ethan y a mí con la cabaña para nosotros solos a diario, menos cuando me empeño en dormir en el hostal si tengo que madrugar mucho.

También he tenido un montón de trabajo, lo que se traduce en un dinero que me ha venido de perlas, sobre todo porque apenas he tenido gastos. Ahora la cosa va flojeando y casi me alegro, porque quiero tener más horas libres al día. Me encantaría hacer más excursiones con Ethan, con mosquitos y todo. Un día fuimos a una cala privada entre Elí de Sol y el denso bosque y acabamos bañándonos desnudos y haciendo el amor en plena arena. La sensación fue tan excitante que me he propuesto repetirla antes de que el verano llegue a su fin.

Aparte de eso, todo sigue igual. Martín pasó por un constipado sin importancia y Emma sigue yendo al pub cada tarde, así que nos juntamos allí para tomar algo juntos y luego yo me marcho al hostal y Ethan se queda trabajando hasta la hora de la cena, en que viene a verme y nos marchamos juntos a casa. Ya no hace las noches porque así tiene más tiempo para escribir. Y escribe, de verdad, pero por las mañanas, porque las noches las ocupamos en…, pues eso. Y en leer, ver la tele y comer porquerías viendo pelis malas, que no todo iba a ser el sexo.

En definitiva, y como he dicho al principio, creo que han sido los mejores meses de mi vida.

En este momento me dirijo al pub y, cuando aparco y veo a *Summer* y a *Princesa* en la puerta, sonrío sin poder remediarlo. La gallina sigue sin poner un huevo, y Martín me dijo que, en realidad, no hacía falta darle terapia porque a lo mejor la pobre era estéril y tampoco era cosa de estresarla o hacerla sentir mal. Yo intenté no reírme y, aunque una parte de mí se sintió aliviada, otra se sintió un poco decepcionada, porque me encantaba merendar en casa con él y con Emma. Sin embargo, cuando me di cuenta de que merendaban cada día en el pub me apunté sin pensarlo. Ethan no se queja, al contrario, está encantado de tenernos a todos allí, aunque a veces el local se le llene tanto que apenas hablamos.

—¿Cómo está mi chica? —pregunto a la perra mientras mueve el rabo y restriega su cabeza contra mis piernas—. Te alegras de verme, ¿eh? Yo también, cielo.

La gallina revolotea a nuestro alrededor y me río pensando que hace unos meses me habría sobresaltado o, peor, habría salido corriendo. Ahora paso por su lado y entro en el pub sin inmutarme, lo que hace que mi sonrisa se amplíe más.

De momento todo parece estar tranquilo, aunque el abuelo y la nieta ya están sentados frente a la barra mientras Ethan se apoya en ella con los brazos cruzados y sonríe contando algo. Cuando llego hasta ellos, me pongo de puntillas y él de inmediato besa mis labios y sonríe en mi boca mientras Martín gruñe que esas cosas se hacen en la intimidad y Emma se ríe de nosotros.

—No te quejes, que para ti también tengo un beso —le digo al abuelo mientras beso su mejilla y él agita el bastón que tenía apoyado en la barra.

—Es que eres una desvergonzada. ¡Hay menores delante!

—No te pongas tan digno, que bien que me insististe para que convenciera a Lía de ser mi novia de una vez —dice Ethan con una sonrisa.

—¡Una cosa es eso, y otra, el descaro! —Me mira y frunce el ceño—. Esa camiseta es muy corta.

—¡Pero si no se me ve nada!

—Se te ven los riñones cuando te mueves, niña.

Me río en voz alta, porque me encanta cuando Martín en vez de nombrar mi ombligo o mi espalda se refiere a mis costillas o mis riñones.

—¿Cómo es eso que dicen? Ah, sí: lo que se ve se luce, y lo que no, se pudre.

—Lo que se ve se luce demasiado y lo que no se ve a buen resguardo está.

Ethan y yo reímos, y Emma, al vernos, se ríe también, aunque estoy segura de que no ha entendido los motivos por los que lo hacemos.

—Oye, cielo, ¿lista para volver al cole?

—No voy a volver, Lía. Me voy a quedar toda la vida sin ir al cole. ¿Sabes por qué? Porque me gusta mucho más ir al bosque, pasear, coger flores bonitas y bañarme en el mar, como cuando Ethan, tú y yo vamos y nos salpicamos y hacemos castillos de arena. ¿A ti no te gusta eso más que trabajar?

—Sí, pero…

—Pues por eso he decidido que no tengo que hacer cosas que no me gustan. El abuelo dice que tengo que hacer lo que me haga feliz y que no puedo perder la sonrisa nunca, jamás, así que he estado pensando y, para no perder mi sonrisa, tengo que dejar de ir al cole. ¡A partir de ahora sólo haré cosas que me hagan feliz!

—Eso está muy bien, cariño, pero ¿no te hace feliz ver a tus amiguitos?

—Los veo cuando voy a la tienda a comprar con el abuelo, o en la plaza muchos días.

—Pero muy poco tiempo. ¿No sería mejor verlos por las mañanas? Jugarías con ellos, aprenderías canciones y dibujarías unas cosas preciosas, porque en la escuela siempre dibujabas mucho, ¿verdad? —La niña asiente y yo me cuido de no sonreír para no fastidiar mis avances—. Además, tendrás toda la tarde libre para estar con nosotros.

—¡Pero Ethan trabaja por las tardes! No podremos ir de excursión.

—Claro que sí, enana —dice él—. Iremos los findes y, si quieres, cenaremos juntos algunas noches.

—¿Pizza?

—Pizzas con un montón enorme de queso. Te gusta el queso, ¿verdad?

—¡Me encanta el queso! —Emma se pone un dedito bajo la barbilla, como si estuviera llegando a una gran conclusión, y cuando habla lo hace con una sonrisa que consigue que me vuelva loca por ella, porque es la niña más adorable que he visto en mi vida—. ¡Vale! Iré al cole, pero sólo si Lía me lleva.

—Emma, no seas tan pedigüeña —dice Martín—. Lía no puede llevarte por la mañana

porque trabaja en el hostal. —Asiento, agradecida de que se haya dado cuenta—. Pero si quieres, que te recoja, que a esa hora ya no tiene mucho que hacer.

Pongo los ojos en blanco y pienso que era raro que no me acabara endosando la tarea de recogerla o llevarla. En realidad, no me molesta, que conste. Martín parece más débil desde que cogió aquel resfriado, aunque aseguró que no fue grave. Creo que, cuanto más descanse, mejor. Además, el pueblo tiene pocos habitantes y es pequeño, pero la mayoría de las calles cuentan con pendientes elevadas, así que prefiero recogerla yo en un momento, por eso me limito a asentir en dirección a Emma y dejar que ella me envuelva en uno de sus discursos, esta vez, acerca de lo geniales que son los colores nuevos, porque si va al cole el abuelo tendrá que comprárselo todo nuevo. Yo me río y le doy la razón en casi todo mientras me tomo el café que Ethan me ha servido en silencio. En un momento dado, lo miro y, cuando me guiña el ojo, no puedo evitar pinzarme el labio inferior y pensar en las ganas que tengo de que sea de noche y poder disfrutar de él a placer.

Por desgracia, esta noche tenemos que cenar en el hostal porque Matt e Iris nos han invitado a una barbacoa, alegando que será de las últimas de este verano, así que, mientras Iris y yo servimos la cena a los huéspedes, Matt se ocupará de la carne en la terracita privada, que es muy pequeña pero suficiente para cuatro personas. Después, imagino que ya nos quedaremos en el hostal, pero cuando le pregunto a Ethan me dice que no, que prefiere que vayamos a la cabaña. No protesto, porque mañana es Iris la que se ocupará de los desayunos, así que puedo despertarme un poquito más tarde.

Paso un rato más con Martín y Emma y, cuando me despido para volver al hostal, Ethan sale de detrás de la barra y me acompaña hasta el coche. Ya fuera, rodea mi cintura y besa mis labios, esta vez con mucha más intensidad. Me agarro a sus hombros y, a los pocos segundos, gimo de manera irremediable en su boca mientras me aprieto contra su cuerpo como si llevase años guardando este anhelo, cuando lo cierto es que anoche hicimos el amor.

—¿Crees que hay alguna manera de librarnos de lo de esta noche?

—Lo dudo. Tú mejor que nadie sabes cómo se pone tu hermano si no aceptamos una invitación a una de sus famosas barbacoas.

Él se muerde el labio y asiente, apoyando su frente en la mía y bajando las manos hasta mi culo. Me agarra y me pega más a él, haciéndome notar su erección.

—No seas malo… —susurro.

—¿Esto es ser malo? Joder, no, nena, esto sólo es ir a mil por hora.

Me río y beso su hombro antes de separarme y apoyarme en el coche, porque de verdad tengo que irme en breve y no es que yo sea una impulsiva, es que este hombre tiene el poder de apagar mis neuronas con dos caricias y un par de besos.

—Guarda las ganas para cuando lleguemos a la cabaña. ¿O quieres que tus clientas te vean así?

—No se nota —dice riéndose y señalando su entrepierna—. Eso de llevar los bóxers apretados es un regalo y un castigo a partes iguales.

Me río, lo beso una vez más y abro la camioneta para subir. Él aprovecha para toquetearme un poco más y cuando, por fin, consigo arrancar, lo obligo a cerrar la puerta para que pueda irme.

—Sólo si me prometes que esta noche no te entretendrás con tu tía más que lo justo.

—¡Pero si al final siempre eres tú el que acaba hablando hasta por los codos!

—Esta noche, no. Esta noche tengo demasiadas ganas de llegar a casa y tenerte sólo para mí.

Frunzo el ceño y me apoyo en la ventanilla mientras paso mi dedo índice por su ceño fruncido.

—Ey, ¿todo bien?

—Sí, claro.

—No me mientas, Gallagher.

—No lo hago, Galán —dice sonriendo con picardía—. Sólo tengo ganas de pasar un tiempo a solas con mi preciosa, inteligente y sexy novia.

—Hacerme la pelota no te ayudará a que deje de sospechar que te ocurre algo.

Ethan pone sus manos sobre las mías y me fijo en su tatuaje. Desde que sólo lleva camisetas de manga corta se le ve a la perfección, y me encanta. Al poco de empezar a salir en serio le pregunté la historia del mapa y las coordenadas con símbolos que lleva tatuadas y me contó que se lo hizo en París, cuando pensó que había encontrado su sitio en el mundo, por fin.

—¿Lo echas de menos? —le pregunté.

—Me acuerdo cada día —admitió, y cuando vio mi cara agregó—: No quiero estar allí, Lía. No quiero estar en otra parte que no sea aquí ahora mismo.

Yo sonreí, lo besé e intenté olvidarme del tema. Ahora, en cambio, me pregunto si no estará empezando a sentir que echa de menos la ciudad del amor. Quizá está comenzando a plantearse su vida y…

—Me preocupa Martín —dice él trayéndome al presente en un segundo.

—¿Martín? ¿Por qué?

—¿Tú no lo ves alicaído? —Frunzo el ceño y él chasquea la lengua y se pasa la mano por el pelo—. Serán cosas mías.

—Quizá está un poco débil por el constipado que tuvo.

—Sí… —Hace un mohín con la boca provocándome la tentación de morderle y se encoge de hombros restregándose los ojos—. Sí, será eso.

Saco medio cuerpo por la ventanilla, me agarro a sus mejillas y beso sus labios con dulzura.

—Estará bien, no te preocupes. Te veo luego, ¿vale?

—Vale. Ten cuidado con la carretera.

Sonrío y le guiño un ojo por respuesta. Ethan siempre me aconseja tener cuidado en la carretera, aunque en realidad no exista ningún riesgo. Se preocupa de más, y creo que ése es el problema con Martín. Si lo ve un poco alicaído, de inmediato piensa que está enfermo, cuando no es así. No lo creo. Martín está fuerte como un roble, aunque ahora se canse un poco antes, pero los constipados de verano dejan muy mal cuerpo.

Me hago un apunte mental para animar a Ethan esta noche a base de buen sexo y, cuando llego al hostal y me encuentro con Iris organizando ya la cocina para esta noche, me pongo a ayudarla y me concentro en mantenerme ocupada para que el día pase cuanto antes.

* * *

A las diez y cuarto, mi chico entra en la cocina, viene directo hacia mí y me besa con tantas ganas que Matt, que también anda por aquí, no se corta a la hora de vitorearnos y hasta aplaudirnos, al menos hasta que Iris le aconseja que se controle un poco.

—Ay, vida, es que es tan romántico. El escritor y la psicóloga, enamorados. Deberías escribir una novela basada en vuestra historia, enano.

—Yo, en realidad, de psicóloga sólo tengo el título —digo riéndome e interviniendo para que Ethan no entre al trapo y acaben en una de sus interminables discusiones.

—Y yo creo que prefiero escribir sobre el mastodonte macarra con fondo de osito de peluche y la pequeña directora de un hostal.

—Yo no soy un peluche —gruñe Matt.

—Ya empezamos —dice Iris en mi oído mientras Ethan le replica y, al final, se lían.

Para cuando nos sentamos alrededor de la mesa con una copa de vino mientras la comida se hace en la barbacoa, Ethan y Matt ya están en el punto de «Mamá me quiere más a mí, pero no te lo dice para no hacerte daño», o eso de «Eres adoptado, enano, ¿no ves que eres el único rubio de la familia? Siento ser yo quien te lo diga».

Yo me limito a reírme y, por primera vez, no siento añoranza de esa relación. Es cierto que mis hermanos son pequeños y hablo con ellos muy de tanto en tanto, igual que con mi padre. Los quiero mucho, pero nuestra relación no ha sido nunca la normal y ya he asumido que no lo será. Demasiada mierda en el pasado de todos. Me cuentan cómo les va la vida, yo hago lo mismo y, una vez al año o dos, nos juntamos y pasamos unos días en compañía. Supongo que por eso los quiero tanto…

—… y Emma dijo que no, que *Princesa* dormía en la cama porque era su mejor amiga, estaba triste y no pensaba dejarla dormir en el corral con tanto frío.

Me reincorporo a la conversación a tiempo de ver a Ethan riendo a carcajadas mientras le cuenta a Matt y a Iris la última de la pequeña Emma. No puedo evitar torcer una sonrisa mientras pienso que, algún día, Ethan será un gran padre. O sea, no es que esté pensando en tener bebés, y nosotros, de hecho, ni siquiera hemos llegado a ese punto de decirnos «Te quiero», aunque últimamente cada vez que estamos juntos siento la tentación de decírselo, pero me da pánico que él se quede a cuadros y no me corresponda o…, yo qué sé. Estas cosas siempre son difíciles. La mayor parte del tiempo estoy segura de que me quiere, pero la inseguridad está ahí, de fondo, preguntándome si no será mi anhelo de ser amada lo que me lleva a pensar que está enamorado de mí. En esos momentos me freno y decido esperar a que él dé el primer paso.

Ethan me pilla mirándolo, sonríe de medio lado y coge mi mano, besando mis nudillos mientras Matt nos cuenta algo acerca de un partido de fútbol que le ha indignado sobremanera.

—¿Estás bien? —susurra en mi oído.

Asiento de inmediato y me dejo caer en su costado mientras me abraza por los hombros.

—¿Tú? —pregunto en murmullos.

—Estás aquí conmigo, así que estoy perfectamente, Galán.

Me guiña un ojo y yo pienso que tal vez, con suerte, esta noche consiga oír esas palabras que tanta falta me hacen, aunque intente convencerme a diario de que no es así.

31

Ethan

La cena se me está haciendo eterna, y Matt, que lo sabe, no deja de mirarme con disimulo y sonreír con malicia. En momentos como éste no sé para qué cojones me sirve tener un hermano mayor. Ah, sí, para pincharme, porque para otra cosa…

En el fondo, la culpa es mía por confiar en él. Se me ocurrió contarle que quería prepararle a Lía una noche mágica en la cabaña. Ya sabes: flores, velas, cena afrodisíaca, un postre pegajoso que se pueda lamer de la piel, una lista de reproducción sensual, su cuerpo, el mío y una noche entera de adorarnos porque me ocupé de pedirle a Iris la mañana libre para Lía. Ella no lo sabe, claro, eso será algo que le cuente cuando esté desnuda, así no se enfada, porque mi chica tiene un sentido del trabajo tan estricto que se hace difícil convencerla de salir incluso cuando le toca descansar.

El caso es que todo estaba listo, todo, hasta que Matt pensó que era una idea genial organizar una barbacoa. Al principio pensé que era broma y que acabaría echándose atrás, pero no, aquí estamos, en una puñetera barbacoa mientras mi hermano me mira ocultando una sonrisa socarrona y yo planeo maneras de asesinarlo y hacer que parezca un accidente.

—¿Queréis postre? —pregunta Iris cuando por fin acabamos con la cena.

—No —contesto de inmediato.

—¿Qué hay? —pregunta Lía.

La miro elevando las cejas, intentando que entienda que ya no puedo aguantar mucho más, pero ella aprieta mi pierna y sonríe con dulzura. A veces tengo la sensación de que me trata como si fuera un niño. Quizá porque me comporto como tal, vale, pero no es porque sea inmaduro, es porque cuando estoy con ella la urgencia me come y sólo puedo pensar en tenerla a mi lado, o sobre mí, o debajo…

Nunca he sentido algo así por nadie, no me pesa reconocer que estoy enamorado hasta las trancas, era difícil no estarlo y creo que ella lo sabe, pero no me dice nada y yo no sé si es demasiado pronto. ¿Y si le digo que la quiero y se asusta? Nos ha costado llegar a este punto de confianza y comodidad, aunque no lo parezca. A ella le costó unos días adaptarse a la salida de Alma de nuestras vidas y yo a duras penas contuve las ganas de avanzar en lo nuestro. Ahora que, por fin, hemos alcanzado cierto equilibrio, temo romperlo y que empiece a dudar o piense que todo esto va demasiado rápido. Para mí, no es así, por supuesto. Llevamos meses ya juntos y,

de todas formas, no necesité más que unas semanas para saber que nunca había sentido con esta intensidad.

He besado muchas bocas, he hecho el amor a numerosas mujeres y he intentado ser generoso y cariñoso con todas; con algunas me he sentido más especial que con otras, pero con Lía todo es distinto. Con ella todo es como… como mirar el cielo de París después de un día de lluvia. Como plantarte en los jardines del Trocadero, mirar la torre Eiffel, la mismísima *Dame de Fer* y sentirte pequeño, minúsculo y ridículo ante una belleza tan rotunda y absoluta. Como subir a la torre de Montparnasse y ver una puesta de sol sintiéndote el rey del mundo. Como serlo todo y, al mismo tiempo, nada. Más en las nubes que en toda mi vida, pero con los pies más en el suelo que nunca. ¿Cómo le explico todo esto sin que salga corriendo? Cada vez que lo pienso, me avergüenzo, sobre todo, de que todas mis referencias para comparar este amor tengan que ver con París.

Y es que, me guste o no, algo cambió la última vez que fui. Cuatro días bastaron para recordar por qué amo tanto esa ciudad. Cuatro días para imaginar a Lía allí conmigo y pensar que, quizá, en París no me faltó algo, sino alguien. Imaginarla recorriendo conmigo las calles de la ciudad, tomando café en alguna de las mesas minúsculas o haciendo el amor en una cama con un ventanal que tuviera vistas a la ciudad me resultó fácil y atrayente. Empecé a sentir que tal vez el destino me había llevado a Elí de Sol para conocer a la mujer con la que quiero compartir mi vida. Mi compañera, mi amiga, mi amante y mi amor hasta que los cuerpos nos resistan con vida.

Tanto imaginé que, al llegar aquí de nuevo y darme cuenta de que alejar a Lía de aquí era casi imposible, me sentí un poco triste. Por supuesto, no se lo dije. Yo mismo sé todo lo que perdería si nos vamos. No vería a mi hermano tanto como quisiera, ni a Iris, ni a Martín, y no ver a Emma a diario me pesaría como una piedra inmensa en el corazón. En definitiva, ahora me debato entre echar de menos aquello cuando estoy aquí y, cuando estoy allí, extrañar a las personas que viven aquí. Por suerte no debo elegir, porque tengo muy claro que ahora mismo mi vida está donde esté Lía. No es que lo deje todo por ella, es que apuesto por esto nuestro y necesito saber si ella está conmigo al cien por cien o no. Por eso, cuando se acaba el postre cojo su mano, la levanto de la mesa y me despido de Iris y de Matt mientras tiro de ella hacia el exterior.

—¡Oye! —exclama cuando estamos fuera—. Eso ha sido muy grosero.

—He aguantado toda la cena las tonterías de mi hermano. No es grosero, de hecho, creo que me merezco un premio por mi santa paciencia.

—Bah, no ha sido para tanto, y tú también lo chinchas bastante.

No contesto porque no voy a discutir ahora. Además, ella sonríe, así que intuyo que sólo quiere pincharme más y no voy a permitirlo. Desde ahora, la noche es nuestra, y vale que ya no puedo organizar la cena romántica que quería, pero cuando aparco frente a la puerta de la cabaña me giro, la miro y le sonrío con amplitud.

—¿Todavía confías en mí?

—¿Qué pregunta es ésa? Sabes que sí.

—Vale. —Me quito la camiseta y hago un rulo con ella—. Ponte esto sobre los ojos.

—¿Qué?

—Deja que te ate esto. Tengo una sorpresa para ti y no quiero que la veas hasta que estemos dentro.

—Ethan…

—Has dicho que confiabas en mí.

Ella resopla, porque sabe que la he pillado y asiente mientras yo le ato la camiseta alrededor de los ojos, a modo de venda. Cuando acabo le susurro que no se mueva y salgo del coche a toda prisa. Entro en la cabaña, enciendo las velas y miro el único ramo de flores que hay sobre la mesa. Tendría que haber puesto pétalos en el suelo o alguna mierda de ésas, pero siempre me ha parecido demasiado cursi. Además, sacar mi móvil, colocarlo en los altavoces y poner a reproducir mi lista de canciones francesas favoritas ya es suficiente para dar un toque romántico a la escena. Las velas harán el resto. Aprieto el *play* y cuando salta la canción de *La bohème* de Charles Aznavour sonrío, porque no podría ser más perfecta, quizá hasta empalagosa, pero es que quiero que esta noche, desde que entre por la puerta, tenga claro que nada es igual, que el amor está presente, aunque no sea en palabras. E incluso a eso pienso poner remedio. Salgo fuera, abro la puerta del acompañante y la ayudo a bajar con cuidado. En cuanto sus pies tocan el suelo, la alzo en volandas y me río cuando exclama una maldición y de inmediato suelta un taco.

—Esa boquita… —le digo en tono pretencioso.

—¡Me has asustado!

Sonrío y beso su frente por respuesta, que es lo que más a mano me pilla. Subo los escalones, la meto en casa y la dejo en el suelo con delicadeza. La canción sigue sonando y Lía de inmediato se pone alerta. Yo me sitúo frente a ella, deshago el nudo de mi camiseta y me alejo un paso para mirarla con una sonrisa. Abre los ojos, mira en derredor y me recreo en el modo en que su expresión va cambiando de desorientada a sorprendida. Cuando sus ojos se fijan en mí de nuevo, estiro el brazo y le guiño un ojo.

—¿Bailas?

Lía asiente de manera casi imperceptible, pero es suficiente para que me acerque a ella, envuelva su mano derecha con la mía y la pegue a mi pecho, dejándolas ambas en el centro de nuestros cuerpos. Con la izquierda acaricio su espalda y empiezo a moverme a un ritmo lento y acompasado. No soy el mejor bailarín del mundo, pero puedo jactarme de no pisar a mis acompañantes cuando lo hago, que ya es más de lo que hará Matt en la vida.

Lía no habla, pero creo que no hace falta porque la escena habla por sí sola. Su frente se apoya en mi pecho poco a poco y, más tarde, es su mejilla la que calienta mi torso desnudo mientras nuestras mecidas son más y más lentas. No podría contabilizar el tiempo que pasa, pero en el reproductor suenan *Sous le ciel de Paris, Les eaux de mars,* y cuando los acordes de *La vie en rose* comienzan, ella alza la cara y, como viene siendo costumbre, se me adelanta en pensamientos y acciones.

—Te quiero, Gallagher.

Sus ojos brillan emocionados, su boca se entreabre y sus mejillas tienen un tono rosado que me enternece como pocas cosas. Sonrío, apoyo mi frente en la suya y suelto su mano para rodearla con los dos brazos y acercarla a mí.

—Te quiero, Galán —susurro con voz ronca.

Ninguno habla más, porque nada es más poderoso que lo que acabamos de decirnos, así que nos besamos, nos recreamos en este amor que no es nuevo, pero está más al descubierto que nunca y, cuando venimos a darnos cuenta, estamos tumbados en el suelo de la cabaña y hacemos el amor con lentitud mientras las velas titilan y París se cuela por mis altavoces haciendo que, por primera vez, me sienta completo al cien por cien.

—¿Recuerdas cuando te dije que no sabía dónde estaba mi sitio en el mundo, nena? —le pregunto cuando conseguimos relajarnos después del orgasmo.

Seguimos tumbados en el suelo, desnudos y enredados mientras nos miramos y sonreímos como idiotas.

—Ajá.

—Ya he dado con la respuesta.

—¿Qué respuesta?

—La respuesta. Mi sitio no está en el mundo; está en ti. En tu cuerpo, en tu sonrisa, en tus mohínes, en tus abrazos, en tus riñas, en tus orgasmos y en lo que somos estando juntos. A tu lado, hasta París pierde su encanto, Galán.

Lía se emociona, besa mis labios y enreda las yemas de sus dedos en mi barba.

—Mi sitio no está en el mundo; está en ti —contesta repitiendo mis palabras—. En tus guiños, en tus sonrisas, en tus manos, en las nanas que cantas a Emma y también a mí. —Mira alrededor, señala las velas y sonríe—. Está en las luces que mantienes encendidas para mí.

Sonrío, me levanto y la alzo en brazos para llevarla a la cama, donde prendo las luces de Navidad para verla con luz tenue sin riesgo de incendio. Salgo de la habitación, apago las velas, vuelvo, cojo *El principito*, porque sé lo que le gusta que le lea esta versión en francés, me tumbo en la cama y hago lo impensable en la noche en que acabamos de declararnos nuestro amor: le leo hasta que se duerme entre mis brazos. Cuando la veo respirar con suavidad mientras su mano se aferra a mi torso me doy cuenta de que da igual que esto no sea lo que tuviese planeado para esta noche, porque resulta que es aún mejor. Tapo nuestros cuerpos con la sábana y me dejo ir hacia los brazos de Morfeo mientras pienso que mi vida parece un jodido sueño hecho realidad.

* * *

El problema de los sueños es que, tarde o temprano, hay que despertarse.

No sé qué hora es cuando el teléfono suena, pero juraría que apenas he dormido unos minutos. Miro por la ventana y, cuando veo que aún es noche cerrada, me sobresalto, porque no es normal recibir una llamada a esta hora. No reconozco el número, pero aun así contesto de inmediato.

—¿Sí?

—¿Ethan? Soy Alfredo Villanueva.

Trago saliva al reconocer el nombre del único médico de Elí de Sol y salgo de la cama intentando no despertar a Lía.

—¿Qué pasa?

—Escucha…, se trata de Martín. —El nudo crece y la vista se me nubla mientras me apoyo

en el sofá y el médico sigue hablando—. La ambulancia lo lleva camino del hospital.

—¿Qué…? Pero ¿está bien? ¿Y dónde está Emma? —Su silencio me tensa hasta el límite—. Alfredo, ¿qué pasa?

—Emma está con una vecina, y Martín… No creo que dure más de cuarenta y ocho horas y, de todas formas, vamos a sedarlo.

Dejo de apoyarme en el sofá para dejarme caer al suelo mientras miro al vacío con los ojos cristalinos y el corazón latiéndome a mil por hora.

—Pero él estaba bien… —susurro.

—Tenía un cáncer terminal, Ethan. Él sabía que sus días estaban contados —dice con suavidad—. Escucha, ¿por qué no vienes al hospital? Todavía está consciente y quiere despedirse de Lía y de ti.

Hago amago de contestarle, pero tengo que carraspear dos veces antes de conseguir articular un «Voy por allá» que suena más apagado que ninguna palabra que haya dicho antes.

Cuelgo el teléfono, vuelvo al dormitorio y me encuentro con Lía sentada en la cama y mirándome fijamente.

—¿Qué pasa?

Me acerco a ella y me siento a su lado. Le cuento lo que sé y, cuando acabo, sus labios tiemblan mientras llora y sale del dormitorio a toda prisa para vestirse mientras me pide que haga lo mismo. Quiero hacerlo, quiero vestirme, correr al hospital y verlo, pero al mismo tiempo algo me retiene. No quiero convertir esto en una realidad y no sé si puedo enfrentarme a Martín moribundo.

No, mierda, borra eso. No es que no lo sepa. ¡Es que no puedo! ¿Cómo voy a poder? ¡Estaba como un roble! Pilló un constipado, sí, y desde entonces parecía débil, pero es que los constipados de verano son malos y…

Cojo aire y me obligo a dejar de pensarlo, porque esto no va a llevarme a ninguna parte y Lía sigue gritando mientras llora. Al final reacciono, me visto y conduzco hacia la ciudad, consiguiendo hacer un camino de más de dos horas en una y media. Cuando llegamos no nos dejan verlo, puesto que no somos familia, a pesar de que Alfredo está allí y asegura que es como si lo fuéramos.

Al final, cuando consigue convencer al personal, entramos en la habitación y nos encontramos con Martín tumbado en la cama con los ojos cerrados. Lía solloza y yo aprieto su mano. No está muerto, todavía no, ¿verdad? Alfredo nos ha dicho que, al final, no lo han sedado, pues está a punto de irse, pero aun así no entiendo por qué tiene los ojos cerrados.

—Martín… —susurro.

Él entreabre los párpados, pero de inmediato los cierra. Su respiración parece trastabillar y nosotros aguantamos la nuestra, con verdadero pánico, al menos yo. No quiero que deje de respirar jamás, pero menos delante de mí. Soy un cobarde de mierda, lo sé, pero no quiero que muera delante de mí. No puedo soportarlo. No quiero ver cómo la vida se escapa de su cuerpo y me niego a presenciar cómo se apaga. Por un momento me imagino a mí mismo acercándole el bastón y obligándolo a levantarse, pero entiendo que es una reacción causada por el *shock*, así que me la trago y me acerco más mientras Lía me suelta y rodea la cama por el otro lado.

—Martín… —solloza.

Ella acaricia su mano y yo hago lo propio con la otra. Él aprieta un poco las nuestras y ese gesto es suficiente para rogarle en silencio que se agarre a estas últimas fuerzas. Que no se deje vencer todavía.

Unos segundos después abre los ojos, mira al techo y hace un amago de hablar, pero casi de inmediato los cierra otra vez, sus manos dejan de apretar las nuestras y la máquina emite un sonido que me aterroriza, porque sé lo que significa, así que aviso a los médicos sin perder tiempo.

Nos sacan de la habitación y, pocos minutos después, nos informan de que Martín ya no está entre nosotros. Lía llora, me abraza con fuerza y yo intento contenerme, pero las imágenes de él riñéndome por tonterías, sonriéndome y preparándome meriendas en su casa no dejan de pasar ante mis ojos y, al final, cuando consigo reaccionar, sólo puedo pensar en una cosa.

—Emma —susurro en la frente de Lía—. Tenemos que ir con Emma.

Ella me mira con los ojos cargados de dolor, de lágrimas que caen sin control y de comprensión, pues creo que acaba de ser consciente, igual que yo, de que somos los encargados de romperle el corazón a una niña de cuatro años.

32

El camino de vuelta a Elí de Sol es tan confuso y siento tal aturdimiento que ni siquiera puedo pensar con claridad. Sólo puedo recordar a Martín en la cama de ese hospital, cerrando los ojos y abandonándonos, porque así es como me siento. Abandonada. Sola. Triste. Desamparada.

Y si así me siento yo, que no soy familia directa de Martín, no quiero ni imaginarme cómo se va a sentir Emma. Lo poco que Ethan y yo hemos hablado en el trecho que llevamos de camino es que queremos ser los que le demos la noticia. La conocemos, sabemos cómo tratarla y no deseamos que cualquier vecina la informe sin la ternura necesaria. Que no digo que las vecinas sean malas, pero de todas formas preferimos hacerlo nosotros, aunque nos dejemos el corazón en el intento.

Y pensar que hace sólo unas horas yo era la mujer más feliz del mundo… Lo tenía todo. Un novio que me quiere y por fin me lo ha dicho sin tapujos y, además, en un escenario perfecto. Una tía cercana y adorable que es feliz desde que está con su chico, un cuñado al que considero un amigo ya. Era, por fin, feliz con todo lo que tenía en mi vida.

De hecho, era tan feliz que me daba miedo que algo se torciera de pronto, porque he vivido tanto tiempo incompleta que, cuando me pasan cosas buenas, tiendo a pensar que algo malo está por llegar. El problema es que yo imaginaba ese algo en forma de Alma, no en forma de muerte. Pienso que no puedo con esto, pero, por otro lado, sé que tengo que hacerlo por Emma. Ella es todo lo que importa ahora mismo.

—Creo que es mejor que esperemos a que sea más tarde. Apenas está amaneciendo y Emma estará dormida —dice Ethan sacándome de mis pensamientos.

Su voz suena triste, apagada y ronca. No ha llorado aún, más que un par de lágrimas que se ha limpiado a toda prisa, y creo que eso lo está matando. Necesita romperse, pero está tan preocupado por Emma que no consigue relajarse. Lo entiendo, porque yo, que soy muy contenida por lo general, he actuado justo al revés. Empecé a llorar cuando salí de la cama y aún me cuesta dejar de hacerlo. Sin embargo, creo que los dos somos conscientes de que, pase lo que pase, tenemos que mantenernos fuertes para que Emma no perciba lo mal que nos encontramos.

—¿Y adónde vamos? —pregunto.

—Al hostal. Deberíamos contarles a mi hermano y a Iris lo ocurrido.

Asiento y ninguno de los dos dice más. El día se presenta largo y las palabras no son fáciles de pronunciar ahora mismo. Tardamos casi una hora más en llegar y, cuando lo hacemos, en el acantilado ya se ven los primeros rayos de sol. La puerta principal está abierta, así que vamos

directos a la cocina, donde ellos toman café. Dolores aún no está, pero no tardará en llegar. Matt está girado en la encimera, nos mira un segundo, pero cuando habla lo hace observando las tostadas que está preparando, así que no puede ver nuestras caras.

—¡Esto sí que es raro! ¡Los tortolitos se han levantado de la cama al amanecer! ¿Qué pasa, enano? ¿Gatillazo o es que no sabes cómo complacer a tu chica? Porque si así fuera no podríais levantaros en siglos de la cama y…

—Matt —dice Iris en tono firme.

Él se gira, la mira y, cuando ve su expresión, se vuelve hacia nosotros para observarnos bien.

Le lleva unos segundos darse cuenta de que algo anda muy mal, y se le nota de inmediato en la cara. El arrepentimiento y la preocupación cruzan su rostro con tanta fuerza que sonrío, aunque me cueste la vida, porque no quiero que se sienta mal.

—¿Qué ha pasado? —pregunta entonces.

—Martín… —digo yo empezando, pero la voz me tiembla, así que carraspeo y lo intento de nuevo—: Él… ha muerto.

Mis últimas palabras se ahogan con un nuevo sollozo mientras mi tía vuela hacia donde estoy y me abraza con fuerza. Escondo la cara en su cuello y me concentro en respirar por la nariz, para que su olor consiga calmarme. Cuando lo logro y vuelvo a mirar a los chicos me doy cuenta de que Ethan también se abraza a Matt, pero éste no tiene cara de sorpresa, y eso me extraña mucho, así que le pregunto. Él se encoge de hombros y suspira con pesar.

—Era muy mayor, cielo. Siempre pensé que en algún momento le llegaría la hora.

—Tenemos que contárselo a Emma —dice Ethan—. La pequeña tiene que saber por nosotros lo ocurrido.

Matt asiente y nos guía hacia la mesa de la cocina.

—Primero vamos a sentarnos y a tomar una infusión, o tila o algo que os tranquilice.

—No quiero nada de eso —dice Ethan—. Necesito café. Llevo casi toda la noche sin dormir y tengo que mantenerme despierto.

Asiento, estando de acuerdo con él y, aunque Matt hace amago de recomendarnos otra vez algo sin cafeína, mi tía coge la jarra y nos llena un par de tazas en pocos segundos.

—Está bien —dice Matt—. Voy a llamar a la funeraria para que empiecen a preparar su velatorio, si os parece.

—¿No lo hará ningún familiar? —pregunta Ethan.

—Martín comentó un par de veces de pasada cómo quería ser enterrado —dice mi tía—. Voy a llamar a su vecina para darle la noticia, si es que no lo sabe, y luego nos ponemos manos a la obra.

Asiento, aunque no tengo ni idea de qué hay que hacer en estos casos. No sé si tenemos que correr con los gastos del funeral o, por el contrario, Martín pagaba un seguro. Por no saber, ni siquiera sé si debemos comprar flores o coronas de esas que suelen poner en los coches fúnebres y…, Dios, sólo el pensamiento hace que me falte el aire.

Ethan agarra mi mano y la aprieta con fuerza, así que lo miro, pensando que ha sabido detectar mi pequeño ataque de pánico, pero él tiene la mirada perdida y me aprieta con tanta tanta fuerza que me doy cuenta de que sólo está intentando gestionar su dolor por su lado.

—Ethan, eh, enano. —Veo a Matt acercarse y agarrarlo por la nuca para obligarlo a mirarlo a los ojos—. Todo va a estar bien, ¿vale? Yo estoy aquí.

—Matt… —La voz de mi chico se rompe como no lo ha hecho en todo el tiempo desde que nos enteramos, y su hermano no tarda ni un segundo en enterrar la cabeza en el hueco de su hombro.

—Te prometo que todo va a estar bien. —Me mira por encima del pelo rubio de Ethan y asiente—. Os lo prometo a los dos.

Asiento un poco, pero no puedo hablar. Me duele esto, me duele ver a Ethan destrozado, porque él lo conocía más que yo y no puedo imaginar lo que está pensando ahora mismo. Me duele y, al mismo tiempo, me alegro de estar aquí, de tener a Iris llamando por teléfono y haciendo todas las gestiones para que yo no tenga que ocuparme más que de contárselo a Emma. Me gusta ver a Matt preocupado por su hermano pequeño, como si éste fuese un niño y tuviera que protegerlo de todo el dolor posible. Me encanta ver a Ethan respondiendo a los abrazos de su hermano y dejándose consolar por él, sin ocultar su dolor y sin intentar parecer más fuerte. Me gusta la unión de la familia que entre los cuatros hemos creado porque, hasta en los momentos malos, me siento acompañada y respaldada. Sé que hay tres personas dispuestas a soportar mi dolor para hacerlo más llevadero, y eso no se paga con nada.

* * *

La primera parte de la mañana pasa rápida. Iris hace llamadas y Matt intenta calmarnos cada vez que nos ponemos nerviosos. Además, ha telefoneado a uno de los camareros y le ha ordenado poner un cartel en el pub avisando de que hoy estará cerrado por defunción. Y ese gesto, por tonto que sea, me ha hecho llorar más, porque ha sido la demostración de que para los Gallagher se ha ido alguien importante; alguien a quien consideraban familia.

A las once menos cuarto, la vecina que tiene a Emma nos llama y nos dice que ya está despierta. Hemos llamado nosotros a las nueve y nos ha dicho que mejor esperásemos a que se levantara sola. Ethan y yo nos agarramos de la mano, salimos del hostal y nos dirigimos al pueblo para pasar por el peor trago de todos.

Sé que la niña hará preguntas y le he pedido a Iris que llame al único abogado del pueblo, por si Martín había dejado algún testamento. Ella lo ha intentado, pero ha resultado imposible, así que espero poder consolar a la niña sin quedarme muda en ningún momento por no saber qué responder.

Llegamos a la casa y, cuando la vecina nos abre, lo hace con una media sonrisa triste y nos da el pésame, lo que es un poco raro. Joder, estamos recibiendo el pésame por la muerte del que es su vecino.

Supongo que todo el mundo tenía asumido que nuestra relación era especial.

—¿Cómo está? —pregunta Ethan en susurros.

—Ha desayunado un poco y está viendo los dibujos. No ha dejado de preguntar por su abuelo desde que se despertó.

Asentimos y atravesamos el pasillo que lleva hacia el salón porque no sabemos qué decir.

Creo que los dos guardamos nuestras pocas ganas de hablar para Emma.

Ella está sentada en el suelo con las piernas cruzadas y un peluche abrazado a su cuerpo. Es tan pequeñita, tan inocente e indefensa, que no me cabe en la cabeza pensar que acaba de quedarse sola en el mundo.

No. Mentira. No está sola. Su abuelo ha muerto, pero hay mucha gente que la adora, entre ellos, Ethan y yo, que no vamos a dejar que se sienta sola, aunque parezca una misión imposible.

—Hola, cielo —susurro.

Emma se gira de inmediato y su sonrisa es tan amplia que no puedo evitar pensar en lo maravillosa que es la inocencia infantil. Cualquier persona adulta que hubiese visto a Martín anoche, seguramente en mal estado, se habría alertado al vernos aparecer por la mañana, pero a ella le puede la alegría de vernos.

—¡Lía, Ethan! ¿Dónde habéis estado? El abuelito dijo que vendríais antes a por mí. ¿Habéis estado con él? Anoche se puso malito y tosía mucho, así que llamamos a Alfredo porque soy una gran chica. No lo digo yo, ¿eh? Lo dijo el abuelito cuando me enseñó a usar el teléfono de la casa y me aprendí de memoria el número de Alfredo. ¿Sabéis quién es? ¡El médico del pueblo! Pero no da miedo ni nada, ni siquiera cuando pincha al abuelito, porque lo hace para que él se mejore y ya no se sienta cansado. Alfredo tiene una perrita, pero no es tan grande como *Summer*. Es muy bonita y le hacen una coleta muy graciosa aquí arriba —dice mientras se señala la cabeza—. A veces, ¡hasta le ponen lacitos! El abuelo dice que no deberían porque él está seguro de que la perrita en realidad es chico, pero Alfredo asegura que no, y a mí me da mucha risa. —Se para a tomar aire y nos mira expectante—. ¿Me vais a llevar con el abuelo? ¡Y con *Princesa*! Que seguro que está triste porque todavía no le he dado los buenos días.

—Cariño… —susurro, aunque en realidad no sé qué decir.

La verdad es que después de hablarlo hemos pensado que Ethan es el mejor para dar la noticia, como tal, y luego entre los dos abarcaremos su reacción. Él la conoce desde hace más tiempo y la niña le tiene absoluta devoción, así que creemos que será más fácil.

Emma sigue esperando una respuesta y yo medito acerca de sus palabras, porque se supone que la niña fue quien llamó al médico del pueblo y que hasta se sabía el número de teléfono de memoria para hacerlo, pero… ¿es que acaso Martín la preparó para este momento? O sea, tiene cuatro jodidos años, ¿cómo consiguió memorizarlo? Es lista, sí, y sé que los niños memorizan datos como colores, números y demás desde muy temprano, pero aun así es todo tan confuso y difícil…

—Ven aquí, cariño —dice Ethan mientras se sienta en el sofá y la niña se sube en sus rodillas —. Quiero contarte un cuento.

—¿De qué?

—Es un cuento muy bonito y especial, ¿sabes? Trata de una niña guerrera.

—¡Una guerrera como yo! —dice Emma sonriendo—. Las guerreras son mejores que las princesas, porque no necesitan príncipes que las salven, ¿verdad que sí? Se salvan ellas solitas, como tú me dices siempre.

Ethan sonríe y besa su frente mientras asiente y yo hago verdaderos esfuerzos por no echarme a llorar. De hecho, ahora mismo, me siento tan inútil que me odio un poco por ello.

—Sí, cariño, las guerreras son tan fuertes que no necesitan que un príncipe o un guerrero las rescaten del dragón, porque tienen sus propias espadas y saben luchar muy bien ellas solitas, aunque los amigos guerreros y otras amigas guerreras siempre son necesarios, ¿verdad?

—¡Sí! Yo tengo muchos amigos y amigas.

—Lo sé, pequeña. Pues este cuento habla de una niña guerrera que poseía una estrella.

—¿Una estrella de verdad, Ethan? ¿De las del cielo?

—Sí, pequeña. Una estrella de verdad de esas que brillan en el cielo cada noche. Era brillante, tenía un sombrero de ala ancha y, algunas veces, usaba un bastón para caminar.

—¡Como el abuelo!

—Eso es —susurra él—. Esta estrellita vivía en el cielo con su mamá, su papá y muchos amigos. Cada noche salía a jugar y se paseaba por el cielo saltando, riendo y jugando a columpiarse.

—¿Y dónde se columpiaba?

—La luna tenía un columpio que sacaba cada noche, lo ataba a su cuerpo y, así, las estrellas más pequeñas podían columpiarse siempre que querían.

—¡Hala! ¡Ojalá yo pudiera columpiarme en la luna!

Ethan sonríe, besa su pelo y la estruja más contra su cuerpo mientras me mira. Entiendo lo que me está diciendo. Habla de esa niña que dibujé en su espalda, columpiándose en la luna, el día que fuimos a la playa. El mismo día que me dijo que dibujaba la casa que no tenía en ninguna parte y colgaba un columpio de la luna porque, a veces, ningún lugar de la tierra parecía seguro para mí. Ahora la más perdida es Emma. Ahora, ella es la luna que se columpia en la luna, aunque no lo sepa.

—A la estrellita le encantaba hacerlo, pero un día, mientras se impulsaba con fuerza, sus manos se resbalaron y, sin darse cuenta, cayó del columpio. Su mamá intentó cogerla, pero no le dio tiempo, así que la estrellita bajó y bajó y, al final, cayó en el jardín de la niña guerrera. Al principio tuvo mucho miedo, porque estaba muy lejos de su casa y, además, no tenía su bastón para apoyarse, pero la niña la cogió en brazos, le besó la cara con mucho cuidado y la metió en casa para ponerla a salvo. Los primeros días fueron un poco difíciles, porque la guerrera quería jugar, pero la estrellita estaba triste.

—Porque echaba de menos a su mamá y a su papá, ¿a que sí?

—Sí, exacto. Ella quería volver al cielo y estar con su familia y sus amigos, así que, aunque jugaba, no era muy feliz. La niña se dio cuenta y, cuando le preguntó por qué casi no sonreía, la estrellita le contó su historia. Entonces nuestra guerrera decidió que iba a ayudarla a volver al cielo.

—¿Cómo?

—Bueno, ella era pequeña y no podía hacerlo sola, pero tenía un abuelo que siempre la ayudaba en todo lo que necesitaba, así que fue a pedirle consejo. ¿Y sabes qué hizo él? —Emma niega con la cabeza y yo me trago las ganas de llorar—. Le prestó su bastón y le dijo: «Con esto, no te caerás nunca». La estrellita se puso muy contenta, salió corriendo al jardín y golpeó el bastón una y otra vez contra el suelo mientras saltaba todo lo alto que podía. Pensaba que, si saltaba con las suficientes ganas, podría llegar al cielo de nuevo.

—¿Y pudo?

—No, porque el cielo está muy muy alto. La estrellita siguió estando triste, y la guerrera, al ver que ya casi no sonreía, le pidió a su abuelo que, por favor, la ayudara de alguna otra forma.

—¿Y qué hizo?

—Bueno, el abuelo le explicó a la guerrera que la única forma de ayudar a la pequeña estrella era llevarla él mismo al cielo, pero entonces la guerrera tendría que quedarse sola, porque el viaje es muy muy muy largo y, si entras en el cielo cuando eres muy mayor, ya no puedes volver.

Emma se queda muy seria de pronto, meditando sus palabras mientras yo, que sé por dónde van los tiros, empiezo a tensarme.

—¿Y por qué la guerrera no podía ir con el abuelo y la estrellita? Así ninguno se quedaría solo.

—Verás, cariño, en el cielo no puede entrar todo el mundo, ¿sabes? Es como cuando tú entras en el pub de Matt, pero *Princesa* y *Summer* se quedan fuera, porque no pueden estar dentro y, aun así, tú las quieres igual, ¿verdad que sí? —Emma asiente y Ethan sigue—: Algo así ocurre con el cielo. El abuelo sabía que, si él iba, lo dejarían entrar, porque es muy mayor y la gente que es tan mayor en el cielo entra sin problemas.

—¿Y es gratis, como cuando le dan el asiento del autobús para ir a la ciudad a mi abuelito? —Ethan y yo la miramos, y ella continúa—: Cuando vamos a la ciudad, al abuelo lo dejan sentarse en un asiento, aunque haya otra gente antes, porque es muy mayor. ¡Y es gratis!

—Sí —dice Ethan—. Justo así. El cielo es como el autobús en el que a veces has subido con tu abuelo. El caso es que la guerrera lo pensó muchas noches seguidas, porque no quería tomar una decisión que la hiciera sentir mal, pero la estrellita cada día se apagaba más. Ya casi no brillaba y nunca sonreía, ni hablaba, así que un día, nuestra amiga, la guerrera, habló con su abuelo y le pidió que fuese a llevar a la estrellita al cielo. ¿Sabes por qué? —Emma niega con la cabeza y Ethan sigue con su relato—: Porque la guerrera era muy muy fuerte. Ella podía vivir aquí, en la tierra, sin ningún problema. Sabía luchar contra dragones y tenía un montón de amigos que no podía dejar de ver. Sabía que iba a echar de menos al abuelo, pero pensaba que, si ella alguna vez se hubiese perdido en el cielo, le habría encantado que alguien la ayudara a volver a casa.

—¿Y el abuelo se fue con la estrellita?

—Sí, lo hizo, pero antes de marchar le dejó su bastón a su nieta, para que luchara todavía con más fuerza contra todos los que alguna vez quisieran hacerle daño. ¿Y sabes qué más? Que la estrellita se puso tan contenta que miró a nuestra guerrera y le dijo: «No estés triste, porque cada noche brillaré más que ninguna estrella del cielo y así podrás saber dónde estamos tu abuelito y yo. Brillaré tanto tanto tanto que dará igual que te cambies de ciudad o de país, porque por las noches, cuando mires al cielo y busques la estrella que más luz emite de todas, sabrás que somos nosotros mirándote, cuidándote, sonriéndote y mandándote un millón de besos para que nunca te sientas sola».

Emma mira a Ethan muy seria, gira su cara para mirarme a mí y, cuando vuelve a él, su voz tiembla mientras habla.

—El abuelito que se ha ido con la estrella es el mío, ¿verdad?

Ethan asiente mientras yo miro a un lado para limpiarme a toda velocidad las lágrimas que caen por mis mejillas. La niña intenta aguantar la compostura, lo que me hace admirarla como nadie se imagina, porque tiene cuatro años, acaba de saber que su abuelo ya no está y, aun así, le quedan ganas de intentar ser fuerte. Al final, como es lógico, no lo consigue, y un sollozo doloroso sale de su garganta mientras se baja de las rodillas de Ethan.

—¿Y su bastón? —Ethan la mira frunciendo el ceño y ella se limpia la cara, aunque es inútil porque le siguen cayendo más lágrimas—. Has dicho que el abuelo le dejó a su nieta su bastón para que pudiera luchar contra todos, así que, ¿dónde está?

—Está en casa del abuelo, pero iré a buscarlo ahora para ti.

—Yo voy.

—Cariño…

—Es mi casa. —Hace un puchero que me parte el alma, pero coge aire y consigue hablar, aunque sea entre hipidos—: Yo voy, porque es mi casa y quiero estar allí. ¿Me vais a llevar o me voy yo sola?

—Te llevamos —le digo interviniendo y acercándome a ella—. Ven, cariño, deja que te coja en brazos.

—No soy un bebé. Puedo caminar.

Me sorprende la fuerza con la que está intentando apartarse de nosotros. No es física, no hace nada por impedir un acercamiento, pero emocionalmente está tratando de alejarse. Supongo que su pequeño cerebro quiere largarse de este escenario y olvidar todo esto. La entiendo, porque yo, en parte, deseo lo mismo. Irme y olvidar que esto está pasando, pero ahora lo importante no soy yo, sino ella, así que la cojo en brazos de todas formas y, cuando entierra la carita en mi cuello mientras su cuerpo se convulsiona, masajeo su espalda mientras veo cómo Ethan pide a la vecina las llaves de la casa de Martín. Ésta se las da sin decir ni una palabra y los tres salimos de la casa mientras la niña sigue refugiada en mi cuerpo.

Entramos, vamos al salón y, cuando vemos el bastón apoyado en el sofá, no puedo impedir que un par de lágrimas rueden por mis mejillas.

—Tú también vas a echarlo de menos, ¿verdad? —pregunta la niña mientras pasa sus manitas por mis mejillas. Asiento sin palabras y ella sigue—: ¿Te vas a quedar conmigo cuando sea de noche para que podamos buscar juntas la estrella que más brilla?

—Sí, mi amor.

—¿Y Ethan?

El susodicho se acerca a nosotras y nos abraza mientras besa su mejilla y limpia su cara de lágrimas.

—En cuanto anochezca, la buscaremos.

—Ethan… ¿Mamá también estará con ellos? Ella se fue al cielo cuando yo nací. ¿Podrá encontrarlos y así estar con ellos?

—Sí, claro. Seguro que se alegra mucho de ver al abuelito.

—Y él estará contento de verla, porque la echaba mucho de menos. Decía que era guapa y buena, como yo…

Ethan asiente, la niña estira los brazos, le pide sin palabras que la coja y él obedece de

inmediato. Nos sentamos en el sofá y él pone el bastón de Martín en el regazo de Emma, que lo abraza con fuerza mientras llora sobre su camiseta, empapándola.

Poco después, los tres miramos al vacío. No sé qué pasa por sus cabezas, pero yo no puedo dejar de pensar que ojalá Martín sí pueda vernos desde alguna parte. Ojalá nos mire y se dé cuenta de lo mucho que lo queríamos y del inmenso hueco que ha dejado en nuestras vidas.

33

Las horas después de contarle a Emma lo que ha pasado no son fáciles, la verdad. La gente empieza a pasar por casa y me doy cuenta de que, en los pueblos, esta situación es muy distinta de la ciudad. Las señoras mayores ocupan sillas sin pedir permiso, sacan rosarios y rezan en murmullos y a corro, los hombres mayores están, en su mayoría, en la puerta de casa hablando de cualquier tema sin medir su tono lo más mínimo, y el resto de las personas entran y salen sin saber bien a quién dar el pésame. Por suerte, la vecina nos avisó de que esto pasaría, así que la niña está con ella mientras Ethan y yo nos turnamos para acompañarla. Es muy complicado querer estar en dos lugares al mismo tiempo, pero cuando sólo quieres estar en uno y tienes que ir al otro por narices, es peor. Ni Ethan ni yo nos sentimos cómodos en la casa, y no porque no queramos velar a Martín, que ni siquiera está aquí, pues su cuerpo será enterrado mañana en el cementerio de la ciudad, que es donde está enterrada su hija, es que no nos parece que tenga sentido reunirnos con gente a la que conocemos, pero con la que no tenemos confianza, para llorar por Martín y demostrar, de alguna forma, cuánto lo queríamos. Entiendo a todas estas personas y las respeto al máximo, pero yo quiero pasar mi dolor refugiada en Ethan, mi tía, Matt y, sobre todo, Emma. El resto ahora mismo me sobra mucho, aunque suene duro.

Además, pensamos que por la noche el ambiente se calmaría, pero no, al revés. Hemos estado con Emma, mirando las estrellas del cielo, y le ha costado bastante dormirse, así que, cuando por fin hemos conseguido volver a casa de Martín y hemos visto que había todavía más gente, me he sorprendido e indignado un poco, hasta el punto de tener deseos de empezar a echarlos de casa. No lo hago, por supuesto, pues esta gente ha pasado toda la vida al lado de Martín, y yo, después de todo, lo conocí hace unos meses, así que hago acopio de paciencia mientras miro a Ethan, que tiene peor cara que yo y cada vez le cuesta más disimularlo. La noche es lentísima, y por la mañana, aunque estamos agotados, vamos a la casa de la vecina para estar presentes cuando Emma se despierte.

—Y digo yo, ¿por qué no la lleváis con vosotros? —pregunta ella—. No me entendáis mal, a mí la chiquilla no me pesa, pero en algún momento os tendréis que acostar un rato, y si no queréis dejarla sola…

—Pero Martín te la dejó a ti… —digo.

—No. Alfredo la trajo y me dijo que más tarde vendríais, pero como no dijisteis nada me dio por pensar que igual no queríais tenerla mientras la situación se soluciona.

Ethan asiente y coge mi mano. Sé lo que está pensando. Iris consiguió contactar con el

abogado, pero es que éste fue también a velar ayer, así que sabemos que Martín sí hizo testamento y hoy se conocerá a quién deja las pertenencias y, sobre todo, qué planes tenía para Emma. Además, ha informado a mi tía de que nos hará una lectura, porque Martín nos ha dejado algo. Por un momento pensé que me habría dejado a la gallina y el pensamiento me hizo sonreír, pero luego me puse nerviosa y, simplemente, dejé de pensar en ello.

—¿Al hostal o a la cabaña? —me pregunta.

—Hemos quedado con el abogado en el hostal, así que será mejor no moverla mucho —susurro yo.

Ethan está de acuerdo, por lo que cuando la niña despierta y desayuna un poco nos la llevamos al hostal en la camioneta. Emma apenas habla, pero no nos extraña. Ha estado muy callada desde ayer por la tarde. Supongo que asimiló la noticia y poco a poco se va dando de bruces con la realidad de todo esto. A Ethan le preocupa muchísimo que casi no hable, dado lo charlatana que es, pero le he explicado que es normal y que, cuando el *shock* inicial pase, volverá a ser la de antes poco a poco. Los niños, igual que los adultos, necesitan afrontar la muerte con dolor y aceptación. Cuando el tiempo empiece a pasar, todo irá mejor. Se lo digo, se lo repito y, de paso, intento convencerme de ello, porque es la realidad.

Sin embargo, no puedo negar que me pone muy nerviosa no saber qué va a pasar con ella. En el pueblo dicen que se la dejarán a su vecina y, aunque la señora no me parece mala, no le veo muchas ganas de ponerse a criar a una niña pequeña. También hablan de una hermana de Martín, pero ya es mayor también y, además, no tenían mucho contacto. El caso es que yo necesito saber qué va a pasar con ella y, además, quiero conocer a la persona que va a quedársela y asegurarme de que desea hacerlo. Sé que no puedo hacer nada porque no es de mi sangre, pero al menos intentaré asegurarme de que quien sea sonría cuando sepa que va a quedarse con la niña más maravillosa del mundo.

Llegamos al hostal y entramos derechos hacia la cocina. Iris nos saluda, pero de inmediato se acerca a Emma y la coge en brazos.

—¿Cómo estás, pitufita? —La niña se encoge de hombros por respuesta y mi tía la lleva hacia la encimera—. ¿Sabes qué? He hecho caramelo casero en forma de pirulí para merendar. ¿Quieres un poquito?

—Bueno —susurra.

—Ten.

Le da un pirulí de caramelo sujeto con un palillo de madera, pero Emma no hace amago de probarlo siquiera. Creo que ha aceptado para que la dejen tranquila.

—Vamos, cariño —dice Ethan—. ¿Quieres ver los dibujos?

—Vale.

Él la guía hacia las habitaciones privadas y me pide permiso para coger mi portátil. Se lo doy y me siento a la mesa de la cocina un momento para tomar aire y darme un respiro.

—No mejora mucho —comenta Iris.

—Ha pasado un día, ¿qué quieres? —contesto de malas maneras. De inmediato me doy cuenta de que mi tono ha sido muy borde—. Lo siento, es que…

—Tranquila —dice con rotundidad—. Lo más normal es que estés cansada y he hecho una

observación un poco estúpida, así que…

—No es eso, es que está siendo duro; estoy nerviosa por todo lo que aún queda por pasar y quiero ver a Emma bien. Sólo deseo que vuelva a ser la niña dicharachera de antes.

—Eso llevará un tiempo, cielo.

—Ya…, eso también lo pienso. No quiero alejarme de ella justo ahora. No quiero dejarla en manos de una extraña y que…

—Vamos a pensar en eso cuando llegue el momento y no antes, ¿de acuerdo?

—Eso es imposible, Iris.

—No lo es. Ahora lo más importante es que estés tranquila para ella. Vete a la habitación y descansa.

Una parte de mí quiere discutir, pero otra, la más racional, sabe que tiene razón. No tiene sentido ponerme a darle vueltas de más al tema, así que me voy a la habitación y me tumbo en la cama junto a ellos. Emma mira una peli de dibujos con atención, aunque yo diría que, en realidad, no se entera de lo que ve, porque su mirada está demasiado fija. Ethan, por su lado, acaricia su pelo y también está distraído. Al menos lo está hasta que yo me tumbo en la cama y desvía sus ojos azules hacia mí. Puedo ver en ellos el dolor, pero cuando su mano pasa del pelo de Emma a mi mejilla la ternura es tanta que me derrito y cierro los párpados, concentrándome en su tacto.

—¿Falta mucho para que sea de noche? —pregunta Emma.

Curioso, porque se ha despertado hace nada. Le explicamos que aún faltan unas horas y ella no contesta. Sé que sólo quiere que se haga de noche para mirar las estrellas, y la entiendo, pero me rompe un poco ver hasta qué punto ha perdido las ganas de sonreír. Por suerte, sé bien y por experiencia que los niños se reponen de cualquier circunstancia, por traumatizante que ésta sea. Emma saldrá adelante. Lo hará. Tiene que hacerlo. Punto.

* * *

Por la tarde, cuando Matt asoma en la habitación y nos avisa de que el abogado ya está aquí, dejamos a Emma en la cama, pues está durmiendo la siesta, y salimos mientras entornamos tanto la puerta del dormitorio como la que comunica con la cocina, para, si se despierta y nos llama, poder oírla.

Conozco al abogado de vista, como a casi todo el mundo en Elí de Sol. No es de ir al pub y sólo nos hemos cruzado alguna vez en el súper, así que no hemos entablado una conversación nunca más allá de lo puramente cordial, pero parece amable y sonríe con dulzura.

—Ante todo, siento mucho la pérdida —dice mientras nos sentamos.

Murmuramos un «gracias» y él abre el maletín y saca una documentación. Estoy nerviosa, negarlo sería absurdo, pero es que creo que, llegados a este punto, todos lo estamos.

—Debo decirles que consideré a Martín un amigo mío, además de un cliente, así que, siguiendo su voluntad, en vez de leer toda esta documentación legal voy a explicarles qué es lo que ha dejado para ustedes, si les parece bien. —Asentimos y él se pone las gafas para mirar los papeles, supongo que con la intención de no olvidar nada y así poder comentarlo con sus propias

palabras—. Bien, lo primero que tienen que saber es que…

—¿Puede tutearnos? —pregunto interrumpiendo—. Me pone nerviosa todo este trato formal y…

—Sí, claro —dice el abogado sonriendo—. Como iba diciendo, lo primero que Martín quería que os dijera es que *Princesa*, la gallina, igual que el resto de las gallinas del corral, pertenecen ahora a Lía. —Me mira y sonríe un poco—. Enhorabuena.

—No sé por qué, no me extraña —contesto sonriendo por primera vez en mucho tiempo.

—Él me ordenó que te dijera que en algún momento entenderás por qué ha tomado esta decisión. Además de eso, ha dejado esto para Ethan Gallagher, alias *el rubiales*. —Se saca del bolsillo una brújula antiquísima y se la entrega a Ethan—. También me dijo que entenderás el porqué de este regalo, no te preocupes. —Mi chico asiente y el abogado sigue—: La casa, como es lógico, igual que el poco dinero que tenía, serán de Emma. Para el dinero hicimos un fideicomiso y ella podrá hacer uso de él cuando cumpla la mayoría de edad. La casa, hasta ese entonces, será responsabilidad de los tutores de Emma.

Ethan vuelve a asentir, pero cada vez está más pálido. Aunque ahora que lo pienso, el mejor amigo de Martín siempre fue Ethan, porque con el resto se relacionaba, pero no los buscaba tanto como a mi chico, así que es normal que esto le esté costando mucho. Estiro mi mano sobre la mesa y, cuando toco la suya, me sorprende notarla helada. La aprieto y él enlaza sus dedos con los míos de inmediato.

El abogado sigue contando que ha dejado algunos cuadros de valor a Matt y a Iris. Ellos no parecen sorprendidos, así que supongo que ya se imaginaban algo. En el fondo, también con ellos tenía relación, aunque no tanta como con nosotros. Por un momento me imagino que todo ha acabado, pues Martín no tenía mucho y ya se han hecho las reparticiones. Ahora falta preguntarle por Emma, pero el abogado comienza a hablar de nuevo y yo cierro la boca, porque intuyo que justo de eso va a hablar.

—Como sabréis, Emma era la adoración de Martín. Criarla no ha sido fácil para él, pues ha tenido que bregar con ella y, poco después, con su enfermedad. Desde que supo que sus días estaban contados se dedicó a buscar unos buenos tutores para ella. Quería que tuviera unos padres dignos de criarla y educarla, así que empezó a ir al pub de Matt con la intención de conocer a todo el mundo. Quería ver cómo se desenvolvían las parejas y si veía algo especial en ellos para acercarse y, con el tiempo, hacerles ver que eran perfectos para Emma.

—Pero ¿no tiene familia? —pregunto yo—. O sea, sé que tiene algún familiar, aunque no los trate mucho.

—Martín tuvo claro que Emma no sería feliz con ninguno de ellos, y a él nada le importaba más que la niña. Os cuento esto de manera muy resumida para que entendáis el porqué de su decisión. No fue algo espontáneo, sino que lo pensó durante mucho tiempo.

El abogado mira a Matt y a Iris y, cuando los veo asentir con una pequeña sonrisa, el corazón me da un vuelco, porque todo esto no puede significar más que una cosa: Emma se quedará con ellos. Sus sonrisas no pueden ocultar la ilusión, pese al mal momento, y yo, aunque sigo estando triste, me alegro muchísimo porque podré ver a la pequeña cada día y tenerla cerca. Por un momento, hasta pienso que igual sí existe un Dios repartiendo justicia por el mundo, aunque sea

de una forma extraña. Matt e Iris serán unos padres geniales, y Emma podrá…

—Por eso decidió que los que mejor podían entender y querer a Emma erais vosotros, chicos —dice el abogado mirándonos.

La mano de Ethan, que sigue entrelazada con la mía, me aprieta hasta el punto de hacerme daño. Me quejo y, aunque me la suelta de inmediato, no me mira. Tiene sus ojos azules fijos en el abogado, y a mí el corazón me late demasiado deprisa y los oídos me pitan, así que me siento confundida y, de pronto, muy acalorada.

—Emma es para mi tía y Matt, ¿verdad? —pregunto en un susurro.

—No es ésa la idea. Ellos serán unos muy buenos tíos, creo, pero los tutores y padres de Emma, según los deseos de Martín, sois vosotros, a menos que rechacéis su custodia.

Gimo de sorpresa, porque ni gritar me sale. Miro a Ethan, que tiene los ojos cargados de lágrimas y, esta vez, le resulta imposible cortarles la salida. Mojan sus mejillas y sorbe por la nariz mientras se levanta arrastrando la silla y presionándose la cara entera con las manos. Yo, por mi lado, sólo puedo mirarlo y pensar que, así, de la nada, acabamos de convertirnos en los padres de Emma. Mi primer impulso es alegrarme, pero de inmediato llega el pánico y las dudas. Pánico, porque no sé si puedo encargarme de una niña de cuatro años, y dudas, porque no sé si Ethan quiere hacerlo. ¿Qué pasa si no quiere? ¿Me quitarán a Emma? ¿Y si soy yo la que se niega? ¿Se la darán a él sólo? Igual Ethan quiere tenerla, pero no me quiere a mí en la ecuación o…

—Sé que todo esto es una gran sorpresa —sigue el abogado, en vista de que no hablamos—. No tenéis que dar una respuesta inmediata, pero sí os pido la máxima brevedad, porque si no la queréis… Bueno, en ese caso tendremos que recurrir al plan B.

—¿Plan B? —pregunta Ethan.

—Si vosotros no la queréis —dice Matt—, nos la quedaremos nosotros.

Frunzo el ceño y lo miro sin entender por qué dice eso, pero el abogado asiente con la cabeza y Matt se saca un *pen drive* del bolsillo y lo coloca sobre la mesa.

—Aquí hay un vídeo donde el propio Martín explica las razones por las que piensa que, bajo su punto de vista, vosotros sois la mejor opción para quedaros con Emma. También habla de lo que pasará si no queréis, así que creo que debéis verlo antes de tomar una decisión.

Miro a mi tía, pero ella permanece tranquila y con una pequeña sonrisa en los labios. No entiendo nada, no sé por qué Matt tiene ese vídeo, ni por qué mi tía sonríe o por qué el abogado asiente con total tranquilidad, pero cuando estoy a punto de preguntar, Ethan se me adelanta.

—¿Por qué demonios tienes tú ese vídeo, Matthew?

—Porque Martín no sabía usar la cámara, así que fui yo quien lo grabó.

El corazón está a punto de estallarme. No puedo imaginar a Martín hablando a una cámara mientras Matt lo graba. No puedo imaginar a Matt sabiendo que grababa la última voluntad de Martín consciente de que se moría. No puedo… No puedo con esta situación. No ahora mismo, así que cuando oigo la voz de Emma me levanto tan rápido que la silla chirría en el suelo. Me disculpo con ellos y salgo de la habitación, rogando que este pequeño distanciamiento me haga pensar con más claridad.

Cuando llego al dormitorio veo a la niña sentada en la cama, despeinada y llorando.

—He soñado que el abuelo me cantaba, pero cuando me he despertado me he dado cuenta de que ya no me va a cantar más. ¿Quién me va a cantar ahora, Lía?

Y, así, de la nada, descubro que mi corazón todavía puede romperse más.

34

Ethan

Miro a mi hermano, a Iris y al abogado, que, a su vez, me miran a mí. Supongo que esperan que diga algo, pero lo cierto es que me resulta del todo imposible articular una sola palabra.

Soy el padre de Emma. Somos, porque Lía es la madre, si es que decidimos aceptar la custodia. Y no es que no quiera, que conste, es que todo es tan confuso ahora mismo… Hasta hace unos segundos, todo lo que sentía era dolor: por la pérdida de Martín, por el sufrimiento de la pequeña y por lo mucho que voy a echarlo de menos. El dolor ocupaba cada parte de mi ser, y por eso ahora, de la nada, no me veo capaz de asimilar una noticia que me trae ilusión, aunque yo no quiera. Y no es que no quiera por la niña, no es eso. No quiero sentir ilusión porque sería como faltarle al respeto a Martín, ¿no? ¿No sería eso, en cierto modo, como alegrarme de que ya no esté? Me siento una pésima persona porque, cuando he oído que teníamos la custodia de Emma, mi primer impulso ha sido sentir una alegría inmensa. La emoción me ha punzado fuerte en la garganta y el pecho, porque me he sentido eufórico al darme cuenta de que no iba a alejarme de ella. Un segundo después, el remordimiento, el dolor y la confusión lo han llenado todo.

Lía no está mucho mejor, creo, porque en cuanto ha oído a la niña se ha levantado y ha salido de la cocina huyendo a la desesperada, o eso parecía. Puedo entender que está a punto de colapsar porque, pensándolo bien, hace un año no tenía nada, aparte de un trabajo de camarera y un pequeño apartamento en la ciudad. Y ahora, de la nada, vive en un pueblo pequeño dejado de la mano de Dios, tiene un novio escritor y extranjero y trabaja en el hostal de su tía. Ya eran suficientes cosas atándola, como para sumar una hija.

Me siento en la silla y respiro hondo cuando me doy cuenta de que una parte de mí tiene miedo de que Lía no quiera quedarse con Emma. Ella me ha comentado varias veces que su relación con Alma ha hecho que se replantee muchas veces si quiere tener hijos, porque no podría hacerle daño a un crío de la misma forma en que su madre se lo hizo a ella. Normalmente, cuando el tema ha salido, le he hecho ver que ella es todo lo contrario a Alma y, después de relajarse, ha admitido que sí, que en un futuro quizá querría tener uno o dos, pero claro, esas conversaciones trataban sobre casos hipotéticos, y esta realidad es aplastante.

Por otro lado, me deja tranquilo saber que, si no aceptamos, Matt e Iris serán sus padres. No me entiendas mal, no es que quiera que la custodia de Emma sea una cuestión de rebote, pero me

tranquiliza saber que ellos están dispuestos a velar por ella y que, sea como sea, la niña encontrará una familia que la adore. La cuestión es: ¿puedo renunciar a ella y ser sólo el tío Ethan sabiendo que puedo ser su padre? La respuesta, en mi caso, está muy clara. No puedo. Quiero a Emma, quiero criarla, contarle cuentos, cantarle canciones infantiles y hablarle de Martín cada día, para que nunca lo olvide. Quiero borrar de un plumazo el dolor que ahora ocupa su pequeño corazón, aliviar su carga y hacerme imprescindible para ella. Y sí, sé que es complicado, porque yo ni siquiera tengo un sitio fijo para vivir, pero de momento tenemos la casa de Martín, así que, en realidad, todo es cuestión de perspectiva y de empezar a plantearse un futuro inmediato, ¿no?

—¿Qué pasa si ella no quiere quedarse a Emma? —pregunto de pronto.

Iris me mira mal, pero espero que comprenda en algún momento que esta pregunta es obligatoria. El abogado asiente y enlaza sus dedos sobre la mesa.

—Martín prefería que fuese una pareja quien la criase. Era consciente de que no puede obligaros, pero preferiría que lo hicieseis los dos. Si ella no quiere y tú quieres hacerte cargo, podrías; pero, si quieres mi opinión, creo que Emma necesita un padre y una madre en estos momentos.

—Lo sé, y si de mí depende los tendrá, pero no sé si Lía…

—Ella querrá —dice Iris interrumpiéndome—. No dudes de ella, Ethan.

—No lo hago, pero esto es algo muy serio.

—Lo sé, y mi sobrina está ahora mismo en el dormitorio intentando consolar a esa niña. ¿Crees que podría alejarse de ella? Ni en un millón de años rechazaría esta custodia.

—No quiero que lo sienta como una obligación.

—No lo hará, pero no dudes de ella.

—Tiene razón, enano —dice Matt—. Además, ¿te has parado a pensar que quizá ella tiene el mismo miedo? A lo mejor piensa que quieres a la niña sólo para ti, sin que ella entre en la ecuación.

—Eso es imposible. Ella sabe que la adoro.

—Pues creo que al revés debería ser igual. Tendrías que saber que te adora —dice mi hermano.

Asiento una sola vez, me levanto y, después de disculparme, enfilo el pasillo y voy hacia la habitación de Lía. La puerta está encajada y, cuando entro, encuentro a mi chica tumbada en la cama y a la niña entre sus brazos, medio dormida, pero hipando. Sé que ha estado llorando, es innegable y sólo espero que cada día sea un poco más fácil. Lía fija su mirada en la mía y yo me apoyo en el marco de la puerta y hago el esfuerzo de sonreírle un poco. Ella me devuelve el gesto, pero se nota que está tensa.

—¿Qué os parece si nos vamos a la cabaña? —pregunto antes de que Emma se duerma.

—Yo quiero ir a mi casa —dice la niña.

—Está bien, podemos ir allí, si quieres.

La niña asiente y Lía la alza en brazos y sale del dormitorio con ella sin apenas mirarme. Sé que está nerviosa, la conozco ya muy bien, así que, en vez de seguirlas de cerca, entro en el cuarto, cojo el portátil de Lía y poco después salgo y cojo el *pen drive* de la mesa de la cocina.

Matt y el abogado se despiden de mí mientras Iris le da a mi chica una bolsa cargada con *tuppers* de comida.

—No vengas a trabajar en un par de días, al menos. Yo iré a donde estéis para asegurarme de que no os falta nada —dice ella.

Lía asiente de inmediato y eso me da una pista más de lo tensa que está, o de lo grave que es la situación, porque sé que en cualquier otra circunstancia ella se habría negado en rotundo a dejar de trabajar, pero está claro que Emma va a necesitar, como mínimo, un par de días para entender el cambio que su vida ha dado.

El camino a casa es silencioso y, nada más llegar, Emma se va derecha al sofá, se agarra al bastón de Martín y se tumba de lado, haciéndose un ovillo. Nosotros nos sentamos uno en cada extremo y acariciamos su pequeño cuerpo mientras la niña mira al vacío. Imagino que está recordando escenas con su abuelo, o quizá piensa en ese cuento que le conté en mi intento de minimizar el golpe. No lo sé, y la verdad es que me encantaría tener un lector de mentes para saber cómo puedo ayudarla ahora mismo. Por desgracia, eso no existe, pero tengo fe en que la comunicación de Emma vaya a más y, con el paso del tiempo, vuelva a ser la niña alegre y dicharachera de siempre.

Cuando por fin se duerme, la cojo en brazos y la llevo a su habitación, aunque me encargo de dejar la puerta entornada por si se despierta y llora.

—¿Deberíamos poner alguno de sus peluches en la cama con ella? —pregunta Lía cuando llego al salón.

—Creo que estará bien.

—Pero igual tiene costumbre de dormir con alguno de sus muñecos…, hay tantas cosas que no sabemos, a pesar de conocerla.

Está sentada en el sofá, mirándome con inseguridad, miedo y anhelo. Casi parece suplicarme que haga algo para que todo esto cambie, pero es que no se me ocurre nada, salvo abrazarla, así que al final eso es lo que hago. Me acerco, paso un brazo por su espalda y, con mucho cuidado, como si temiera ser rechazado, la estrecho contra mi cuerpo.

—No sé cómo ni en qué condiciones, pero saldremos de ésta —susurro.

—Es todo tan… demasiado.

—Lo sé. ¿Estás bien?

—No, pero lo estaré. ¿Y tú?

—Lo estaré, siempre que tú permanezcas a mi lado.

Lía alza la cara, que había apoyado en mi torso, y me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué no iba a estarlo? —pregunta.

—No lo sé. —Cojo aire y me froto la cara, porque no quiero mentirle, pero la verdad es que estoy muy cansado como para discutir este tema. Aun así, decido sincerarme y acabar con parte de la incertidumbre cuanto antes—. Quizá no quieres tener el cargo de criar a Emma conmigo. A lo mejor esto no es lo que quieres y…

—Esto no es lo que quiero —dice ella muy seria. La miro fijamente, intentando que no se note que el pulso de mi cuello se ha acelerado y late a una velocidad muy por encima de la recomendada—. No quiero tener que criar a Emma porque eso significa que Martín está muerto.

No quiero que nada de esto pase, pero no puedo remediarlo y, si de elegir se trata, no se me ocurre nadie mejor para cuidar de ella que tú.

—¿Pero…? —pregunto intentando que no se note mi nerviosismo.

—Sin peros. Eres el mejor padre que Emma podría encontrar jamás. La pregunta es: ¿quieres tú que yo esté a tu lado en esto? Y si la respuesta es afirmativa, hay una pregunta aún más complicada: ¿puedo yo criar a una niña con la mierda de infancia que he tenido? ¿En qué demonios estaba pensando Martín para hacer eso? ¿Qué pasa si arruino su vida y…?

La abrazo, impidiéndole hablar más, y procuro besar cada parte de su cuerpo que queda a mi alcance. Su pelo, su oreja, su cuello, su hombro y, finalmente y después de separarme un poco, sus labios.

—¿No te das cuenta? Ya estabas criando a Emma. Los dos lo hacíamos, aunque no nos percatáramos. Creo que Martín supo bien cómo jugar sus cartas. Nos hizo estar cerca, acostumbró a Emma a nuestra presencia para que la transición no fuera tan complicada y, por último, nos dejó un vídeo —digo sacando el *pen drive* de mi bolsillo—. Creo que, después de esto, ni tú ni yo tendremos dudas al respecto.

—Yo no tengo dudas, Ethan. Si tú estás listo, yo lo estoy.

Sonrío, aunque parezca mentira, entre tanto dolor la verdad es que sonrío, y lo hago ampliamente antes de besarla, esta vez con más profundidad, intentando que entienda con un gesto lo que me siento incapaz de expresarle con palabras.

—Te quiero —susurro en sus labios.

Ella me devuelve esas dos palabras y, después, encendemos su portátil y metemos el *pen drive*. En la carpeta sólo hay un archivo y los dos nos quedamos por un largo minuto mirándolo en silencio. No sé qué piensa ella, pero yo intento habituarme a la idea de ver a Martín una última vez, aunque sea a través de una pantalla. Al final, muevo el ratón para empezar a reproducirlo, amplío la pantalla y me acomodo al lado de Lía mientras coloco el portátil bien firme sobre mis piernas. La imagen de Martín sentado en el corral me hace sonreír, pero Lía, a mi lado, solloza y se tapa la boca con las manos.

—¿Ya? —pregunta a la cámara.

—Sí, ya puedes hablar, pero mira a la cámara, no a mí —dice la voz de mi hermano.

—¡Si detrás de la cámara estás tú, tendré que mirarte a ti! —Martín suelta un sonoro suspiro, y tanto Matt, como Lía y yo sonreímos, porque es tan… él. Golpea su bastón en el suelo un par de veces y carraspea antes de hablar de nuevo—. Hola, Lía; hola, rubiales. Si estáis viendo esto es que ya estoy descansando, que falta me hace, no creáis. Me imagino que estaréis sorprendidos de que me haya ido así, sin avisar, pero es que no quería preocupar a nadie. Hace ya mucho que sé que mi final se acerca y entendí que el poco tiempo que me quedara quería pasarlo disfrutando de mi nieta sin tener que preocuparme de que la gente en el pueblo me mirase con pena o pensaran que no podía ocuparme de ella. No quería ser el centro de las miradas durante mis últimos días. Sé que ahora mismo estaréis sufriendo, pero ¿acaso no es mejor quedaros con el recuerdo de las meriendas en casa, o las tardes en el pub? Yo sólo quería que, mientras estuviéramos juntos, todos fuéramos lo más felices posible. —Coge aire y, cuando lo suelta, sigue hablando—. Sé que estaréis muy sorprendidos al saber que quiero que cuidéis de Emma,

pero os aseguro que esta decisión no ha sido precipitada. El primer día que te vi, doctora, yo ya supe que eras especial. Una mujer que no se achanta ante un viejo pidiendo que le psicoanalice una gallina es una mujer que vale la pena. Espero que estés contenta con las gallinas que te dejo, por cierto. Y, como ya no estoy vivo, puedo confesar que *Princesa* no pone huevos porque es vieja, no porque tenga problema alguno. La verdad es que a veces me daban ganas de decírtelo, pero reconoce que a última hora te hacía ilusión venir a verla. —Señala a la gallina en cuestión mientras Matt la enfoca y se ríe—. Mírala, no me digas que no es entretenido verla dar vueltas por ahí. ¡*Princesa*, saluda a la tele!

—Martín, te estás desviando —le dice Matt.

—Pero ¿es que también te vas a meter en cómo grabo mi última voluntad, muchacho? ¿Me meto yo con esas melenas que llevas? Y mira que el temita daría de sí… —Matt se ríe tras la cámara y yo no puedo evitar imitarlo, aunque sea un poco—. En fin…, ¿por dónde iba?

—Le contabas a Lía que *Princesa* es muy vieja y no va a poner huevos.

—Ah, sí. La gallina huevos no pondrá, pero yo le agradeceré siempre que te trajera a esta casa. Aquí te he visto tratar con mi nieta, cocinar, cogerla en brazos y llenarle la cara de besos. Y, además, en cuanto el rubiales supo que te venías por aquí, empezó a aparecer más seguido y siempre a la misma hora que tú, demostrándome lo que yo ya sabía. ¿O no, Ethan? —No puedo evitar asentir mientras estrecho a Lía contra mi costado y ella besa mi torso—. Estabas loco por ella desde que la viste, no me lo niegues. Puede que al principio te llamara la atención su físico, es lógico, pero luego algo cambió. Empezaste a fijarte en su inteligencia, en lo mucho que os parecéis en algunas cosas y en lo distintos que sois para otras. Tú eres alegre, dicharachero y parlanchín como Emma, aunque no te guste admitirlo, y la doctora es más callada, un poco más reservada y más temerosa. A ti no te importa colgarte una mochila e irte a París, y ella para pasar tres días en el hostal de su tía se sumerge en un debate interno que le achicharra los sesos de tanto pensar. Imagino que ya has recibido la brújula que te he dejado. —Asiento de nuevo y me siento estúpido, porque sé que no me ve, que ya no está, pero para mí… sí está. Está aquí, justo delante de mí, hablándome como lo hacía días atrás; como si nada malo fuera a pasar—. Son muchas las veces que me has contado que, después de pasarte la vida soñando con París, llegar y sentirte incompleto, te parece inevitable pensar, en algunos momentos, que has fracasado. Pues bien, esa brújula me la regaló mi esposa hace muchos años, cuando yo sentí ansias de salir de este pueblo y, por circunstancias de la vida, no pudimos. Me costó un tiempo, pero al final comprendí que, aunque me hubiese gustado viajar, no era lo primordial en mi vida. Lo más importante lo tenía dentro de las paredes de mi casa; en mi esposa y en mi hija. Fue la primera la que, al hacerme ese regalo que ahora tú tienes, me dijo que daba igual hacia dónde me dirigiera la brújula mientras estuviéramos agarrados de la mano, porque eso significaría que íbamos en la misma dirección. —Martín hace una pausa y frunce el ceño de manera considerable. Tanto como para haberme fijado yo, que estoy bastante emocionado con sus palabras—. ¿Estás llorando, Mateo?

—No —dice mi hermano, claramente emocionado.

—¡Si te vas a poner así, te compro a ti otra brújula!

—Que no estoy llorando, Martín, joder.

—¡No digas palabrotas! —Mi hermano resopla y Martín niega con la cabeza—. Ya has conseguido que pierda el hilo otra vez.

—¡Pero si no he dicho nada!

—¡Deja de llorar! Guárdate las lágrimas para cuando me muera. No te preocupes, que será pronto. —Martín suelta una carcajada que a mí no me hace ni puñetera gracia.

—Ni puta gracia, Martín —dice mi hermano corroborando mi pensamiento.

—Bah, los jóvenes de hoy en día no sabéis ni bromear. —Conozco bien a mi hermano y sé que, si su voz no suena en este momento, es porque se está mordiendo la lengua para no saltar—. El caso es que no sé dónde acabarás, hijo, ni pretendo darte una pista acerca de lo que debes hacer, pero sí me gusta pensar que, ahora que has oído mi historia, cuando decidas cambiar de rumbo agarrarás la mano de Lía y, espero, la de Emma, y dejarás que la brújula os lleve en una misma dirección durante toda vuestra vida. Que da igual adónde vayáis, mientras lo hagáis juntos, como una familia. Sé que ahora mismo estaréis doloridos, pero, por favor, no me lloréis mucho. No sé si hay un más allá, pero estoy seguro de que no quiero veros hundidos cuando yo, si pudiera elegir, elegiría que tuvierais un sentimiento de dicha, porque estáis sanos, tenéis toda una vida por delante, un gran amor entre manos y, ahora, si vosotros queréis, una niña que necesita aprender esos valores que yo he visto en vosotros todos estos meses. —Hace una pausa y, cuando habla, su voz suena tomada, lo que hace que Lía derrame un par de lágrimas más y a mí la pena me embargue de nuevo—. No puedo obligaros a querer a Emma, pero he visto la devoción pintar vuestros ojos cuando cogíais a mi nieta. Sé que, si aceptáis quedaros con ella, la haréis feliz. Y lo más importante es que estoy convencido de que vosotros seréis felices también. Ethan, tú tienes familia, pero no encuentras tu sitio en el mundo y es porque necesitas darte cuenta de que el lugar es lo de menos. Lo de más es la persona que te acompaña. Lía, tú tienes una madre que, aunque no lo creas, te ha beneficiado en muchas cosas, porque gracias a ella te has esforzado por ser distinta y, por tanto, una persona de bien. Eres luchadora, honrada, inteligente y tienes un corazón de oro. Alma te hizo mucho daño, pero no olvides nunca que también te dio las herramientas para que te convirtieras en lo que eres. Sé que te duele no haber tenido una familia, pero ahora yo te doy la oportunidad de hacerlo. Hay un hombre que te quiere y una niña que te adora y necesita una madre. —Carraspea y niega con la cabeza—. Dios me libre de deciros lo que tenéis que hacer, muchachos, pero antes de tomar una decisión, mirad a los ojos de Emma y pensad cómo de fácil sería quererla toda vuestra vida. Os mando un beso y corto ya, porque en cualquier momento vais a llegar a merendar y no quiero perder más tiempo hablando desde el más allá. —Guiña un ojo y sonríe haciendo que nosotros suspiremos—. Niño, corta.

Sonrío cuando oigo la risa de Matt por última vez y, acto seguido, la pantalla se queda en negro, y Lía y yo la miramos en silencio sin decir nada. Creo que los dos estamos igual de impresionados, pero cuando giramos nuestras caras y nos miramos, no nos lleva más que un segundo sonreír, besarnos y asentir.

—Nos quedamos con ella, ¿verdad? —susurro.

—Por supuesto que nos quedamos con ella —contesta Lía antes de sonreír y abrazarme otra vez.

35

Ethan

El resto del día lo pasamos intentando animar a Emma, que ha comido un poco y hasta se ha distraído un rato jugando a las muñecas. No habla mucho, pero estoy seguro de que poco a poco volverá a ser la de siempre.

Es Lía la que se encarga de llamar al abogado y decirle que sí, que nos quedamos con ella. Éste le asegura que se pondrá con el papeleo y ella cuelga y me sonríe. Después de eso, llama a Iris y hasta yo oigo el grito de alegría que da. Cuando Lía le recrimina que se muestre tan contenta, ésta le asegura que sigue sintiendo mucho lo de Martín, pero que lo de Emma es una buena noticia, si lo miramos con un prisma positivo. Sabemos que tiene razón, pero aún cuesta hacerse a la idea, la verdad.

Cuando por fin cuelga el teléfono Lía me mira y señala a Emma antes de preguntar entre susurros quién le va a contar la nueva situación. Le propongo que lo hagamos entre los dos, porque estoy convencido de que lo mejor es que la niña sienta que estamos unidos en esto, y ella está de acuerdo.

—¿No tienes un cuento para esto? —pregunta antes de acercarnos.

—Creo que lo mejor, ahora, es explicarle la situación con realismo.

Lía asiente y nos acomodamos en el suelo, frente a la niña, que nos mira de reojo antes de girar su cuerpo y prestar atención a la tele de nuevo.

—Oye, preciosa, tenemos que hablar —dice Lía.

—¿De qué?

—De lo que va a pasar ahora que el abuelo no está —digo yo en un intento por normalizar desde ya la situación.

Emma se tensa, pero suelta la galleta en el suelo y nos enfrenta. Sé que esto es duro, pero también sé que Emma es una niña madura, a pesar de su edad. Ya le he contado el cuento y ya sabe que Martín se ha ido. No tiene caso intentar evitar hablar de ello, o eso pienso. Sé que Lía opina igual, pues ha asentido mirando a Emma, para que entienda que está de acuerdo conmigo.

—¿Qué va a pasar?

—Bueno —dice Lía—, resulta que tu abuelo nos dijo, antes de irse de viaje, que le gustaría mucho que tú fueras feliz y no estuvieras sola. Él pensaba que a ti te gustaría quedarte con nosotros. ¿Qué opinas?

—¿Con vosotros? —pregunta ella contenida—. ¿Con Ethan y contigo?

—Eso es.

—¿Para siempre?

—Sí, cariño —digo—. Si te quedas con nosotros, será para siempre.

—¿Y quién me va a bañar? Porque el abuelo me dejaba hacerlo sola, pero me ayudaba a secarme el pelo y a vestirme.

—Bueno, uno de los dos te ayudará —contesta Lía.

—¿Y quién me va a cuidar si me pongo malita?

—Nosotros, también —respondo.

—¿Y me vas a mirar los mocos y vas a limpiar los vómitos? Al abuelo le daba mucho asco, pero aun así lo hacía.

—Te prometo que alguno de los dos se ocupará de tus mocos y tus vómitos —contesto con una sonrisa.

—Y si me hago una herida, ¿me vais a curar vosotros? —Asentimos al mismo tiempo y ella asiente también, pero sigue preguntando—: ¿Y qué pasa si me porto mal en el cole? ¿Me vais a castigar?

—Eso me temo —responde Lía con una pequeña sonrisa—, pero como tú te portas bien siempre, no deberías preocuparte de eso.

—¿Y quién me hará de comer?

—Nosotros, también —dice mi chica con paciencia—. Todo lo haremos nosotros, Emma. Nos ocuparemos de cada una de tus necesidades, ¿de acuerdo?

La niña se queda en silencio unos instantes y, cuando habla, sus ojos brillan más de lo normal, pero no es hasta que oigo sus palabras que entiendo el motivo.

—Si me bañáis, me cuidáis cuando me pongo malita, me dais de comer, me curáis las heridas y me regañáis cuando me porto mal, es como si fuerais mi abuelito, ¿verdad?

—En realidad —digo yo—, es como si fuéramos tus padres.

—Mi mamá está en el cielo, con el abuelo.

—Sí, es verdad —contesto—, pero si quieres, Lía y yo podemos ser tu mamá y tu papá aquí, en la tierra. ¿No te gustaría?

La niña frunce los labios y asiente con lentitud. Sus ojos se aguan y rezo para que sea porque la idea le causa una mínima ilusión, pero me da tanto miedo la respuesta que no pregunto y, cuando miro a Lía, sé que debe de estar pensando algo muy parecido.

El resto del día lo pasamos contestando sus preguntas acerca de si vamos a comprarle ropa, dónde viviremos o qué pasará con *Princesa* y el resto de las gallinas ahora. Somos conscientes de que su vida ha dado un cambio radical y ahora le llevará un tiempo adaptarse, así que contestamos a todo una y otra vez y, ya por la noche, cuando se queda dormida, después de ver las estrellas un ratito buscando la que más brilla, nos sentimos tan raros estando en casa de Martín que nos metemos con ella en el colchón y nos dormimos en una postura incómoda a más no poder, pero, al menos yo, aliviado de haber superado este día.

La tranquilidad me dura unas horas, porque Emma se despierta cuando ya está amaneciendo, llorando y llamando a su abuelito a gritos. Se asoma a la ventana, pero ya no quedan estrellas, así

que llora aún más. Lía intenta calmarla, pero la niña no atiende a razones.

—¡Tú dijiste que sólo tendría que mirar al cielo para verlo, Ethan! ¡Pero mira! ¡Mira! ¡No está!

—Cariño, las estrellas volverán cuando se haga de noche.

—¡No! ¡No, no, no, no! Yo las quiero ver ahora. ¡Yo quiero ver al abuelo ahora!

Llora tanto que una arcada le sobreviene y, cuando creo que va a vomitar, se corta en seco, pero sólo sirve para que arranque con más fuerza. La verdad es que nunca he visto así a Emma y estoy tan aterrorizado que, al final, actuando por puro impulso, me calzo las zapatillas, salgo a toda prisa, subo en la camioneta y voy a la cabaña. Me lleva quince minutos o menos coger las luces de Navidad que hay en el cabecero de mi cama y llevarlas a casa de Martín. Entro en el dormitorio y me alivia mucho ver que ya no llora, aunque sigue respirando entrecortadamente, con el corazón encogido, como suele decirse.

—¿Qué es eso? ¿Y por qué te has ido? ¿Es porque he sido mala? ¿Ya no vas a querer quedarte conmigo? Lía dice que sí, pero yo creo que no, porque te has ido.

—No, cariño —susurro mientras Lía me mira con los ojos de par en par. Supongo que no ha sido fácil para ella ver cómo me largaba, pero es que estaba tan aturrullado que ni tiempo para explicaciones he encontrado—. Sólo he ido a por esto.

—¿Qué son?

—Ahora verás.

Enredo los metros de cable en su cabecero, en la lámpara de su mesilla de noche y hasta en la pizarra de juguete que tiene. Busco un enchufe, pero no doy con él y tengo tantas ganas de hacer esto que empiezo a agobiarme.

—Déjame a mí —susurra Lía cogiendo el extremo del cable de mi mano.

La miro y me doy cuenta de que sonríe, aunque no entiendo por qué, con el mal rato que se ha llevado la cría. Ella se agacha y conecta el cable a la toma de la pared, haciendo que las luces empiecen a parpadear. Cientos de lucecitas, pues son las que Matt suele usar para decorar el exterior de la casa, titilan y hacen que Emma abra los ojos de par en par. Lía se mete en la cama, coge a Emma en brazos, acurrucándola contra su cuerpo, y estira su mano hacia mí.

—Ven aquí… —susurra.

Yo asiento, me subo al colchón y acaricio el pelo de Emma antes de besarlo y apoyar mi frente en la suya.

—No puedo hacer que anochezca, pero puedo encender todas estas luces para ti.

—¿Como si fueran estrellas? —susurra ella con sus inmensos y preciosos ojos posados en mí.

—Sí, cariño. Como si fuesen estrellas brillando para ti. ¿Te gustan?

Emma asiente y se acurruca más en el regazo de Lía. Sus ojos están cansados y, tras un ratito mirándolas fijamente, me mira y vuelve a hablar.

—Sé que el abuelito no está en ninguna, porque no son estrellas, pero no las apagues, ¿vale?

—No lo haré.

—¿Lo prometes?

Beso su frente y la bajo del regazo de Lía, tumbándola en el centro para que quede entre los

dos.

—Te lo prometo. Mantendré las luces encendidas para ti.

Oigo un sollozo y miro a Lía, que se muerde el labio y besa la cabecita de Emma mientras pasa un brazo por su cuerpo y busca mi mano. Sé muy bien que está acordándose de esa primera noche que durmió conmigo, cuando le hice exactamente la misma promesa, igual que sé que ha entendido a la perfección que esta promesa se extiende a toda nuestra vida y es válida para las dos, pero, por si acaso, la pequeña habla para dejar constancia.

—No llores, Lía; también las mantendrá encendidas para ti, ¿verdad, Ethan?

—Por supuesto que sí —susurro.

Las beso a las dos y, después de unos minutos más, por fin conseguimos que se duerma. Nosotros, por nuestra parte, nos miramos unos instantes antes de besarnos una vez más, susurrarnos un «Te quiero» bajito, casi inaudible, abrazar a Emma, cada uno desde un extremo del colchón, e intentar dormir también, sin importarnos que fuera ya esté brillando el sol.

Sólo espero que el paso de los días nos llene a los tres de las fuerzas necesarias para adaptarnos unos a otros. Que nuestra relación de pareja se mantenga sólida y, por encima de todo, que seamos unos padres dignos de Emma. Eso es lo más importante ahora mismo, y estoy seguro de que Lía piensa lo mismo que yo.

Sonrío justo antes de dejarme llevar por Morfeo, y pienso que, hasta para morirse, Martín fue oportuno, pues lo hizo después de que nosotros nos confesáramos nuestro amor. No digo que, de no haberlo hecho, habría sido todo peor, pero estoy seguro de que tanto ella como yo habríamos vivido un tiempo con la duda de si estamos juntos por amor verdadero o por el compromiso de criar a Emma.

Miro la brújula, que he dejado encima de la mesilla de noche, justo antes de centrarme en Lía y en Emma, y pienso que Martín tiene toda la razón del mundo. Da igual hacia dónde nos lleve la vida, siempre que podamos agarrarnos de las manos y emprender el camino juntos.

36

Ha transcurrido algo más de un mes desde que Martín murió y, por tanto, pasamos a ser padres de Emma. Podría decir que los días han sido fáciles, pero no ha sido así. Todo este tiempo lo hemos ocupado en intentar que la niña se adaptase a nosotros. Lo primero que hemos hecho ha sido reorganizar nuestros trabajos y nuestras vidas para tener el máximo tiempo disponible para ella. Por las mañanas la llevamos al colegio los dos, para que se sienta protegida y segura; después Ethan va a la cabaña a trabajar, porque la casa de Martín sigue poniéndolo tenso, y yo me voy al hostal e intento ponerme al día con mi parte del trabajo. Iris me ha dejado el turno de las mañanas y, aunque trabajo sin descanso, a veces tengo la sensación de que cualquier otra haría más en mi puesto, cobrando lo mismo. No estaría tan limitada en horarios, desde luego. Cuando se lo comenté a mi tía, me dijo que no, pero que, si así fuera, tampoco tendría derecho a echarme, porque entonces sería una más de todas esas personas que se desentienden de las madres trabajadoras. No pude menos que darle la razón, aunque todavía me cueste bastante hacerme al término *madre*. De hecho, cuando llamé a mi padre y le conté las buenas nuevas me costó un mundo convencerlo de que no viniera a Elí de Sol. Lo último que necesito es que Emma se enfrente a más gente extraña. Además, yo a mi padre lo quiero mucho, pero nuestra relación se basa en vernos dos o tres veces al año como mucho, igual que a mis hermanos. Aprendí a quererlos y a considerarlos familia mía y lo conseguí, pero también aprendí que necesito mantener cierta distancia para no acabar sintiéndome abrumada, o, peor, rememorando tiempos pasados y pensando que mis hermanos disfrutan de lo que yo no pude. En momentos así me siento mala persona, porque está claro que no es culpa de ellos, pero no puedo evitarlo, así que prefiero limitar nuestros encuentros y, así, cuando nos vemos, consigo ilusionarme y disfrutar al máximo. Al final mi padre entendió que no era buena idea, pero, a cambio, me exigió un montón de fotos de la que ahora es su nieta. Debería sorprenderme que aceptara de tan buen grado este cambio repentino en mi vida, pero la verdad es que mi padre tiene un gran corazón y ha visto tantas cosas surrealistas gracias a Alma que creo que ya casi nada le extraña.

Alma… Ése es otro cantar. A ella la he llamado, pero como cada semana, para cerciorarme de que el teléfono del piso sigue funcionando y, por tanto, no ha echado a arder mi casa o algo parecido. No le he dicho ni media palabra de Emma, ni de Martín, porque estoy segura de que no le interesa. Además, últimamente está dejando caer en nuestras llamadas que me echa de menos, lo que significa que tiene poco dinero o necesita algún favor. A poco que le dé un aliciente para venir, lo hará, aunque sólo sea para sacar provecho de alguna forma. Ethan dice que no debería

pensar así, pero cuando le recuerdo que estamos hablando de la misma mujer que pretendió acostarse con él, aun sabiendo que a mí me gustaba, cierra la boca y admite que tengo razón.

Por otro lado, está nuestra relación, que, lejos de marchitarse o tensarse, se ha visto fortalecida, al menos de momento, gracias a este bache. Supongo que cuando la vida te da un revés puedes actuar de dos formas: alejándote de la gente que te quiere e intentando lamerte las heridas en privado, como solía hacer yo, o apoyándote en esa gente y permitiendo que el dolor se comparta, como hago ahora. Tengo que admitir que esto último ha supuesto un descubrimiento y un alivio inmenso para mí. Tenerlo cada noche a mi lado, aguantando mis lágrimas, mis desvaríos o mis preocupaciones acerca de Emma ha sido indescriptible. También he descubierto que me gusta sostenerlo a él cuando está más triste de lo normal, echa de menos a Martín o necesita estar en silencio un rato, pero conmigo. Hay un cierto placer en saber que puedes sentarte con alguien y compartir silencio y tristeza sin necesidad de rellenar el ambiente de palabras que, se supone, deberían animarnos. Hay momentos en que nada lo hace, así que simplemente nos abrazamos, miramos al vacío o al techo y nos mantenemos en silencio, pensando cada uno en nuestras cosas.

Lo único que al principio disminuyó de forma brusca fue el sexo, pero no por falta de ganas, sino porque Ethan y yo seguimos sin poder dormir en el cuarto de Martín, así que lo hacemos en el de Emma. Nos resulta demasiado violento estar tumbados en el colchón de él y, mucho menos, practicar sexo, aunque parezca una tontería. Es como si… como si le faltáramos al respeto por hacer eso en su casa. De hecho, ni siquiera nos sentimos cómodos pensando en redecorarlo todo. Es una situación muy extraña, la verdad.

Al final, en las dos últimas semanas hemos aprovechado después de llevar a Emma al cole para hacerlo rapidito, ya fuera en la cabaña, en el coche si íbamos justos de tiempo, o incluso en la playa, ahora que los turistas se han ido en su mayoría y suele estar desierta de gente. Por supuesto, nos ponemos entre las rocas o pegando al bosque, que nos va el morbo, pero no hasta el punto de exhibirnos. No está siendo fácil, ni cómodo, pero placentero sí, eso sin ninguna duda.

Además, por las noches nos gusta estar en la habitación de Emma. Eso sí, como su colchón es muy pequeño, Ethan llegó un día con unas cañas, un montón de tela y el colchón de su cama, que es bastante amplio. Lo tiró en el suelo de la habitación, ocupando prácticamente todo el espacio libre. Después, con la tela y las cañas, hizo una especie de cabaña/fuerte y le colgó todas las luces de Navidad por dentro y por fuera. Ahora, por las noches, al apagar la lámpara, casi parece que estuviéramos de acampada en el exterior y mirásemos las estrellas. Emma se abraza a nosotros y, aunque al principio se contenía más, ahora sonríe un poco y nos habla de lo mucho que debe de gustarle al abuelo nuestro fuerte, si es que lo está viendo desde el cielo. Nosotros nos limitamos a sonreír, besarla y abrazarla todo lo que ella se deja. Eso y mirarnos, mirarnos mucho. Yo, porque no puedo creer todavía que este hombre sea tan maravilloso. No se trata sólo de la imaginación que tiene, que, al final, sólo es una cualidad, sino de la forma que tiene de convertir todo lo malo en algo bueno. Cuenta cuentos a Emma que consiguen emocionarme incluso a mí, construye fuertes con luces que titilan y sonríe siempre, aunque no tenga ganas, entre otras mil cosas. A veces, cuando me paro a pensar en lo mucho que le quiero, siento miedo, porque no sé qué haría sin él. Ya sé que es una tontería pararme a pensarlo, sobre todo porque

estamos juntos y, con suerte, seguiremos así muchísimos años, toda nuestra vida, si de mí depende, pero supongo que no puedo evitar pensar, a veces, que algo tan bonito como él o Emma son más de lo que yo merezco. Vivo con el miedo de que algún problema se presente y lo pierda todo de un plumazo. En parte es porque siempre me ha ido mal o regular, pero nunca bien bien. Cierto es que ahora mismo sufro la pérdida de Martín, pero quitando eso, estoy bien. Tengo un novio maravilloso y una hija aún mejor. Ellos me quieren, me valoran y quieren estar conmigo. Mi madre no da la lata, al menos de momento. Veo a mi tía cada día y soy consciente de lo feliz que Matt la hace. Hay tantas cosas buenas en mi vida al mismo tiempo que, por falta de costumbre, me aturrulla un poco. No es que no lo disfrute, es que no puedo evitar mantenerme tensa, a la espera de un palo. De todas formas, intento alejar esos pensamientos de mi mente, no sea que por arte de magia acabe atrayendo la mala suerte y mi vida vuelva a torcerse.

—¿Queréis que hagamos una barbacoa fuera? —pregunto a Ethan y a Emma, que están sentados en la alfombra de la casa.

—¿En el patio? —pregunta Emma.

—Sí, ¿te apetece?

—Me gustaría más comer pizza. ¿Podemos comer pizza en el patio?

Miro a Ethan, que sonríe y asiente, mostrándose de acuerdo, así que al final claudico y saco un par de masas caseras del frigorífico para empezar a prepararlas. Poco después siento un beso en la nuca y, acto seguido, en la base del cuello.

—¿Necesitas ayuda? —Sus manos rodean mi cintura y sonrío por inercia mientras echo el culo hacia atrás y él se aprieta contra mí.

—¿Eres consciente de que ésta será otra noche sin poder hacer nada?

—Lo sé, pero, joder…, echo de menos tenerte por las noches.

—Yo también, pero Emma…

—Lo sé.

—Necesita más tiempo —susurro.

—Eso también lo sé, y nosotros tenemos todo el del mundo para ella.

Asiento, contenta de que lo comprenda, aunque entiendo sus ganas de intimar con más calma. Echo de menos tener horas para recrearme en su cuerpo, besar cada peca de su blanca piel y trazar dibujos en su torso o su espalda con mi lengua. Echo de menos hacer el amor con parsimonia, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, y abrazarnos después desnudos y sudorosos durante largo rato. Echo de menos que me lea textos eróticos mientras acaricia mi cuerpo o pellizca mis pezones, como solía hacer… Echo de menos muchas cosas, pero cuando miro a Emma me doy cuenta de que es por ella por lo que, temporalmente, nuestra vida íntima está siendo la de dos adolescentes con el tiempo justo. Y no me importa. No me importa lo más mínimo y sé que a Ethan tampoco. Me pasaría toda la vida así si con eso conseguimos que la niña sea feliz. Supongo que eso es lo que demuestra que el amor verdadero, ya sea por una pareja o por un hijo, porque así considero a Emma ya, lo supera todo. Ella ya es mi niña, estoy convencida de que la quiero tanto como quiere cualquier madre a su hija, porque no imagino mi vida sin ella. Es cierto que aún no nos dice «papá» o «mamá», pero es que hasta hace unos días no ha empezado a mostrarse dicharachera de nuevo. Confío en que poco a poco llegue a sentirse

cómoda interpretando el papel de hija nuestra.

La parte buena es que sólo tiene cuatro años, casi cinco. En un futuro, con suerte, no recordará con nitidez estos días. Se acordará de su abuelo porque nos encargamos de hablarle cada día de él, igual que ve las fotos que siguen puestas por casa, pero el dolor no será tan profundo como el que siente ahora, y eso me alivia como nadie se imagina.

Acabo de preparar la cena mientras Ethan me ayuda y hasta Emma se ofrece a poner la mesa fuera y, cuando por fin nos sentamos, nos quedamos con la boca abierta cuando la niña se lanza a soltar uno de sus antiguos discursos interminables.

—¿Sabéis que a veces los papás pueden ser de sangre y otras veces no? —pregunta—. La profesora nos ha explicado que, algunas veces, los niños tienen papás y ellos no han nacido de sus cuerpos, pero que los quieren igual. Bueno, del cuerpo de las mamás, porque los papás sólo tienen que darle una semillita a las mamás para que puedan tener bebés. La profe dice que da igual si nuestros papás son de sangre o no, porque tenemos que quererlos igual. Vosotros sois mis papás, ¿verdad? Porque me lo dijisteis cuando el abuelo se fue al cielo, pero luego ya no me lo habéis dicho más. ¿Es que ahora somos sólo amigos? A mí no me importa si no me queréis, pero me pondría un poco triste no tener papá ni mamá, porque entonces no tendría familia de ningún tipo, y eso es un rollo. Rocío, mi amiga, dice que deberíais ser mis papás, porque ya mismo vienen los Reyes Magos y Santa Claus y, si no tengo papás, no podrán dejarme juguetes bajo el árbol. ¿Vamos a poner un árbol en Navidad? El abuelo me dejaba decorar uno pequeñito, porque a él no le gustaban mucho, pero a mí la Navidad me encanta. ¿A vosotros os gusta?

—Vale, vale —dice Ethan riendo y dando un sorbo a su copa de vino mientras me mira radiante. Entiendo su alegría, porque yo estoy igual o más eufórica que él—. Para empezar, tu profe tiene razón en que no hace falta que un bebé nazca del cuerpo de su mamá para que ésta lo quiera muchísimo, y tampoco hace falta que el papá dé su semilla, porque a veces, sin semilla, se quiere igual o más que algunos de esos que dan semillas y luego se olvidan de ellas.

—¿Como cuando se te olvida comprar yogures?

—Algo así —intervengo riendo. Estiro la mano y cojo la suya sobre la mesa, mientras Ethan hace lo mismo—. Y, respecto a eso de que nosotros somos tus padres, sabes que sí. Si no te lo decimos mucho es porque queremos que tú seas la que nos guíe y nos enseñe cómo tenemos que comportarnos.

—Pero es que vosotros os portáis como unos padres ya.

—¿Entonces? ¿Por qué dudas de si lo somos o no? —pregunta Ethan.

—Porque yo no os digo ni mamá ni papá.

Ethan me mira, pidiéndome ayuda, y yo sonrío y aprieto su mano un poco más mientras bajo de mi silla y me acuclillo a su lado.

—Dime una cosa, Emma. ¿A ti te gustaría llamarnos así, o prefieres seguir haciéndolo por nuestros nombres?

—Yo quiero tener un papá y una mamá de verdad…

No es una respuesta específica, pero nosotros, que ya la conocemos y sabemos que a veces se niega a comprometerse con sus respuestas, aunque sólo tenga cuatro años, decidimos ponérselo aún más fácil.

—A mí me gustaría que me llamaras mamá, si tú quieres —digo intentando no sonar emocionada.

—Sí, papá es una buena palabra —dice Ethan—. Creo que podría acostumbrarme a que me llamaras así, pero sólo si tú quieres.

Emma frunce los labios y asiente, poniéndose roja como un tomate y haciendo que desee estrujarla con mis brazos, porque es increíble lo adorable que resulta incluso cuando se ruboriza. Su pelo rubio se mece con el movimiento rítmico de su cabeza y sus ojazos azules nos miran con atención, ahora que los dos hemos retirado su silla y nos hemos acuclillado frente a ella. Intento no acercarme demasiado, porque no quiero agobiarla, pero me mantengo cerca para que entienda que estoy aquí, a su lado, esperando una mínima señal para tocarla.

—Yo quiero que seáis papá y mamá. ¡Y que los Reyes no se olviden de mí!

Ethan y yo reímos y la abrazamos, esta vez sí, mientras ella nos devuelve el gesto y nos emocionamos como dos tontos. Cuando nos separamos, de hecho, yo tengo que limpiarme una lágrima disimuladamente, y Ethan no puede dejar de sonreír. Emma, en cambio, sigue hablando de los Reyes y todo lo que piensa pedirles por Navidad, alegrándonos aún más, pues se está comportando nuevamente como una niña inocente y dicharachera. A este ritmo, quizá dentro de unos meses vuelva a ser la de antes. Ojalá que sí.

—¿Y vamos a vivir siempre aquí? —pregunta la niña de pronto, sacándome de mis pensamientos.

—Pues… no sé —dice Ethan—. ¿Dónde te gustaría a ti vivir?

—No lo sé.

—¿Te gusta estar aquí?

—Sí, aunque a veces me pone triste acordarme de que el abuelo no está aquí ya.

—¿Y te gustaría vivir en otro sitio? —La niña se encoge de hombros y Ethan asiente y me mira por encima de su copa.

No sé qué significa esa mirada, pero sé que está pensando en algo. Aun así, cambio de tema y decido que, sea lo que sea, me lo contará cuando Emma se duerma, seguro.

* * *

Dos horas después, cuando estamos en el colchón mirando a Emma respirar suavemente, Ethan me hace una señal para que salgamos del dormitorio y casi sonrío al darme cuenta de lo bien que conozco ya su mente.

—¿Y si se despierta? —pregunto mientras lo sigo hacia el pasillo.

—La oiremos a la perfección, tranquila, no nos alejaremos del salón.

Asiento con la cabeza y lo sigo hasta el sofá, donde nos sentamos y nos miramos fijamente.

—¿Qué ocurre?

—Quería hablar contigo de lo que Emma ha dicho antes.

—¿Qué parte?

—Todas, pero sobre todo esa de no saber dónde quiere vivir.

—No ha dicho que no sepa dónde quiere vivir, Ethan —digo con cautela—. Ha dicho que

aquí está bien, aunque eche de menos a su abuelo. Es lo lógico.

—Lo sé.

—¿Pero…?

Él me mira y veo cierto tono de arrepentimiento en sus ojos, lo que me hace empezar a ponerme nerviosa, porque ahora no sé por dónde van los tiros y necesito que hable de una vez.

—Creo que nosotros no podemos vivir aquí, Lía. Sé que tenemos la casa gratis, sin hipoteca, pero míranos: ni siquiera somos capaces de dormir en el cuarto de Martín. No podemos acostarnos en su colchón, pero la idea de cambiarlo por uno nuevo nos hace sentir extraños, como si ocupáramos un espacio sin su permiso.

—Tenemos que acostumbrarnos, pero…

—Lía, ha pasado un mes y ni siquiera hemos conseguido abrir su armario. Sé bien que con el tiempo conseguiríamos vivir aquí sin sentirnos unos completos intrusos, pero también creo que debemos replantearnos si queremos empezar de cero aquí o en otra parte.

—¿Otra parte? —pregunto—. ¿La cabaña? Ya sé que Matt apenas está ahora allí, pero está en medio del bosque y es pequeña, Ethan. Necesitaría tener un coche constantemente para mí, y eso es imposible, porque sólo dispongo de la camioneta del hostal algunos ratos.

—Ya… En realidad, no me refería a la cabaña. —Frunzo el ceño y él se relame los labios antes de hablar—. ¿Qué pensarías de mí si te dijera que he pensado en nosotros y en París? —Mi boca se abre de sorpresa y él se apresura a seguir hablando—: Escucha, no es nada definitivo, ¿de acuerdo? Pero estoy acabando la novela, mi editora está contenta con el trabajo y cree que podría ponerme en marcha con un lanzamiento para la primavera que viene. Vivir en una capital, la que sea, de cara a la promoción de un libro siempre es mucho más fácil que hacerlo en un pueblo a dos horas de la ciudad más cercana.

—Pero… Emma tiene aquí el cole, no podemos cambiarla sin más, y yo… yo estoy en el hostal y…

—Lo sé, sé que pido muchísimo, pero en algún momento tenía que plantearte esto. Escucha, nena, si al final y después de pensarlo decides que no quieres dejar esto, ni tu trabajo, lo respetaré. Nos quedaremos aquí y me las ingeniaré para ir y volver cuantas veces sea necesario en las promociones y los actos de presentación, ¿de acuerdo? Serán pocos y sólo en una época del año, pero existirán, no puedo mentirte…

Me quedo mirándolo antes de retreparme en el sofá y observar fijamente la pared del fondo. Siempre he sabido que Ethan estaba aquí de paso, igual que yo. El problema es que, al tener a Emma, yo di por hecho que nos quedaríamos aquí, y ahora me doy cuenta de que eso es algo injusto para él. Pero si nos vamos… ¿estaremos siendo justos con Emma? ¿O conmigo misma? La respuesta es tan complicada que, al final, Ethan me atrae hacia su cuerpo lentamente y besa mi frente con delicadeza.

—No tienes que decidir nada ahora. Sólo debemos pensar en todas las posibilidades y tomar una decisión estando de acuerdo los dos. Saldrá bien, cariño. Sea lo que sea, lo haremos juntos y eso es todo lo que importa.

Asiento, porque no puedo hablar, y me pregunto si el resto de los padres del mundo se agobiarán tanto como yo pensando qué solución a un problema es la correcta para sus hijos. Ya

ni siquiera me importa mi situación, pero ¿y si la decisión que tomamos es la peor para Emma? ¿Y si acabamos por hacerle más daño? El pensamiento me provoca tanto miedo que resoplo, apoyo la cara en el torso de Ethan y cierro los ojos con fuerza, intentando obligar a mi mente a que dé con la solución correcta cuanto antes.

* * *

Por desgracia, cuando amanezco al día siguiente estoy en el colchón, así que supongo que Ethan me ha traído hasta aquí. Me levanto, me ducho a toda prisa y preparo a Emma para ir al cole. La dejamos, como cada mañana, y puedo ver que él está contenido, casi parece tener miedo de tocarme por si me hago añicos o estallo, una de dos. Me da un beso tímido y se va a la cabaña a trabajar mientras yo me quedo pensando qué demonios hacer.

Me dirijo andando hacia el hostal mientras pienso en nuestra conversación de anoche y diseccionо cada posibilidad. Con lo que no cuento, claro está, es con que un taxi me adelante cuando estoy a pocos metros del hostal y de él baje una versión de Alma con el pelo rojo, un piercing en la ceja, un pantalón de cuero y una camiseta hecha jirones que no le pega nada. Sé que alguna vez he definido a mi madre como una *groupie*, pero ninguna de sus imágenes anteriores encaja tan bien en la definición como esta de ahora. Es como… como una cantante de rock desfasada y pasada de vueltas al máximo. Se tambalea un poco cuando el taxista le endosa una pequeña maleta y, cuando se gira, me ve y alza los dos brazos riendo a carcajadas y dejando claro que está muy muy bebida, me doy cuenta de que la vida acaba de darme ese revés que tanto temía.

37

Me acerco a mi madre a paso lento, como si pudiese evitar nuestro encuentro. Como si, al ir de manera pausada hacia ella, fuese a desaparecer sólo porque es lo que deseo con todas mis fuerzas. Eso, por supuesto, no ocurre. Ella se queda justo donde está, dando la nota y soltando carcajadas. Eso sí, en cuanto llego a su altura mira al taxista y me señala.

—¿Ve como sí que tengo una hija? Anda, cariño, paga a este maleducado para que pueda largarse de una vez.

Abro los ojos de par en par y, cuando el señor me dice lo que cuesta la carrera, por poco tengo el primer microinfarto del día. Le pido que espere un poco porque no llevo tanto dinero efectivo encima y entro en el hostal. Voy directamente hacia las habitaciones superiores, porque sé que Iris está dedicada a la limpieza a esta hora.

—Necesito coger dinero de la caja —le digo sin más.

—¿Para qué?

—Baja y lo verás. Lo repondré mañana mismo, tranquila.

Ella me sigue en silencio y, mientras yo cojo el dinero, oigo cómo suelta una maldición justo cuando se asoma a la puerta. Sonrío con ironía, porque seré mala persona, pero me alegra no ser la única que suelta tacos cuando ve a Alma.

—No puede ser… —susurra cerrando la puerta y mirándome espantada.

—Puede ser y, de hecho, el taxista está esperando a que le pague, así que déjame pasar y prepárate para una mañana movidita.

Iris bufa por respuesta, abre la puerta de nuevo y me sigue mientras mi madre le hace una gran ovación que termina en tropiezo. De hecho, no termina en caída porque mi tía acude rápida a sostenerla de un brazo.

—¿De dónde vienes, Alma? —pregunta de mala gana.

No puedo culparla, porque yo ni siquiera tengo ganas de preguntarle.

—Es una historia larguísima. Necesito un montón de café, una ducha caliente y que alguna de las dos me ayude a sacarme un condón usado de la vagina.

El taxista se sube en su coche como si acabase de oír a alguien contar que el diablo viene de camino, y no puedo culparlo. Yo miro a mi tía, que a su vez eleva las cejas y se enfrenta a mi madre.

—Tú flipas mucho, mucho, si piensas que voy a ayudarte con eso.

—Bueno, pues lo hará mi hija.

—Ni lo sueñes, Alma. Joder, me da asco sólo pensarlo. Además, no me jodas diciendo que has venido aquí por eso, porque podrías haber ido a urgencias y te habrían atendido sin ningún problema.

—¡Tú eres mi hija y tienes que ayudarme con problemas como éste!

No le contesto, es inútil, porque está demasiado bebida y esta mujer en estas circunstancias no controla. La ayudamos a entrar, le preparamos el café con sal, lo que se traduce en muchos vómitos, una ducha y acostarla en la cama que yo solía ocupar en el ala privada. Cuando por fin hemos acabado, miro a mi tía, que, a su vez, me mira a mí. Creo que las dos tenemos el terror dibujado en el semblante, no por lo ocurrido, sino por lo que está por venir. Al final, es ella la que habla.

—Tienes que llamar a Ethan.

—Y tú a Matt.

—No, pero tú a Ethan antes, porque esto es un marrón enorme. ¿Qué va a pasar cuando sepa lo de Emma?

—No lo sé. —Cierro los ojos y suspiro, cansada de toda esta mierda, cansada de Alma—. No tengo ni idea…

—Tienes que contárselo con delicadeza y, sobre todo, cuando la niña no ande cerca. Ahora que por fin está levantando cabeza, lo que menos necesita es a Alma perturbándola, Lía.

—Lo sé.

—Ahora tienes que mirar por tu familia; por tu hija, más que por tu madre.

—Lo sé.

—Que no te maneje, cariño.

—¡Lo sé, Iris! —Suspiro y cierro los ojos con fuerza—. Oye, lo siento, ¿vale? Pero es que no tienes que preocuparte por nada. Emma es lo primero para mí y va antes que todos, incluso antes que mi madre, así que, si pretende joder, se largará de aquí.

—No podrás echarla.

—Lo haré. Por favor, por favor, por favor, necesito que te mantengas positiva en esto, ¿de acuerdo?

—Cariño, es que…

—Por favor, tita…

Iris suspira, me abraza y asiente antes de besar mi hombro, separarse y mirarme haciendo una mueca.

—Confío en ti. Y ahora ve a ducharte, que hueles fatal.

—Tú también.

—Lo sé, tomaré el segundo turno.

—Mejor toma el primero. Quiero llamar a Ethan.

Ella asiente en silencio, porque sabe que lo mejor es hacerlo cuanto antes, y se aleja mientras yo saco mi móvil del bolsillo y llamo a mi chico. Me cuesta cuatro intentos que me lo coja, pero no es nada raro, porque cuando está escribiendo le cuesta un mundo separarse del portátil, coger el teléfono o incluso comer, ducharse y dormir. He tenido tiempo suficiente de ver cuándo se emociona con ciertas partes de la novela y pierde el mundo de vista, y lejos de enfadarme o

molestarme, me emociona, porque cuando esos momentos acaban se siente tan eufórico que me contagia su felicidad. Incluso Emma lo nota y le pregunta por qué se ríe tanto. Él suele mordisquearle la mejilla y contarle que está escribiendo un cuento precioso. Ella se emociona y le pide que se lo lea y él se inventa algo sobre la marcha que alegra a la niña y me derrite a mí. Escenas cotidianas, familiares e íntimas que ahora se ven amenazadas por Alma, o se verán, si no hago nada por remediarlo.

—Hey, nena, ¿todo bien? —contesta al final.

—Sí, sí, pero deberías venir al hostal.

—¿Por? ¿Qué pasa? Estoy en medio de un capítulo importante.

—Ya, bueno…, deberías venir de todas formas.

—¿Estás segura de que estás bien? —Oigo el ruido que hace la silla al chirriar cuando se levanta y sonrío, porque de alguna forma ya lo siento más cerca.

—Sí…, prefiero contártelo en persona.

—No irás a decirme que estás embarazada o algo así, ¿no? O sea, no me entiendas mal, no sería un drama, pero con lo que tenemos encima y…

—Ojalá —murmuro interrumpiéndolo.

—Joder, pues debe de ser fuerte. Voy saliendo.

Me despido y le cuelgo porque no tengo el cuerpo para bromas, la verdad. Espero que Iris se duche y después lo hago yo, mientras pienso que tenemos que encontrar una solución para este problema antes de que Alma despierte y Emma salga del colegio. Poco tiempo, ¿no? Yo también lo pienso, pero de esperanzas se vive.

* * *

Media hora después, Ethan, Iris y yo estamos sentados a la mesa de la cocina, en completo silencio y cada uno con una taza de té entre las manos. Creo que estamos tan impactados con la vuelta de Alma que ni las palabras nos salen, pero, aun así, es mi chico el primero en hablar.

—Tienes que contárselo.

—Uffff —contesto.

—Tiene razón —dice Iris—. No puedes ocultarle algo tan grande y tan evidente, nena. Alma es, con toda probabilidad, una de las peores madres de la historia, pero no es tonta y se va a dar cuenta de que pasa algo.

—Lo sé, lo sé, pero no quiero exponer a Emma.

—No tienes que hacerlo —dice Ethan—. Puedes hablar con ella esta tarde, cuando se levante. Yo me quedaré en casa con la niña y tú se lo explicas y luego te vienes con nosotros, diga lo que diga y haga lo que haga.

—La va a armar.

—Que lo intente. ¿Qué va a hacer? ¿Ir al pub? Matt está hoy de noche —dice Iris—. La vigilará.

—Vuelta a lo mismo otra vez… —digo con desgana.

—Eh, cariño. —Ethan acerca su silla a la mía y acaricia mi pelo mientras me mira con

ternura—. Ella ya no puede contigo. Ahora no estás sola, nena. Tienes un novio y una hija que responden por ti.

—Y una tía y un tío político —dice Iris, haciéndome sonreír.

—Tienes que ser valiente, Lía —susurra Ethan—. Emma te necesita al cien por cien, igual que yo. No permitas que te vuelva a hundir.

—No lo haré —murmuro—, pero me da miedo que se cargue la calma que estamos empezando a conseguir.

—No conseguirá cargarse nada, porque no la dejaremos entrar en nuestra vida ni en nuestra familia. Si de mí depende, ni siquiera verá a Emma. Acuérdate de cómo la trató la última vez que estuvo aquí.

Sí, es difícil olvidarse de mi madre protestando porque le prestaba más atención a «la mocosa» que a ella.

—¿Puedes recoger a Emma tú solo hoy?

Ethan asiente de inmediato y besa mis labios.

—No la dejes dormir mucho la mona. Que se dé cuenta de que no vas a soportar otra vez sus mierdas.

—Sí, tienes razón —digo—. De hecho, le voy a dar una hora más y luego la despertaré.

Iris y Ethan están de acuerdo, este último se va para aprovechar y trabajar un poco más antes de recoger a la niña y yo me quedo por aquí, trabajando y haciendo tiempo mientras los nervios me retuercen el estómago y pienso que odio que Alma esté en el pueblo. La odio un poco a ella, la verdad, y eso me hace sentir fatal, pero no puedo evitarlo. Supongo que, en el fondo, el odio y el amor son sentimientos muy parecidos, como muchos poetas alegan. No puedes impedir que lleguen y te invadan, aunque no quieras. Te recorren las venas, te van comiendo poco a poco y, al final, o lo exteriorizas o te quemas por dentro y acabas reventando. Supongo que, llegados a este punto, ya sólo me queda exteriorizarlo o reventar, así que cuando la hora pasa voy al dormitorio con un vaso lleno de agua y lo echo sobre la cara de Alma sin contemplaciones.

Hace apenas unos meses yo pensaba que la quería. Creía que tenía sus cosas, pero era mi madre, quererla era mi obligación. Ahora tengo a Emma y, cada vez que la miro, tan pequeña e indefensa, me pregunto cómo es posible que a mi madre le diese igual mi sufrimiento de niña, cuando tenía su edad. ¿Cómo es posible que prefiriese su diversión a mi bienestar? ¿Su vida por encima de la mía? No lo entiendo. Ahora, que tengo una hija, entiendo menos que nunca sus decisiones, su forma de actuar y su manera de criarme. Supongo que es eso lo que me ha hecho darme cuenta de que soportarla y quererla no son las mismas cosas. De hecho, dado su historial, ni siquiera estoy obligada a soportarla, pero todavía me queda algo de humanidad, así que cuando despierta maldiciendo y sentándose en la cama de malas maneras ni siquiera me inmuto.

—Tenemos que hablar.

—¿Y no puedes esperar a que duerma un poco, joder? ¿Cómo puedes ser tan hija de puta?

Sonrío con sorna y pienso en lo fácil que le resulta a ella insultarme y en lo mucho que yo me he callado, al menos hasta ahora. De verdad, qué idiota he sido…

—No, no puedo esperar. ¿No has venido para verme? Pues dime lo que quieres y vete de nuevo, porque aquí no puedes quedarte.

—Este hotel es de mis padres y…

—¡No, Alma, no! Este hotel es de Iris y sólo de ella. Tus padres acabaron tan hartos de ti, tan quemados, que ni siquiera me tuvieron en cuenta a mí para la herencia. Y tú no te la merecías, pero yo no hice nada, aparte de ser hija tuya.

Me doy cuenta, nada más soltar las palabras, de lo dolida que sueno. Es verdad que yo nunca he querido el hostal, no es una meta en mi vida, pero desde que ocurrió lo de Martín y vi que él le dejó a su nieta todos sus bienes, como debe ser, me di cuenta de que mis abuelos me hicieron pagar a mí las fechorías de Alma, y eso no fue justo. Lo hablé con Iris, de hecho, y ella me aseguró que estaba dispuesta a hacerme socia y a darme una parte del hostal, pero me negué en rotundo y le dije que no lo quería, porque es cierto. No se trata de la herencia en sí, sino de la intención que hay tras ella. Mis abuelos fueron muy buenos conmigo, me cuidaron y me dieron de comer cuando mi madre me dejaba en el pueblo, pero en el fondo supongo que se les hacía imposible quererme. La verdad es que en estos meses aquí mi percepción de la familia que me ha tocado ha cambiado mucho. Me doy cuenta de que me autoengañaba diciéndome que había sido feliz los momentos en que había estado en el pueblo, y era cierto, pero no porque me mostraran un cariño desmedido, sino porque me trataban con respeto, me daban de comer y cuidaban de mis necesidades. No había amor excesivo, pero para mí eso era más que suficiente. Ahora me doy cuenta de que, en realidad, hasta que Martín, Emma y Ethan entraron en mi vida, yo viví de migajas y las convertí en panes inmensos, para convencerme a mí misma de que la situación no había sido tan mala. Es ahora, cuando tengo un novio y, sobre todo, una hija a la que proteger, cuando me doy cuenta de que no quiero a mi madre a mi lado. Es hora de que ella aprenda a solucionar sus propios problemas. No la voy a abandonar, pero tiene la opción de vivir gratis en mi piso, que es más de lo que ella hizo por mí nunca, así que su presencia sobra en este pueblo y cerca de mi vida, y así pienso hacérselo saber.

—¿Qué te pasa, Lía? —Mi madre se levanta de la cama y me mira con suspicacia—. ¿Tan bien follada estás que ya nada ni nadie te importa? ¿No vas a echarle una mano a tu madre cuando te necesita? Porque eso, querida, te convierte en alguien muy parecido a mí.

—Yo jamás seré como tú.

—¿Estás segura? ¿Acaso no estás despreciándome por una polla?

—No, te equivocas. No te desprecio por una polla; simplemente te hago saber que no te quiero cerca de mí, Alma. Te he ofrecido la opción de vivir en mi piso sin pagar ni un euro y no te parece suficiente. Creo que piensas que siempre tienes que estar tensando la cuerda que te une a mí, porque así sacas más y más y más. Me chupas la sangre, la paciencia, el dinero y la felicidad y te da igual, porque tú sólo eres feliz si me tienes sometida, pero eso se ha acabado.

Mi madre me mira como si no pudiera creerse que yo de verdad le esté diciendo todas estas cosas, pero es que ya no hay más formas de decirlo. Ahora todo lo que importa es la verdad, dejar ir mis demonios y hacerle saber, de una vez, el daño que me ha causado durante toda su vida. Sin embargo, se trata de Alma, así que al final lo más que hace es fruncir los labios y mirarme con desprecio.

—Te crees mejor que yo porque tienes una carrera y todavía eres joven, pero un día envejecerás, Lía. Ahora puedes permitirte estar con cuantos hombres se te antoje, pero llegará el

momento en que tengas que conformarte con la escoria, como yo, y entonces me entenderás.

—Pero ¿tú te oyes cuando hablas?

—¡Claro que me oigo! Te crees que has cazado a un don nadie y ya puedes permitirte el lujo de despreciarme.

—Ethan no es ningún don nadie —digo entre dientes—. Para hablar de él, antes te lavas la boca.

—¡Es un camarero!

—¿Y qué? ¿Es peor por eso? Te recuerdo que tú misma estuviste intentando acostarte con él.

—No es lo mismo un polvo que enchocharse, Lía. —Resopla y alza las manos con indignación—. ¿No podías buscar a alguien con categoría? ¿No podías abrirte de piernas para alguien que nos sacara de la miseria? No podías, ¿verdad? ¡Tenías que enamorarte del primer muerto de hambre que te dijera unas palabras bonitas!

—¡Que te laves la boca antes de hablar del padre de mi hija, Alma! —grito fuera de mí.

Iris entra en el dormitorio con los ojos de par en par, mi madre me mira con la sorpresa dibujada en la cara y baja la vista hacia mi vientre plano, sin entender lo que ocurre, y yo intento controlar mi respiración para no acabar hiperventilando en cualquier momento.

—¿Hija? ¿Qué hija?

—La hija que adoptamos después de que Martín, el hombre con el corazón más grande del mundo, muriera. A ti no te importa y es probable que ni siquiera sepas quién era, pero da igual. Todo lo que necesitas saber es que nos dejó a Ethan y a mí el regalo más grande que nadie puede dar: una hija. Una niña que sabrá lo que es una madre de verdad, que crecerá oyéndome decirle cada día lo mucho que la quiero, que sentirá mi apoyo incondicional, pase lo que pase, que no se acostará temiendo oír a su madre follar con cualquier depravado. Una niña que no vas a conocer, Alma, porque lo último que quiero es que tu veneno le llegue de alguna manera.

El golpe llega tan rápido que no tengo tiempo de procesarlo. Mi mejilla arde, pero nunca me he sentido tan viva. Siento la ira burbujear dentro de mi cuerpo, mi pecho sube y baja y la adrenalina lo llena todo hasta el punto de que soy capaz de reír, a pesar del dolor.

—¿Te has hecho cargo de esa mocosa? Pero ¿es que se te ha ido la puta cabeza? ¿Qué pasará cuando ese imbécil te deje? ¿Eh? ¿Qué harás entonces?

—Te voy a decir lo que no haré, mamá: no me arrastraré detrás de cualquiera que pueda regalarme un par de caricias y promesas vacías, como llevas haciendo tú toda la vida. Pase lo que pase entre Ethan y yo, puedes estar segura de que voy a ocuparme de darle a mi hija la vida que merece. La vida que tú jamás me diste.

Ella alza la mano para pegarme otra vez, pero Iris se interpone entre nosotras y la detiene mientras le grita que se controle.

—¿Te vas a poner de su parte? ¿Estás viendo cómo me habla? ¡Yo me desviví por ella y…!

—Ay, Alma, por favor —dice Iris—. ¿Que te desviviste por ella? Sinceramente, mucho ha tardado tu hija en darte la espalda.

—Si llego a saber que ibais a tratarme así, jamás habría vuelto.

—Ya sabes entonces dónde tienes la puerta —le digo en un tono un poco más calmado.

—Tú no lo entiendes, Lía… Te crees que puedes ponerte frente a mí y criticar mi modo de

vida, pero si hubieses conocido alguna vez a un artista, como los que yo conocí, te darías cuenta de que la magia que desprenden te absorbe de una forma desmedida. No es que no te quisiera, es que ese tipo de amor tan intenso es algo que hace que te olvides de todo. Si hubieses salido alguna vez con un hombre así, lo sabrías.

Pienso, de manera irremediable, que Ethan es artista y que mi madre no lo sabe. Y debería callarme, lo sé, pero algo dentro de mí me obliga a decirlo. No es que piense que ser escritor es mejor que ser camarero, nada de eso. A mí la diferencia no me importa lo más mínimo, pero a Alma sí, y por primera vez en la vida quiero sentir que soy yo quien gana una discusión. Que ella no le da la vuelta a la tortilla y me hace sentir culpable, así que, para sorpresa de mi tía, y la mía propia, hablo.

—Ethan es un escritor de éxito, mamá. No es camarero y, de hecho, hasta hace unos meses vivía en París, ocupándose sólo de escribir, pasear y hacer todas esas cosas con las que tú has soñado siempre. Dentro de unos meses sacará su próxima novela. ¿Y sabes qué? Su amor es intenso, sí, y un poco desmedido, y casi parece irreal, pero no de la forma en que tú lo describes. Él me adora, pero sé que adora con la misma intensidad, aunque de distinta forma, a Emma. Estoy con él porque, antes que artista, es persona, que es algo que tú no has querido ver nunca en ninguno de tus amantes. Los tratabas como si debieran postrarse a tus pies y adorarte, porque ése es el papel que crees que tiene una musa y, al final, resultaste ser sólo una arrastrada. —La cara de mi madre se descompone y siento la culpabilidad agujerearme el pecho, pero no me detengo, no puedo hacerlo ahora que por fin estoy dejando salir todo este rencor y este dolor—. ¿Qué te parece ahora mi relación con él, mamá? ¿Verdad que ya no te parece tan mal? Eres así de egoísta. Estoy segura de que hasta estás pensando en las formas de sacarle el dinero, ahora que es, en teoría, tu yerno. Pero te advierto que si te acercas a él, o a nuestra hija, de alguna forma, ya sea en persona, por teléfono, por carta o por señales de humo, te quitaré todo el apoyo financiero y convenceré al inquilino de la casa para que se vaya. Y si se la alquilas a otro, lo convenceré también. Y al siguiente, y al siguiente, y al siguiente. Y cuando no tengas ni para un triste cigarro, ni dónde dormir, ni qué beber, a ver a quién vas a llorarle.

—Lía…

—Seguiré pagando el piso para ti, pero tienes que irte, Alma. Vete hoy mismo de Elí de Sol.

Ella asiente y yo salgo de la habitación temblando de pies a cabeza, sin poder creerme que le haya dicho todo eso a mi madre. Dios mío, la he amenazado, la he chantajeado y le he dicho cosas horribles y…

—Eh, eh, nena. —Miro al frente y veo a Ethan. Sus ojos azules están fijos en mí, sus mejillas tienen un tono rosado y su postura es rígida. Cuando se acerca puedo ver también una sonrisa bailar en sus labios—. Joder, no sabes lo orgulloso que estoy de ti. No te haces una pequeña idea de cuánto, cuánto, cuánto te quiero.

Me besa mientras las lágrimas caen por mis mejillas, porque sé que ha oído toda nuestra discusión y, aunque me siento bien al saber que por fin la he enfrentado, una parte de mí está hundiéndose, por haber sido capaz de jugar las cartas de Alma para hacerle daño donde más le duele. Me abrazo a Ethan, cojo aire con fuerza y me convenzo de que este sentimiento pasará. Le he dicho sólo verdades y, aun así, no me he negado a seguir pagando el piso para ella, aunque

eso me deje justa de dinero cada mes. Es la única forma que tenía de hacerle entender a Alma que la quiero fuera de mi vida, pero no la abandono, como ella hizo tantas veces.

Ésta es, me guste o no, la única forma de conseguir que me deje vivir de una vez por todas.

38

Ethan

Después de saber que la madre de Lía estaba en Elí de Sol y ver a mi chica tan nerviosa sólo necesité dos cosas. Una, irme a la cabaña después de hablar con ella, y dos, volver a subirme a la camioneta para ir al hostal un rato después, porque concentrarme me resultaba imposible sabiendo que ella podría necesitarme, aunque sólo fuera para darle apoyo moral.

Esperaba muchas cosas, la verdad, pero ver a Lía gritar de esa forma para defendernos a Emma y a mí me ha descolocado del todo; no por el hecho de que dé la cara por nosotros tanto como por el ímpetu que ha puesto. Ha sido como ver a una leona defendiendo a su cachorro y yo no he podido más que hincharme de orgullo, porque, joder, es perfecta. No es que lo diga yo, es que lo es. Se preocupa por Emma tanto que, a veces, tengo que intentar relajarla para que el estrés no acabe con ella. Y me encantaría decir que como mejor la relajo es con sexo, pero eso sólo lo hemos recuperado hace unos días, porque al principio todo era demasiado caótico. Eso sí, nos ha tocado adaptarnos y solemos hacerlo por las mañanas, a primera hora. No tengo nada en contra, que conste, porque tenerla desnuda y caliente en medio del bosque, con el frío erizando sus pezones y los ojos aún hinchados de sueño, es excitante a más no poder. Echo de menos que tengamos nuestra intimidad, pero también entiendo que nos estamos adaptando y ver cómo los tres nos vamos integrando en esta familia improvisada me hace tan feliz que lo demás pasa a un segundo plano.

Pero volviendo al tema de Alma, debo admitir que me siento un poco mal porque, por un momento, pensé que Lía no se enfrentaría a ella. Y no porque mi chica no sea valiente, ojo, que lo es y mucho, pero su madre lleva toda la vida ejerciendo un poder tóxico sobre ella que le impedía ver hasta qué punto la daña su presencia. Sé que una parte de ella no está bien, porque de hecho no puede dejar de sollozar, pero también sé que, cuando pasen los días, se dará cuenta de que no ha hecho nada mal. Tenía que romper ese lazo de veneno que la unía a la mujer que la parió pero no fue su madre, porque una madre no hace lo que ella le hizo a Lía. Una madre se desvive, cría, educa y comete errores, sí, pero intenta enmendarlos. Alma sólo ha sido una carga que su hija tuvo que soportar porque le había tocado por el simple hecho de haber nacido de ella; sin pedirlo, sin quererlo y sin merecerlo. Es hora de acabar con todo eso, y saber que ha dado el paso me pone eufórico, aunque intento mantenerme controlado porque ahora mismo está muy vulnerable y no quiero que todo ese barullo de emociones se vuelva en mi contra.

Pasamos un rato abrazados en la cocina y, cuando Iris sale del ala privada lo hace con una pequeña sonrisa.

—Ni siquiera ha deshecho la maleta. Se va.

—¿Te ha dicho algo? —pregunta Lía limpiándose los ojos.

—Que no se puede creer que le hagas esto, ni que le hayas mentido acerca de Ethan. Si quieres sentirte un poco mejor, te diré que lo que más le duele es que ella dejó pasar la oportunidad de tirarse a tu chico, así que límpiate la cara y convéncete de que has hecho lo correcto.

Yo me quedo un poco a cuadros porque todavía no entiendo bien esa obsesión insana de Alma por cualquiera que esté relacionado con el arte, pero mi chica ni se inmuta, lo que me sorprende aún más.

—Lo sé, pero es doloroso.

—En algún momento tenías que hacerlo. Ahora debes mirar por ti y por tu propia familia, Lía. Es hora de que te plantees qué quieres hacer, hacia dónde quieres dirigir tu vida y contar sólo con las personas que van a vivir contigo día a día. El resto sólo estamos de relleno en las cosas importantes.

—No digas eso.

—Es la verdad. Yo cuando tomo una decisión de pareja con Matt, me preocupo de estar de acuerdo con él, principalmente. El resto puede apoyarnos o no, pero al final la decisión es sólo nuestra. En tu caso es igual. Has demostrado que lo más importante es Emma y tu pareja; no dejes que ella te convenza de lo contrario.

—No creo que se atreva a intentar convencerme de nada.

—No, yo tampoco, pero aun así tenlo presente.

Lía asiente e Iris le recomienda que se vaya a casa. Total, ya casi ha acabado su turno y es hora de recoger a Emma del cole.

—¿Quieres que vaya yo y aprovechas para descansar un poco? —pregunto cuando subimos a la camioneta.

—No, tengo muchas ganas de verla hoy —dice en un susurro. Se aprieta los ojos con dos dedos y suspira—. Necesito darle un gran gran abrazo.

—Si quieres, nos podemos pasar la tarde en el fuerte.

—No creo que Emma aguante tanto, y no quiero encerrarme aún. ¿Qué te parece si vamos a la playa a dar un paseo después de comer?

—Genial —contesto con una sonrisa, y luego, como veo que sigue estando un poco nerviosa, aprieto su mano y me la llevo a los labios, besándola y sonriendo sobre sus dedos—. Te adoro, lo sabes, ¿verdad?

Ella me mira y, por primera vez, sonríe un poco y asiente mientras se acerca para besar mis labios.

—Yo también te adoro. No dudes de eso nunca, ¿vale? Puede que nuestra vida no deje de cambiar, pero mis sentimientos siempre serán los mismos, eso te lo puedo asegurar. O no, mentira. —Niega con la cabeza y vuelve a sonreír—. Cada día te querré más, te lo prometo. Emma y tú sois ahora lo que más me importa, y pienso luchar por nuestra familia, estemos donde

estemos, de la manera que sea.

Me acerco y la beso, porque no me sale hacer otra cosa. No sé qué decir ante unas palabras tan perfectas. Es verdad que sólo llevamos unos meses juntos, pero estoy tan seguro de que ella es la mujer ideal para mí que hasta me parece ridículo imaginarme ya sin ella a mi lado. Sin ellas, porque tampoco podría imaginarme en una foto de familia sin mi pequeña.

Conduzco hacia el colegio y, como llegamos antes, decidimos sentarnos en los bancos que hay justo enfrente. Paso un brazo sobre los hombros de Lía y la acerco a mí mientras pienso en Emma, en este colegio y en la propuesta que le hice a mi chica cuando me lancé de una vez y le hablé de París. No es que quiera hacer mi voluntad, nada más lejos de la realidad. Tengo claro que si Lía me dice que prefiere quedarse aquí me romperé los cuernos, aunque tenga que hacer más horas de viaje para no estar fuera de casa mucho tiempo. Haré lo necesario por nuestra familia, pero habría sido muy deshonesto no hablarle de lo que pienso. No quiero que entre nosotros exista algún tipo de mentira u ocultamiento que acabe por empañar la relación. No puedo negar que echo de menos París, no es la primera vez que lo pienso, igual que tampoco es la primera vez que pienso que en realidad echo de menos la idea de estar en París con Lía, y ahora también con Emma. No extraño la vida que tuve allí, pero sí me he enamorado de la idea de vivir allí con ellas. Pasear sin el recuerdo de Martín atosigando a Emma en cada esquina, porque la niña lo que peor lleva es pisar los sitios que solía pisar con su abuelo, o encontrarse a gente del pueblo que constantemente le pregunta cómo está. Sé que lo hacen con buena intención, pero sólo consiguen recordarle que su abuelo no está y ella se encuentra en una situación delicada. Por suerte, la niña ha mejorado mucho, sí, pero eso no quita que los recuerdos duelan. Y no es que yo quiera borrar a Martín de su vida, ni mucho menos; sólo quiero ahorrarle las partes que más puedan dolerle. Ella no puede dormir sola en su cama aún y nosotros no nos atrevemos a hacerlo en la de Martín, porque nos parece que, de un momento a otro, va a entrar por la puerta y a recriminarnos que nos tomemos esas confianzas en su casa. Una tontería, lo sé, pero en París seríamos libres de esas sensaciones. Tendríamos su recuerdo cada día, cuando le hablásemos a Emma de él, pero sólo de las cosas buenas, de lo que reíamos con él, de sus besos, sus cuentos y todo lo que hizo por Emma. No es lo mismo quedarte con todo lo bueno que enfrentarte a cada cosa que te recuerda que la persona que más quieres en el mundo se ha ido para siempre. Al menos, yo lo veo así, y creo que Lía también, pero entiendo que necesita un tiempo para reflexionar. Hoy, desde luego, no es el día de hablar de ello, después de todo lo de Alma, así que me mantengo callado y, cuando el timbre suena y los niños empiezan a salir en tropel nos levantamos para buscar a Emma entre la multitud.

Viene callada, sin hablar con nadie y con los cordones de un zapato desatados. No es la imagen risueña y dicharachera que he visto de ella a la salida del cole cientos de veces, pero al menos no parece triste ni enfadada. Lo sé porque, cuando nos ve, sonríe y corre hacia nosotros con tantas ganas que no podemos evitar reírnos. La alzo en brazos en cuanto la tengo cerca y beso su carita, dejando después que Lía haga lo mismo.

—¿Cómo ha ido la mañana, mi amor? —pregunta mi chica.

—¡Bien! Hemos hecho un dibujo de un perro, aunque Rocío dice que lo mío más que perro es elefante, pero ella no tiene ni idea de dibujar y, encima, cuando se lo he dicho se ha enfadado.

—Suspira y agarra la cara de Lía con las dos manos mientras hace morros—. ¿Estás triste?

—No, ¿por qué?

—Tienes cara de tristeza.

—No, cariño, estoy bien. De hecho, hemos pensado que esta tarde después de comer podríamos bajar a la playa. ¿Qué te parece?

—¿Podemos llevar a *Summer*?

—Sí —contesto yo mientras caminamos con ella en el centro, agarrada de nuestras manos, hacia la camioneta—. La recogeremos en el pub antes y la llevaremos.

—¿Y a *Princesa*?

—También llevaremos a la gallina *Princesa*, sí —contesto riendo.

Es entonces cuando me doy cuenta de que, si nos mudamos, la gallina no podrá venir. De hecho, no podrán venir ni *Princesa* ni el resto. El pensamiento me agobia un poco, porque sabiendo como sé que Lía tiene un cariño inmenso a las gallinas, más aún desde que Martín se las dejó en herencia, va a ser complicado separarla de ellas.

—¿Podemos comernos un helado luego?

—Casi mejor un pastel o unas galletas —dice Lía—. Ya no hace tanto tiempo de helado.

—Yo creo que tiempo de helado hace todo el año, mami.

Soy consciente del brusco parón de Lía, porque yo también me he detenido en el acto. Miramos a Emma, que se muerde los labios y mira a Lía esperando una reacción a su última palabra. Yo también espero que reaccione rápido, la verdad, porque es un momento muy frágil y la niña podría retraerse si siente que no acepta que la llame así, a pesar de que ya hemos tenido esta conversación y Emma dijo que sí quería que fuéramos papá y mamá.

Lía sonríe, se agacha y besa las mejillas de Emma antes de cogerla en brazos y enterrar la cara en el cuello de la niña.

—Comeremos un poco de helado —dice con voz ronca—, pero sólo un poco.

Casi puedo ver el suspiro de alivio de Emma, al darse cuenta de que Lía está contenta de que la llame así. Lo que ninguna de las dos imagina es que a mí este momento se me va a quedar grabado para siempre como uno de los mejores de nuestra familia. Es una piedra más en esos cimientos que tanto nos estamos esforzando en construir. Una piedra vital para nuestro crecimiento.

—Podemos comprar un helado grande, tú comes un poquito, yo otro poquito y papi se come el resto, porque es más grande y come un montón.

Lía se ríe y yo siento lo que debe de haber sentido ella hace sólo unos segundos. El corazón henchido, latiendo muy por encima de su ritmo habitual, y una emoción indescriptible atragantándome e impidiéndome hablar. Beso sus mejillas, tal como ha hecho Lía, y le sonrío asegurándome de rozar su nariz con la mía.

—Me pediré dos helados para mí y, además, me comeré lo que os sobre a vosotras.

—¡Hala! —exclama Emma antes de echarme los brazos para que la coja—. ¿Me darás un poco de tus helados, papá?

—Sólo si eres buena.

—Soy buena. ¡Soy la niña más buena de todo Elí de Sol! Y la más guapa, también.

Lía y yo soltamos una carcajada mientras la subimos en la camioneta y, cuando arranco pocos segundos después, siento que estoy a punto de vomitar purpurina de tan contento como estoy.

Enciendo la música y, cuando en el reproductor suena *Sous le ciel de Paris*, noto cómo se tensa Lía. Me gustaría decir que es porque se acuerda de aquella primera noche en la que nos declaramos nuestro amor, pero me temo que es por la letra, pues uno de tantos días en los que acabamos de hacer el amor empecé a tararearla y, cuando me pidió que se la tradujera y lo hice, me preguntó si echaba mucho de menos París. No pude evitar contestarle «A veces», pero después la besé, dejándole claro que prefería con mucho estar con ella antes que en cualquier parte del mundo. Fue un momento especial y romántico, pero ahora, de vuelta a la canción, sé que ella está pensando en mi planteamiento, y tengo tanto miedo de su respuesta, sea la que sea, porque supondrá un cambio definitivo, que me limito a conducir y a ignorar su postura todo el camino de vuelta.

39

El paseo por la playa es más relajante de lo que yo misma pensaba. Sobre todo teniendo en cuenta que no dejo de mirar al acantilado en el que está el hostal, preguntándome si Alma se habrá ido ya. Si consigo calmarme un poco es porque todavía recuerdo lo que he sentido cuando Emma me ha llamado «mami». Ha sido tan especial, tan bonito, tan sincero y tan sentido que me ha servido para convencerme, todavía más, de que he hecho lo correcto.

Ahora sólo tengo que pensar hacia dónde se dirige esta familia, y, más que en sentido figurativo, me refiero al geográfico.

Mentiría si dijera que no hay una opción que me tire más que otra, porque no es así. Ir a París me tienta mucho, mucho más de lo que de primeras estaba dispuesta a admitir. Una ciudad nueva, nosotros tres solos y empezando de cero como familia, construir nuestro propio hogar y, además, tener a Ethan más días con nosotras cuando tenga que empezar a moverse para promocionar su nuevo libro. Es una cuestión práctica, sí, pero también sentimental. Es obvio que echaría de menos Elí de Sol, pero yo siempre he sabido que mi sitio no estaba en este pueblo. No me importaba quedarme un tiempo determinado, pero, de alguna forma, me atormentaba saber que Ethan no se quedaría para siempre y que yo no quería seguirlo como un perrito faldero, como tantas veces ha hecho Alma con otros.

Ahora mi perspectiva es distinta. Somos una familia y, aunque es cierto que yo en París no tengo trabajo, estoy segura de que podría encontrar algo, aunque fuera de camarera en un restaurante. Las referencias de Ethan quizá ayudarían; no digo que sea justo pensar en trabajar por enchufe, pero creo que es algo que debemos tener en cuenta. Tampoco es que esté pidiendo que me coloquen de jefa en una gran empresa. Me ocuparía de hacer algo para ganar dinero mientras enfoco mi carrera hacia algo productivo. De hecho, hay una cosa a la que le doy vueltas como psicóloga; una forma de exorcizar mis demonios, pero como no estoy segura de si podría funcionar o no, decido darle las suficientes vueltas y madurarlo a conciencia antes de compartir mis pensamientos con Ethan.

Por el momento, sé que, de ir, primero tendría que aprender el idioma y encontrar trabajo en cualquier cosa para aportar algo a la economía familiar. Sé que Ethan tiene de sobra para los tres, pero no quiero sentir que soy una mantenida o que me aprovecho de él de alguna forma. Siempre he sido muy independiente, me he esforzado mucho por marcar la diferencia entre Alma y yo, así que no voy a permitir quedarme de brazos cruzados ahora, excusándome en el idioma o en otras cosas.

Al principio me costará, estoy segura, y también es verdad que no me gustaría trabajar mientras Emma esté en casa. Que sí, que es mucho pedir, si yo lo sé, pero es que tengo la cabeza hecha un lío y, cada vez que pienso que he llegado a una solución, algo se interpone y acabo dándole vueltas otra vez.

Lo que está claro es que voy a trabajar en algo, ya sea a corto o a largo plazo, en lo que sea. También puedo limpiar por horas, ¿no?

—¿Se puede saber en qué piensas tan concentrada?

Miro a Ethan y, cuando me sonríe, no puedo ni quiero evitar el impulso de acercarme y jugar con mis dedos en su perfecta y rubia barba. Me fijo en sus pestañas, también rubias, y en sus ojos azules. Es tan jodidamente guapo que, a veces, temo ponerme a babear literalmente. No ayuda que, por lo general, se dé cuenta y se ría de mí, aunque luego siempre admita que a él se le cae la baba mucho más conmigo que al revés.

En realidad, ahora que lo pienso, somos muy moñas. No es que estemos todo el día pegados, pero sí que somos cariñosos, haya o no gente delante. Nos dedicamos apelativos tiernos y nos decimos cursiladas al oído sin ningún tipo de pudor. Me pregunto si somos ese tipo de parejas que vomitan arcoíris todo el rato, pero llego a la conclusión de que no, porque, si así fuera, Matt no se habría cortado a la hora de hacérnoslo saber.

—¿Estás bien? —vuelve a preguntar él.

—Sí, sólo pensaba.

—¿En qué?

—En nosotros, en nuestro futuro y en lo feliz que soy, a pesar de los huecos que siento en el corazón.

—Creo que esos huecos son los que nos ayudan a darnos cuenta a diario de que no podemos perder el tiempo en tonterías. El dolor por Martín, la decepción y el sentimiento de rechazo hacia tu madre y todo lo que te ha hecho pasar no son más que punzadas que te recuerdan que eres humana y que la vida nunca es perfecta del todo. No puedes vivir esperando una etapa en la que todo sea perfecto, porque entonces vivirás de una ilusión que no llegará nunca.

Sonrío, rozo su nariz con la mía y asiento mientras lo beso y paso mis brazos por detrás de su nuca.

—Eso ha sido muy coherente, bonito y filosófico.

—Tengo el día inspirado.

—¿Significa eso que Emma y yo vamos a disfrutar de un nuevo cuento?

—Significa que Emma y tú disfrutaréis de ese cuento y, luego, cuando la durmamos, haremos el amor, follaremos y nos desfogaremos juntos, aunque sea en el patio, porque te necesito, Lía. —Siento su erección apretando contra mi estómago y me muerdo el labio mientras sonrío.

—Lo haremos en el lavadero.

—¿En el lavadero? Es enano, está lleno de la ropa sucia y…

—Y es el único sitio en el que no tengo una imagen de Martín, lo que es raro, aunque supongo que lavaba la ropa cuando no estábamos. —Ethan se ríe entre dientes y yo muerdo su barbilla—. El lavadero, esta noche. Hasta te dejo poner la lavadora a centrifugar.

La carcajada esta vez es tan grande que Emma se acerca a nosotros con *Summer* y *Princesa* corriendo detrás.

—¿Qué pasa? ¿Habéis contado un chiste?

—No, cariño —digo separándome de Ethan y cogiéndola en brazos mientras él se relaja un poco—. Es que papá está un poco payaso hoy. Vamos a tener que comprarle una nariz roja, además de los dos helados.

Emma ríe y me pide una nariz roja ella también. Ethan se une a nosotras, palmea mi culo y me quita a la niña para sentarla sobre sus hombros y echar a correr mientras me obliga a pillarlos. *Summer* se emociona, piensa que el juego va conmigo y, antes de poder darme cuenta, estoy en el suelo mientras ella me llena de lametazos, *Princesa* corretea a nuestro alrededor, y Ethan y Emma se parten de risa.

—En serio, *Summer*, lo tuyo no tiene remedio —digo rindiéndome a sus lametazos y riendo al final, porque creo que cuando estemos en París echaré esto de menos.

Miro al cielo con los labios entreabiertos y me doy cuenta de que acabo de hablar de París como si ya fuese una realidad. Sonrío, porque imagino que eso es una respuesta, pero, aun así, decido meditarlo a fondo y esperar al menos un par de días, porque no quiero tomar una decisión con todo lo de Alma en caliente, así que me levanto, me deshago de la perra y, aprovechando que Ethan y Emma están distraídos mirando a la gallina, echo a correr y los informo de que, esta vez, son ellos los que tienen que pillarme a mí.

Diez segundos después, mi novio, mi hija, el perro de mi cuñado y la gallina que he recibido en herencia me persiguen por la playa mientras yo río a carcajadas y me siento, por primera vez en mucho tiempo, libre de cargas y de preocupaciones, aunque sólo sea durante los instantes que dura esta carrera.

* * *

Los dos días que me di de plazo pasan rápidos, y luego otros dos más, que pasan igual de rápidos, y cuando pasan dos más, haciendo un total de seis desde que Alma se fue, decido que ya no hay nada más que pensar, así que voy a la habitación de Emma, aprovechando que Ethan ha ido al pub a echar una mano a Matt, pues, aunque ya no trabaje allí sigue yendo días sueltos, sobre todo en fines de semana, y me siento al lado de la niña, contemplando el dibujo que está haciendo. No necesito preguntar quiénes son, porque sé que se trata de Ethan, ella y yo. Hace días que sólo nos pinta a los tres; a veces incluye a *Princesa*, pero por lo general nos pone a nosotros y luego la ayudamos a pintar las palabras «Papá, mamá y Emma» debajo, a modo de firma.

—Es precioso, mi amor —susurro besando su cabello.

Da igual que sólo sean tres palos con círculos por cabezas, porque lo que importa es que ella lo hace con todo el amor y, sobre todo, que es la confirmación de que nos acepta como familia.

—Gracias, mami. ¿Vamos a cenar ya?

—No, todavía no. En cuanto llegue papá, ¿de acuerdo? —Ella asiente y sigue dibujando.

Yo espero unos segundos a que acabe, pero, en vista de que ha cogido otro folio, decido que

es hora de interrumpirla para hablar acerca de lo que me interesa.

—Oye, Emma, ¿tú qué sabes de París?

Ella me mira, suelta el folio y cruza las manitas por delante de su cuerpo, señal de que piensa echarme uno de esos discursos que tanto disfruto.

—París es una ciudad que está en Francia y papi antes vivía allí. Tienen una torre muy muy muy grande. ¡Es enorme! Y está hecha de hierro. Hay muchos parques, bares y gente que pasea a todas horas. Es como diez veces Elí de Sol y los atardeceres son preciosos, porque lo dice papi. La música es muy bonita y en un idioma distinto, pero me gusta, y me gusta todavía más cuando papá la pone y bailamos los tres aquí, en mi cuarto. ¿Podremos bailar esta noche, mamá? ¡Di que sí, porfi!

Me río y asiento mientras beso su frente y acaricio sus mejillas.

—Bailaremos esta noche, pero antes quiero hacerte una pregunta. Quiero que pienses en ello muy bien, ¿de acuerdo? Porque es muy importante para nosotros lo que respondas. —Ella asiente con solemnidad y yo me lanzo, con el corazón en un puño, pero segura de que Emma sabrá manejar esto—. ¿Qué te parecería que papi, tú y yo nos fuéramos a vivir a París?

—¿A vivir allí para siempre?

—Sí, bueno, vendríamos aquí de vacaciones siempre que pudiéramos para ver a Iris, Matt y al resto de los amigos y vecinos.

Ella se queda en silencio, masticando mi respuesta, y, cuando pasan unos segundos, me lanza otra pregunta:

—¿Y a qué cole iría?

—Papá y yo buscaríamos uno que fuera muy bonito para que te sintieras bien. Harías muchos amigos y aprenderías el idioma. ¿No te gustaría? Así entenderías las canciones que ponemos sin que papá te las tenga que traducir.

—Me gustaría eso. ¿Y tendríamos una casa allí?

—Sí. Una casa en la que tú tendrías tu propia habitación y que decoraríamos a tu gusto, compraríamos peluches y una mesita para que pudieras estudiar y hacer tus dibujos, ¿qué te parece?

—¿Y qué pasa con el fuerte? ¿Y las luces? Papá prometió que siempre mantendría las luces encendidas para mí, y para ti también. ¿En París también lo hará?

—Sí, cariño. En París construiremos un fuerte igual que aquí y pondremos luces por todas partes. Eso no tiene que preocuparte.

—¿Y nos podemos llevar a *Princesa* y al resto de las gallinas?

La miro con una sonrisa triste, porque ésa es una de las cosas que más me duelen de todo esto. Tener que dejarlas aquí, aunque sepa que Iris las cuidará, es duro. ¿Quién me lo iba a decir? Sin embargo, podremos verlas al venir, tal como haremos con nuestra familia, y así se lo hago saber a la pequeña. Ella me hace un montón de preguntas y yo trato de responderlas todas con la máxima sinceridad posible, pero intentando que se ilusione con la idea. Al final, como siempre, me demuestra que los niños son los que mejor se adaptan a estas cosas, porque pasados diez minutos se abraza a mí y susurra en mi oído:

—Mami, ¿allí de noche también salen las estrellas?

Me emociono, aunque no quiera, porque este tema es muy muy importante tanto para ella como para nosotros.

—Sí, mi vida. Podremos buscar la que más brilla cada noche para ver al abuelo, y papi y yo nos encargaremos de hablarte de él cada día. Nos llevaremos las fotos también, para que lo sientas cerca de ti siempre que lo necesites, ¿vale?

Emma asiente, sonríe y me mira a los ojos, agrandando los suyos y mostrándose más ilusionada con la idea de lo que había imaginado.

—¿Cuándo nos vamos a París? —pregunta.

Me río, beso su frente y le cuento que lo haremos cuando consigamos encontrar allí una casa que nos guste y arreglemos todo lo necesario para hacer la mudanza. Mientras tanto, le pido que me ayude con algo superimportante.

* * *

Dos horas después, Ethan entra en casa con cara de cansancio, pero con una sonrisa, como siempre. Emma y yo estamos sentadas en el sofá y a duras penas contenemos la emoción, pero él parece no darse cuenta.

—¿Cómo están mis chicas? —pregunta mientras me besa a mí en los labios y a Emma en las dos mejillas y en la nariz.

—¡Bien! Tenemos un regalito para ti, ¿sabes? —dice Emma.

—¿Ah, sí? ¿De las dos?

—¡Sí! —exclama la niña mientras yo me limito a sonreír—. Es una sorpresa, pero tienes que cerrar los ojos.

—¿Y cómo voy a ver la sorpresa, si tengo los ojos cerrados?

—¡Porque es en el dormitorio!

—Tiene razón —digo sonriendo—. Te toca ponerte esto —señalo una camiseta mía de tirantes, hago un rulo con ella, como hizo él la primera noche que nos declaramos, y me pongo de pie mientras Ethan me mira con una sonrisa sexy.

—¿Tienes pensado hacer algo pervertido? Espero que sí, porque…

—La niña —le digo entre risas para que se corte un poco.

—Los ojos vendados, el lavadero…, piénsalo.

Me vuelvo a reír mientras Emma frunce el ceño y casi, casi, puedo ver los engranajes de su cabecita trabajar a toda prisa.

—¿Qué pasa en el lavadero? ¿Hay otra sorpresa allí? ¡De ésa yo no sabía nada!

Ethan y yo soltamos una carcajada y tapo sus ojos de una vez, luego Emma se agarra a una mano, yo a la otra y lo guiamos hacia el dormitorio. Cuando entramos, me quedo mirando la escena y mordiéndome el labio, porque para mí es bonita, pero no sé cómo se lo tomará él. Aun así, acaricio su espalda y me acerco a su oído.

—¿Listo?

—Para mis chicas, siempre.

Sonrío como una tonta, dejo caer la venda y me río cuando Emma abre los brazos y grita

«¡Tachán!» como si acabara de descubrirle un gran truco de magia. Me fijo en la cara de Ethan y luego miro el escenario que hemos preparado. El fuerte no está iluminado por primera vez en mucho tiempo, pero es porque todas las luces están en la cama de Emma, formando una torre, o el intento de una torre, y, más abajo, dibujando la palabra «Sí». Queríamos poner «Nos vamos a París», pero se me da fatal enlazar el cable y no se leía nada, aparte de un borrón, así que al final lo hemos dejado así y hemos agregado un dibujo de Emma y mío en el que ella nos ha pintado a los tres y yo me he ocupado de trazar y colorear la torre Eiffel. Aquí sí que he escrito abajo unas palabras: «Una vez dijiste que tu sitio no estaba en el mundo, sino en mí. Ahora somos nosotras las que te lo decimos. Nuestro sitio está donde no tengamos que separarnos de ti más que lo imprescindible, así que… ¡nos vamos a París!».

La niña coge el dibujo y se lo acerca a Ethan, que se ha quedado paralizado mirando la escena. Espero que sea de la emoción y, cuando ve el dibujo, lee mis palabras y carraspea, sé que he acertado. Se agacha para besar a la niña y cogerla en brazos y, acto seguido, me mira de frente, rodea mi cintura con un brazo y sonríe sin despegar los labios.

—¿Segura? —pregunta, y se le nota lo contenido que está.

—Más que en toda mi vida —contesto sin vacilar.

—Nos vamos a París… —Esboza una sonrisa antes de besarme en los labios mientras Emma aplaude sobre nuestras cabezas y a nosotros nos entra la risa.

Nos separamos y, cuando mordisqueamos la mejilla de nuestra hija, ella se queja y se aparta de nosotros para hacer una pregunta de vital importancia.

—Mami dice que allí también habrá luces y que tú las pondrás para nosotras. ¿Es verdad?

—Sí, desde luego que sí.

—¿Lo prometes?

Ethan nos mira, sonríe y asiente antes de pronunciar las palabras que consiguen que nos sintamos en paz cada vez que las dice:

—Te lo prometo. Yo, siempre, siempre, siempre mantendré las luces encendidas para ti. —Besa su nariz y me mira, guiñándome un ojo antes de añadir—: También para ti, nena.

Hace un amago de acercarse para besarme, pero me adelanto, elevándome de puntillas y encontrando sus labios mientras Emma vuelve a reír y yo pienso que esta noche será un recuerdo imborrable en nuestras vidas.

* * *

Después de asimilar la noticia, cenamos, miramos las estrellas, como cada noche, le contamos un cuento a Emma y nos quedamos con ella hasta que se duerme. Cuando por fin lo hace, Ethan tira de mi mano y nos guía hacia el lavadero. Me río, pero en el fondo tengo tantas ganas como él de hacer esto, así que en cuanto llegamos le quito la camiseta y tironeo de su cinturón para liberarlo de toda la ropa mientras él se ríe entre dientes y hace lo mismo con la mía. En cuanto estamos desnudos, me apoya en la pared, eleva mi pierna derecha con la mano y me acaricia entre las piernas para cerciorarse de que estoy lista.

—Sin preliminares, Ethan, te necesito dentro —jadeo cuando acaricia mi clítoris haciendo

círculos.

Él obedece, se apoya en mi entrada y me penetra mientras gime en mi oreja y empieza a moverse con un ritmo intenso, pero lento, que me vuelve loca. Me penetra hasta el fondo, sale de mi cuerpo casi hasta el final y vuelve a moverse con una firmeza que me desarma. Pronto mis piernas están enroscadas en sus caderas y él me sostiene contra la pared mientras me mira a los ojos y me hace el amor. Puede que éste no sea el sitio más romántico del mundo, ni el más cómodo, pero cuando miro sus ojos de placer, oigo los jadeos que escapan de su boca y siento su cuerpo temblar bajo mis manos, pienso que es el mejor sitio del mundo.

—Prométeme que París no podrá con nosotros —jadeo cuando estoy próxima al orgasmo—. Prométeme que todo seguirá yendo bien y seremos una familia feliz, Ethan.

Él gime, me embiste con más fuerza y muerde mi barbilla mientras me inclina para que su pubis acaricie mi clítoris. El placer es tan extremo que llego al orgasmo enseguida mientras él me sostiene y, en cuanto dejo de temblar, noto su cuerpo contraerse, embestirme una última vez hasta el fondo y correrse en mi interior entre broncos jadeos que me saben a gloria.

Los dos respiramos con trabajo, pero eso no impide que Ethan bese mi oreja, mi hombro, mi cuello, mi mandíbula y, por último, mis labios, antes de hablar.

—Te prometo que París no podrá con nosotros. Haremos lo que sea necesario para mantenernos unidos y, si en algún momento sientes que no eres feliz, haremos las maletas y cambiaremos de ciudad, de país y hasta de planeta, si es lo que deseas.

—No creo que sea necesario —susurro acariciando sus labios—. Sólo una cosa más.

—¿Hummm? —Se balancea un poco más en mi interior y gimo, a pesar de que ya no está tan duro.

—He estado pensando en la idea de escribir un libro, desde el punto de vista psicológico, hablando de las distintas relaciones entre padres e hijos, sobre todo cuando se trata de familias desestructuradas. Creo que podría ayudar a algunas personas y… —Dudo, porque esto es algo que ha rondado por mi cabeza mucho tiempo, pero es ahora cuando creo que puedo intentar hacerlo. Desde la distancia que me da haber zanjado las cosas con Alma, por fin. Una muestra más del bien inmediato que me está haciendo haberme enfrentado a ella—. ¿Qué te parece? ¿Me ayudarías a iniciarlo y…? —No puedo acabar, porque sus labios se estrellan contra los míos y, cuando se separa, su sonrisa es tan amplia como la de un niño la mañana de Reyes.

—Creo que es una idea increíble. Eres buena, Lía, eres muy buena en lo tuyo, aunque no lo creas. Sé que trabajar de psicóloga no es lo que más te gusta, pero escribir ese libro te ayudará y te hará ver hacia dónde quieres dirigir tu carrera, estoy seguro. Te irá bien, ya verás. No necesitas mi ayuda para triunfar, nena.

—No quiero triunfar. Sólo quiero ayudar a otras personas que pasen por lo mismo que yo o situaciones parecidas y, de paso, ganar dinero.

—Te irá bien, te irá muy muy bien. Confía en mí.

—Lo hago, pero… —Ethan empieza a moverse otra vez, y me sorprendo cuando comienza a hacerme el amor—. ¿Ya…?

—Joder, imaginarte escribiendo a mi lado me ha puesto como una moto.

Suelto una carcajada que él sofoca con su mano de inmediato, porque lo último que

queremos es despertar a la niña. Le hago una señal con los ojos, mirando hacia la lavadora y, entre risas, dejo que me siente en ella y, esta vez sí, salga de mi cuerpo, pero sólo para besar cada parte de él en dirección descendente.

Dejamos que los preliminares ocupen nuestro tiempo, completamos una segunda ronda y, cuando estamos exhaustos, nos arrastramos hacia la ducha para después tumbarnos en la cama con Emma.

Y es aquí, justo en este momento, viendo a Ethan mirar a nuestra hija con una sonrisa de adoración, cuando me doy cuenta de que todo, absolutamente todo lo que he pasado en mi vida ha merecido la pena, porque cada uno de los golpes que he recibido, ya sea por el destino o por mi propia madre, me han empujado hacia este camino, hacia los brazos del hombre que ahora me sostiene y hacia la niña que respira con calma entre nosotros.

Cada bache, lágrima y decepción quedan en un segundo plano, porque ahora, por fin, he encontrado a quienes quieren mantener las luces encendidas para mí, y más importante aún: me he dado cuenta de que yo también puedo mantenerlas encendidas para ellos.

Y no hay nada en el mundo que me haga más feliz que esa certeza.

Epílogo

Emma

París mola un montón. Lo pensé el primer día que llegué aquí con mis padres y lo sigo pensando ahora que ya soy mayor y tengo casi ocho años.

Al principio lo único que no me gustó fue tener que aprender a hablar francés; lo pasé un poco mal porque algunos niños se metieron conmigo, pero como dice papá: «A palabras necias, oídos sordos». Bueno, dice eso, y que tontos tiene que haber en todas partes. Yo me río mucho cuando lo dice, aunque mamá lo regañe. En realidad, cuando mamá lo regaña, me río todavía más, porque él pone una cara de pena muy graciosa para conseguir que ella no se enfade.

La verdad es que quitando lo del cole todo fue muy bien, ahora ya hablo francés a la perfección, tengo muchos amigos y me encanta ir a mi colegio, aunque me gusta aún más coger vacaciones, porque eso significa que papá, mamá y yo vamos a Elí de Sol para estar con los tíos Matt e Iris, pero sobre todo para ver a mi primita, Alexia, que tiene dos años y me hace reír un montón, porque corre detrás de las gallinas imitándolas, o intenta subirse encima de *Summer*, como si fuera un caballo. El tío Matt siempre dice que no va a tener más hijos porque Alexia vale por tres, pero luego se ríe y dice que es broma, que algún día él y mi tía tendrán otro.

Antes, cuando decían eso me gustaba, porque tener primos mola mucho, pero también me ponía un poco triste, porque yo quería un hermanito, o hermanita, pero papá y mamá siempre decían que no era el momento. Al principio nos iba muy bien, pero papá y mamá trabajaban un montón de horas, aunque lo hacían en casa para poder estar conmigo. Cuando llevábamos un tiempo en París ya, papá sacó su nueva novela y le fue tan bien que escribió una segunda parte, que también gustó a todo el mundo. Yo no las he leído, pero me han prometido que cuando tenga diez años me dejarán hacerlo, porque entonces ya seré casi una adulta. Bueno, a ver, en realidad ellos dicen que me dejarán cuando tenga quince, pero yo creo que con diez ya seré muy, muy mayor. De hecho, creo que ya soy mayor, pero cuando lo digo ellos sonríen y me besuquean. A veces me molesta que lo hagan, pero como sé que les encanta besuquearme me aguanto, porque luego, si yo quiero tumbarme en el fuerte de mi habitación un rato con ellos a mi lado, lo hacen sin protestar. Me abrazan con muchas ganas y miramos las luces que papá y mamá colgaron por todas partes. A veces pienso que da igual que ya tenga casi ocho, porque hasta cuando sea una vieja, de por lo menos treinta años, necesitaré ver estas luces para poder dormirme. Eso, y ver las estrellas del cielo cada noche para buscar la que más brilla y saludar a mi abuelo. Todavía me

acuerdo mucho de él y a veces me pone triste saber que estoy olvidando algunas cosas, pero mis padres me dicen que es normal y que lo importante, que es el amor que nos tuvimos, jamás lo olvidaré, aunque para recordar su cara tenga que ver sus fotos.

Pero lo que yo estaba contando es que a papá le fue muy bien con su novela, y a mamá también, aunque ella no se hizo tan famosa, porque sólo escribió un libro contando cosas que había vivido con la bruja de su madre. Lo de bruja no lo digo yo, lo dice papá, aunque mamá se enfade cada vez que lo oye, pero es que es verdad. Ella fue muy mala con mi madre y todavía, a veces, llama a casa para pedir dinero. Mamá se lo da porque dice que prefiere eso a tener que soportarla, y porque no quiere darla de lado para siempre. Ella dice que da igual lo mal que la gente se porte con nosotros, porque eso no nos da el derecho de comportarnos de la misma forma. Mamá es una mujer muy muy lista. Ahora trabaja en un segundo libro, pero escribe sin prisas porque dice que lo más importante para ella es ser una buena madre. Cuando papá la oye decir eso, sonríe y le asegura que es la mejor. Yo también lo hago, porque es verdad que lo es.

Ay, he vuelto a liarme. Yo lo que quería contar es que al principio me daba mucha rabia tener una prima y que mis padres no quisieran darme un hermano o una hermana, así que empecé a hacerles listas de todos los motivos por los que tener un hermano o una hermana era una gran idea, aunque ellos pensaran que no. Primero hacía las listas de memoria y, más tarde, cuando aprendí a escribir, las hacía en folios y las colgaba por todas partes: la nevera, el mueble de la cocina, el sofá, la tele... Y me costaba un montón, la verdad, porque no sé usar la fotocopiadora, así que me tocaba repetir la misma lista una y otra vez. Mamá me advirtió que dejara de agobiarla, pero papá empezó a ponerse de mi parte poco a poco, lo que me dio una alegría enorme.

No recuerdo en qué momento se puso del todo de mi parte y le dijo a mamá, delante de mí, que él también quería tener un bebé, pero recuerdo que mi madre estaba lavando un plato y se le cayó al fregadero tan fuerte que se rompió en un montón de pedazos. Papá fue hasta ella, la abrazó por detrás, como hacía muchas veces, y le dijo que no tenía que ponerse nerviosa, porque lo harían cuando los dos estuvieran listos. En ese momento grité que yo ya estaba lista, pero ellos sólo se rieron.

Odio cuando se ríen y no me explican el motivo.

Lo importante es que, al final, un día, después de mucho, mucho tiempo, los dos me sentaron en el salón y me dieron la noticia, por fin, de que mamá estaba embarazada. ¡No te puedes imaginar cómo salté! Grité, lloré de emoción, me reí y los abracé antes de ponerme a dar saltos, loca de contenta. Dejé de hacer listas de los motivos por los que quería un hermanito y empecé a hacerlas con todo lo que el bebé iba a necesitar. Hice tantas que hasta mamá me advirtió que me controlara, pero yo no podía, porque un bebé es una cosa tan importante, tan genial y tan perfecta que teníamos que tenerlo todo controlado. ¡Todo!

Los meses empezaron a pasar, mamá se puso gordita y me encantaba ver cómo papá le masajeaba la barriga, o la besaba, o me pedía que le cantáramos una canción al bebé. Mamá se reía a veces y otras lloraba. Cuando hacía esto último me preocupaba, pero ella decía que la culpa la tenían unas tales «hormonas», que deben de ser horribles, porque si se ponía triste se le escapaban las lágrimas, y si se ponía contenta, también. Cuando le decía a papá lo raro que era

que llorara por todo, él me explicó que a veces las emociones se derraman, como cuando llenas un vaso de agua más de la cuenta, y que mamá se sentía así todo el tiempo. Lo entendí bastante bien y, desde ese día, cuando ella se emocionaba al oír a mi padre cantarle al bebé, o cuando la besaba, o cuando la abrazaba, o cuando veía un anuncio en la tele, yo me callaba y sonreía un poco.

* * *

Hace dos días, mientras dormía, oí a alguien correr por el piso y me desperté con el ruido. Me bajé de la cama, fui al salón y encontré a mi padre levantando los cojines del sofá como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué pasa?

—Nada, mi amor —dijo mi madre masajeando su enorme barriga—. El bebé ya viene y papá no encuentra las llaves del coche.

—¡Estaban en el recibidor de la entrada! —gritó mi padre.

Me fijé en que la piel de sus mejillas estaba roja y respiraba con trabajo. Era como cuando hacía ejercicio, pero ya lo conozco y sé que sólo se pone así cuando está muy muy nervioso.

—¿Vamos a ir al hospital?

—Nosotros sí —contestó mi madre—. Tú te quedarás con la vecina. Ya la he avisado y subirá en cualquier momento.

—Pero quiero ir…

—Mi amor. —Mi padre se paró frente a mí y se agachó para quedar a mi altura, aunque cuando se pone en cuclillas, ya soy yo más alta que él—. No puedes venir. Mamá estará unas horas sola en una habitación y tú no puedes entrar, pero en cuanto el bebé nazca vendremos a por ti y te llevaremos a conocerlo.

—¿Seguro?

—Seguro. Te quiero.

—Te quiero, papá. —Miré a mi madre y la abracé mientras besaba su barriga—. A ti también, mami. Y a ti también, Burbuja.

Mis padres se rieron y yo sonreí y fui a abrir la puerta, porque la vecina acababa de llamar. No es que llamase «Burbuja» al bebé para meterme con él o ella, es que papá y mamá estuvieron de acuerdo en que era mejor no saber si se trataba de un niño o una niña hasta que naciera, así que empezamos a llamarlo «Burbuja» cuando hablábamos de él, o ella, y a veces pienso que ya se llamará así para siempre.

Papá encontró las llaves del coche por fin y pudo llevar a mamá al hospital. Se pasaron allí toda la noche y buena parte del día. Yo tuve que ir al colegio, aunque no quería y, al volver, la vecina me dijo que todavía no tenía hermanito, ni hermanita. Al final, ya por la tarde, papá vino a recogerme. Sonreía mucho y tenía los ojos muy rojos, supongo que porque había llorado.

—Vamos, mi amor, he dejado el coche mal aparcado.

—¿Ya ha nacido?

—Sí, ha nacido y está esperando para conocerte.

—¿Y qué es? ¿Niño o niña?

—Ahora lo verás.

* * *

Eso fue hace sólo un ratito y ahora voy agarrada a su mano, recorriendo el pasillo del hospital y sosteniendo en mi mano libre un globo blanco y un ramo de flores que hemos comprado en la puerta del hospital. Estoy tan nerviosa que siento los latidos de mi corazón en los oídos y, cuando se lo digo a papá, sonríe, se agacha y me coge en brazos, pero protesto enseguida para que me baje, porque ya soy una niña mayor. Él se ríe entre dientes, me hace caso y besa mi frente antes de hablarme.

—No estés nerviosa, ¿de acuerdo? Yo estoy seguro de que el bebé te va a adorar desde que te vea y para el resto de su vida. Te quiero, Emma. Te quiero más que a mi vida, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, papi —digo sonriendo—. Yo también te quiero más que a mi vida. Y a mami y a Burbuja.

Él sonríe, me besa otra vez, se endereza de nuevo y abre una puerta blanca mientras me empuja con suavidad por la espalda.

Cuando entro, veo a mi madre tumbada en una cama. Tiene el pelo recogido en una coleta y hay un cable enganchado a su muñeca, pero me sonríe y me señala el bulto que sostiene entre los brazos.

—Ven, mi amor —dice ella sonriendo—. Aquí hay alguien que quiere conocer a su hermana mayor.

—Vamos, guerrerita —sigue mi padre. Muchas veces me llama así, y me encanta, porque me hace sentir fuerte y valiente.

Me acerco a la cama, dejo el globo y las flores en la mesilla que hay al lado y me alzo de puntillas para ver mejor. Al final, mi padre me coge en brazos y me sienta al lado de mi madre.

Me fijo en el bebé y sonrío cuando me doy cuenta de que está muy arrugado, como si fuera una persona mayor.

—Es un niño, Emma —dice mi madre—. Es tu hermanito. ¿Qué te parece?

¡Un niño! Estoy tan contenta que casi no puedo ni hablar. Me fijo en que tiene la piel muy blanquita y los labios gorditos y rojos. Estiro una mano para tocar su frente con cuidado y él hace un ruidito que me arranca una risa, porque es supergracioso. Le quito el gorrito sólo para ver su pelo y me río más cuando me doy cuenta de que está casi calvo, pero lo poco que se ve es muy rubio.

—¡Qué guapo es! ¡El bebé más guapo del mundo entero! ¿Verdad que sí? —digo al final.

Ellos asienten y se ríen mientras mi padre se sienta a mi lado, me alza un poco y me coloca sobre sus piernas.

—¿Sabes cómo se va a llamar, Emma? —pregunta.

—¡Armand!

Mi madre y mi padre se ríen, porque saben que Armand es el nombre del niño que me gusta. Él no lo sabe, pero cuando seamos mayores vamos a casarnos y a tener hijos. Yo seré doctora y

él dice que quiere ser jugador de fútbol. Seremos la pareja ideal, aunque mis padres digan que soy demasiado joven para pensar en eso.

—Armand es un nombre muy bonito —dice mi madre—, pero nosotros habíamos pensado en otro que quizá te guste más.

—¿Cuál?

Mi madre mira a mi padre y es éste el que besa mi cabeza y habla.

—A nosotros nos gustaría llamarlo Martín —susurra—. Como tu abuelo. Queremos que sea una forma de recordarlo para siempre, pero sólo lo haremos si tú estás de acuerdo y también te gusta.

Me quedo en silencio un momento, porque siento algo en la garganta apretándome muy fuerte. Es verdad que me da pena recordar cada día menos de mi abuelo, pero sé que, hasta que mamá y papá llegaron a mi vida, él fue mi mundo entero. Intento no llorar, pero es que estoy muy contenta y la alegría se me sale por los ojos en forma de lágrimas.

—Serán las hormonas —les digo a mis padres.

Ellos sueltan una carcajada mientras yo frunzo el ceño, porque no entiendo por qué mi madre puede llorar por todo y echarles la culpa a las hormonas, pero yo no. De todas formas, ignoro sus risas, porque ahora mismo lo único que me importa es el bebé, que acaba de abrir los ojos. Resbalo de las piernas de mi padre hacia la cama y pongo mi cara frente a la suya mientras sonrío y dejo un besito en la punta de su nariz.

—Hola, Martín, yo soy tu hermana Emma y estoy muy muy feliz de que seas mi hermanito.

—¿Quieres cogerlo? —susurra mi madre.

Asiento enseguida, me pongo al lado de mamá y papá se pone al otro, dejándome en el centro. Estiro los brazos y colocan, por primera vez, a mi hermano sobre mí. Casi no pesa nada, pero estoy segura de que muy pronto se hará mayor y podrá jugar conmigo. Papá besa mi frente mientras él y mamá nos rodean al bebé y a mí, cada uno con un brazo. Ellos se estiran sobre mi cabeza, se besan y se dicen «Te quiero», pero yo no les hago mucho caso, porque estoy concentrada mirando a mi hermanito y pensando en lo guapo que es.

—¿Sabes una cosa, Martín? —susurro cuando él vuelve a abrir los ojos, aprovechando que me está mirando—. Yo siempre, siempre, siempre mantendré las luces encendidas para ti.

Agradecimientos

Como siempre, hay muchísima gente a la que quiero y debo dar las gracias, pero creo que, si me pusiera a nombraros uno por uno, no acabaría nunca, así que a todo el que está en mi vida, ayudándome de alguna forma, apoyándome, dándome cariño, o incluso intentando ponérmelo difícil, GRACIAS. Me hacéis cada día más fuerte.

A mi familia, por tener fe en mí, incluso cuando yo la pierdo.

A mi marido, por ser parte de mi día a día y de la persona en la que me estoy convirtiendo.

A mi hija, por ser todo.

A los abuelos y las abuelas que se han ido, dejando un hueco insustituible.

A Red Lips, porque siempre está, pase lo que pase, apoyándome en este sueño que apenas empieza.

A Nuria, por el apoyo incondicional y, sobre todo, por darme una amistad verdadera.

A todo el que ande buscando su lugar en el mundo.

A mis lectoras, sobre todo, por el apoyo constante y el cariño que recibo cada día por redes sociales.

A mis lectoras cero, por aguantar, amar y sufrir conmigo la vida de estos personajes.

A mis compañeras, por estar a mi lado y demostrarme que en este mundo hay mucha gente bonita.

A Esther Escoriza, mi editora, por confiar en mí y darme esta oportunidad.

A ti, que acabas de leer esto y has llegado hasta aquí; ojalá te hayas quedado con un buen sabor de boca.

Biografía



Me llamo Lorena, aunque en los mundos de internet ya todos me conocen como Cherry Chic. Estoy en la treintena y no recuerdo cuándo fue la primera vez que soñé con escribir un libro, pero sé que todo empezó cuando mis padres me compraron una Olivetti y me apuntaron a mecanografía siendo una niña.

Mi vida es sencilla. Vivo en el sur rodeada de familia, amigos y tranquilidad la mayor parte del tiempo, y tengo la inmensa suerte de poder dedicarme a lo que más me gusta: dar vida a personajes que sólo existen en mi cabeza y contar sus idas y venidas mientras yo río, lloro, disfruto y sufro con ellos, como si fueran mis niños, porque así los siento.

Cuando no estoy escribiendo, me encanta pasar tiempo con mi familia, pasear con mi marido y mi hija, leer, viajar, comer, escuchar música, las zapatillas, las series, los vikingos, la tecnología —friki en potencia—, comprarle ropa a Minicherry y los tatuajes. Soy adicta a Pinterest, entre otras cosas, y suelo pasar horas y horas en los mundos de yupi, imaginando la vida de personas que no conozco.

Mis sueños en esta vida siempre han sido publicar un libro y que me toque el sueldo Nescafé. ¡Ya me queda menos para cumplirlos!

Creo que no me dejo nada.

¡Ah, sí!

Puedes seguirme en mis redes sociales; tengo un montón y a veces no me aclaro ni yo, pero me mola cantidubi subir fotos de Minicherry, tíos buenorros, cosas que me inspiran, primicias de mis proyectos y, por qué no, alguna que otra chorrada.

Facebook: Cherry Chic

Instagram: Cherrychic_
Pinterest: CherryChic_
Twitter: Cherrychic_

¡También tengo un blog! —Tengo un montón de cosas, lo sé—. Te dejo la dirección y tú si quieres te pasas y, si no, pues no.

https://cherrychic.wordpress.com/

Referencias a las canciones

Hey, Soul Sister, Sony Music Entertainment, interpretada por Train. *(N. de la e.)*
La bohème, EMI Music Holland BV, interpretada por Charles Aznavour. *(N. de la e.)*
Sous le ciel de Paris, 104pro Media, interpretada por Édith Piaf. *(N. de la e.)*
Les eaux de mars, Parlophone France, interpretada por George Moustaki. *(N. de la e.)*
La vie en rose, 104pro Media, interpretada por Édith Piaf. *(N. de la e.)*

Mantendré las luces encendidas para ti
Cherry Chic

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: 578foot / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Lorena González, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2018

ISBN: 978-84-08-19239-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!